



Francisco  
Pérez Abellán

# EL VICIO ESPAÑOL DEL MAGNICIDIO

De Prim a Carrero Blanco.  
La clave oculta de los magnicidios  
que marcaron nuestro destino.

# Índice

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1. La fiebre del crimen político
2. Prim deshace la gran mentira
3. Cánovas crea el mito anarquista
4. El regicidio frustrado de Alfonso XIII
5. Canalejas: el asesino se llama Pardina
6. La cruz de Canalejas
7. Un asesino entrenado
8. La conjura del sobaco
9. Eduardo Dato y el asesino feroz
10. A vueltas con Dato
11. El vuelo de Carrero
12. Ministros de Gobernación premiados por fracasar
13. Política y crimen
14. Un magnicidio con tradición
15. La Oficina de la Bomba
16. La coartada anarquista o revolucionaria
17. JFK, un modelo para matar y borrar pruebas
18. El suicidio de dos tiros en la cabeza
19. Escasa indagación policial y forense
20. Seis crímenes que cambiaron España

Bibliografía recomendada

Ilustraciones

Notas  
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Un denominador común une los magnicidios y los grandes atentados que cambiaron al menos cinco veces la historia de la España contemporánea. Prim, Canalejas, Cánovas, Dato y Carrero Blanco, todos ellos presidentes del Gobierno, fueron asesinados en circunstancias escandalosamente extrañas. Francisco Pérez Abellán, el hombre que reveló la verdad sobre la muerte de Prim, desmonta todas las versiones oficiales.

¿Quién se benefició de estos grandes crímenes? ¿De dónde sacaron tanto dinero y tanta facilidad de movimientos unos supuestos iluminados solitarios? ¿Por qué se perdieron autopsias, se mojaron atestados, desaparecieron balas? ¿Hay alguna relación entre los magnicidios españoles y los que se llevaron por delante la vida de los presidentes Mckinley y Kennedy?

Las respuestas nos las brindan estas páginas densas, acusadoras, inquietantes.

FRANCISCO PÉREZ ABELLÁN

# EL VICIO ESPAÑOL DEL MAGNICIDIO

*De Prim a Carrero Blanco, la clave oculta  
de los crímenes que marcaron nuestro destino*

 Planeta

*A mi familia*



# 1

## La fiebre del crimen político

Este libro desmonta la versión oficial sobre las muertes de Prim, Cánovas, Canalejas, Dato y Carrero Blanco, y también la del regicidio frustrado de Alfonso XIII. Su fascinante tesis relaciona los sucesos entre sí y los desvincula del anarquismo, descubriéndolos como crímenes de Estado. El soberbio trabajo de profundización efectuado presenta una gran cantidad de datos, detalles y conclusiones extraídas de un largo y meticulado proceso de investigación.

Este análisis pionero de los magnicidios cometidos en España comenzó con el general Juan Prim y Prats. Llegó a mitad de camino con el caso de José Canalejas Méndez, el 12 de noviembre de 1912, en la Puerta del Sol, cuando miraba las novedades de la librería San Martín. Por cierto, que el Ayuntamiento cometió luego su propio crimen al permitir que desapareciera este escenario con total indiferencia. Con Canalejas se descubre que hay una sociedad de fomento del asesinato, como proclamara Thomas de Quincey,<sup>1</sup> compuesta por curiosos del homicidio, diletantes de los modos de matanza y caprichosos del crimen. Forman parte de ella personajes poderosos que descubren una forma nueva de hacer política eliminando los obstáculos con el asesinato como gran regulador. Nada sorprendente, porque desde tiempo inmemorial las sociedades secretas han forjado el destino de los hombres (al asesino Pardina, antes de enviarle a la muerte, le colocan en el bolsillo escritos de Camille Flammarion<sup>2</sup> adornando su aura esotérica).

Los magnicidios están relacionados unos con otros y dibujan una tradición española de raigambre en la historia. Vistos en perspectiva, fueron

auténticos golpes de Estado. En poco más de cien años, cinco presidentes del Gobierno fueron asesinados.

El magnicidio ha sido durante más de un siglo una respuesta a los deseos de cambio. Y llega hasta nuestros días, en los que se dan hechos vidriosos, como la caída del helicóptero de Mariano Rajoy, con él dentro, o el puñetazo que recibió en la sien, un tipo de golpe que habría podido dejarle en el sitio. Lo que podría demostrar de forma práctica que, mediante maquinación inteligente, la violencia política trata de cambiar el curso de la historia con la muerte violenta de los máximos dirigentes. Desde finales del siglo XIX hasta muy avanzado el XX, en España la forma nueva de forzar el destino colectivo era matando a un solo hombre. Un método que llega hasta los tiempos más recientes del franquismo con el magnicidio del almirante Luis Carrero Blanco. En todas las ocasiones se detectan grupos de ejecutores manejados en la sombra por quienes se benefician de la acción y encubren la verdad revistiéndola con la supuesta ideología revolucionaria de los asesinos.

Hay constantes que se repiten en todos los crímenes: la primera es que siempre los facilitan grandes fallos de seguridad, que dejan a los presidentes prácticamente indefensos ante los criminales, que actúan como si no existiera la policía. La segunda es que ninguno de estos crímenes ha sido convenientemente investigado. En ocasiones, las investigaciones se han desviado adrede, llevándolas a un callejón sin salida. La tercera es que los ministros de Gobernación, sin excepción, pese a su flagrante fracaso, no solo no fueron destituidos, sino que, salvo uno que murió prematuramente, fueron ascendidos y puede decirse que recompensados por tan brillantes servicios. La cuarta constante es que los asesinos fueron tildados de libertarios o revolucionarios, enmascarando con ello maniobras políticas que, al investigar, puede verse que llevaron a cabo criminales a sueldo, de perfil idéntico. Tal cosa eran los supuestos anarquistas del regicidio frustrado del rey Alfonso XIII y el atentado de Canalejas, simples aventureros bajo soldada, a los que además se maquilló y preparó para que dieran el pego. Al asesino de Canalejas hasta le pusieron en el bolsillo la fe de bautismo para que lo identificaran enseguida.

Los planes fueron perfectos y en todos los casos salieron bien. El asunto de Prim quedó en suspenso y los sospechosos del crimen volvieron a formar parte de la vida oficial como si tal cosa. Esa es otra constante: en todos los casos la policía o no estaba o, si estaba, no actuó para impedirlo.

Pero en esta Sociedad de Fomento del Asesinato hay más coincidencias que revelan un mismo estilo, una forma colegiada de actuar: los asesinos siempre estaban ampliamente financiados, lo que les permitía viajar, proveerse de armas y, en su caso, escapar de forma tal que habría sido imposible hacerlo sin cómplices. Estaban tan financiados que una preocupación constante de la desinformación posterior al crimen fue siempre expandir rumores sobre las necesidades económicas de los terroristas, lo que se observa especialmente en los casos de Angiolillo y Pardina. Por el contrario, a Morral, el regicida, se le ve hacer ostentación de recursos en el sumario.

También en los casos de Morral y Pardina los dos «fueron suicidados», como el personaje de *Muerte accidental de un anarquista*,<sup>3</sup> del premio Nobel Dario Fo. En todas las ocasiones, y siguen las coincidencias, los sumarios fueron mal dirigidos, en algunos casos perdidos, en otros gravemente deteriorados y en ninguno claramente concluido. Pasado el tiempo, ni historiadores ni juristas han revisado los papeles ni buscado los fallos de procesos clave en las transformaciones históricas de nuestro país. Los novelistas que han tratado el tema, tanto los conservadores como los progresistas, han fabulado haciendo objetivamente el juego a los que disfrazaron los crímenes para que nunca se supiera la verdad. Esta forma de actuar inspiró a los autores del asesinato de John Fitzgerald Kennedy (JFK) en Dallas, que copiaron, después de estudiarla, la *ratonera del magnicidio*, en la que quedan controladas todas las salidas, con un tirador en cada esquina. Y copiaron el disfraz de la motivación, la creación de un cabeza de turco, los nuevos asesinatos para evitar delaciones, la destrucción de pistas y la mentira oficial surgida de las más altas instituciones.

De mi investigación se deduce que hay una *ley Prim*, que establece que todo magnicidio surge del núcleo duro del poder. Es visible en el de JFK, en la misma forma en la que se permitió el atentado, en cómo se asesinó al cabeza de turco Lee Harvey Oswald, títere muy parecido a José Paúl y Angulo, para lo que se dejó entrar en el garaje de la policía a Jack Ruby, que era dueño de un cabaret y confidente. Tenía que matar a tiros al reo justo cuando iban a trasladarlo.

Como adelantó Quincey, la sociedad de los diletantes del asesinato es heredera directa de la Sociedad para la Supresión de la Virtud, de Brighton, que suministró el ideario a los desalmados que han cometido todos estos asesinatos para prolongar su poderío sin límites en las cloacas del Estado,

mientras la historia oficial repetía en todas las épocas las mismas mentiras dando hilo a la cometa.

La gran incógnita es por qué ha perdurado este modo de hacer política y cómo pudo saltar fronteras y mares para llegar incluso al asesinato del presidente de los Estados Unidos. La respuesta es sencilla: se trata de un método útil y eficaz. Las consecuencias fueron reales pero poco visibles, porque algunos personajes principales continuaron con responsabilidades en el poder. Era sin duda un procedimiento seguro.

Los criminales del otro lado del charco importaron el método, como también lo hicieron con la estafa piramidal que inventó Baldomera Larra, *la banquera del pueblo*, hija del periodista Mariano José de Larra. Allí se convirtió en el *esquema Ponzi*, o la más moderna *estafa Madoff*, que de rebote tuvo víctimas importantes en España. En su momento fue una estafa nueva, traducida al inglés, sencilla e infalible. Un modelo tan útil como el magnicidio español, tan letal como «la gripe española». Era la receta para matar opositores o adversarios y echar la culpa a los revolucionarios.

Los que instauraron el método tal vez miraron muy atrás, al ejemplo de Viriato, suprimido vilmente por sus lugartenientes, aunque aquel fue un crimen improvisado, fruto del ansia inmediata de poder. Pero lo que acaso empezara entonces se convirtió en una insólita tradición, una receta mortal para reyes y presidentes que le hemos enseñado al mundo sin descubrirnos como inventores. Se diría que nuestros magnicidios fueron una funesta sucesión de casualidades. Ninguna historia de otro país tiene tantos presidentes asesinados en tan poco tiempo, ni tantos regicidios fracasados, ni tantos atentados a políticos por razones inexplicables. Y esa abundancia de casos pone de manifiesto que nunca fue una casualidad, sino un modo siniestro de cambiar la política. Los presidentes estaban rodeados de tantos traidores como el rey Alfonso XIII, al que estuvieron a punto de matar muchas veces.

Los supuestos anarquistas empleados en la ejecución de los presidentes que hemos estudiado resultan ser aventureros, tipos en busca de fortuna, sin una ideología definida, con comportamientos sorprendentes. Señalados como locos solitarios, en realidad eran asesinos por encargo, protegidos, acogidos, guiados por cómplices a los que nunca se detuvo. Gente que gastaba por encima de sus posibilidades. Podían comprar una moto con sidecar, pagar con billetes de 500 pesetas en los hoteles o viajar sin parar por el extranjero. Y sobre todo iban y venían a París, donde estaba establecida en distintas épocas

la Oficina de la Bomba, la central europea del Viejo de la Montaña de los *hashshashin* o *assassins* contemporáneos.

Esta es una historia de ida y vuelta que hasta puede tener raíces en el atentado contra el presidente McKinley en Buffalo, Nueva York, en 1901. Lo impresionante es que la presentación del asesino del presidente norteamericano como presunto anarquista triunfó desde el principio en el país del periodismo libre y la excelencia universitaria. Del turbio Czolgosz, el asesino, se ha dicho de todo, entre otras cosas, que pertenecía a una organización secreta llamada Caballeros del Águila Dorada (Knights of the Golden Eagle), considerada una secta que adoraba el dinero y que se llamaba así en homenaje al dólar.

Leon Frank Czolgosz (1873-1901), que disparó a McKinley el 6 de septiembre de 1901, afirmó que su transformación en extremista se había debido a su admiración por la dirigente política radical Emma Goldman, a la que metió en un tremendo lío, del que esta logró salir convenciendo a todos de que no estaba por la violencia, sino por la educación. Los historiadores se las han arreglado para conciliar datos tan opuestos como ser a la vez anarquista y miembro de una secta secreta que vela por los intereses de los más ricos. La secta, además, es lo contrario del credo libertario, pues dispone de una dura jerarquía en forma de pirámide.

A pesar de lo chocante del asunto, tanto la prensa oficiosa como los historiadores norteamericanos de las universidades más relevantes aceptaron sin demasiado recelo la *teoría del anarquista loco*, aportación que se convertiría en panacea universal y que sería adoptada con especial entusiasmo en la historia oficial española.

La investigación no es el punto fuerte de los españoles y, mucho menos, la investigación criminal. El premio se lo lleva la criminalidad política, campo en el que durante siglos los traidores han tenido las manos libres, porque nadie ha puesto en marcha un plan de retroinvestigación. Los que ahora lo hemos llevado a cabo nos encontramos con toda clase de impedimentos: no hay legislación que ayude a los investigadores, se carece de la más elemental conservación de los documentos y falta, de forma intencionada, una escuela o academia de investigación para que cunda el ejemplo. Por eso hay tantos esclavistas y traidores tratados como gente honorable en las páginas de la historia y en las calles de las ciudades. Sin afán de engrosar la nómina de los conspiradores, ya de por sí muy grande, hay que decir que las sociedades secretas, especialmente la de Supresión de la

Virtud, continúan ejerciendo su magisterio en la actualidad y tienen una franquicia hispánica.

Y, a pesar de todo, han sido descubiertos: ninguno de los magnicidios estudiados, incluido el regicidio frustrado de Alfonso XIII, sucedieron como se han contado. En los casos más sangrantes se alteraron los sumarios judiciales, que por cierto solo alguna que otra *rara avis* ha sentido la tentación de consultar en todo este tiempo. Partes de algunos de esos sumarios, de esos papeles con grandes secretos, no han sido recuperadas jamás. Me consta que la destrucción de estas pruebas ha sido en muchos casos absolutamente voluntaria e intencionada.

Sin el conocimiento de *la fiebre del crimen político*, la historia de España se torna imposible de entender. ¿Se disfraza la verdad sistemáticamente sin que haya premeditación y organización detrás de ello?

En 1912, el mismo año en que ocurrió, se hizo un documental sobre la muerte de Canalejas, en el que todo se refleja al revés. El gran actor Pepe Isbert, que interpreta al asesino, le dispara por el lado derecho, cuando en realidad recibió la bala por el izquierdo. El estudio de la antigua Universidad Central de Madrid afirma que el asesino murió de un disparo, y para ilustrar el informe, los antropólogos ponen una foto del criminal, a la que no hacen referencia alguna, en la que en la cabeza se ven, de forma obscena y delatora, dos agujeros «de entrada»: uno en la sien y otro en el lado izquierdo de la frente. En el colmo de la chapuza del documental, Isbert-Pardina «se suicida», y al momento, se levanta mientras sigue el documental con el mayor ridículo (puede verse en YouTube; *Asesinato y entierro de D. José Canalejas*).

La película es una prueba física del desprecio al rigor histórico. El guionista interpreta lo ocurrido como quiere: si mataron por el lado izquierdo, escenifica que fue por el derecho, y el asesino lo mismo se dispara en la cabeza que se levanta del suelo antes de que se acabe la escena. Porque en el juego histórico español todo vale. Se trata a la historia como si de verdad solo fuera un nuevo género literario.

Mi investigación confirma que en los magnicidios españoles lo proverbial es que el ministro de Gobernación de turno, que ha sido incapaz de impedir un atentado, siempre sale reforzado y premiado. Así sucede con Práxedes Mateo Sagasta, el que todavía protagoniza los mejores cuadros del Congreso, incapaz de proteger a Prim, y que siempre se negó a hablar del asunto, cuando debería haber dado toda clase de explicaciones. Tal vez por

ello fue presidente del Consejo de Ministros tantas veces. Con Cánovas, Fernando Cos-Gayón y Pons, que murió solo unos meses después, acabó escribiendo la necrológica del presidente como su particular purgatorio y es el único que no fue ascendido, quizás por su mala salud. Con la muerte de Canalejas, su ministro Antonio Barroso Castillo obtuvo el Ministerio de Gracia y Justicia de manos del sucesor, Álvaro de Figueroa y Torres, primer conde de Romanones. Este, tras haber superado la prueba del algodón de su negligencia el día de la boda de Alfonso XIII, sustituyó a Canalejas en la Presidencia del Gobierno, a pesar de ser su feroz adversario dentro del partido. Romanones, con su metedura de pata con el ramo de flores de Morral, se vio proyectado para siempre a la gloria política. Y Segismundo Moret, el del paseo Moret de Madrid, que fue el presidente que le eligió, también fue premiado con su vuelta a la Presidencia.

En el caso del asesinato de Eduardo Dato, el ministro de Gobernación era Gabino Bugallal Araújo, segundo conde de Bugallal, político de rompe y rasga, partidario de medidas represivas contra la conflictividad social, que llegó a tolerar la *ley de fugas*. Tras el crimen, cometido en plena Puerta de Alcalá, plaza de la Independencia, como si la policía en Madrid no existiera, Bugallal fue elevado a la Presidencia del Gobierno. Cerrando el círculo, en tiempos más modernos, Carlos Arias Navarro, inútil para impedir el asesinato de Carrero Blanco, fue elevado a presidente en lugar del presidente. Los asesinados y también el rey estaban advertidos, llenos de presagios amenazadores. Ellos... y sus respectivos ministros de Gobernación, que estaban al corriente.

Desde el punto de vista de Thomas de Quincey, los crímenes son de una rara perfección. Y no es broma, pues tenía de humorista lo mismo que Jack el Destripador. Sin embargo, nadie puede negar a los dos su conocimiento real del asesinato como una de las bellas artes. El magnicidio se presenta como la solución ideal para transformar la política a la carta, engañando a la historia con la exaltación de la heroicidad de los asesinos y el olvido de la investigación.

En España «se hace lo que se quiere», como dijo el rey Jorge V cuando solo era príncipe de Gales y asistía a la boda explosiva de Alfonso XIII en Madrid. En estas muertes programadas de grandes personajes hay muchas cosas que nos causan asombro. Todos estaban en la cumbre, ocupando el centro del escenario. Si morían cambiaría radicalmente la escena. Y los atentados estuvieron cuidadosamente escenificados.

El asesinato es una rama del saber. El que domina esta ciencia puede neutralizarlo. ¿Es posible que hoy en día pudiera retomarse este «vicio tan español»? Perfectamente, dado que nadie ha denunciado hasta ahora las claves de por qué durante tanto tiempo se hizo historia matando a un solo hombre para cambiarlo todo.

Las coincidencias entre los crímenes estudiados son constantes. Por ejemplo, en el caso del asesinato de Canalejas cuenta Soldevilla, en su anuario *El año político*, que el asesino Pardina era bien conocido por la policía y resultaba tan temido que estuvo vigilado por un agente infiltrado en Burdeos, donde vivía poco antes de trasladarse a España para matar al presidente. La identidad del infiltrado que se hacía pasar por anarquista, algo que era muy sencillo, fue divulgada al presentarse a declarar ante el juez. Se trataba del policía Armiñán, quien en Francia compartía la existencia con otro compañero íntimo de Pardina, además de con el propio terrorista. Según sus aportaciones, «sin que se sepa por qué, le ordenaron que cesara en sus servicios y se volviera a España». <sup>4</sup>

Otra fuente refiere el mismo asunto con distinta explicación e incluso con intención exculpatoria, claro que se trata de una publicación mucho más tardía<sup>5</sup> en la que al tercero que convivía con Tomás Armiñán y Pardina se le identifica como Manuel Hernández. La vigilancia había empezado cuando se tuvo conocimiento de que el pistolero llegaba procedente de Tampa (Florida), pasando por Londres y París. Armiñán montó el minucioso espionaje de Pardina a través de Hernández y estaba informado de todos sus pasos, pero después de algún tiempo «recibió la orden de volver a Madrid por falta de fondos en la Dirección General de Seguridad», lo cual es algo muy difícil de creer como explicación de la suspensión de una vigilancia que tenía hondamente preocupado al propio presidente del Consejo de Ministros, José Canalejas, quien se mantenía al tanto de los movimientos del sospechoso al que temía. De hecho, su viuda relata en sus memorias cómo el cese de la vigilancia le provocó un hondo desasosiego que no ayudó a disminuir ni siquiera el hecho de que se distribuyeran fotografías del individuo de frente y de perfil entre los escoltas del rey y del jefe del Gobierno. A pesar de su fama de anticlerical militante, el temor le obligó tres días antes del atentado a convocar al obispo de Madrid-Alcalá, que le había casado en segundas nupcias, para que le escuchara en confesión.

Un hecho muy parecido, pero referente al atentado contra Luis Carrero Blanco, lo relata el periodista Antonio Rubio,<sup>6</sup> quien cuenta que el jefe del



comando, José Miguel Beñarán Ordeñana, *Argala*, supuestamente encargado de apretar el detonador que hizo volar a Carrero, fue fotografiado un día antes en la parada de autobús de Serrano-Hermanos Bécquer, muy cerca del lugar del crimen, por agentes españoles de los servicios de información mientras realizaban labores de vigilancia de rusos y árabes. Poco antes del asesinato de Carrero, «los espías» recibieron la orden de regresar a su base sin que la foto del temido Argala, sorprendido cerca de la embajada USA en Madrid, alertara de nada.

El 21 de diciembre de 1978, a las 09.30 horas —el atentado de Carrero fue a las 09.25—, Argala, al que se le atribuye la detonación que mató al almirante, fue a su vez asesinado con un explosivo colocado en su coche en la localidad vasco francesa de Anglet. Otra vez la sociedad secreta. El dirigente de ETA se subió a su R-5 de color naranja, matrícula 9586-RB-64, le dio al contacto y al iniciar la marcha hizo explosión un artefacto muy potente que había sido colocado en la parte delantera, junto a la rueda izquierda. La explosión hizo que los restos del vehículo se expandieran en un radio de cien metros. Argala, como Carrero, salió volando por los aires hasta caer entre lo que quedaba de su coche, donde quedó mutilado y muerto. En el aire de este crimen se percibe una suelta de lastre. Los autores, al taponarle la boca para siempre, utilizan la simbología (casi plena coincidencia de fecha, hora y procedimiento), como si gozaran de macabro sentido del humor. Todo ello fue, desde luego, un «recadito» a terceros.

Tras la muerte de Canalejas, el comportamiento de la clase política y las autoridades escandaliza a los autores del libro de Amigos de la Historia *El magnicidio en España*: «Ni revolucionarios ni gubernamentales cuidaron al menos de cubrir las apariencias. El Congreso no acuerda una investigación, ni exige responsabilidades, ni pregunta qué ha hecho el jefe de policía, ni lamenta la conducta del ministro de la Gobernación, quien no había puesto la policía necesaria para protegerle».<sup>7</sup>

El comentario de Pablo Iglesias, el fundador del Partido Socialista, diputado que consumió un turno de palabra en el Parlamento para afirmar que «amigos suyos» estarían dispuestos incluso al atentado personal antes de que se permitiera la vuelta al poder del conservador Antonio Maura, es decir, justificando el atentado en política, resultó hiriente al conocerse el atentado contra Antonio Maura en Barcelona a manos de Manuel Possá Roca, miembro de las juventudes lerrouxistas, que lo hirió con arma de fuego.

Vienen a cuento las frases que al hilo de esto le dedicó en el Congreso el propio Canalejas: «Reconoceréis, señores diputados, que no pueden satisfacer a nadie las palabras del señor Iglesias... porque cuando se dice aquí algo no se va nunca a los tribunales; hay que pensar algo más en lo que se dice... El atentado es incentivo del crimen, y eso no se puede profesar en la Cámara ni por el señor Iglesias ni por nadie, y si lo profesa, no lo podemos consentir».<sup>8</sup>

Iglesias se defendió en todo momento de la acusación que flotaba en el ambiente de haber propiciado la muerte de Canalejas e igualmente desmintió que hubiera visto a Pardina horas antes del crimen. No obstante, parece que el pistolero sí asistió a su mitin.

España figura a la cabeza de Europa en cuanto a magnicidios. Estos asesinatos pretenden no solo la muerte de la víctima, sino la eliminación de una estrategia de gobierno. Los magnicidios españoles han exhibido hasta ahora la pantalla revolucionaria. Supuestamente más de la mitad fueron cometidos por pistoleros anarquistas. Desde luego, eran pistoleros.

En sentido amplio puede hablarse de enmascaramiento con revolucionarios o activistas radicales, lo que englobaría tanto a las huestes que eran combatidas por la Partida de la Porra de Ducazcal, cuando Prim, como a los terroristas de la banda ETA. Todos ellos usados como cortina de humo o cabeza de turco. A pesar de que ni siquiera los autores de la izquierda ortodoxa pusieran en duda la autoría del anarquismo idealista que recurre al magnicidio para destruir el orden establecido y a sus líderes.

Aquí se estudian seis atentados, un regicidio frustrado y varios asesinatos, concretamente cinco, como cinco fueron las víctimas canónicas del Destripador. Una vez muertos los gobernantes, los cronistas mintieron estableciendo que lo hicieron radicales en vez de sicarios mediante precio, mintieron cuando afirmaron que, siendo los criminales de turno los tipos más sospechosos y chocantes del mundo, pasaron desapercibidos varios días, sin que el aparato de protección del presidente se fijara en su aspecto descuidado y sus malas intenciones, y mintieron hasta la saciedad afirmando que a las víctimas no les gustaba sentirse protegidas, como si eso disculpara a los encargados de velar por ellas.

En todos los casos los asesinos actúan sin ser reprimidos: los sicarios disparan sus trabucos, tiran a bocajarro sobre la víctima que lee el diario *Época*, matan mientras la víctima mira unos libros. El *trío de la bencina* acaba con el presidente a bordo de una moto sin que sus ruidosos ensayos previos, increíblemente espectaculares, llamen la atención, y unos palurdos

de la banda ETA se transforman en ingenieros de minas capaces de colocar explosivos bajo el pavimento de Claudio Coello, a pesar de ser gente de nula capacidad técnica, por mucho que escritores de café con leche les coloquen un aura romántica. Porque eso ocurre con cierta semblanza de Argala, al que se presenta como Patroclo en Troya, con la armadura de Aquiles, subido en la escalera de mano con los hilos del detonador a punto de ser unidos —cuando hoy se cuestiona incluso que fueran necesarios cables para detonar aquel explosivo posiblemente militar—, esperando que el Dodge Dart negro, blindado, llegue al Austin Martin que la banda había plantado en doble fila para obligar al chófer a pasar exactamente sobre el volcán.

Y sin inmutarse, accionó el disparador que presuntamente lanzó el vehículo oficial por los aires hasta el patio de los jesuitas, describiendo un arco mortal. De ahí la exaltación de la machada con los cachorros militantes coreando: «Carrero, Carrero, ¿qué haces ahí... en el alero?». El Dodge quedó sobre una terracita interior, efectivamente con todos sus ocupantes muertos: el chófer, el escolta y el almirante.

Recuerdo como si fuera ahora mismo mi desplazamiento hasta el lugar del atentado, en mi vehículo, escuchando, admirado, la radio en la que decían que hubo una explosión de gas, una explosión que había afectado al coche del presidente. ¡Qué casualidad! Ya en ese momento estaban mintiendo. Era algo que impresionaba mucho porque lo decía la radio oficial y sin embargo sonaba absurdo. ¿Cómo es posible que hubiera una fuga de gas con explosión y en ese momento pasara justo por encima el guardián de las esencias del franquismo? Era un argumento increíble. Todavía faltaba lo peor: el gran cráter de la bomba, la desaparición del coche del presidente, la angustia de los vecinos y los transeúntes, la confusión de la policía y los periodistas calibrando cuánto de todo esto era simple representación. La tragedia estaba allí: habían muerto tres hombres. Asesinados. Tenía toda la pinta de un magnicidio, pero el miedo no dejaba decir la verdad. Enseguida empezaron a correr los chistes y las maldades por los corrillos. Entonces se hacían muchos chistes de Franco y la verdad es que sus intervenciones daban mucho juego. En el acto fúnebre, su excelencia llegó a decir, refiriéndose a la muerte del presidente del Gobierno, que «no hay mal que por bien no venga», lo que no fue óbice para que se le saltaran las lágrimas. Y todo el mundo se puso a hacer conjeturas.

Como las investigaciones de todos y cada uno de los hechos no llegaron hasta el final, se dieron por válidas las conjeturas y las apariencias, pese a

tener muy en cuenta que engañan. Transcurrido el tiempo, va la verdad asomando su pata de lobo por aquí y por allá. El jefe de los asesinos de Dato respondió nervioso y exaltado a la pregunta de si sabía que habían sido acusados de mercenarios. En varios de los crímenes suena la sospecha de una conspiración masónica, aclaro que no sobre los masones de la supuesta escuela de filosofía, sino sobre los que presumen de forjar conspiraciones en las alcantarillas. La insistente y virulenta negativa cuando aparecen datos inequívocos de que los hermanos del triángulo estuvieran implicados redobla las suspicacias y las preguntas sobre el verdadero papel de los políticos masones o las verdaderas relaciones de los políticos con la masonería, en lo que fue a veces una auténtica orgía de poder. La desconfianza se justifica por las acciones públicas, los nombramientos, la frecuente falta de firmeza y la casi continua dejadez en la persecución de delitos de tan gran tamaño.

Solo las ambiciones desatadas, la falta de escrúpulos y la traición continua explican cómo fue posible que los hombres que tenían el poder no pudieran defenderse de acciones mortales en su contra, cuando estaban todos avisados, habían recibido ataques con anterioridad y conocían los salvajes asesinatos de sus predecesores en el cargo, como conocían la falta de entusiasmo por aclarar los extremos de aquellos hechos, atrapar a los autores materiales y descubrir a los instigadores y principales beneficiarios. Era una empresa en la que se jugaban la cabeza y la perdieron.

Una vez que se estudian las figuras de los asesinados, se hace imposible pensar que estuvieran tan ciegos como se ha publicado y repetido hasta la saciedad. ¿Su dejadez llegaba al extremo de abandonarse en manos de los criminales? Juan Prim era un estratega de primer orden, valiente y astuto, que nunca se habría dejado llevar por la loca confianza en su buena estrella, como toda una cohorte de hagiógrafos ha dejado ver. Canalejas, que se pasó la noche previa a su asesinato en duermevela, dando vueltas en la cama y suspirando «¡Ay, Dios mío!», no habría descuidado su protección. Simplemente confiaba en quienes le fallaron. Ni estos dos presidentes, a pesar de haber sido presentados como figuras temerarias, pagados de sí mismos, para echar tierra al asunto, ni Cánovas, atrincherado en el balneario de Santa Águeda con una fuerte escolta, ni Dato, fiado de la vigilancia que creyó que reinaba en la ciudad en la que había sido alcalde, ni Carrero Blanco, que usaba un vehículo blindado y guardaespaldas, se enfrentaron con irresponsabilidad temeraria al peligro, sino que fueron abandonados.

Los asesinatos, nunca suficientemente investigados, o escaparon para siempre o recibieron garrote a la carrera, con lo que se enterró el misterio, o «les suicidaron», como les ocurrió a Morral y Pardina, como ha quedado demostrado, o se escaparon como agua entre los dedos, o quedaron enmascarados en una acción de tal tamaño que nunca antes o después la organización terrorista fue capaz de igualarla. Es decir, que habrían sido incapaces de haberla llevado a cabo si los mecanismos de prevención hubieran funcionado.

Todo comenzó en una sociedad con un tipo de violencia más personal y cercana, donde los atentados, con «cabezas de turco» o sin ellos, casi se hacían cuerpo a cuerpo. En ese tiempo eran frecuentes los duelos a primera sangre o a muerte. Uno de los más significativos fue el librado entre José Paúl y Angulo, uno de los asesinos de Prim, y el jefe de la «Partida de la Porra», Felipe Ducazcal. Paúl y Angulo le metió una bala en la cabeza a Ducazcal, herida de la que acabaría muriendo más tarde. El enfrentamiento tuvo lugar el 10 de diciembre de 1870, días antes de que Prim fuera asesinado, a las once de la mañana, en presencia de gran cantidad de público en las campos del arroyo Abroñigal.

Canalejas se sometió igualmente a los peligros del duelo a primera sangre. Era un hombre valiente, como Prim, como lo demostró incluso en el campo de batalla, aunque no con las armas en la mano. No era hombre que huyese del cuerpo a cuerpo. Canalejas, como Prim, hacía un trayecto doméstico, habitual, cuando fue asesinado. Lo mataron en el mismo centro de Madrid, igual que al general catalán. Los dos, el marqués de los Castillejos y el duque de Canalejas, preferían los éxitos de la inteligencia a los de armas, aunque el general había tenido abundancia de los dos en su trayectoria militar. Eran buenos oradores, si bien Canalejas destacaba en el lenguaje rico y florido, mientras Prim era práctico y eficaz. El Congreso fue testigo de sus rifirrafes y sus éxitos en los debates. Canalejas era respetuoso, delicado en el decir, aunque contundente en los juicios y preciso en las definiciones. Prim era de lenguaje corto y duro, con verdades como puños. Había pocos que se fueran sin una réplica adecuada después de haberle provocado. Muchos años después, el contenido incendiario de algunos de sus discursos fue censurado por una publicación que presuntamente reunía el conjunto de sus intervenciones, inexplicablemente editada por el propio Congreso de los Diputados, encomendada a un supuesto historiador que se hacía pasar por

catedrático de la Complutense sin serlo y que ofrece la oratoria de Prim fuera de contexto, sin que se sepa cuál fue su aportación.

Al conde de Romanones, apasionado de la caza de la codorniz en Sigüenza, algunas noticias de gran calado le sorprendieron pegando tiros con sus perros. Cuando el asesinato de Cánovas del Castillo (1987), tenía treinta y cuatro años, ya había sido alcalde de Madrid y se preparaba para un segundo mandato. Al enterarse dijo que se había ido un hombre excepcional, y exaltó su forma de abandonar este mundo, puesto que para un político «la muerte violenta es el mejor Jordán para lavar todos los yerros y pecados». Contemplado desde la altura de los cinco magnicidios y el regicidio frustrado, parece un comentario socarrón, con retranca, sobre todo ante la evidencia de que él, por su parte, murió en la cama. Como él diría: «Los amigos suelen abandonarnos a la hora de la desgracia; los enemigos nos siguen hasta la muerte». Resulta curioso que Eduardo Dato Iradier, el cuarto presidente asesinado, dijera cuando mataron a Cánovas: «Para un gobernante, es lo más envidiable morir así por la patria». Él tuvo ese mismo privilegio.

En el caso de Prim, la justicia recogió en el sumario gran parte de la verdad, aunque las fuerzas políticas consiguieran retrasarlo, orillararlo, y al final, derivarlo al archivo. Existe una relación intensa entre aquellas actuaciones del pasado y lo ocurrido cuando la muerte de Carrero Blanco. Los papeles fueron saqueados, deteriorados, olvidados, borrados y destruidos. Gran parte del sumario sería inutilizado y el resto expuesto a la humedad, como si las páginas de la historia no valieran nada o su contenido molestara. El jefe operativo de los asesinos de Prim, Paúl y Angulo, no era anarquista y pasaba su tiempo en las tabernas. Era excesivo en todo y buscaba el medro personal, siendo este su principal objetivo.

## Prim deshace la gran mentira

Antes de nada, debo decir que yo veo a Juan Prim como lo veía el gran periodista y político José Francos Rodríguez: «Y un día me llevó mi padre a la Puerta del Sol: “Vas a ver al hombre más grande y más honrado de nuestra tierra. Fíjate en él”». Y se atestó la Puerta del Sol, y se hicieron ríos de gente las calles, y formó la tropa, y vinieron los milicianos, y de pronto se alzó, creció y centelleó una gritería terrible, un clamor sobrehumano, un trueno en el que se fundían cien mil truenos, y entre aquellas aclamaciones escalofriantes vi aparecer al héroe. ¡Prim! ¡El caudillo de la libertad, el soldado de África, el alma de la revolución!... Pálido, con un increíble resplandor en sus ojos leoninos, pasó regalando sonrisas y devolviendo saludos, y a mí me pareció en aquellos momentos que todo se llenaba de paz. Así le vi, y así le veré siempre».<sup>9</sup> Aquel día había nevado mucho y la gente con los pies hundidos en la nieve tiritaba de frío, pero se calentaba dando palmas. El día que asesinaron a Prim también había nevado mucho y los del tabuco calentaron los dedos tirando del gatillo.

La cantinela de que Prim iba a ser asesinado era tan persistente que tres días antes del 27 de diciembre de 1870, en plena Nochebuena, y en los dos días siguientes, por Sevilla, el feudo de los Montpensier, donde está el jardín en el que María de las Mercedes contrajo la infección que habría de matarla, corrió la noticia de que ya había sido asesinado. La misma mañana del crimen, Bernardo García puso a su disposición la lista de los pistoleros que abrirían fuego contra él. Prim había emprendido el proyecto de una monarquía aprobada por el Parlamento y no tenía oídos para otra cosa, pues estaba a punto de subir al tren para recibir a Amadeo I en Cartagena. El

diputado republicano Francisco García López también le advirtió del atentado, como lo hizo Castelar. Los hermanos masones volvieron a insistir para que fuera a la cena de la logia. Causalmente Segismundo Moret, uno de los personajes-río de estos regicidios-magnicidios, se presenta en las Cortes a las diez de la noche el 30 de noviembre, día oficial y falso de la muerte de Prim, y anuncia su fallecimiento. ¿Por qué le tocó hacerlo a Moret, el confidente y presunto amigo?

Juan Prim fue herido a trabucazos la tarde noche de la peor nevada en Madrid, el 27 de diciembre de 1870. Hay quien destaca que no quiso ir a cenar con la logia para conmemorar el San Juan de invierno. Murió horas después, aunque no por sus heridas, sino por la impaciencia de los verdugos que tuvieron que agredirle de nuevo.<sup>10</sup>

Hasta cincuenta mil duros fue el precio por la cabeza de Prim, aunque era una recompensa global para los autores ejecutivos de la muerte. Se eligió un plantel de criminales llegados de distintos puntos de España y coordinados por personajes con harta experiencia en turbulencias políticas y negocios sucios. En dos meses echaron a andar hasta tres planes con ligeras variantes para acabar con él. Los dos primeros fueron desmontados y reducidos sus promotores casi por casualidad, aunque nunca se llegó a las raíces ni a las alturas de esas intentonas. Todos los criminales eran sicarios remunerados, con salario de diez pesetas por día y la promesa de cinco mil duros si acababan con Prim. Un grupo de selectos asesinos de eficacia probada vino de La Rioja, y otro, de Valencia. Alguno suelto procedía de Zaragoza, como Felipe Calvo, que fue detenido en aquella ciudad y dijo estar citado en Madrid para el día 27 —el del atentado—, cuando estaba previsto «un gran acontecimiento» que habría de provocar una revolución. El asunto se pinchó sin resultado cuando algunos de los malhechores fueron sorprendidos deambulando con trabucos por la calle del Turco, en lo que fue uno de los preparativos del gran día.

Según el resumen que hace el historiador Ricardo de la Cierva,<sup>11</sup> el abogado Pedrol Rius descubrió a los autores materiales, los inductores y las causas de la entrada del sumario en el olvido: «El ejecutor material del crimen fue José Paúl Angulo, un señorito criminal jerezano, que había sido revolucionario de 1868, y luego quedó muy resentido contra Prim porque no había premiado sus servicios como él se esperaba. Los inductores eran de alta cuna. Nada menos que el general Serrano, regente de España y enemigo mortal de Prim desde mucho antes; y el duque de Montpensier, que había



contribuido con sus buenos dineros a la revolución de 1868 contra su cuñada Isabel II, pese a lo cual Prim, árbitro de España, que no se fiaba del duque, le cerró el camino del trono. Luego hay toda una caterva de segundos, terceros y cuartos cómplices, pero los personajes importantes son esos tres. Lo malo es que Montpensier, si bien no llegó a rey de España, era el padre de la infanta María de las Mercedes, que sería reina de España al casarse con su primo Alfonso XII. Era la hija de un presunto criminal, como indicaba el sumario prohibido, pero la razón de Estado impidió que ese sumario prosperase, hasta que Pedrol lo resucitó. Aun así, desaparecieron después bastantes páginas del mismo, cuando ya Pedrol lo había utilizado...».12

Hay toda una línea de grandes historiadores, respetables y documentados, que sostienen esto mismo con ligeras variantes. Puedo certificar, como presidente de la Comisión Prim de Investigación, que lo dicho adquiere solidez al descubrirse mediante la única autopsia que jamás se le ha hecho al general Prim el verdadero mecanismo de la muerte: primero, cuando estaba gravemente herido por los trabucazos, en su propio lecho fue apuñado por la espalda; y finalmente, dado que no moría, ante la impaciencia de los criminales que lo odiaban y temían, lo estrangularon a lazo. La responsabilidad de lo ocurrido recae sobre Francisco Serrano y Domínguez, el regente, que fue gobernador de Cuba favoreciendo el esclavismo, y que se había presentado en la casa de Prim, el palacio de Buenavista, en Cibeles, y se había hecho cargo del poder de la nación y del poder doméstico de la casa. Su muerte debió de producirse por orden o consentimiento de quien tenía la obligación de velar por su vida.

En cuanto a las acusaciones contra Montpensier, están fundamentadas en el contenido del sumario que leímos entero. Una de las principales pruebas, una tarjeta cortada en triángulo (¿masónico?), que se entregó a uno de los mercenarios como contraseña, se hizo desaparecer, borrándose la pieza en la que se indagaba ese hecho que apuntaba al duque, entre otros importantes datos que le señalan. Los esfuerzos de sus partidarios por destruir lo actuado se debieron de prolongar durante mucho tiempo, pues el sumario, que tenía en origen 18.000 folios, y así lo encontró íntegro el abogado Pedrol Rius, acabó reducido a menos de la mitad con gran cantidad de páginas humedecidas e ilegibles. Ahí está José Paúl y Angulo, huido de la justicia, como todos los asesinos materiales de Prim: España nunca ha vigilado la autenticidad de su historia.13

El paso del tiempo ha hecho desaparecer la voluntad de quienes quisieron disfrazar los hechos. En el caso del asesinato de Juan Prim y Prats todo se supo ciento cuarenta años después. Era el mayor misterio criminal de la historia española y fue objeto de un estudio especial desde la universidad, que se concretó en la Comisión Prim de Investigación, que yo presidí. Desde esta, profesores y alumnos estudiaron el sumario, recompusieron la escena del crimen y sacaron la momia de su encierro en un ataúd de plomo. El conocimiento de la forma en la que de verdad murió señala a los principales responsables del complot que le mató. Con Prim se encendió una luz en la noche de los magnicidios y empezó a deshacerse la gran mentira. El hallazgo fue el comienzo de un estudio con técnicas muy modernas y los saberes del siglo XXI.

Dice Pedrol Rius que es «sabido que los crímenes de Estado se urden de forma que nunca pueden ser aclarados», aunque eso no significa que no puedan ser descubiertos, sobre todo si son tan groseros y evidentes como el del general Prim, en el que el gobierno, según recuerda el mismo Pedrol, obligó al cese al fiscal de la causa, Vellando, quien no aceptaba declarar inocente al coronel Solís y Campuzano, ayudante de Montpensier, que quedó salpicado de la sangre de Prim, aunque terminara siendo el suegro de Alfonso XII gracias a su hija María de las Mercedes, la flor más hermosa del jardín de los Montpensier.

Los personajes de los magnicidios se superponen, encadenan y relacionan. Luis Carrero Blanco supo con agrado la última noche de su vida que Antonio Pedrol Rius, a quien se atribuye la primera revisión del sumario de Prim perdido en los trasteros de la justicia, alertando de la dinamita política que contiene, había ganado las elecciones al Colegio de Abogados de Madrid, donde competía con Joaquín Ruiz Jiménez. Pedrol escribió un libro, *Los asesinos del general Prim*, del que hablan siempre todos los que no saben nada de la muerte de Prim. Una cosa es lo que dice Pedrol en su libro y otra, muy distinta, la verdad del sumario.

Como digo, los personajes relevantes que pasan de uno a otro magnicidio entrecruzan sus vidas: siendo niño, Canalejas pudo ver a Prim maduro y a Cánovas joven. Canalejas, la víctima del ecuador de la forma nueva de hacer política, tenía cincuenta y dos años cuando Romanones, de cuarenta y tres, tropezó con su cojera en la boda de Alfonso XIII, el rey de veinte años. Estaba a las órdenes de Segismundo Moret, presidente del Consejo, que había cumplido setenta y tres. Eduardo Dato tenía cincuenta

años. Hay un trenzado de unos y otros, y pese a que son hombres de gobierno, que están en el secreto de las cosas, no son capaces de tomar nota de la alerta del complot de Prim, ni la sorpresa de Cánovas en el balneario, ni de todo aquello que era una amenaza latente contra los que accedían a la Presidencia del Consejo. Los que mataron a Prim eran una mezcla de hombres poderosos y sicarios de la más baja estofa, hasta llegar al especialista en estrangulación a lazo, que estaba justo a pie de palacio.

José María Pastor, jefe de escoltas del general Serrano, el duque de la Torre, igual que Felipe Solís y Campuzano, secretario del duque de Montpensier, estuvo imputado como presunto asesino. Era un tipo rubio, zanquilargo, delgado, que gastaba patillas y tenía cierta distinción en el vestir, quizá exagerada. Había sido estudiante de medicina, con lo que sabía dónde había que dar una puñalada para que fuera mortal, y también debía de saber que la estrangulación a lazo era el mejor mecanismo de la asfixia. Hay que tener en cuenta que era el protegido de Sagasta, que llegó a nombrarle jefe de Orden Público de Madrid. Contra Prim tenía un resentimiento personal porque no le había concedido determinados favores y había aconsejado su cese. Despreciado por Prim, fue ardorosamente acogido por Serrano.

¿A quién beneficiaba la muerte de Prim? Desde luego a los montpensieristas, los serranistas y los republicanos. Prim había dicho: «No habrá República en España mientras yo viva». Estaba contra la dinastía de los Borbones, pero seguía siendo monárquico. La monarquía de Amadeo era el fin de las pretensiones de Antonio de Orleans, alias *el Chino* por sus ojos rasgados, de los republicanos y de la regencia del general Serrano, que no lo decía, pero se ponía de perfil como para las monedas y su actitud equivalía a decir constantemente «para qué buscáis un rey en Europa si aquí tenéis uno que soy yo».

La historia oficial dice que murió en el palacio de Buenavista, construido en el siglo XVIII por deseo de la duquesa de Alba. Posteriormente lo compró el Ayuntamiento de la ciudad, en 1805, y en 1808 se lo regalaron al valido Godoy. Cuando lo ocupó Prim hizo que lo restauraran y encargó jardines y rampas al estilo de las mansiones señoriales de Francia e Inglaterra. Allí no murió el general tras tres días de agonía, como es comúnmente aceptado, sino que allí fue rematado, en su propia cama, poco después de los trabucazos de la calle del Turco, aunque su muerte solo se anunció el mismo día que Amadeo llegaba a Cartagena.

Curiosamente, en Prim ya aparece la cortina de humo anarquista, revolucionaria o llámese como se quiera: los elementos radicales a los que echarles la culpa del crimen de Estado. José María de Mena da por seguro un pacto de elementos aristocráticos y anarquistas. Hermana la camarilla palaciega con los anarquistas bakuninistas que soñaban con la utopía de la abolición del Estado. Por motivos diferentes todos coincidían en que Prim era el único obstáculo para quitarle a Amadeo las ganas de ser rey de España. Es una hermosa leyenda y comienza el mito anarquista que tanta importancia tendrá en los magnicidios siguientes. Como siempre, más allá de la especulación histórica, la verdad va por otro lado. Los republicanos no querían cuentas con los anarquistas ni con Montpensier. Serrano estaba solo en su jaula de oro y aspiraba a relevar a Prim en el poder, cosa que lograría. Los asesinos eran gente reclutada, tabernaria y delincuente. De modo que en este crimen no hay nada «limpio», de tipo ideológico o utopista, como proclaman los hispanistas franceses, abanderados del anarquismo español, que sin estos triunfos se queda en nada. Los promotores mataron para lucrarse y los asesinos por la paga.

En la nube de conspiraciones se inserta la relación de los prebostes de la Gloriosa con los ricos azucareros de Cuba y Puerto Rico. Serrano incluso estaba casado con una rica cubana familia del conde de Casa Brunet, el hombre que ayudó a Prim, quien también tenía amistad con Carlos Manuel de Céspedes, uno de los que prendieron la llama de la rebeldía en la Damajagua. Pero eso no hace verdadera la frase de que «Prim fue asesinado en Madrid, pero el gatillo lo apretaron en Cuba». A Prim lo asesinaron en Madrid y el gatillo lo apretaron en la calle de Alcalá. Prim era un tipo internacional, pionero en publicar sus discursos en inglés, en visitar el ejército norteamericano del Potomac, en liberar a los mexicanos del yugo de los franceses y tomar las aguas de Vichy. Olivar Bertrand dice que un grupo de españoles celebró su muerte con un banquete en Nueva York y una mano negra le dio una puñalada de pícaro en el mismo corazón al cuadro de Prim, pintado por Nin y Tudó, que estaba colgado en el Casino Español de La Habana. La repercusión fue grande, pero los asesinos, de todas formas, estaban en Madrid.

La agresión política al sumario siguió hasta la exoneración de todos los presuntos implicados, incluso del clarísimo imputado José María Pastor, último en conseguir la libertad. El presidente del Consejo de Ministros al abrirse la causa era ya el general Serrano, del que tanto había cuidado Pastor.

Tirando a degüello a Montesquieu, la Restauración pasó por encima de la justicia. Tímidamente, algunos historiadores admiten que el asesinato de Prim pudo ser un crimen de Estado, o puesto en sordina por el Estado, como el asesinato de Kennedy. No saben hasta qué punto son similares y cómo uno aparece nacido del otro.

Los asesinos que pasan por revolucionarios y que luego se transforman en presuntos utopistas anarcos aparecen en escena con el asesinato de Prim. Y desde entonces hay una continuidad de personajes que están activos durante varios atentados, sin prevenirlos a pesar de su experiencia, ni que hagan nada por evitarlos.

Emilio Castelar, el gran orador republicano, fue a avisarle de las cosas raras que estaba escuchando en su grupo parlamentario relacionadas con un posible atentado, pero el general Prim lo dio por resuelto confiando en sus disposiciones y medidas frente al desorden. Castelar se impresionó vivamente cuando mataron a Cánovas, quien le había embromado con aquello que se le ocurrió al titán de la Restauración. En una charla en grupo le preguntaron a Cánovas cómo habría que definir en la Constitución quiénes eran españoles, y no sin coña malagueña, el Monstruo dijo: «Ponga que españoles son los que no pueden ser otra cosa». Frente a esto, Castelar, muy cañí, soltó que «si no pudiera ser español, sería ¡español!». «Sinceramente, Emilio, no sabía que fueras tan modesto», le contestó Cánovas con retranca.

Se ponía en marcha la cuchilla de la historia, el aletazo de la traición del magnicidio, desde Prim y Cánovas. Prim decía que en España no había republicanos y dicen que ese pensamiento hizo que Paúl y Angulo le odiara, pero esto debía de ser mentira. A Prim le mataron utilizando a Paúl y Angulo, sí, pero solo para arrebatarse el poder.

Aunque se ha difundido que en los casos de Cánovas y Canalejas el asesinato se debió a un exaltado solitario, puede certificarse el carácter colectivo de todos los atentados. El de Prim está avalado incluso por el discurso del almirante Topete, que así lo afirma al día siguiente del asesinato. La justicia, sin embargo, cuatro años después, y tras pasar la indagatoria por siete jueces y seis suplentes, concluyó que no se sabía todavía quiénes eran los culpables, aunque el propio sumario que ellos habían instruido lo dejaba bien claro. Vigiladas de cerca por el poder ejecutivo, se suceden las irregularidades procesales, como el sobreseimiento de Felipe Solís, secretario del duque de Montpensier. Rafael Olivar Bertrand sostiene que Paúl y Angulo fue solo un instrumento. El gobierno de la Restauración, como se ha

dicho, arguyó la razón de Estado, pero en el caso de Prim no fue bastante para ocultar el crimen.

El criterio de los reclutadores fue elegir hombres «capaces de pegarle una puñalada al sol de mediodía» y se calcula que formaron un ejército de cincuenta indeseables. El documento que mueve todo el sumario es la cartulina azul cortada en dos triángulos coincidentes con la palabra *Mont*, que formaba parte de la mitad de la aristocrática tarjeta del duque naranjero. Si se encontraba el otro triángulo se leería «Mont-pensier» y se abriría la puerta de par en par. Tan críptico y romántico como la intriga del collar de la reina. Así eran de retorcidos en el XIX, de sedas y encajes, con alta cuna y bajas pasiones.

El reclutador operativo era José López, alias *Madame Luz*, una Mata-Hari de arrabal, que al ver que nadie iba a sacarle del calabozo señaló efectivamente al duque como el mirlo blanco del atentado. La cosa era tan evidente y cargada de razón que el tomo XV del sumario, donde se recogen los testimonios y todos los datos objetivos del asunto, quedó emborronado en su totalidad, e ilegible.

Dos barateros,<sup>14</sup> Burrucharri e Iturmendi, contactaron en un prostíbulo de Zaragoza con el cabo Francisco Ciprés Janini, al que ofrecieron un goloso negocio: matar a Prim. Ciprés, que no era un asesino, se entrevistó en Madrid con un individuo en cuya descripción se dibujan los rasgos de José María Pastor, el jefe de escolta de Serrano: «Alto, delgado, de patillas rubias y color quebrado», al que para que no falte nada le presentaron como el financiador del negocio. Le llamaban Don José. Prácticamente es la misma definición que hace la principal testigo del caso de uno de los malhechores presentes en la calle del Turco.

Un preso de Albacete, Pascual García Mille, informó que Pastor le había hecho una oferta para unirse al magnicidio, con la seguridad de que si aceptaba sería exonerado de la condena que en ese momento lo mantenía encarcelado. Mille señaló también a Pastor y a otros como Porcel, Fenellosa y Roca. Los sicarios reclutados eran gente con experiencia, dignos de servir a generales y duques, en caso de que estos se decidieran por el delito. Mille dice que se alojaron en casa del propio Pastor y que regresaron a las diez de la noche. Él afirma que no participó porque no quiso convertirse en asesino, argumento que no convence. Aporta un dato muy significativo, sin embargo: Fenellosa, otro de los reclutados, comenzó a desconfiar del supervisor y le tendió una trampa escribiendo en la pared, detrás de la cama, todo lo que

sabía, sin olvidarse de incluir las fechas en las que sucedieron los hechos. Hizo el escrito a lápiz y lo dejó oculto apoyando la cama en la pared.

Los sicarios desenmascarados apuntan un perfil coincidente. La primera intentona para matar al general la protagonizó Cayetano Domínguez, detenido el 29 de octubre de 1870, dos meses antes del remate en la calle del Turco. Es la primera prueba fehaciente del propósito de asesinar al presidente y ministro de la Guerra, y ya entonces se anuncia que la intención era que hubiese un levantamiento que respaldara a Montpensier. El 15 de noviembre es detenido *Madame Luz*, José López, el muñidor travestido, y sus cómplices: Esteban Sáenz Leza, Martín Arnedo, Ruperto Merino y Tomás Carratalá, el grupo de La Rioja al que habrían de añadirse los capturados después: Tomás García Lafuente y José Genovés. Por el contrario, Enrique Sostrada y Pedro Acevedo lograron escapar.

Con Prim se desata la mayor contratación de asesinos de toda la historia, y con la gran variedad de casos como el de Kennedy y tantos otros, hay donde elegir. Se paga al ejecutor, se proporcionan las armas y se cubren todas las salidas. Por si faltara algo, se disfraza el resultado y se siembran pistas falsas. Lo principal es que la intervención médica esté mediatizada, tanto por las heridas como por la hora de la muerte. Y se busca el momento conveniente para anunciar el fallecimiento. Los sicarios se ocupan de todo con sus supervisores, sus dirigentes en la escena del crimen y los encubridores que borran las pistas. En las conspiraciones fluye el dinero sin cuento, regando todos los puntos sensibles. Siempre hay dinero para solventar cualquier problema. Uno muy corriente es que alguien sienta la necesidad de irse de la lengua.

Tras el magnicidio de Prim, García Lafuente, señalado como confidente, fue puesto en libertad y antes de llegar a su pueblo valenciano recibió un trabucazo que lo dejó tieso. Fue la primera boca sellada del proceso. El cabo Rabanal presenta su denuncia que promueve la investigación. Todo se refiere a la tentativa abanderada por Madame Luz, detallada por Genovés, que insiste en que lo acordado era proclamar rey al duque de Montpensier. Genovés fue asesinado en la misma cárcel con Ruperto Merino, Clemente Escobar y José Roca. Algo más trabajoso que liquidar a Oswald en Dallas. Parece que la experiencia sirvió para agilizar los trámites.

A José Fernández, otro de los presuntos, le dieron una paliza literalmente de muerte y Mariano González también murió en el Saladero, la temible cárcel madrileña, como todos los otros. Un reguero de sangre siguió a

la asunción de la Presidencia por parte del general Serrano mientras su jefe de escoltas, José María Pastor, continuaba encarcelado por la justicia ciega, tan ciega que al final lo pondría en libertad. Con todo, en la muerte de Prim lo esencial fue la traición sin límite, algo sin lo cual no se puede concebir un magnicidio.

En el caso de Prim la rumorología comprobada señala que la traición incluso viajaba a bordo de la berlina de color verde que fue inmovilizada en la calle del Turco, para que los desaprensivos descargaran sus armas sobre el general, no encontrando esta otra cosa con que parar las balas que sus propias manos, y de ahí que la palma de la derecha fuera atravesada por un impacto. En mi opinión, los rumores no deben ni tocar al ayudante Nandín que, a su vez, también perdió una mano intentando desviar las balas para que no mataran al general. Y paradojas de la historia: es al que se le achaca que disparó contra su jefe en el interior del vehículo, aunque afortunadamente el trabajo de la Comisión Prim de Investigación ha demostrado para siempre que «no hubo ningún disparo dentro del coche». Nandín era inocente, aunque Prim estuviera rodeado de traidores.

La muerte del general provocó la agonía del constitucionalismo monárquico. Amadeo de Saboya comenzó la cuenta atrás de una dinastía fallida. El general Francisco Serrano Domínguez hizo el paripé que le permitió ocupar los cargos del asesinato, y al duque de Montpensier, *el Chino*, casado con la infanta Luisa Fernanda, hermana de Isabel II, se le apartó definitivamente del poder, tras los numerosos desembolsos de dinero que había hecho para acceder al trono.

Los alfonsinos hacían cola a la espera de la Restauración, los carlistas quedaron a verlas venir y a los republicanos se les alegró el pajarito, conscientes de que Prim era el único obstáculo serio para instaurar la República. Los de la Unión Liberal y Topete optaron por sí mismos y dejaron en la estacada al Orleans. Serrano se alzaría con la Presidencia. Las fuerzas de la Gloriosa quedaron diluidas, Amadeo perdió respaldo y no tuvo otra que marcharse. La I República no supo hacerse con las riendas del país y su último presidente fue otra vez Serrano, «el general bonito», que dio paso a la Restauración. De no haber muerto Prim, los Borbones no habrían vuelto a reinar en España, tal y como el de Reus se había prometido. Además, habría creado una clase dirigente nueva sobre la base de los más afines y parte de la corte de Saboya. El filtro habría controlado las intrigas y eliminado los



proyectos de la cascada de maldicientes que le amenazaba. Los que lo mataron sabían cómo se las gastaba Prim.

Aterrados por no haber logrado que falleciera en el acto en la calle del Turco, lo remataron porque eran conscientes de que si sobrevivía tenían los minutos contados. A un valiente como Prim solo se le puede matar en una emboscada, invirtiendo en ello tiempo, dinero y voluntad. Incluso así, solo la traición permitió que fuera vulnerable en la calle del Turco hasta quedar a merced de sus agresores, e indefenso en su propia cama una vez herido de gravedad. Prim, maestro en conspiraciones, pronunciamientos y rebeldías, fue víctima de una encerrona a cargo de lo más granado que se podía comprar con dinero. El cerebro criminal de los políticos prefirió asesinos a sueldo.

Prim fue incapaz de detectar enemigos tan cerca del portal de su casa, vecinos del banco de gobierno, diputados de esgrima verbal, partidarios de la puñalada de pícaro. Su muerte se produjo de vuelta a casa desde el Congreso de los Diputados al palacio de Buenavista, donde quedó indefenso; él, que había cruzado los campos de batalla a cuerpo limpio, sin mirar nunca atrás. Un militar que todavía asombra por su gallardía y elegancia, su valor e inteligencia y su capacidad de hombre de Estado. La muerte de Prim dio marcha atrás a los relojes de la historia.

A Prim lo mataron con cincuenta y seis años, a Cánovas con sesenta y nueve, a Canalejas con cincuenta y ocho, a Dato con sesenta y cuatro y a Carrero con sesenta y nueve. Tres murieron por encima de los sesenta, dos de ellos casi septuagenarios. Los otros dos eran más jóvenes, cincuentones, y el benjamín de la muerte fue Prim, el marqués de los Castillejos. Cánovas empezó trabajando en los ferrocarriles, como Canalejas, que también inició su carrera como ferroviario. Prim y Carrero fueron militares, con brillantes carreras; y Dato fue un gran jurista. Menos Dato, todos eran aficionados a escribir, alcanzando Canalejas y Cánovas la excelencia como periodistas. Este último se atrevió con la novela, siendo su primera obra de ficción *La campana de Huesca*. Cánovas era un apasionado de la historia.

A tres, Prim, Dato y Carrero, les agredieron yendo en coche oficial, y a dos, Cánovas y Canalejas, les dispararon sin vehículo, a uno sentado y al otro de pie. Una vez heridos, los médicos no intentaron salvar a ninguno porque las heridas eran mortales, aunque con Prim hicieran el paripé, no tanto los galenos como los políticos que tomaron el mando. Su momia, la que yo saqué con cizallas y sierra de rueda de su ataúd de plomo, no tenía ningún apósito de curación. Debió de morir rematado al poco de los trabucazos. Sin poder

explicarlo, los que se hicieron enseguida con el poder no permitieron que el juez instructor examinara nunca al herido.

A Prim lo mataron cuando salía del Congreso, a Dato cuando salía del Senado, a Cánovas cuando salía de su habitación, a Canalejas cuando llegaba a Gobernación, a Carrero cuando salía de misa. Todos dentro de la normalidad, de la rutina, sin salirse de lo habitual. Se lo pusieron fácil a sus asesinos. Ninguno de ellos imaginó que era el último día de sus vidas. Hombres poderosos, acostumbrados a tomar decisiones sobre la nación, pero incapaces de protegerse. Tal vez era por desprendimiento de las propias preocupaciones o confianza en los funcionarios bajo su mando. Cánovas no aprendió de Prim; Canalejas, impresionado por la muerte de Cánovas, no tomó nota para su propia vida; Dato, hombre culto y prudente, no sacó consecuencias para su seguridad de lo de Prim, Cánovas ni Canalejas. A Carrero le toca punto y aparte, porque encima él, como almirante, tenía nociones de la moderna guerra contra el terrorismo y vivía como presidente con la preocupación de una banda armada que atentaba contra el Estado. Y ni por esas. La conclusión es que entre todos ellos y sus servicios de seguridad se produjo un cortocircuito. O más directamente, alguien cortó los cables dejándolos aislados.

Prim era también muy familiar, y el día de su muerte incluso antepuso la cena de familia a la de la logia masónica a la que pertenecía. Canalejas también era muy familiar y fue con su esposa con quien compartió sus temores de ser asesinado horas antes de que le dispararan. Todos los días se ocupaba de la educación de sus hijos antes de irse al trabajo. Prim escribía con frecuencia a su madre cartas que no se han publicado nunca porque están en castellano.

No obstante, ya se ha acreditado que en todos los magnicidios se cuela siempre la opinión interesada de que la víctima no era partidaria de estar rodeada de guardias de corps, sino proclive a que se le dejara circular entre la gente, como prueba de confianza y también de prestigio del que nada teme, porque su labor de gobierno no le gana otra cosa que bendiciones. Esto no es más que una añagaza urdida por la desinformación. La idea está clara: si no se dejaba proteger es lógico que lo mataran. A Prim lo tachan de soberbio invulnerable, que llegó a decir que tenía «piel de serpiente», en la que las balas resbalan, cuando se limitó a confiar en Práxedes Mateo Sagasta, que le dejó expuesto en la calle del Turco en manos de los del trabuco. Nadie puede acreditar que Prim dijera la tontada esa de la «piel de serpiente», pero sí que

con ello trataron de dar por bueno que el atentado se produjera sin que hubiera ni un policía, lo cual no pudo ser por casualidad.

Está claro que los encargados de la desinformación tratan siempre de desviar el foco, de hacer a la víctima culpable del propio asesinato: desde Viriato, al que achacan haber confiado en sus lugartenientes, a Prim, Cánovas, Canalejas, Dato y Carrero Blanco, que hicieron lo mismo y con idéntico resultado.

Un dato más: si el asesino de Lincoln grita *sic semper tyrannis* (así siempre a los tiranos) y mataba a un hombre que no era un tirano, tampoco ninguno de los presidentes españoles aquí retratados era un tirano. Y es más: a los que sin duda puede calificarse de tiranos nunca hubo coraje para matarlos. Prim no solo no gobernaba como un tirano, sino que sometía la elección del nuevo rey al Parlamento: el duque de Aosta fue Amadeo I, rey de España, por 191 votos a favor. Es decir que nadie puede decir que fue asesinado para librarse de la tiranía. No se trata tanto de una definición política, sino de la descripción de la verdad objetiva: los cinco presidentes no fueron asesinados para liberar al pueblo. La gente razonable mira ahora el *cui prodest*.

Aparte de Prim no hay otro ejemplo en la historia de un general que haga que se elija en el Parlamento al nuevo jefe del Estado. La Constitución de 1869 reconoce los derechos individuales, la libertad de cultos, el sufragio universal, y afirma que la soberanía reside en la nación. Amadeo de Saboya, hijo segundo del rey Víctor Manuel I de Italia, fue el nuevo rey de los españoles. Esta elección le costará a Prim la vida, pero no le matan los revolucionarios, como se ha dado a entender, sino los codiciosos y las figuras a las que su egregia personalidad impide el ascenso. Echar la culpa a los republicanos, aunque hubo republicanos involucrados, o culpar a los revolucionarios de su muerte, cuando él había protagonizado como nadie una revolución, la Gloriosa, no es otra cosa que humo de pajas.

Cánovas ideó un sistema con más trampas que una película de chinos, pero que llevaba al relevo en el poder de dos partidos, conservadores y liberales, lo que no es característica alguna de tiranía. Canalejas hizo más por la gente corriente y de la calle que ningún otro hasta ese momento, y encima su gobierno se basaba en el razonamiento y los argumentos. Dato murió muy probablemente por lo que estaba amenazado: siendo su gobierno firme, pero no opresivo. Carrero Blanco era presidente del Gobierno, pero el dictador era

otro. Es decir, que tampoco nadie puede argumentar que fue asesinado para librarse de la tiranía.

## Cánovas crea el mito anarquista

El 8 de agosto de 1879 murió Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Gobierno y artífice de la Restauración, en el balneario guipuzcoano de Santa Águeda. El asesino era un supuesto anarquista relacionado con la masonería.

Se trataba de Michele Angiolillo Lombardi, al que no le pegaba nada el papel de periodista que trató de asumir, pero daba igual, porque los hombres de seguridad que rodeaban al presidente, y que tenían que ser recelosos por fuerza, no sintieron ninguna curiosidad por aquel falso enviado especial del periódico italiano *Il Popolo*, que no parecía interesado en obtener una entrevista con el presidente, pero que sin embargo le seguía en sus paseos por la carretera. Con él nació de hecho en España la leyenda del anarquista místico.

Dada la actuación policial en el momento del asesinato, en el que los agentes no intervinieron y dejaron al presidente expuesto ante el criminal, resulta obvio que no son creíbles las deducciones *a posteriori* que atribuyen a indagaciones policiales la tesis de que el supuesto anarquista quería matar a la reina y al heredero, que no era más que un niño, pero acabó asesinando a Cánovas porque le convencieron de que era el gran enemigo. Angiolillo vino desde el principio a matar a Cánovas y fue prácticamente guiado en volandas hasta la galería de los tiros. El cuento de la reina es solo otra desinformación.

El asesino abrió la *vía Nakens*, nombre del escritor y propietario megalómano de *El Motín*, capaz de denunciarse a sí mismo con tal de ser protagonista. La excusa para entrevistarse con Nakens era un artículo periodístico que no existió. Hasta tres veces recibió el escritor al falso periodista. La primera le regaló un ejemplar firmado de su *Juan Lanas*, la

segunda, en justo castigo, tuvo que aceptar el libro de *Los inquisidores españoles* de Tárrida del Mármol, dedicado a los tormentos de los anarquistas encarcelados en Montjuich.

Nakens relata que no comprendía al anarquista que tira una bomba y huye, como en el Liceo o la calle Canvis Nous, sino que solo aceptaba al que cae con sus víctimas u ofrece a cambio su cabeza. Con este rollo discursivo intentaba el taimado Nakens justificar que no denunciara este peligro social, como era su obligación. Perfila los detalles y desliza que el sospechoso no le pareció especialmente ducho en ciencias sociales, pero que se transformaba cuando hablaba del ideal y resultaba elocuente, siendo muy exaltado al hablar de venganza para los «hermanos de Montjuich». Esto de los hermanos siempre tiene resonancia masónica.

La tercera vez que fue a verle, cuando Angiolillo ya no puede desmentirle, Nakens dice que le entregó la mitad de sus ahorros, pero, claro, solo para ayudarle a sobrevivir, no para matar a nadie. En ese momento, el adusto italiano, que, aunque se disponía al asesinato procuraba ir muy atildado, se conmovió y al parecer le dijo que, ya que había sido tan bueno con él, le iba a contar un secreto: «He venido a matar a Cánovas», le confesó con voz trémula.

Al dueño de *El Motín* se le deshace el tingladillo cuando se sabe que Angiolillo estaba sobrado de recursos y no necesitaba dinero. Además, está la evidencia de las palabras del anarquista Juan Montseny,<sup>15</sup> *Federico Urales*, padre de Federica Montseny, quien afirma: «Cuanto se ha dicho sobre la necesidad de dinero que Angiolillo sintió en Madrid no pudo ser verdad. Rochefort, director de *L'Intransigeant* y el doctor Betances, representante en Europa de los insurrectos cubanos, prestaron al complot recursos financieros bastantes para que a Angiolillo no le faltara». Montseny habla claramente de complot, mientras que los demás intentan dejarlo en la acción de un muchacho voluntarioso que gime ante la injusticia.

La verdad resplandece, aunque no inhabilita a Nakens, que volverá a mentir con el torpe Mateo Morral, cuando una vez detenido Angiolillo reconoce que en París recibió un sobre con 500 francos. Betances confesó que él, con el director de *L'intransigeant*, le había dado ese dinero. Al parecer también es cierto que el asesino estaba trabajando en una imprenta de Barcelona desde cuatro meses antes del magnicidio, hasta que órdenes de Francia le obligaron a dejar el empleo contra su voluntad, y de mala gana,

para cumplir el encargo. La realidad acaba con el romanticismo lleno de mantequilla francesa.

El criminal se inscribe con nombre falso, Emilio Rinaldi o Rinaldini, no se le detecta actividad alguna ni tampoco toma las aguas. ¿Qué hace allí? Es más, ¿qué hacen allí los de la escolta de seguridad del político más importante de la nación? El falso periodista o «periodista ful» se registra el día 5 y pasa tres noches, hasta el domingo 8, de anónimo veneciano. Era el único extranjero. A nadie le sonaba su nombre, aunque *Il Popolo* se leía en España y él no parecía un informador al uso con su larga melena y barba poblada. Alrededor del presidente había periodistas y no actuaba como ellos. Los nueve policías dedicados al presidente estaban en Babia, o peor.

Santa Águeda, el balneario del crimen, estaba en medio del territorio carlista, con lo que la amenaza de atentados todavía era mayor. El asesino de Cánovas lo mató calzado con alpargatas. Dicen las crónicas que subió a cambiarse las botas para no hacer ruido, pero eso es una tontada y lo que revela no es que pudiera acercarse al presidente confiado en que estaba leyendo el diario *Época*, sino que cometió el atentado confortablemente, con los pies descansados, porque nada temía ni necesitaba salir corriendo. El atentado no fue de noche, ni la víctima estaba durmiendo, para necesitar especial sigilo, ni se daba otra circunstancia que hiciera significativo que fuera en alpargatas. La conclusión real es que el asesino estaba cómodo y mató cómodamente. Aquel joven rubio, con barba y lentes, que no hablaba jamás con nadie, no encontró ningún impedimento para cometer el crimen.

En su primera declaración ya miente: «Soy revolucionario socialista. Tengo veintisiete años. Salí hace dos de Lucerna (Suiza), un pueblo donde fui procesado por la redacción de un manifiesto. Me condenaron a dieciocho meses de prisión. De allí fui a Marsella, y en diciembre de 1896 llegué a Barcelona...». Se llamaba Miguel Angiolillo y era natural de Foggia, cerca de Nápoles, y había emigrado a Suiza cuando Miguel Bakunin la había convertido en centro del anarquismo internacional. Todo eso no significa que fuera anarquista. De hecho, ser revolucionario socialista es algo muy diferente. Condenado a muerte, rechazó el auxilio de la religión. Empleó parte de la espera en escribir una carta a su madre, y un segundo antes de que el experimentado verdugo de Burgos Gregorio Mayoral apretara el tornillo de aquella máquina terrible que él mismo había perfeccionado, gritó: «¡Germinal!». Todo un manifiesto publicitario.

El atentado contra Cánovas era algo previsible porque ya habían intentado matarlo mucho antes, el 20 de junio de 1893, en el palacio de La Huerta, de Madrid, un regalo de boda de sus suegros, que estaba a la altura del número 50 de la Castellana y que hoy es sede de la Embajada Americana, al que se entra por la calle de Serrano. La casa disponía de un amplio jardín rodeado de tapia y verja. Esa vez, sí, el agresor era un anarquista: Francisco Ruiz, tipógrafo de profesión, que trabajaba en la imprenta del periódico *Anarquía*. Penetró en La Huerta saltando tapia y verja con un cartucho de dinamita. Que no era un profesional lo demuestra el hecho de que al prender la mecha saltó hecho pedazos, a las siete y treinta de la tarde. Y por si fuera poco esta metedura de pata, resultó que Cánovas, al que pretendía asesinar, no estaba en la casa.

En efecto, no podía tratarse de otra cosa que de la acción de un iluminado y no de un frío ejecutor que, aunque fallase, como Mateo Morral, se aseguraría de haber ido a la boda correcta y de no tirar las flores con la bomba si los que se casaban no eran los reyes. Al anarquista torpón Francisco Ruiz, o lo que quedaba de él, lo llevaron sentado en una silla de rejilla a la casa de socorro, donde falleció poco después. La rigidez cadavérica impidió luego volver a estirarle, puesto que había permanecido demasiado tiempo sentado y hubo que enterrarlo con las piernas dobladas.

Como suelen hacer los grandes ante las tentativas de magnicidio, modalidad en la que España está a la cabeza de Europa, la debacle del terrorista no alteró la tranquilidad de aquel hombre de Estado. Sin embargo, la policía, cosa rara, sí se alteró bastante y montó un férreo dispositivo de vigilancia en La Huerta, que redoblaba en las fiestas y reuniones que solía organizar el matrimonio. Por el contrario, al cambiar de escenario, el dispositivo de seguridad quedó descolocado. Cuatro años más tarde, en el verano de 1897, en el balneario de Santa Águeda, cerca de San Sebastián, no pudo evitarse que Cánovas muriera.

En terreno descubierto, en la misma carretera de Mondragón, sin que nadie se lo impidiese, intentó cumplir su propósito, pero tuvo que desistir porque no se dieron las circunstancias favorables. En cambio, en Santa Águeda, recinto cerrado, con recepción y registro obligatorios, se abrieron las tragaderas de la seguridad hasta permitir el asesinato. La falta de custodia policial jamás ha sido explicada. Aunque parezca mentira, el jefe de la policía del presidente fue cesado por los comentarios de prensa que le criticaban y no por su negligencia. Hubo quien le hizo responsable de la consumación del



atentado. Es decir, que había prensa crítica, no como sucede hoy, muchos años más tarde.

La rápida ejecución de Angiolillo dio la impresión de que el gobierno reaccionaba al fin, pero no podemos engañarnos, porque una vez muerto se extinguía el peligro de que el Pamplinas italiano reventase la historia oficial. Por ejemplo, al verse incapaz de soportar los largos años de dura prisión. El asesino se enroscó en sí mismo y se llevó todos los secretos a la tumba. Excepto las imágenes de su ejecución a garrote, que fueron difundidas por la prensa y despejaron las dudas sobre este tipo de condena, pero no sobre la auténtica motivación del complot. Con él se rompió el eslabón que unía el brazo ejecutor con el cerebro del crimen.

La ineficaz tarea indagatoria no encontró la menor relación de Angiolillo con el anarquismo español, que nunca admitió haber financiado el atentado ni lo reivindicó.

¿Por qué se habría de recurrir a un extranjero? Solo tendría sentido si, como en otros países, se utilizaba la fama del anarquismo para echarle la culpa de un golpe de Estado. Entonces era mejor traer a un insignificante extranjero que pudiera adaptarse a la situación y no un indígena hostil del que hubiera que improvisar el pasado para disfrazar los hechos.

Eso de alquilar el revólver como hizo Angiolillo no tiene nada que ver con el anarquismo, aunque el asesino posara de libertario, y se hubiera inventado lo de «la venganza por las torturas de los hermanos», aquellos detenidos por el brutal atentado con dinamita contra la gente de a pie en Barcelona, con diez muertos y muchos heridos, en la calle de Canvis Nous, durante la procesión del Corpus, el 7 de junio de 1896.

La España canovista, de turno de partidos, imaginada por don Antonio para estabilizar la monarquía tambaleante, se basaba en un enorme fraude electoral que se mantendría durante cincuenta años. La «máquina electoral» tenía su centro en el Ministerio de Gobernación, desde donde se dictaban a los gobernadores civiles los nombres de los candidatos. El sistema tenía alguna sutileza, como utilizar a la oposición para que diera juego al partido en el poder. Desde los gobiernos civiles se adoctrinaba a los alcaldes y caciques con las órdenes electorales. La figura del cacique no era solo una originalidad llena de perfidia, sino la auténtica columna vertebral del sistema. Fue una entidad superior a las instituciones legales, como la de juez o alcalde, porque ambos estaban sometidos al cacique. El cargo era hereditario y correspondía a

una familia del territorio electoral, que siempre era la más rica y contaba con prebendas legales y fiscales para sus tejemanejes.

El cacique responde de los resultados electorales de su distrito y para su control emplea los impuestos y la fuerza. El cacique decide las tasas a pagar, y si es preciso, llega a la violencia arrasando propiedades o llevando a cabo agresiones a los reticentes, siempre con la vista gorda de las autoridades policiales, si no con su respaldo. En aquella España era frecuente el asesinato político, que invariablemente quedaba impune. En ese caldo de cultivo es fácil confundir un crimen para cambiar el objetivo de una política que no conviene con el ejercicio normal de la trapacería sectaria. El 1 de noviembre de 1886 había estallado la primera bomba en Barcelona, en la sede de la Sociedad Fomento del Trabajo, con la que se inició una intensa actividad terrorista. De esa forma resultó fácil enmascarar la muerte del presidente.

El ambiente en la calle fue de cierta frialdad. La opinión pública no dio muestras con Cánovas del dolor con que había recibido la muerte de Prim. Incluso entre los canovistas se observó una reacción distante. En España existían en ese momento más de treinta periódicos de contenido anarquista y la oposición se mostró poco conmovida. En el extranjero, sin embargo, sucedió todo lo contrario.

El *The New York World* dio las claves del asesinato libre de los complejos y coacciones de la tierra de los caciques. Titulaba así: «Acto providencial. Los cubanos van, ¡por fin!, a ver realizados sus sueños de libertad, porque ahora, sin Cánovas, la guerra entre Estados Unidos y España es inevitable».

El 15 de febrero de 1898 se produjo la misteriosa voladura del crucero norteamericano Maine en el puerto de La Habana. Estados Unidos le echó la culpa a España y exigió la independencia de Cuba. El 23 de abril Estados Unidos declaró la guerra, una guerra breve y ruinosa que terminó con la paz de París el 10 de diciembre de 1898. España reconoció la independencia de Cuba y perdió Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam en las Marianas.

A todo el mundo le pareció extraño que un italiano tuviera tanto interés en liquidar a un político español y trataron de justificarlo atribuyéndole motivos de entrega política. Dijeron que su patria era «el proletariado internacional», lo que le convertía en compatriota de los que sufrían en Montjuich y daba sentido a su venganza. No obstante, parece más el acto de un profesional, sin otro motivo que el económico. Un tipo que no sabe si es anarquista o socialista revolucionario, y tal vez ignora igualmente la

diferencia, con una escasa formación social y que repite un cuento utilizado prácticamente para todo en la justificación de actos violentos: la solidaridad con el desconocido, la entrega de la propia vida, la venganza de los torturados, problemas que no se resolverían con la muerte de Cánovas, que, sin embargo, beneficiaría a aquellos que deseaban la guerra.

Emilio Rinaldi, de *Il Popolo* de Milán, debía de creer que no iban a ejecutarlo. Hasta el momento de la ejecución todo había sido bastante fácil. Incluso logró alojarse en el selecto balneario en que lo hacía el jefe del Gobierno, sin despertar sospechas, a pesar de su poblada barba y su melena, y según sus seguidores con el apoyo del «socorro económico» al que estaba acostumbrado.

El asesino de Cánovas era un tirador experto, maestro del disimulo. Pese a ello, jamás habría llegado sin ayuda a seguir los pasos de don Antonio. Se encuentra con él tres veces antes de matarlo en la galería del balneario: una vez en San Sebastián, otra en el camino de la ermita y la tercera incluso se atreve a abrir la puerta de la habitación del presidente, aunque se asusta y huye. Le ronda, le busca. Cánovas está «protegido» por un jefe de seguridad y ocho policías que no comprueban la identidad del italiano que se inscribe en Santa Águeda con nombre falso, con lo fácil que era sospechar de él. Un tipo siniestro, que traza itinerarios de pato mareado de su habitación a las zonas comunes. Que dice ser periodista, pero no solicita una entrevista a Cánovas, aunque lo tiene delante de las narices; que no escribe nada ni toma notas. En fin, receloso por tantas cosas que arroja tufo a amenaza. Y sin embargo nadie le molesta ni le inquieta. Falla tres veces y todavía tiene la oportunidad de actuar con impunidad en el interior del caserón siguiendo los pasos de Cánovas, que se sienta en el banco mientras el italiano recoge el revólver cargado de su habitación, donde la fuerza policial no ha registrado.

Según el marqués de Lema, director general de Comunicaciones y amigo de Cánovas, que le acompaña en su estancia (y cuenta el atentado mejor que Tomás Castellano, ministro de Ultramar, que se impresiona más por el tufo anarquista), Angiolillo es un tipo entrenado que, cuando le capturan en el mismo acto de disparar, miente contando una milonga, aunque luego rectifica, seguramente para volver a mentir con toda la mandanga que el intelectualismo de la fatiga ha establecido como homologado en «los jóvenes anarquistas que entregan la vida por “la Idea”». A Cánovas no lo mata un aficionado que se juega el pellejo, sino un profesional que cree hasta el final que saldrá con vida. Por eso calla, mientras que los profesionales de

la fantasía animada lo adornan confiriéndole una talla que no merece: que permaneció junto al cadáver sin intentar huir, que dijo que respetaba a la señora porque era muy señora, y otras gansadas. Pero era un cobarde que disparó sin escrúpulos sobre un hombre sentado que leía el periódico.

Entre otras cosas, Cánovas del Castillo era un valiente, y un duelista de excepción. En 1849, siendo director de *La Patria*, el futuro artífice de la Restauración tuvo que batirse en duelo con el director del *Heraldo*, José Joaquín de Mora. Cánovas tenía fama de buen tirador e hirió a su adversario sin matarle, por lo que cosechó grandes éxitos entre las damas, siempre dispuestas a rendirse ante un caballero galante. Es decir, que este muerto estaba muy vivo y era de armas tomar. Cánovas vivía muy enamorado con su segunda esposa cuando lo mataron. Se había puesto en comunicación con el ministro de la Gobernación para terminar la lista electoral, pero el encargado de la seguridad no tuvo nada que decirle sobre si corría algún peligro. Paseaba hasta la ermita y llevaban una vida apacible. Tanto es así que la esposa, doña Joaquina de Osma, jamás se recuperaría de la muerte de Antonio, al que sobrevivió muy pocos años y muy amargada.

Cánovas era echado para adelante, capaz de disfrutar su descanso en Guipúzcoa, donde había remolinos subversivos. Era un hombre de temple que incluso se levantó después del primer tiro en la cabeza, aunque fue para caer a tres metros de donde estaba sentado, sitio en el que el asesino lo remató con otros dos disparos.

Cánovas era también hombre de cuajo porque, aunque ya habían intentado matarlo saltando el muro de su residencia de La Huerta, nunca se achantó, y ya hemos visto que, si había que tirar de pistola, no se quedaba atrás. Tampoco era «Juan sin miedo», aunque se le adjudicó el sambenito de que se complacía en pasear desde Santa Águeda hasta la ermita entre otros peregrinos como si tal cosa. Don Antonio, al que le cabía el Estado en la cabeza, era consciente de la necesidad de protección, no solo para él, sino para su esposa Joaquina de Osma, de modo que fueron los encargados de mantenerlo a salvo los que permitieron que un sospechoso estuviera en la galería del balneario donde lo mataron. Y después no han faltado falsos historiadores que lo ocultan.

La explicación de la insólita aventura de Angiolillo es que fue a vengar a sus hermanos y, muy literariamente, como todo lo inventado, se dice que le conmovió enterarse de lo ocurrido a través de las infamias recogidas en *Montjuich o el castillo maldito*, drama de Juan Montseny. Es decir, que un

trozo de literatura inflamó al asesino y justificó su acción. Aquella obra de dramaturgia hacía responsable de lo ocurrido a Cánovas. Y los historiadores lo aceptan.

Curiosamente, como ya se ha dicho, aunque los franceses alertaron de la bomba rodante que era el asesino y mandaron a los servicios de seguridad españoles un informe completo con foto, los encargados de la seguridad del presidente no hicieron caso o no se enteraron. Se hospedó en el balneario de Santa Águeda como periodista y los policías de protección de Cánovas picaron el anzuelo.

Pío Baroja, novelista al que gustan los efluvios anarquistas tomados a la ligera, dice en *Aurora roja* que Angiolillo llega a Madrid, habla con algunos compañeros que le confirman lo dicho por los periódicos franceses, va a Santa Águeda y mata a Cánovas. O sea, que le parece de lo más normal que un delincuente se venga arrastrando el culo por Europa, llegue a España y, sin que nadie se fije en él, se sitúe a un metro del presidente del Gobierno para descerrajarle tres tiros.

La policía no fue capaz de encontrar los apoyos del asesino, ni cómplices, ni rastro de sus movimientos. Concluyó que lo había hecho todo solo, ante sus narices. Ante ello surge un pensamiento ominoso de desconfianza en el que destaca la negligencia y algo más. Primero intentó matar a Cánovas en la carretera durante uno de sus paseos, y la escolta... ni flores. La versión de que actuó para vengar a sus compañeros ejecutados mueve a risa. Los ejecutados no eran compañeros del supuesto anarquista ni siquiera bajo palabra de honor, aunque su discurso fuera «estoy tranquilo, he vengado a mis hermanos». La muerte de Cánovas no fue un acto de venganza. El defensor intentó hacerlo pasar por loco en el juicio y afirmó expresamente que la mano que empuñó el revólver «no pertenece al mercenario que recibe un puñado de monedas para pagar un crimen». Se basa para ello en que «no se ha encontrado el menor indicio que haga creer que Angiolillo fuera secundado por nadie». Es decir, dado el fracaso de la investigación, el asesino es un loco. Estrategia desesperada del defensor, que acaba en el garrote vil.

Angiolillo fue condenado y ejecutado el 20 de agosto de 1897, unos días después del asesinato. Es decir, que tenían prisa. «Después viene Miguel Angiolillo —aclara Baroja—, que había leído en los periódicos franceses lo que estaba pasando en Montjuich; oye a Enrique Rochefort y al doctor Betances, que achacaban la culpa de todo lo ocurrido a Cánovas, de quien

decían horrores; llega a Madrid; aquí habla con algunos compañeros, que le confirman lo dicho por los periódicos; va a Santa Águeda y mata a Cánovas... Esta ha sido la obra del gobierno y la réplica de los anarquistas». <sup>16</sup>

De manera que Angiolillo se implica tanto por unas lecturas en los periódicos que habla con los intrigantes y se viene a España, pero antes de actuar comprueba que Cánovas es el culpable. Luego, mata. Los personajes barojianos lo describen de esta manera: «Pues solíamos verle muchas veces. Era un tipo delgado, muy largo, muy seco. Y muy fino en sus ademanes. Que hablaba con acento extranjero. Cuando supe lo que había hecho me quedé asombrado. ¡Quién podía esperar aquello de un hombre tan suave y tan tímido!». <sup>17</sup>

Menudo monstruo debía de ser Angiolillo, que dice que asesinó en recuerdo de aquellos actos y en defensa de los acusados de colaboración con el desconocido que arrojó las bombas en la calle; y del santurrón de Santiago Salvador, el asesino de masas del Liceo.

La versión oficial, por si no es creíble que se sintiera tan hermanado que viniera a jugarse la vida a cambio de limpiar el recuerdo de los que no conocía, ofrece la alternativa de que probablemente los anarquistas fueron utilizados por los independentistas cubanos cuando necesitaban un tipo sin escrúpulos. Esta versión es arriesgada, porque reconoce que los anarquistas podían ser utilizados, en especial cuando se necesitaba una mano asesina. Nosotros precisamos que no todos los anarquistas, y probablemente nunca los verdaderos, pero sí esa patulea de paniaguados que se situaron en primera fila. Cánovas fue asesinado por fuerza mayor, porque se oponía a la guerra con Estados Unidos, ¡con la de ganancias que da una guerra! De modo que Angiolillo fue el brazo armado que rompió el dique Cánovas contra la intervención. Eso, desde luego, beneficiaba al intrigante Betances y a otros, pero nunca habrían llegado tan lejos sin complicidad dentro del país.

Muerto Cánovas, como es natural en todo magnicidio, hubo un cambio drástico de política. A Sagasta, encargado de aplicarlo en octubre de 1897, que ya había vivido lo de Prim y al que tan bien le fue después, no le costó nada virar en redondo. Al fin y al cabo, era el segundo presidente del Consejo asesinado que enterraba en veintisiete años, estando él en primera línea.

Cánovas era un estratega de fondo que venía de la Vicalvarada, con O'Donnell, que escribió el discurso de Manzanares, que ganó por la mano a republicanos y generales, aunque no le gustara lo de Martínez Campos, y

acabó sentando a Alfonso XII en el trono. Cánovas era periodista como Canalejas. Escritores, gente de pensamiento, que medita sobre la muerte de sus personajes o escribe artículos. Cánovas vio la muerte en otros como Prim y desenmascaró al personaje de Serrano: el «incorregible ambicioso». No obstante, a pesar de que el asesino abrió la puerta de su habitación, Cánovas no fue consciente del peligro y se sentó a esperar la muerte leyendo el periódico-sábana muy cerca de los ojos, porque era miope.

El marqués de Lema, que iba en el séquito de Cánovas y vivió su muerte, dice que con el tiempo se levantaron velos para hacer comprender que aquel crimen no había sido obra exclusiva de los anarquistas... Menciona a Betances, agente de los llamados *filibusteros* en Francia, con el que Angiolillo se entrevistó, y destaca los sectores cubanos que celebraron la muerte del Monstruo. Lema era lento, pero iba bien encaminado porque estas cosas las dice en 1931 en su biografía de Cánovas.

El asesino de Cánovas es un profesional que recorre las vías españolas del crimen entre complicidades y ayudas sin cuento, hasta que consigue introducirse en el lugar de descanso del jefe del Gobierno sin que ninguno de los *águilas* que supuestamente le custodian se aperciba del peligro.

En Santa Águeda, Angiolillo consiguió acercarse a Cánovas sin ningún tipo de control. Antes había pasado por Madrid, donde le habían ayudado y acogido. Era un tipo del que se sospechaba nada más verlo, con un fuerte acento italiano, cuando muchos terroristas eran italianos, que convivió con el presidente en su alojamiento hasta que le vino bien matarlo.

Luis Bonafoux, periodista venenoso, llamado la Víbora de Asnieres, evoca que Leopoldo Alas Clarín publicó un folleto literario titulado *Cánovas y su tiempo* (1887) al que él respondió con *Clarín folletista*. Para el «ofidio», el tal folleto es simplemente tonto, aunque le parezca excelente a Castelar, «que es uno de los adulados». Afirma que le tiene sin cuidado que Cánovas sea «bizco» y «que su bigote tenga púas tiesas». Tampoco le preocupa que use «pantalón con rodillera» o se «traiga un medio lío con una rubia». Hasta sugiere que la novela de Cánovas *La campana de Huesca* sería la peor que se ha escrito si no existiera *La Regenta*, cosa que retrata lo que siente por Clarín. Resalta que el folletín advierte que «lo que dice Cánovas nos suele importar mucho a todos, porque a lo mejor nos va en ello la vida».

Bonafoux tiene el cuajo de recordar que escribió una carta abierta a Cánovas en *El Resumen*, cuando ya era presidente del Consejo de Ministros, donde le dice que le «revientan los conservadores en general y don Antonio

en particular», pero que, necesitando un destino y siendo don Antonio el único que puede concederlos, a él se dirige. No obstante, le advierte que, aunque le conceda algún nombramiento, continuará deseando que el señor Cánovas y sus ministros sean colgados cuanto antes de los árboles de la plaza de Oriente.

Según parece, con ánimo de andaluz cachazudo, Cánovas se ríe del desplante y concede a Bonafoux lo que le pide, ofreciéndole que, como abogado, preste sus servicios en la Oficina General de Aduanas de la Isla de Cuba. El periodista en principio se dispone a rechazar la oferta, pero al final decide poner rumbo a La Habana.

Bonafoux sabe de magnicidios y de asesinatos como el de Cánovas, respecto al cual mantiene una de sus muchas trifulcas con Clarín, de quien dice en su folleto que quiere probar que «[él] es más listo que un lince y que Cánovas es tonto de capirote. No se trata de defender a Cánovas [¡mal tiro le peguen!], pero si él es tonto y nos tiene bajo su férula, ¿me quiere decir don Leopoldo qué somos los demás?». Aquella era una sociedad sin tanto falsario ni tiquismiquis, Bonafoux tenía un estilo desgarrado y atrevido, a Cánovas acabarían pegándole un tiro, incluso más de uno; y al final de su vida, el periodista nada complaciente, el refractario recalcitrante, acabó reconociendo que Cánovas fue de los pocos que con su humanidad andaluza le echó una mano cuando se lo pidió. Pero una cosa son las relaciones humanas y otra las guerras políticas.

Dice doña María Fernández, duquesa viuda de Canalejas, que Francos Rodríguez la impresionó refiriéndose a la muerte de Cánovas, lo que constituyó una de las sensaciones más hondas e inolvidables de su infancia: «Aunque parezca mentira —dice Francos—, la nueva del crimen no provocó en las masas uno de esos movimientos significativos que se traducen en actos ostensibles. El asesinato hubiera producido efecto tremendo y sus consecuencias causado verdadera desolación en otro país que no se hallara tocado de indiferentismo abrumador. Los sucesos de aquel día no causaron efecto extraordinario. No tardó en restablecerse la calma interrumpida por un siniestro hondo, grave y, efectivamente, trascendental».

Contra Cánovas mandaron a un periodista disfrazado con tan escasa galanura que solo la traición lo dejó pasar. Era un tipo mustio, intrigante, que levantaba suspicacias. Antonio Cánovas del Castillo era más bien pequeño, escurrido de cuerpo, desmañado en el vestir y con estrabismo muy pronunciado en la mirada, a lo que se debía añadir un tic nervioso en la cara.



En la parte positiva hay que destacar su buena salud, la disposición para el trabajo y la preparación intelectual. El día que lo mataron, además, se encontraba muy animado.

En este asunto se concedió credibilidad a la expresión *unus lupus* («un solo lobo no teme a una manada de ovejas»), y se despachó a Angiolillo en solo unas jornadas con el garrote apretando su cuello. Y allí se terminó el complot.

Con el asesinato del presidente no solo se pretendía quitarlo de en medio, sino congelar el proyecto de gobierno. El texto del sumario de Cánovas comienza el 8 de agosto de 1897, con Angiolillo de pie sosteniendo «la pistola humeante» después del primer disparo que le ha atravesado la cabeza al político, el segundo que le ha roto la yugular y el tercero que le entró por la espalda, estando ya caído. El asesino, que calza alpargatas, a pesar de lo tiquismiquis que era, difunde su manifiesto propagandista ante la indignada y apenada Joaquina de Osma, la viuda, que con el tiempo refugiará su dolor en la enajenación. Todo ello hasta que el teniente de la Guardia Civil se pone las pilas e inmoviliza al criminal, que entra en la historia sumiso y aceptando su destino, después de aquel impecable desarrollo del plan en nada interrumpido por las previsiones del gobierno.

Queda acreditado que al presidente y a su esposa les pasaron cosas sorprendentes, de interés policial, durante su estancia en Santa Águeda, como tropezarse a todas horas con una sombra, que incluso llega a abrir la puerta de la habitación de Cánovas, o toparse con él, un elemento bastante sospechoso, en la librería, cosa que le ocurrió a la señora. Por no hablar de que durante tres días se encontraron por los pasillos a aquel estirado y falso periodista, con el que también se cruzaban en los paseos por la carretera de Mondragón. Es decir, que el sumario describe por boca de los testigos lo que pasó en la galería en la que el presidente leía el periódico, los disparos, y al tipo que sujetaba la puerta con la mano izquierda y disparaba con la derecha. Pese al relato coherente, breve, directo, la instrucción *exprés* no encuentra relación alguna entre Angiolillo y el anarquismo español. Algunos historiadores veraces afirman que todo apunta a que el asesinato de Cánovas no fue obra de anarquistas, aunque el ejecutor hubiera sido un anarquista. Angiolillo era un revólver de alquiler, circunstancia frecuente en los magnicidios españoles.

Salustiano Olózaga, que analizaba a Cánovas, soltó una predicción que resultó equivocada, como tantas de las suyas. Dijo que nunca sería un gran orador «por su aspecto, que es tan deplorable que predispone al auditorio en

contra». Fue tan desacertado en su comentario que Cánovas se ganó a los auditorios, y no le habrían parado si no hubiera sido a balazos. La calle de Olózaga sirvió de esquina a los testigos presenciales del atentado de Dato, como si hubiera un trenzado insondable entre los magnicidios.

El sumario empieza y termina con Angiolillo, sin derivar hacia ningún otro lado y sin descubrir cómplices, encubridores ni colaboradores. El italiano sube al cadalso después del atentado y es fotografiado, secuencia que horroriza al mundo. Entre los estertores del cuello descoyuntado, la responsabilidad se extingue en la cárcel de Vergara (Guipúzcoa), el lugar del abrazo, y se cierran las investigaciones.

Ya no hacía falta saber nada más.

## El regicidio frustrado de Alfonso XIII

La boda prepotente de Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg el 31 de mayo de 1906 fue un gran maniquí de mimbre trufado de oro y pedrería. El asesino Morral cruzó Madrid de parte a parte con ausencia de la autoridad y solo su torpeza salvó al rey de morir hecho pedazos. La primera gran sorpresa fue para los propios asesinos. En Madrid, no había orden ni concierto. El ministro de Gobernación era un hombre agotado que se fue a dormir la siesta cuando el desfile real no había terminado y la bomba estalló sin que las previsiones de seguridad pudieran impedirlo. Luego, el misterio lo ocupó todo. Fue por tanto un crimen fallido, aunque hubo muchas víctimas.

El anarquista matarreyes más famoso es sin duda este Mateo Morral, de quien tras mi larga investigación se demostró que fue asesinado, pero del que se predica todavía hoy, demostrado que no se suicidó, que tiró la bomba a Alfonso XIII con el único ramo de flores asesino de la historia, el día de su boda, por la causa libertaria o, alternativamente, para llamar la atención de la bella que le negaba su amor quitándose la vida. Ambas cosas son falsas de toda falsedad.

A don Alfonso XIII, en 1906, como todo el mundo sabe, el presunto asesino «suicidado» le había advertido con un anónimo escrito a lápiz en un árbol del Retiro.

Morral escribió su amenaza en un árbol donde otros ponen frases de amor o dibujan corazones. Su advertencia pasó desapercibida. Si el rey hubiera muerto, es muy posible que los políticos que continuaron su carrera como si tal cosa no hubieran podido seguir adelante. Es probable que no se hubieran producido los asesinatos de Canalejas ni de Eduardo Dato, la

familia real no habría contraído la fatal hemofilia y la monarquía ni se habría ido por Cartagena ni habría vuelto después de Franco. El rey niño que habría sucedido a Alfonso XIII habría cambiado todas las cosas, quién sabe si para mejor.

El caso es que el crimen de Morral cambió España porque no fue consumado. La blenorragia galopante que le obligaba a llevar un suspensorio para sujetarse la dolorosa orquitis que padecía, el tembleque de sus manos, su corazón desbocado, la torpeza de su cerebro, le impidieron acertar cuando lo tenía muy fácil.

Ahora sabemos que el falso héroe anarquista Mateo Morral falló el atentado contra Alfonso XIII el día de su boda por una cuestión de testículos. En apariencia les da la razón a los que piensan que para hacer esto hay que tener huevos o es cosa de tenerlos bien puestos, aunque hay que precisar que sobre todo se trata de tenerlos en condiciones.

El caso es que lo que aquí se revela es científico e insólito, porque a Morral le sobraban para tirar la bomba, dado que, como pudorosamente ha ocultado la historia, pero yo pongo ahora de relieve, en el momento de arrojar el ramo de flores con la carga mortal sus testículos eran del tamaño de una pelota de tenis, más grandes que los del caballo de Espartero, debido a las purgaciones que había contraído días antes. Los tenía bien gordos, inflamados. El bulto de su entrepierna era mayor que el de la «bragueta emperadora» de Carlos V que cuelga en El Prado, cantada por Alberti y pintada por Tiziano. El rubor de los historiadores, tan delicado como la epidermis de las muchachas en flor, nos ha impedido saberlo hasta ahora.

La bomba por tanto no se desvió en su descenso al chocar con el cable del tranvía o la pancarta que felicitaba a los reyes, como informadores mojigatos han comunicado falsamente. El zote Morral, impedido por sus padecimientos, trató de elevar el artefacto sobre su cabeza para tomar impulso y volcarse peligrosamente sobre el balcón del cuarto piso, a fin de arrojar el explosivo al centro de la calle, sobre el techo de la carroza de la corona que por allí circulaba, momento en el que inesperadamente el sufrido escroto golpeó como el badajo de una campana contra los barrotes del balcón, perdiendo el equilibrio y la puntería, por lo que la bomba se deslizó entre el tiro de los caballos y permitió que los reyes recién casados quedaran ilesos. El blenorragico Morral, héroe de Valle Inclán y Baroja, portento de la golfería andante, vio las estrellas transido de dolor y, como en el cuento en el que por un clavo se perdió un caballero, por un dolor de huevos se truncó el

asesinato del monarca. La dinastía de los Borbones se salvó esta vez por donde tantas desgracias le han llegado.

Las purgaciones, como dicen las *cocottes*, no son una enfermedad *pour rire*, y así lo precisa el nieto de Mesonero Romanos, que hizo la foto para el ABC de la boda explosiva, siendo ya médico de la Beneficencia y alertando contra la *chaude-pisse*. Al asesino, el sexo loco le hizo perder el tino, y la vida, porque al dejar vivo al rey quedó sentenciado. Los miembros de su banda, aunque otra vez los sicarios de la desinformación dijeran que actuó solo, le sacaron en volandas del tapón de sangre del edificio de Casa Ciriaco y le dieron matarile en la finca del ministro de la Gobernación.

Los encargados del cadáver, tras examinar el destrozo, incluida la devastación de la bolsa escrotal, le cambiaron los calzoncillos, siendo descubierto en Torrejón de Ardoz con unos blancos rayados, y en Madrid, con otros de los colores del Barça.

La primera vez que analizamos los informes no acabamos de ver que la enfermedad venérea había salvado a la realeza, aunque siempre se ha creído lo contrario, pero percibimos que había jugado el papel más importante. En la autopsia, el muerto nos hablaba, poniendo de manifiesto que entre sus ingles estaba el destino, lo que, puesta en marcha la investigación pionera, quedó meridianamente claro cuando se hizo la reconstrucción de los hechos.

Fue un crimen brutal que acabó con la vida de una veintena de inocentes e hirió a otros muchos, que en la historia no han pesado porque fueron apartados hasta del sumario, donde estaban en una pieza separada, mientras se facilitaba información constante sobre los equinos heridos, sanados o muertos. A Morral lo dieron por suicidado y la historia que se enseña en las aulas es la de cartón piedra diseñada por el oficialismo. El presunto suicidio del agresor, tanto en el caso de la boda de Alfonso XIII como en el de Canalejas, fue una buena excusa para dejar colgadas las indagaciones.

Alfonso XIII tenía solo veinte años y su reinado no puede juzgarse como una tiranía, aunque en su conjunto no fuera afortunado. En ese momento quienes intentaron matar al rey no lo hicieron porque quisieran liberar a nadie, sino simplemente para favorecer sus ambiciones e intereses. Eran hombres poderosos que permanecieron en el poder y lograron torcer el brazo a la historia. Tal era su mezquindad que todavía hoy es difícil abrirse camino en el albañal que provocaron. Utilizaron un personajillo con afán de protagonismo que lo había intentado en París, y fracasó ya en aquel hecho,

pero que no tuvo empacho en volverlo a intentar en Madrid un año después, con el mismo resultado.

Uno de los puntos fuertes en mi investigación fue la liquidación del mito de que le había hecho la autopsia el doctor Tomás Maestre Pérez, «ilustre murciano» aunque nacido en Monóvar (Alicante), catedrático de Medicina Legal, primer médico forense de Madrid y fundador de la Escuela de Medicina Legal y Forense. Como yo suponía, este doctor no fue el encargado oficial de la diligencia judicial. Solo fue de visita. Su juicio, eso sí, desmonta los miles de fantasías que circularon sobre este presunto libertario. Dejó en evidencia que se trataba de un hedonista obsesionado por su físico antes que un revolucionario entregado al servicio de la idea: «Llama la atención el estado de aseo y pulcritud en que se muestra el cuerpo del anarquista... Este hombre empleaba, de seguro, todos los refinamientos de la higiene en el cuidado de su persona... Mateo Morral no pertenecía a la falange andrajosa y depauperada de los desheredados y hambrientos».

Maestre escribe y firma sus impresiones en una publicación llamada *La Aurora*, que conserva el cabildo de Fuerteventura y que ha subido a la Red. Refleja las circunstancias en las que realiza el reconocimiento médico: «Ayer mañana, en compañía del catedrático de Fisiología de San Carlos, don José Gómez Ocaña, y del de Terapéutica de la Universidad de Valladolid, don Mariano Abad, entré en la sala de disección del depósito judicial de cadáveres. Se hallaban los ilustrados médicos de Madrid D. Adriano Alonso Martínez y D. Gabino Samaniego y D. Cipriano Moreno Grau, los cuales estaban practicando la autopsia de los restos del suicida».

Especifica el doctor Maestre que los ojos del fallecido eran «pardo oscuros, casi negros» y que «lo más interesante para mí era el estudio de su cabeza». Una vez realizado su examen, observa un cerebro sin deformidades, incluso bello, en un cuerpo con un desarrollo canijo del tórax y que sin embargo tiene fuertes piernas. Las impresiones de Maestre deberían haberse guardado y exhibido como pieza histórica, pero se habla de él y de sus conclusiones con la habitual imprecisión, atribuyéndole un papel que no tuvo y despreciando las contribuciones que de verdad hizo y que hay que ir a buscar en ese artículo de *La Aurora*.

El caso es que Morral, lejos de ser un anarquista volcado en el pueblo, era un señorito de Sabadell ocupado en recortarse las uñas, atusarse los bigotes y probar cuantas tenacillas para el pelo y otros utensilios encontraba para sus cuidados cosméticos. Maestre no dice nada de la blenorragia de

caballo, en curso de dos semanas cuando fue muerto, lo que también asesina su prestigio de místico laico. Morral fue un vividor utilizado como coartada para asesinar al rey y poner en su lugar a su sobrino niño, que habría sido mucho más fácil de manejar. Obsérvese que los anarquistas de verdad, que los había, no se ocupaban de jugadas palaciegas. De ahí que la ciencia, aunque presionada por el oficialismo, descuadre al final el mito histórico que tanto gusta a los hispanistas.

Igual que Prim, el rey joven, apasionado, pagado de sí mismo, valiente y poco reflexivo, estuvo rodeado de traidores, que consiguieron enfrentarlo al pueblo, enemistarlo con él, empujarlo al exilio, pero no lograron matarlo; aunque lo intentaron en numerosas ocasiones. El de Mateo Morral, en la calle Mayor, es el gran crimen por defecto que cambió el país.

El ministro de la Gobernación, Álvaro de Figueroa y Torres, primer conde de Romanones, el responsable directo de la seguridad de los reyes, estaba durmiendo en su casa en el momento en el que el terrorista arrojó la bomba. Más tarde sería presidente del Gobierno, tras fracasar con el rey y tras el magnicidio de Canalejas. Este personaje es denominador común en todos los atentados que ha vivido, empezando por la evocación de Prim con su biografía de Sagasta, siguiendo con la muerte de Cánovas del Castillo y con los intentos de regicidio de Alfonso XIII, con la muerte de Canalejas y con la de Eduardo Dato, a la que asiste en primera fila, aunque ya disminuido su poder. Personalidad atractiva y misteriosa, de gran influjo y mañas de seducción, Romanones es figura señera durante muchos años, y está presente en cuatro muertes de presidentes.

Él mismo acabó por llegar a presidente. Estando en este cargo tan principal recibió a José López Pinillos, *Parmeno*, de cuya novela *Cintas rojas* se dice que inspiró a Camilo José Cela el célebre *Pascual Duarte*. Parmeno hizo a Romanones una larga entrevista en la que salieron a relucir interesantes informaciones sobre la materia de la que está hecho tan egregio personaje.

Dice Parmeno que para ver a Romanones penetra en un salón que «brilla igual que una áurea farola». Del ya presidente opina que es afable, con una llaneza democrática. Y con desparpajo le empieza diciendo: «La política es mi freno y mi espuela, mi virtud y mi pecado, mi dicha y mi infelicidad. De tal modo me ha dominado y absorbido que, en estos momentos de terrible responsabilidad, estoy aquí, en vez de estar en mi casa, y ni me asusta el

trabajo abrumador, ni me rinden las preocupaciones continuas y agobiadoras. Y es que yo nací para esta pelea...». <sup>18</sup>

Al principio, según confiesa, el conde tuvo la convicción de que poseía un gran talento como pintor, pero reconoce que no hizo nada bueno con los lienzos: «Pero eso pasó, y confío en que, por la sinceridad de mis remordimientos, me serán perdonados mis crímenes pictóricos».

La pasión por la política se le despertó una noche que Cánovas, que iba a comer con sus padres frecuentemente, se dio cuenta de que estaba serio y melancólico. «¿Qué le sucede al pollo? ¿Ha reñido con la novia?», se preguntaba el artífice de la Restauración. Pero estaba mohíno por la pintura, hasta que de pronto se le ocurrió «hablar en vez de pintar», y dos horas después, «decidido a ser político, tiré la paleta y los pinceles».

En un paréntesis habla de cuando ejerció de abogado. Lo más relevante fue su intervención como penalista en el crimen de la Guindalera: «Fue un drama horrendo, espeluznante, de una increíble bestialidad», recuerda el conde.

El crimen de La Guindalera fue descubierto el 2 de diciembre de 1881, cuando un guarda del Canal de Isabel II dio aviso de que había aparecido un cadáver severamente mutilado a la entrada de una alcantarilla. Tenía golpes en la cara y una cuchillada en el cuello. Le habían extirpado los testículos y el pene, y el paquete intestinal estaba proyectado al exterior. Fue identificado como Felipe Iglesias. Las pesquisas policiales marcaron enseguida un sospechoso, Vicente Camarasa, quien a su vez señaló a un tal Pedro Cantalejo. Al parecer, el fallecido Iglesias convivía en armonía con su esposa Francisca Pozuelo en la calle Garrido del barrio de la Guindalera, hasta que ambos admitieron como huésped a Cantalejo. Enseguida comenzaron los rumores de que Pedro y Francisca mantenían relaciones sentimentales. Felipe, enterado de ello, expulsó a Pedro de la casa.

Interrogada Francisca Pozuelo sobre la veracidad de estos datos, acabó confesando su culpa, puesto que había incitado a Pedro, del que se encontraba embarazada, a dar muerte a su marido. Tras recibir este impulso, Pedro se puso de acuerdo con Vicente Camarasa, y juntos, después de visitar varias tabernas en las que bebieron en abundancia, tendieron una encerrona a Felipe con resultado de muerte brutal. No contento con ello, Pedro Cantalejo cercenó los genitales de Felipe y se los ofreció a Francisca. Los tres fueron condenados a muerte y ejecutados el 12 de abril de 1883. A Camarasa lo defendió, es un decir, el conde de Romanones, que no tenía vocación de



abogado, y lejos de acompañarle durante las horas finales mientras su cliente esperaba el garrote vil, lo abandonó. En vez de estar en capilla, se fue a luchar en las elecciones. Romanones lo cuenta así:

Yo me encargué de la defensa de Camarasa, el asesino, y Camarasa, con sus dos cómplices, fue condenado a muerte. Por cierto, que el criminal —y vea usted cómo el dinero viene a mí sin que yo lo llame— me pagó a los diez años de ser ejecutado.

—¡Señor presidente!

—No bromeo, no. Escuche la historia. No acompañé a mi defendido en el trance final, porque murió la víspera de un día de elecciones, y yo, candidato por primera vez, estaba en Guadalajara revolviendo la tierra y el cielo para que no me derrotasen. Al retornar, me dijeron que Camarasa había manifestado que sentía morir sin pagarme, escrúpulo de honradez que me sorprendió en tal individuo, y que comentamos largamente... y no me acordé más de él. Y pasó el tiempo, y un día, siendo yo ministro, se me presentó un camarada y me entregó dos monedas tan negras como el hollín. «¿Qué es esto?» «Una deuda.» «¿De quién?» «De Camarasa, que paga por fin.» Y estupefacto, me enteré de lo sucedido. Al trasladar a la fosa común los restos de Camarasa, un sepulturero, registrándole, había dado con los dos duros. Los tenía en un pico de la faja, sobre el vientre. La descomposición del cadáver los había ennegrecido.

—¿Y cómo los enterradores no se quedaron con el dinero?

—Porque el conserje, que me debía su puesto, lo impidió. Hay que tener amigos en todas partes.

—¿Y qué hizo usted con las monedas?

—Guardármelas, para que me dieran suerte. Las tuve años y años en el bolsillo. Tantos años, que recobraron su primitivo color, por lo cual un día, confundiéndolas con las otras, las gasté... Yo las hubiera querido conservar, ya que, como abogado, no gané otro dinero.

Romanones hacía mucho tiempo que traicionaba la abogacía por la política. Era tal su desmesura que hasta se enfrentó a su hermano, que le había cedido el distrito para que le eligieran con seguridad. Al entrar el Partido Conservador, el hermano quiso recuperarlo, pero él, «tentado por el demonio de la política», le dijo que no lo devolvería. El vizconde de Irueste, que este era el aludido, se quedó sin su reservorio de votos y venció el conde con la ayuda de su abuela, que le dio «unos miles de pesetas» para que se plantara en Guadalajara. Cuando la política arrastra, no hay ni cliente ni hermano que valga.

Su suegro consiguió que lo votasen en Cuba y venció a La Cierva cuando pretendió dejarle sin acta. El periodista le pregunta si no le gustaría que dejaran de hablar de sus negocios, de su caudal de cien millones, de sus minas... Y esto es lo que responde:

¡Conque cien millones de caudal! ¡Si tuviera la cuarta parte! Pero no tengo más que lo que heredé, porque le he dedicado mi tiempo, mi actividad y mi inteligencia a la política. ¡Los negocios! ¿Sabe usted lo que destino al estudio de mis negocios? Diez o doce minutos, lo que tarda el barbero en afeitarme, porque solo mientras me afeita, charlo con mi administrador. ¡Los negocios! Si yo, en vez de permitir que me sorbiera el alma el demonio de la política, hubiese imitado a mi padre... ¡Qué diría si me viese donde estoy! Suyo fue este palacio, y aquí, en lo que hoy es despacho del Consejo de Ministros, murieron él y su compañera. En este salón tenía mi madre mil preciosidades de bronce, de plata, de porcelana, de cristal... Donde está el espejo, se veía, presidiéndolo todo, una formidable pintura de Goya: el retrato de Jovellanos. No, no he sido yo como mi padre. He caminado por otros senderos, en persecución del poder y no de las riquezas. Pero no lo diga que podrían creer que me defiendo, y, por dignidad, he renunciado a defenderme. Que murmuren. De algún modo han de morder...

Descreído en términos generales, Álvaro de Figueroa, conde de Romanones, tal y como demuestra con su hermano el vizconde de Irueste, era muy devoto de «Santa Rita, lo que se da no se quita».

El credo anarquista fija y da esplendor a sus personajes destacados, salidos de familias honorables. Son individuos cultos, que sacrifican sus privilegios en defensa de «la Idea», partidarios de una vida sencilla, austeros y puritanos que no fuman ni beben, y su conducta sexual es irreprochable. Este código deja fuera a Mateo Morral: inculto, gastador, con los bolsillos llenos de billetes de quinientas pesetas de la época, viajero incansable, amante del lujo y de las prendas caras, sofisticado, con tenacillas para hacerse el bigote y maleta de cuero inglés para llevar el neceser para sus cuidados faciales, que bebe vino abundante y que según los forenses contrae la blenorragia dos semanas antes de atentar contra Alfonso XIII, lo que le obliga a hacer equilibrios en el balcón para sobrellevar su orquitis mientras arroja la bomba.

El 31 de mayo de 1906 explota el ramo de flores en la calle Mayor de Madrid. Según el trabajo de hispanistas que miran con comprensión el fenómeno del anarquismo, «este atentado no lleva la firma anarquista, pero traerá graves consecuencias para el movimiento. Su autor es Mateo Morral. Acaba de llegar procedente de Barcelona. Ninguna organización obrera le ha dado la idea, ninguna le ha concedido su patrocinio, ni siquiera su apoyo. Morral ha actuado solo. Su acto es a la vez feroz, romántico y desesperado». <sup>19</sup> En lo que tiene razón este párrafo es en que Morral no es un anarquista. Además, está en contacto con otro que vive en la vorágine del anarquismo, pero dedicado a sus propios negocios: «Tal empresa lleva a Francisco Ferrer (el de la Escuela Moderna) a desafiar a la iglesia y a la

burguesía catalana. Adquiere una celebridad que su categoría intelectual no justifica: sincero a su manera, incansable y dispuesto al sacrificio, pero además rudo y lacónico, parece que no posee una real envergadura doctrinal. Las confusiones de que es objeto tienden a hacerle pasar por anarquista. Ferrer siempre se defiende diciendo: “No soy un anarquista, soy un rebelde”». Morral, el terrorista de la calle Mayor, trabajaba para él. Es un hecho que en los años 1906 y 1907 el terrorismo está más arraigado en Barcelona que en Madrid.

En la coartada anarquista o revolucionaria hay una busca socrática de la definición, como en uno de aquellos ejercicios de Antístenes, discípulo de Sócrates, antes de encaminarse a la escuela cínica. Tratan de enmascarar el hecho como tiranicidio, justificando el crimen con los moralistas. A quien mata a un tirano no solo no le señalan como asesino, sino que hasta puede considerársele un justiciero. En la Grecia antigua se encuentran muchos defensores de esta cruel teoría. Se consideraba un honor matar a un tirano. En esa línea se alaban los versos que se atribuyen a Calistrato,<sup>20</sup> poeta ateniense del siglo IV a. C., en los que se celebra la muerte de Hiparco:

Yo llevaré la espada escondida  
en un ramo de mirto,  
como Harmodios y Aristogitón  
cuando mataron al tirano Hiparco,  
y devolveré la libertad a Atenas.

La espada o la bomba escondida en un ramo es pura tradición, muy anterior a 1906. No fue una idea original nacida de la mente atormentada de los ejecutores. Polibio considera a los tiranos fuera de toda ley y dice que «debe hacérselos morir en medio de los mayores suplicios». Plutarco también lo defiende. Para él, el amor a la libertad, a la patria, y el espíritu de venganza son la justificación. Cicerón predica que la más bella de las acciones es matar a un tirano. Séneca dice que no puede sacrificarse víctima más grata que la de un rey injusto. El jesuita Juan de Mariana, en su libro *De rege et regis institutione*, aconseja «que entiendan los príncipes que, si oprimen a la república y se hacen insufribles por sus crímenes y vicios, viven en tal condición que no solo de derecho, sino con gloria y alabanza, pueden ser despojados de la vida».

Este atrevido pensamiento de Mariana sufrió un revés cuando fue asesinado Enrique IV en París, el 14 de mayo de 1610, y se acusó a su libro

de inductor del crimen por el panegírico que se le dedica a Clément, asesino de Enrique III. El verdugo quemó el libro de Mariana en público por orden del Parlamento. El general de la Compañía de Jesús ordenó a su vez no divulgar esta doctrina. En el siglo XIX, las consignas anarquistas recuperan la evocación del asesinato político, y aunque no todos son partidarios, abundan los escritos que desarrollan este extremo. Configuran por tanto un manto ideal para justificar y atribuirle cualquier atentado. Por mi parte, nada que decir sobre la muerte del tirano, pero sí precisar que ninguno de los crímenes que aquí se relatan se llevaron a cabo para matar a tirano alguno. Al principio el atentado contra la autoridad de un Estado se llamaba *tiranicidio*, término vago e inexacto, que no pocas veces encubre las verdaderas pasiones. A finales del XIX es cuando la palabra *regicidio*, la muerte del rey, se complementa con la más polivalente de *magnicidio*, que puede definirse como el asesinato por motivos políticos de las principales autoridades del Estado.

Los historiadores aplaudidos suelen pasar con pies de plomo por todos los albañales, sin manchar sus albos vestidos. Publican sus obras en tapa dura, con amplitud de ilustraciones que reproducen pinturas u otras obras de arte que nada aportan a los hechos, pero que acompañan y distraen. Pocas veces añaden documentos o reproducción de las pruebas que respaldan sus descubrimientos, porque apenas hay descubrimientos. La historia no se repite, sino que se cuenta siempre de la misma manera, blanca e insulsa, con las cosas edulcoradas como si hubieran pasado así de verdad. Si alguien hace alguna aportación se ignora, porque nada encuentra refrendo si no se pertenece al estatus. Los historiadores immaculados siguen adelante sin reparar en los aficionados a la ponzoña, a los que consideran una especie de rebuscadores de la basura. Con lo bien que suenan las crónicas floridas llenas de ingenio y gracia hechas para ser contadas en tertulias de tresillo.

De vez en cuando tiene éxito algún libro que denuncia las mentiras históricas, pero es una estrella fugaz. No hay cátedras, ni asignaturas que pongan de relieve cómo se ha traicionado a los lectores y cómo se alecciona a los ciudadanos con razones de calma impresa. Se huye de la sangre y de las armas, elementos con los que se ha hecho tanta historia, y se encadenan los agujeros negros, los pozos oscuros, pasando con katiuskas sobre las alcantarillas donde se fragua el relevo de los poderosos. Ni sangre ni traiciones, que quedan para las tragicomedias del teatro. En la historia todo son ceremonias impresionantes, acuerdos esplendorosos, jugadas políticas de

altura, ideas utópicas y gente abnegada que se entrega por los demás. Los oradores no necesitan ponerse piedras en la boca como en la antigua Grecia, porque aquí no son tartamudos ni su lengua tropieza; de su boca siempre salen flores, y si no, se los adorna. Es decir, que lo que cuentan no tiene nada que ver con la realidad ni con lo que le sucede a la gente todos los días. Esa historia que se vive en la calle, una vez pasada por las crónicas, adquiere polvo de ángeles y suena a marcha nupcial. Las batallas siempre son incruentas, los generales siempre son valientes, los reyes nunca son idiotas, los políticos desarrollan proyectos que no cuajan porque los hados no les ayudan, los dictadores no eran tan malos como se dice y la democracia en España ya se ha vivido en otras épocas, aunque no se llamara así, gracias a la bondad de los mandarines. El discurrir histórico se define con muchos ismos, que diría Gómez de la Serna, y en definitiva se da la versión que se requiera, según el color de quien escribe.

Lo cierto es que hoy en día quien quiera saber historia de España tendrá que iniciar su propia investigación para que no le den gato por liebre. Eso sí, encontrará mogollón de archivos vacíos, documentos eliminados, objetos perdidos y leyes que impiden que los ciudadanos accedan a los secretos que configuraron la verdadera realidad de lo ocurrido.

Entre esos objetos perdidos están los sumarios judiciales, los archivos de la policía, las piezas de convicción, como las armas y municiones empleadas en los magnicidios, de las que se guardan solo las que no añaden nada, como el pistolón de Angiolillo, los coches en los que dispararon a Prim o Dato, y tal vez el de Carrero, perdido en algún cuartel creando óxido y olvido. No hay respeto por la historia, ni ganas de saber. De eso se aprovechan los que reducen las libertades cada vez más hasta desanimar a los estudiosos. Demasiado tiempo para conseguir un papel, demasiadas gestiones para disfrutar de un archivo restringido, demasiados compromisos para echarle un vistazo a un documento considerado todavía «secreto de Estado», aunque el tiempo lo haya apolillado. Lo que pasó fue muy gordo y muy sucio. Hay especialistas en ponerle ozonopino, que, aunque no huele bien, tapa los malos olores. El baile de los sumarios fue peor que el rigodón de Isabel II con el espadón Narváez. Si quieren que les diga la verdad, yo mismo tampoco daba crédito. Me parecía imposible que algo así hubiera sucedido y que el silencio se hubiera vertido sobre los hechos sin que nadie removiera el pasado. Los vendepatrias se reproducen y se relevan sin solución de continuidad, formando grupos, organizaciones y sectas, de forma que, aunque lo parece,

nada de todo esto ha sido por casualidad sino el resultado de una conciencia despierta y alerta.

Respecto al periodismo, todo ha sido «hinchar el perro» como cuenta Eduardo Haro Tecglen: «El telegrama “Romanones compró globo”<sup>21</sup> correspondía a una redacción suficientemente hinchada [...]. El distinguido *sportsman* conde de Romanones adquirió un aerostato con el que realizar sus arriesgadas ascensiones... La realidad era que el conde de Romanones había comprado el periódico *El Globo* para difundir su política».

No fueron uno ni dos los sumarios sometidos a la sosa cáustica del tiempo. Hubo muchos. Por ejemplo, el del frustrado regicida Mateo Morral, que yo encontré sin documentos esenciales, como la autopsia del supuesto suicida o las tarjetas postales manuscritas que le envió a su supuesta enamorada, la pareja de Ferrer Guardia. El sumario de Mateo Morral se desmigajaba, faltaban datos esenciales, aparecía incompleto y con originales perdidos como la foto de Morral, en plan señorito de Sabadell, de la que solo quedaba una copia de imprenta porque se había perdido el original. Y, sin embargo, todavía atesoraba la resolución de un misterio histórico de grandes proporciones. Y es que los sumarios de los magnicidas los carga el diablo.

La mentira y el olvido forman parte de un modo atroz de dominación. Conforman la historia irreal, la que puede adornarse e incluso manipularse en el sentido que se prefiera. La tropelía mayor que se ha cometido con la historia de España ha sido fraccionarla y permitir que no haya una versión contrastada. Eso hace frágil la unidad y la identidad de nuestro pueblo, porque cuando nos miramos en los espejos de la historia no nos reconocemos.

## Canalejas: el asesino se llama Pardina

El 12 de noviembre de 1912, a las 11.25 horas, el presidente del Gobierno José Canalejas Méndez se detuvo en la Puerta del Sol, kilómetro cero de las Españas, semiesquina a Carretas, frente a la librería San Martín, para mirar los libros. Un segundo después recibió un disparo por debajo de la oreja izquierda, que le salió por el oído derecho. La sangre que perdió una vez tendido en el suelo fue muy poca. Y parecía coagulada al salir. Su reloj de bolsillo quedó parado para siempre en la hora del atentado.

Canalejas fue capaz de liberar a los ciudadanos del impuesto sobre consumos que encarecía la subsistencia, de establecer una norma que obligaba a todos por igual a ir a las guerras y defender la patria, sin que los ricos pudieran desde entonces librarse pagando un canon, y promulgó la *ley del candado*, que puso límite a las órdenes religiosas. Era el estadista ilustre, el gran orador, el jurista admirable, el procurador de los humildes. Fue un decidido demócrata y un hombre honrado.

Un extraño individuo con un gabán gris, que era oscuro, aunque los libros de historia digan que era de «color claro» o que llevaba una «zamarra», que como se sabe es una prenda de piel, sobre un traje azul marino, y con un sombrero flexible de color negro, se acercó por la espalda y le disparó por la parte izquierda del cuerpo. La versión más difundida y errónea es que le «mataron de tres tiros» y que el de la cabeza le entró «por la parte derecha». También se dice que el pistolero disparó casi apoyándose en el hombro.

Canalejas se derrumbó, cayó al suelo y todavía recibió un segundo balazo en el codo izquierdo. Los disparos del desconocido debieron de ser al menos cuatro, porque además del que tenía en el codo, otros tres dieron en el

escaparate de la librería agujereando el cristal, y quedaron incrustados en la madera o en la estantería llena de libros. Según Roberto San Martín, hijo del propietario, y sus dependientes, se escucharon cinco estampidos.

Tal y como señala San Martín, en imágenes reales del documental filmado el mismo año del crimen, un tiro entró en el escaparate, a la derecha, por arriba, según se mira; otro también fue a la derecha, hacia el centro del cristal; y el tercero dio en el marco izquierdo. Canalejas tenía un impacto en la cabeza con agujero de salida, por lo que la bala pudo atravesar después el escaparate. Y tenía el disparo del codo, según relata Luis Antón del Olmet, lo que supondría al menos cuatro impactos. A eso hay que añadir dos balas perdidas que hieren a dos transeúntes, un hombre y una mujer. El cargador de siete balas no alcanza para que el asesino se descerraje encima otros dos disparos en la cabeza para quitarse la vida, caso de que esto hubiera sido posible. La mayor mentira, el suicidio, queda por tanto desmontada.

Conviene contar los impactos, porque el relato que se hace del tiroteo nunca fue desmentido y excede la capacidad del cargador que monta la pistola Browning de 1910, nueva, de gran calibre, que no puede ser otra que la de 9 mm. El relato de los hechos además de ser falso resulta imposible. Incluso hay medios que recogen que el arma es una Royal Express, la copia eibarresa de la Browning. ¿Por qué entonces no hicieron todo lo posible por demostrarlo?

El asesino fue Manuel Pardina Sarrato, según el acta de nacimiento de su Ayuntamiento, y no *Pardiñas*, como falsamente afirman hasta ahora políticos, policías, periodistas e historiadores. Hijo de Agustín y María, era natural de El Grado (Huesca). Supuestamente había nacido el 1 de enero de 1886 y así fue inscrito, aunque fuera de plazo, con certificado, dieciséis años después. Ciertamente, tenía aspecto de ser notablemente mayor. Olmet dice que en realidad nació el 13 de enero de 1880, es decir, que no tendría la edad oficial que se le otorga, veintiséis años, lo que lo igualaría todavía más con el asesino Morral, de la misma edad, sino treinta y dos, que es una variante que se anota en varios relatos y publicaciones.

La inscripción en el acta del Ayuntamiento se hace curiosamente diez años antes del atentado, lo que hace pensar que puede ser un intento de regularizar la situación. El certificado de bautismo, que fue encontrado en el bolsillo del asesino, dice así:



Papel de una peseta.- 1902.- Número 1.171.469. Don José Valdovinos y Getán, presbítero, cura párroco del salvador de la villa de El Grado, diócesis de Barbastro, provincia de Huesca.

Certifico: que al fol. 43 vlto. Del libro de bautizados se registra una partida como sigue: Al margen Manuel Pardina Sarrato. Dentro. En la villa de El Grado, provincia de Huesca, Obispado de Barbastro, arciprestazgo de Naval, a primero de Enero de mil ochocientos ochenta y seis, yo, D, Joaquín Blanc, ecónomo de la iglesia de San Salvador, bauticé solemnemente a un niño que nació en esta villa a la una de la mañana del mismo día, hijo legítimo de Agustín Pardina y de María Sarrato, cónyuges, naturales y vecinos de esta villa, de oficio labradores. Son sus abuelos paternos Pedro Pardina y Vicenta Ferriz, naturales el primero de El Grado y la segunda de Montarnero, vecinos de esta villa, y los maternos, Ignacio Sarrato, natural de El Grado, y Rosa Lopena, natural de Coscojuela de Fantova, vecinos de esta villa. Se le puso por nombre Manuel; fue su madrina su tía María Pardina, natural de esta villa, estado soltera, a quien advertí el parentesco espiritual y obligaciones que por serlo había contraído. Fueron testigos Marcelino Beneded y Melchor Turmo, naturales de esta villa, el primero alpargatero y el segundo comerciante. Y por ser así, autorizo en El Grado la presente, fecha *ut supra*.- Joaquín Blanc, Regte. Es copia literal. Y para que conste expido la presente que firmo y sello con el de esta de El Grado a catorce de junio de mil novecientos dos. José Valdovinos. Hay un sello que dice: Iglesia parroquial mayor de El Grado.

En el ayuntamiento afirman que la edad anotada en el acta podría no ser real, porque en aquellos tiempos las fechas del nacimiento de los hijos solían «bailar», especialmente en una anotación tan fuera de plazo. Esta explicación aceptable no sirve sin embargo para la confusión del apellido *Pardina*, porque *Pardiñas* ni siquiera existe en el archivo municipal. Entonces, ¿cuál es la causa de tanta desinformación de la policía, los periodistas y los historiadores, que no saben de qué marca era la pistola, si era pistola o revólver, ni qué edad tenía el asesino, ni cómo se llamaba?

La ficha que obra en la Dirección General de Seguridad, con una foto adjunta, lo identifica erróneamente como «Manuel Pardiñas Serrato», de veintiséis años de edad, 1,60 de estatura, con cicatriz de 2,5 cm en el ángulo izquierdo de la nariz, cicatriz en la segunda falange del índice izquierdo, con nariz desviada a la derecha y calificado como peligroso anarquista. La reseña equivoca los apellidos y es posible que la edad. Demasiado para una información policial.

Manuel Pardina, que ese era el nombre, y no vale darle más vueltas, era un individuo de regular estatura, tirando a rubio, a no ser que se diera algún tinte o que se oxigenara el pelo, porque en algunas fotos parece de un moreno intenso, con asimetría de la cara muy pronunciada, especialmente en la nariz. Su fisonomía fue calificada de pueril con barba en lagunas, rala. El pabellón

de la oreja derecha tenía rebordes plegados. El fiscal Mena recogió los documentos que extrañamente portaba como si alguien hubiera querido estar seguro de que una vez muerto se le identificara rápida y plenamente. Es decir, que se aseguraron antes de quitarle de en medio.

Según mi investigación criminológica, Pardina pasaba por ser un anarquista muy conocido, cuya ficha antropométrica figura en los registros de la policía, pero en realidad era un aventurero buscavidas. Y aunque el propio Canalejas sabía su nombre (el falso) y se sentía amenazado, el asesino estuvo al acecho tranquilamente en un bar próximo a la escena del crimen, pese a ser el kilómetro cero, muy cercano a Gobernación, donde ese día había Consejo de Ministros. Por si fuera poco, aquel día era el elegido para que pasara el rey Alfonso XIII camino del Retiro para presidir una exposición de crisantemos, con lo que la seguridad debería haber estado reforzada.

Se afirma en el relato histórico que Pardina, en cuanto cometió el crimen, huyó a escape. Sin embargo, un transeúnte trató de detenerle, y también un policía, el primero que hizo acto de presencia. Una vez libre de ellos, se dice que se refugió tras un coche de punto en la parada a la entrada de la calle Carretas, donde, según el relato más difundido, «se disparó dos tiros» desplomándose gravísimamente herido. A las 12.23 del 12 de noviembre de 1912, fue dado por muerto como suicida y trasladado al depósito judicial, donde supuestamente se le practicó la autopsia. Y, sin embargo, como se descubre ahora, es falso que se suicidara.

En posesión del difunto se encuentra además un retrato de mujer con dedicatoria: «A mi inolvidable Manuel», otro documento encriptado con la leyenda «Conflagración mundial, París», propaganda anarquista, un fragmento de la *Astronomía popular* de Flammarion,<sup>22</sup> un número del periódico ABC del día del crimen, una pluma estilográfica de oro, una cédula personal, una carta del Comité Internacional de Ginebra en la que se le pregunta si todavía trabaja en el hotel Palace, la cartera y un reloj.

El día de su muerte, Canalejas no hizo el recorrido habitual. Solía ir de su casa, en coche, a palacio para despachar con el monarca a las diez en punto, después al Ministerio de Gobernación para enterarse de las novedades en provincias y luego a pie a su casa, entre doce y doce y media del mediodía, Puerta del Sol abajo, carrera de San Jerónimo, calle del Príncipe..., hasta el 11 de la calle Huertas. Pero el último día de su vida salió de palacio a las diez y media y se dirigió en coche a su casa. Tuvo una conversación con el gobernador civil de Madrid, y le encareció que extremara las medidas de

seguridad en la inauguración a la que asistían los reyes. Luego abandonó su domicilio y se encaminó por la plaza del Ángel y calle de Espoz y Mina hasta detenerse en plena Puerta del Sol frente al escaparate de la librería. Dicen que una de las piezas que estaba examinando cuando falleció era un mapa con el escenario de la guerra de los Balcanes, que seguía con gran interés. Estaba concentrado en el plano cuando recibió el disparo que le mató. El resto forma parte de la leyenda: se acepta que, pasada la sorpresa inicial, intentaron detener al asesino, pero este trató de huir y refugiarse entre los coches de alquiler de la parada de Carretas.

También se acepta el mito de que Canalejas hacía todo lo posible para burlar la propia vigilancia que le protegía, advirtiéndole a los agentes de que no se acercaran demasiado a su persona y mezclándose con el público en sus paseos por calles solitarias o llenas de gentes, exponiéndose al peligro y poniéndoselo fácil a un posible terrorista. Pero todo esto es falso. Canalejas estaba preocupado, por no decir asustado. Había pasado la última noche de su vida suspirando, con el corazón encogido, probablemente por una percepción del peligro basada en datos reales, en informes de la policía. Era un hombre inteligente, un gobernante calmado y racional, nunca habría descuidado su propia seguridad.

Dicen que uno de los agentes encargados de la protección personal del presidente trató de dar caza al asesino y fue entonces cuando este volvió el arma que llevaba contra sí «e hizo dos disparos, cayendo al suelo moribundo». Los agujeros de entrada que tiene en la cabeza son excluyentes. Uno solo de ellos le habría servido de quitapenas, y de habérselo dado él mismo, claramente habría impedido el otro. De modo que «se los dieron». No vestía zamarra, no está claro que el policía le diera con el bastón, ni que a consecuencia de esto disparara. Tales pruebas confirman que no existe un relato sin fisuras de lo que pasó.

Se dice que la gente que estaba en la plaza se volcó en auxilio de Canalejas y al ver que había muerto lanzaba gritos contra el asesino, aunque es posible que todo esto no sea otra cosa que reconstrucción *a posteriori*. El asesinato fue muy rápido y mucha gente ni siquiera se dio cuenta de lo que pasaba. Se afirma que el guardia municipal número 121 fue de los primeros en acudir al lugar donde estaba el cuerpo tendido en el suelo. Con la ayuda de otros guardias y transeúntes levantaron el cadáver del jefe del Gobierno y lo llevaron al cercano Ministerio de la Gobernación. Poco después el asesino

fue trasladado en volandas en estado preagónico a la Casa de Socorro de la plaza Mayor.

El testimonio de Roberto San Martín precisa que observó cómo se rompía la luna del escaparate de la librería. Creyó que era una pedrada, y al tratar de salir, se escuchó otro ruido parecido, rompiéndose el cristal por otro sitio. Fue cuando se dio cuenta de que eran tiros. Dice que sonaron otros tres y abrieron la puerta para salir a la calle, pero no pudieron porque justo allí mismo estaba el cuerpo de un hombre tendido. Enseguida vieron que se trataba de Canalejas, que estaba echado sobre el pavimento y al que intentaron mover y pasarlo dentro de la tienda, momento en el que un desconocido que vestía levita y chistera, acompañado de varios guardias, ordenó que se llevara al ministerio.

La luna rota de la librería se sostiene, aunque tiene dos orificios redondos y en el marco izquierdo de la puerta queda la huella de un tercer disparo.

El cuñado de Canalejas, Alejandro Saint-Aubin, hermano de la primera mujer del prócer, fue el primero en personarse en el palacete de la calle de las Huertas para alertar a la viuda. Comenzó por decirle que el presidente había sufrido una caída en la Puerta del Sol, pero aunque se esforzó en plantearlo de forma que atenuara la impresión, la señora, que era muy inteligente y estaba en guardia por el mal rato pasado por su marido durante la noche, enseguida descubrió que aquella caída no era un incidente sin importancia como parecía, sino una caída como la del Imperio romano. Mientras la señora se encogía y gritaba de dolor, fueron llegando el ministro de Gracia y Justicia, el subsecretario de Presidencia, Zancada, y otros altos cargos con cara de duelo. La esposa estalló en lágrimas: «¡Mi marido ha muerto!».

Nadie sabía qué decir y algunos no ocultaban sus lágrimas. Poco antes el rey Alfonso XIII, que despachaba con los ministros, se encaraba con el inspector Domínguez al que exigía una respuesta: «¿Pero de verdad ha muerto el señor Canalejas?».

Alfonso XIII, muy emocionado, se presentó de inmediato en Gobernación, acompañado del marqués de Torrecilla y del general Aranda. Ante el cadáver de Canalejas fue informado por el jefe de policía. El rey le contestó con dureza: «¡Pues sí que han vigilado ustedes bien!». En la crónica del *Heraldo de Madrid*, el periódico de Canalejas, se afirma que la negligencia policial provocó un motín ciudadano.

Presuntamente la policía había seguido los pasos de Pardina, tipo taciturno y reservado, poco sociable, hasta días antes, cuando se supo que se había internado en España. Hay testigos que dicen que el asesino estuvo acompañado hasta minutos antes del crimen y se señalan como compañeros a un hombre y una mujer.

Uno de los misterios está resuelto, pero queda el más importante: ¿cómo se financiaba Pardina? Hizo numerosos viajes a América, idas y vueltas: Estados Unidos, Cuba, Argentina y también Burdeos, París, Zaragoza y Madrid. Gastos que no están al alcance de un simple pintor decorador. La policía pudo enterarse de que durante el tiempo que estuvo en Tampa (Florida) había recibido importantes sumas de dinero y, ya en Europa, también otras fuertes cantidades procedentes de Florida, lo que le permitía vivir holgadamente. Todo ello puede justificar tantos viajes y una vida regalada en bares y restaurantes. Por su tren de vida, Pardina tiene más perfil de ejecutor de contratos que de idealista.

Según los informes, era desertor del ejército, fugado muy joven del hogar paterno. Había sido expulsado de la República Argentina a raíz del asesinato del jefe de la policía de Buenos Aires, con el que tuvo mucho que ver. El diario *España Nueva* también asegura que se conocía al criminal porque el día 9 de octubre se dio la orden de imprimir sesenta fichas de él, copiadas de la que envió la cárcel de Huesca, y que la noche anterior al crimen estuvo a punto de caer en manos de la policía.

Los agentes que tenían a su cargo la vigilancia del presidente eran Eduardo Borrego, José Martínez y Demetrio Benavides. Según su versión, al detenerse Canalejas en el escaparate de la librería, un sujeto que actuó «velozmente» se acercó al presidente entre un grupo de personas, apoyó la mano en su hombro y disparó muy cerca de la cabeza. No pudiendo evitarlo, Borrego se abalanzó sobre el asesino y le propinó un bastonazo en la cabeza, con lo cual Pardina cayó al suelo disparando sobre el agente sin hacer blanco (¿séptimo disparo, si no tenía balas?). ¿En qué hombro se apoyó? ¿Con qué mano apretó el gatillo? Nada de esto se determina.

Algunas versiones indican que arrastraron a Pardina al interior de un portal. Pero, sea como fuere, la sucesión de los hechos en el relato difundido no ofrece ninguna credibilidad.

Su hermano, Agustín Pardina, carpintero de veinte años de edad, interrogado por la policía, dijo que Manuel no estaba afiliado a ninguna secta

(incluido el anarquismo), ni le oyó jamás expresarse en términos que hicieran sospechar que pudiera ser partidario del atentado.

No obstante, la policía lo tenía clasificado como muy peligroso y en cuanto supo de la llegada de Pardina, al que llamaba Pardiñas, a Burdeos procedente de Tampa, con parada en Londres, encargó al inspector Tomás Armiñán que no le perdiese de vista en Francia. Pero lo definitivo es que Canalejas, cuando tuvo noticia de que se le había perdido la pista, se mostró angustiado. Le habían informado de que iba a por él. Sabían de su amenaza desde el 12 de agosto, cuando los franceses avisaron de que el pistolero había llegado.

También se sabía que ya en febrero, durante una reunión en el bar Dragón de la plaza de los Agustinos de Burdeos, un supuesto anarquista, Vicente García, informó de una carta con remite de Tampa (Florida, Estados Unidos), que decía que un sujeto se disponía a venir a Europa para atentar contra Alfonso XIII. La carta estaba firmada por «Pardiñas» y solicitaba fondos para financiarse. La policía española estaba informada de todo y se presentó para impedir el atentado. Los elementos revolucionarios en Estados Unidos combatían brutalmente a Canalejas, por ejemplo, en *Cultura Proletaria*, un periódico que se publicaba en Nueva York, que abrió una suscripción para las víctimas de «la reacción canalejista», con el fin de promover acciones capaces de transformar en hechos la propaganda agresiva.

La desinformación policiaca comienza pues en Burdeos, donde se monta toda la intervención alrededor de un supuesto atentado contra el rey español que se dispone a visitar la ciudad. Pardina llega, pero Alfonso XIII no realiza el viaje y los propósitos del aventurero cambian. Ahora la prioridad es Canalejas.

Todo ese tiempo, el hombre en el que la patria tiene depositadas sus complacencias siente el aliento del asesino en su nuca. Su preocupación crece y es aquí donde la conciencia de la amenaza y la premonición se dan la mano. Para el presidente se trata de una amenaza ominosa que no quiere que se convierta en paralizante, pero observa espantado cómo se revela imparable. La policía sospecha que puede encontrarse en Madrid, pero no tiene noticias directas. Únicamente quienes le acogen en su casa saben que el criminal ha llegado. En otro tiempo estuvo trabajando en las obras del hotel Palace y de entonces tiene contactos con los que se relaciona. El 10 de noviembre, domingo, llega a la capital española y tras pulsar el ambiente se retira a descansar. Dicen que el lunes estuvo recuperando sus viejas amistades,

supuestamente para buscar trabajo, pero en realidad era una maniobra de despiste. La tarde la dedicó a asistir a la sesión del Congreso desde la tribuna pública. Por la noche, según el testimonio del catedrático Antonio Ballesteros, estuvo paseando con el líder socialista Pablo Iglesias. ¿Qué hacía el asesino con Iglesias?

La publicación *El Dominó Negro* asegura que Pardina se entrevistó con el líder socialista la noche anterior al asesinato de Canalejas y que este le ayudó económicamente y le proporcionó un pasaporte para volver a Francia. Iglesias lo niega. Los que creen este encuentro lo ven compatible con que Pardina se refugiara en la Casa del Pueblo el 10 de noviembre y al día siguiente visitara a Iglesias en su domicilio, donde recibiría el auxilio económico. El día 11 estuvo en el mitin de los republicano-socialistas que exigía la revisión del proceso a Ferrer Guardia, fusilado durante la Semana Trágica.

Pardina venía a por Canalejas. Desde siempre. Él y Canalejas lo sabían, y la policía también. En aquel tiempo era difícil matar con una pistola dentro de un coche, por la dificultad del blanco móvil, como lo era el rey, que pasaría por Sol. No era un atentado contra Alfonso XIII. Además, el pistolero estaba esperando junto a la librería por donde había de pasar el político, dentro de un bar y acompañado. Con una pistola amartillada. Con anterioridad había rondado por el estudio de Mariano Benlliure, que le estaba haciendo un busto a la señora del presidente. Si este se hubiera presentado a recogerla le habría asesinado allí mismo.

Se mencionan asuntos de escasa entidad para explicar la muerte de Canalejas. Por ejemplo, se coloca en la lista de sospechas la escasa voluntad del presidente de apoyo a la restauración de la monarquía portuguesa en la figura de don Manuel, pese a que el monarca español se sentía comprometido. Alfonso XIII estaba en contacto con Paiva Couceiro y otros monárquicos y logró que se nombrara gobernador de Orense a un coronel de Infantería que permitió un campamento militar de monárquicos portugueses. En el gobierno estaban apoyados por Cobián y Barroso y los habituales de palacio, el conde Grove y el secretario de la reina madre.

Por su parte Canalejas ordenó la incautación de un cargamento de armas adquirido en Alemania con destino a los monárquicos portugueses, aunque le costó una campaña de injurias. Lejos de amilanarse, destituyó al gobernador de Orense, complaciente con los planes de los portugueses, y lo hizo por telégrafo sin consultar con ningún ministro y dando a conocer enseguida la

destitución para que fuera imparable. El rey intentó que Canalejas fuera más sensible a las intenciones de los monárquicos portugueses, y en uno de sus despachos, como el que no quiere la cosa, anduvo manejando un retrato del exrey de Portugal, que puso varias veces frente a los ojos del presidente, cosa que comentó para conocimiento de los interesados, pero que no cambió un ápice la independencia de Canalejas.

Los influyentes que rodeaban al rey se tomaron muy mal la actitud sin fisuras del presidente, pero este, con una manera de actuar que aumentaba su prestigio a la vez que hacía realidad su política, siguió adelante aplicando su pensamiento. El asunto disgustó a los emboscados o palatinos que rodeaban al monarca. Se da por bueno que uno de estos, ante el empuje sin complejos de Canalejas, llegó a decir: «A este hombre hay que matarlo».

Yo creo que el impulso asesino fue más palatino que socialista, más alta traición que movimiento revolucionario. Palatinos y políticos de variado pelaje plantearon una lucha contra el presidente. Un día, en el Congreso, Canalejas se vio rodeado de sus partidarios para defenderle de una peligrosa conjura. Armiñán se colocó junto a su jefe y anunció que si se atentaba contra el presidente habría una reacción violenta contra el culpable del intento. Un significado político liberal tomó buena nota. Los partidarios alejaron la virulencia de la conjura, pero no pudieron impedir el atentado del 12 de noviembre.

Un sector ultracatólico, afectado por la ruptura de relaciones con el Vaticano por la *ley del candado*, hizo que su periódico dijera que «Pardiñas [*sic*] había sido el brazo ejecutor de la justicia divina». El escándalo es evidente porque, muerto Canalejas, ni el gobierno ni los revolucionarios trataron siquiera de preservar las apariencias. En el Congreso no se llegó al acuerdo de abrir una investigación, ni se exigieron responsabilidades, ni tan siquiera se preguntó por la labor del jefe de la policía, ni se lamentó la conducta errática del ministro de la Gobernación, incapaz de disponer la policía necesaria para proteger al presidente.

Iglesias hace una declaración sospechosa, encubridora, que trata de desviar el foco de la evidencia: Canalejas ha sufrido un atentado político. Le han matado por aplicar una clase de política que no gusta a grupos de presión del propio régimen. Pardiña no es un loco, sino un *mandao*. Para desviar la atención se acepta que se suicidó sin dejar «una miserable carta», aunque ya es el tiempo de la fotografía y hay imágenes que delatan dos agujeros de entrada en el cráneo incompatibles con un suicidio.



El conde de Romanones, nuevo presidente del Consejo de Ministros, que no sin sorpresa sustituye al presidente asesinado, desvía también la declaración política y la sustituye por el eufemismo judicial: «En España — dice— los parlamentarios y el gobierno saben respetar el secreto del sumario y respetan a los tribunales». Pasado el tiempo, se ve con claridad que el sumario guarda el secreto de que no hay ningún secreto. Es la preponderancia de lo inane. Dicen que tal vez Romanones pensaba en Salillas cuando hablaba con desparpajo de humo de cañas a la civilizada Europa: no sabemos quién mató a Canalejas y esperamos que nos lo diga la labor judicial. Era más o menos eso. Salillas pensaba que conocía lo sucedido con Morral, pero se tragó lo del suicidio y fue incapaz de descubrir que el supuesto anarquista muerto fue hallado en una finca de la propia familia Romanones, que este frecuentaba, del hermano del ministro de Gobernación que no pudo detenerlo. El secreto sumarial y la libertad de los tribunales no es aquí más que una excusa, porque en nada habrían impedido la investigación política.

El conde de Romanones recoge en sus memorias<sup>23</sup> unas interesantes observaciones sobre cómo, según él, se entera del asesinato de Canalejas: «Me hallaba en mi finca de Miralcampo en la mañana del 12 de noviembre, cuando vi llegar demudado y sin aliento, a mi secretario-taquígrafo (Fernando Enterría); no acertaba a darme la terrible nueva. Enorme impresión me produjo conocer los detalles de la muerte de mi incomparable amigo... Se abrió la sesión del Congreso; la emoción de todos era intensa, y grande la tristeza que dominaba el ambiente. Doloridos y apenados se hallaban aún aquellos que el día antes combatían con saña a Canalejas; ahora ante su cadáver, no encontraban frases bastantes para elogiarle; parecía como si para aquella ocasión se hubiera hecho la sentencia aplicada al Canciller de Castilla en los tiempos de Felipe IV: «Viviendo, era digno de la muerte; muriendo, digno de la vida».

Pedro Sainz Rodríguez, monárquico, politólogo, conspirador contestatario, no se cansa de sugerir hasta el hartazgo en sus memorias<sup>24</sup> que al conde de Romanones le escribían los libros, y esta cita es suficiente para escuchar a don Pedro con atención, donde el ministro de Gobernación, que tuvo que dimitir por el lanzamiento de la bomba, presidente del Consejo tras otro atentado, atina con mucha erudición a dejar para la historia una sentencia que es enigmática y retorcida al mismo tiempo: de modo que Canalejas vivo habría sido juzgado digno de muerte, pero muerto entristece verlo.

Y reflexiona sobre la situación que le engrandece: «Canalejas dejaba un vacío imposible de llenar; el Parlamento perdió con él una de sus mayores glorias; el Partido Liberal, un jefe completo», dice Romanones. Y continúa: «A la tragedia siguió una gran desconfianza, un manifiesto temor en los espíritus que creían ver el horizonte lleno de peligros; yo, sin embargo, no vacilé un solo instante y proclamé, desde luego, mi mejor derecho a recoger la sangrienta herencia. Al saberlo, uno de los ministros de Canalejas, muy amigo mío, de cuyo afecto no podía dudar, aunque en política cabe dudar de todo y de todos, me dijo lleno de emoción, y acompañando su frase de aspavientos dramáticos: “Pero ¿es posible que aspire usted a la Presidencia del Consejo? Usted no sabe los peligros que le amenazan”. Yo me limité a contestarle: por eso mismo. Me daba cuenta de ellos, pero quería, tanto como satisfacer una aspiración, servir a mi Patria».

Realmente Romanones no gastó en vano el dinero que le costara redactar sus memorias, que son ágiles, agudas, llenas de doble sentido, venenosas y brillantes: «No cedí en mi empeño; quizá me equivoqué; pero, ocupando la Presidencia del Congreso, no debía ceder el paso a otro alguno, aunque fuera este uno de mis mejores amigos y de condiciones probadas: el hacerlo implicaba reconocer una inferioridad que no sentía. ¿Era una injustificada soberbia?». Este párrafo es magistral y vale su peso en oro. Pero el final del tomo segundo de sus memorias que viene a continuación es insuperable:

El entierro de Canalejas, manifestación de dolor imponente, fue presidido por el rey. A su lado iba yo. Al despedirse el duelo, continué hasta el Panteón de Atocha; era tan grande mi cansancio, que para seguir caminando tenía que agarrarme al armón de artillería donde iba el féretro; parecía como si una fuerza superior a mi voluntad me ligara a los restos del hombre ilustre.

Hago un esfuerzo para coordinar las impresiones y los recuerdos de las horas que mediaron desde aquel instante hasta el momento en que fui designado para sucederle en la Presidencia del Consejo. Todo lo veo confuso; solo se destaca con fuerza la impresión que sentía al verme próximo a la meta de mis aspiraciones; impresión acompañada de una gran inquietud, de un temor a los deberes y responsabilidades tan grande que me parecía llegar, no a la tierra de promisión, sino al pie del muro de las lamentaciones. Mañana seré jefe del Gobierno, la ambición está colmada...

Es impecable, contenido, vigoroso, y sin embargo yo creo que delata el auténtico fondo de la cuestión: una personalidad férrea que persigue el poder.

La muerte de Canalejas beneficia a los enemigos de su política democrática y liberal. Desde luego existió un complot que se observa en las facilidades que tuvo el asesino para cometer el crimen y en la posterior imposibilidad de huir, porque su boca debía quedar sellada.

Hay una serie de personajes históricos que con una precisión inquietante coinciden en los magnicidios que han creado escuela. Dos de los más relevantes son Moret, masón, confidente de Prim, presidente del Gobierno cuando la bomba de Mateo Morral, que siguió activo con Canalejas y que tras la muerte de este sería nombrado presidente del Congreso. Otro era este Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones, que presidía el Congreso cuando la muerte de Canalejas, al que sucedió en el cargo. Sin titubeos puede decirse que el asesinato de Canalejas favoreció los deseos del conde de ser presidente.

Una de las preocupaciones de la que sería duquesa-viuda de Canalejas fue desmentir que fuera masón: «Entre otros falsos rumores se ha dicho que Canalejas pertenecía a cierta secta poderosa y combatida. Puedo desmentirlo rotundamente. Entre otras manifestaciones de pésame, recibí en aquellos momentos un documento que conservo en mi poder y que dice así: “Acudimos a vuestra excelencia para manifestarle el horror que nos ha producido el vil asesinato de su esposo don José Canalejas, a quien no teníamos la honra de contar entre nuestros hermanos”».

## La cruz de Canalejas

El fotógrafo Martín, que trabajaba para *ABC*, fue uno de los que hizo las mejores fotografías de Pardina muerto en el depósito. El cadáver estaba colgado de la pared para la foto, como si fuera un gran animal ejecutado, cubierto por un rotundo gabán gris oscuro, los ojos abiertos, las manos heridas, los pies apoyados en el suelo y la cara con un bigote lacio que configura una expresión de lúgubre sorpresa.

En la cabeza destacan dos agujeros de disparo perfectamente visibles, el de la sien derecha, con el pelo rasurado, para que se vea, y el de la frente, redondo, como la «o» de un canuto, que los expertos definen como «de entrada». Pese a ello, incluso ahora, publicaciones supuestamente de prestigio, cuando reproducen la espléndida foto de Martín, la acompañan de un texto en el que especifican que se trata de «Manuel Pardiñas [¡y dale!] que asesinó al presidente José Canalejas en la Puerta del Sol y que se suicidó momentos después». Son periodistas que no preguntan a expertos en balística y tienen una mirada de la historia exenta de crítica. Para ellos las efemérides son sagradas y siempre que pueden las embellecen.

El muerto Pardina es una acusación al gran enigma de la política de su tiempo. Pardina, tieso como un palo, es un signo de énfasis, una señal de admiración triplicada, un grito de rebeldía: mañana del 12 de noviembre, el gran engaño se desarrolla delante de todo Madrid, Puerta del Sol, con todo el ruido y toda la gente. Los testigos no dan crédito a lo que ven o callan por miedo. A Pardina nadie lo ve morir o ser liquidado.

Lo trasladan a matacaballo y ni siquiera después de muerto y colgado como un embutido reparan en los estigmas de la muerte. Durante cien años se

reproduce el recuerdo de las mentiras una y otra vez y así lo evocan los historiadores, los catedráticos en las aulas y los periodistas. Confirmado: se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo.

Durante años la criminología ha sido una excrecencia de los saberes humanos, protagonizada por personajes esperpénticos como Salillas o Lombroso. Cesare Lombroso es recordado por suponer en el asesino caracteres natos, pero se ignoran algunos de sus grandes estropicios, como un informe falso que imputó en Francia al capitán Alfred Dreyfus. Fue el primer gran fallo mundial del criminólogo, pero no el único. Ha pasado el tiempo y han tratado de arrinconar con malas artes la criminología. Sin embargo, algunos criminólogos se han puesto a investigar. Todas las mentiras están en el aire.

Solo de una forma intencionada se pudo confundir este gabán recio y obstinadamente gris oscuro que cubre a Pardina con una zamarra o con ropa gris clara. Los que escribieron eso no vieron al asesino o trataron de despistar. Por cierto, que en la foto de Pardina colgado aparece con el busto sobre un fondo de trapo negro que destaca la palidez del rostro, la ropa en su sitio, tal vez el pantalón un poco caído sobre los talones y los zapatos sucios, pero con el gabán perfectamente abrochado, la camisa recogida dentro de las solapas, la cara despejada y limpia con la sangre recogida y un aspecto, si no de dignidad, sí de «hay que vestir al monstruo para enseñarlo». Si no hubieran permitido la fotografía, el efecto nunca hubiera sido el mismo. Con el asesino ahí capturado, más allá de la muerte, la verdad oficial gana credibilidad.

Pero no. No hay normalidad, ni ninguna casualidad en permitir que se le retrate muerto como si estuviera vivo, con los ojos abiertos: un éxito de la investigación que capturó al criminal minutos después de haber actuado, aunque fuera ya muerto. Podría decirse que estaba predeterminado que Pardina no saldría vivo de la Puerta del Sol. Los dos tiros en la cabeza lo dejan claro.

Para Soldevilla, en *El año político*, el crimen de Canalejas fue verdaderamente horroroso y una catástrofe para la nación, que se perpetró a la luz del sol en pleno corazón de Madrid «sin que nadie pudiera ni supiera evitarlo». Afirma que en toda la nación no se creía, ni aun después de verlo, «en la posibilidad de un crimen semejante contra un hombre tan demócrata, tan verdaderamente liberal, en sus doctrinas y en sus procedimientos, y que,

si de algo había pecado, era, precisamente, de benevolencia y lenidad respecto de los delitos políticos y sociales de los partidos extremos».

Precisa Soldevilla, equivocándose, que «el asesinato de Cánovas del Castillo, con ser tan injusto y tan infame, tenía, desde el punto de vista del anarquismo, una explicación: la de que el ilustre conservador era, en el sentir de sus adversarios de la extrema izquierda, un reaccionario, casi un tirano; pero al Sr. Canalejas no tenían ni siquiera el pretexto de acusarle por tales condiciones, puesto que durante el tiempo que llevaba ejerciendo el poder, había dado libertad o permitido volver a la patria a varios miles de presos y desterrados por delitos de opinión, y en cuanto a los delitos comunes, respecto a la jurisdicción civil, había abolido de hecho la pena de muerte, puesto que no se llevó a cabo ni una sola ejecución».

Soldevilla hace un esfuerzo por recoger las mejores versiones de la prensa, las más completas y exactas, «con las manifestaciones de los que presenciaron el crimen y de los que después intervinieron en las consecuencias» para su resumen del año político.

Un testigo lo cuenta así:

A las once y veinticinco de la mañana hallábame mirando hacia el exterior del establecimiento, y observé que D. José Canalejas se paraba un momento a mirar el pequeño escaparate de la puerta de entrada. Acto seguido se acercó un sujeto con traje azul y un gabán oscuro, y en el momento en que el Sr. Canalejas dejaba de mirar el escaparate y se volvía para reanudar su marcha, sin duda hacia el Ministerio de la Gobernación, donde a diario acudía sobre las doce de la mañana, le disparó un tiro de revólver. El Sr. Canalejas se llevó las manos a la cara, y se tambaleó; pero aún se rehízo y, queriendo defenderse, adelantó un paso hacia el asesino, pero al instante cayó al suelo.

El anuario lo presenta con algo de misterio, pero el testigo, como habrá supuesto el agudo lector, no es otro que Roberto San Martín, que estaba dentro de la librería y es el más autorizado para hablar. Ahora bien, ¿pudo ver tantos detalles? ¿El arma que disparó era un revólver? Si el primer disparo tiró a Canalejas al suelo, ¿por qué el asesino hizo el segundo?

Dice el librero que varias personas se dirigieron al agresor. Junto a la acera había un coche privado. Víctor Galán, ordenanza de la Sociedad Filarmónica, se abalanzó sobre el asesino «y le sujetó por los hombros». El asesino entonces dio un salto hacia el arroyo y, «dando la vuelta por la caja del carruaje, se disparó un tiro en la sien derecha y, tambaleándose, dio algunos pasos hasta caer a unos cuatro metros de la acera».

El arroyo sería el agua junto a la parada de coches de alquiler de la calle Carretas. Por detrás de uno de ellos se ocultó el criminal para púdicamente darse un tiro en la sien derecha, a pesar de que podría ser zurdo y por eso le disparó a Canalejas por el oído izquierdo. De creer al librero, no hubo policía alguno que se fuera contra el criminal ni que le diera un garrotazo. Es decir, que los guardaespaldas de Canalejas no habrían llegado. Pero lo cierto es que no se sabe por qué detrás del carruaje donde se supone que se produce el disparo, mejor dicho, los disparos, no había nadie mirando.

En la foto de Martín hay dos agujeros de entrada. Los orificios de entrada son perfectamente reconocibles para los expertos, inconfundibles. De tal modo que alguien ayudó a Pardina a rendir cuentas ante el creador. Él no pudo hacerlo. Quien lo hizo estaba muy cerca. La investigación de la época fue suave incluso con los que le dieron alojamiento, no poniendo pegas a la explicación de que era «un buen amigo que se quedó a dormir». Todo el mundo sabe ahora que Pardina era un tipo intragable, de difícil trato, con problemas sexuales, huraño, que ya había respondido al amigo que le daba alojamiento con el gesto de despedirse a la francesa del trabajo que le había proporcionado en el Palace. No hay muchos matrimonios que lo hubieran acogido a mesa y mantel. Pero a la policía del ministro de Gobernación le pareció normal.

Es curioso que Soldevilla diga en su anuario, que se publica un año después, que Canalejas tenía dos heridas, «una gravísima en una sien, por la que echaba sangre, y otra detrás del oído». Eran las dos puntas de entrada y salida de una misma herida: el disparo por el lado izquierdo, por debajo del oído. Aporta que lo envolvieron en una manta y lo trasladaron a Gobernación.

Precisa que al poco de penetrar en el edificio oficial falleció: eran las once y treinta y cinco minutos. Esto es solo una hora de referencia, el presidente estaba muerto desde el momento en el que la bala le atravesó la cabeza. La defunción fue certificada por el doctor Manuel Martín Salazar, inspector de Sanidad Exterior que tenía despacho en el mismo edificio. Inmediatamente después se procedió a lavar el cadáver, que tenía la cara y el pecho llenos de sangre. Un retén de la Guardia Civil se situó en la puerta de entrada impidiendo el acceso mientras se trabajaba con el cadáver en el despacho grande. Hoy diríamos que, sin querer, borrando pruebas e indicios que dificultan cualquier investigación, y total, para dar apariencia de respetabilidad al crimen.

En el caso de Dato vuelve a resurgir el fantasma de la voluntad anarquista de borrar del mapa a tiranos, y allá donde no los hay, los improvisa. Eduardo Dato Iradier era un reformista conservador, pero que actúa como un patriota dejando a su país al margen del sufrimiento de la guerra y pone en pie una serie de mejoras para los trabajadores como un verdadero adelantado de su tiempo. Los pistoleros que vinieron a matarlo deberían haber sido detectados y capturados antes de que empezaran a dejarse ver con todo descaro en el trayecto Cibeles-Puerta de Alcalá, dando vueltas y más vueltas en su moto con sidecar. Primero Canalejas y luego Dato dejan claro que a los presidentes españoles se los mata para manipular la política y los pistoleros que lo hacen son meros instrumentos. El poder que se les atribuye a los anarquistas en los casos de Cánovas, Canalejas y Dato está sobredimensionado y en todas las ocasiones los atentados se llevan a cabo con una dejación vergonzosa de los servicios de seguridad.

Una vez que los autores materiales han logrado su propósito, tienen que quitarse de en medio. En el caso de Cánovas se ejecuta a Angiolillo y la investigación se estanca porque la responsabilidad criminal se extingue con la muerte. Pero la conciencia de los pueblos no caduca.

El digno Canalejas, el honrado Canalejas, el valiente Canalejas había sido asesinado entre los ciudadanos, a unos pasos de su trabajo, a pleno sol, por un criminal perseguido, identificado, temido, que llegó armado sin ningún contratiempo a una ciudad alertada para cumplir un encargo de magnicidio largamente anunciado. Sin embargo, los indicios fueron disfrazados, las sospechas modificadas, los rumores callados, las pistas borradas y las certezas confundidas. Como dijo Luis Bonafoux, llamado la Víbora de Asnieres, porque residía en este pueblecito cercano a París, «Madrid, por lo tapada, parece una villa de tapadillo».<sup>25</sup>

Era un tipo de grandes entradas, bombín, bigote de guías hacia arriba redondeadas como antiparras y con espejuelos. Bonafoux fue un periodista español nacido en Francia, rebelde, refractario egregio, cronista valiente y satírico inmisericorde, para Baroja «un hombre que tenía una idea noble de su oficio», para Manuel Bueno «la única pluma ágil, sincera, burlona que orea con ráfagas geniales nuestro periodismo anodino y latoso». Humor y sátira le hacen escribir muy suelto como corresponsal desde París poniendo a caldo a algunos de los políticos con su temperamento libertario:



Todo el mundo recuerda haber visto en el Bois al señor Sagasta [ministro de Prim], paseando en un *landau* de alquiler, ocupado por ocho amigos de don Práxedes, entre risas de *cocottes*. A Castelar —que comía con los dedos y se espachurraba garbanzos en la calva—, el público de la Sorbona le gritó, mientras *echaba* en francés un discurso: «¡Habla español!». Don Alejandro Pidal llamó la atención por sus eructos en el hotel donde se alojó; el señor Romero Robledo, por comer como una foca, y Polavieja —o «Pollavieja», *pour les dames*— por hacer buchetas a los postres. Y casi todos nuestros «conspicuos», la llaman por escarbarse los dientes en la mesa y colocar simétricamente sobre el mantel detritus de la comida, lo cual viene a ser una evacuación al revés. Y París juzga que, si nuestros «grandes» son así, los pequeñuelos somos caníbales. En Madrid, resulta chistosa la anécdota que atribuyó a un ministro la costumbre de tirar sus calcetines al techo, de donde quedaban colgando como chorizos. En París, no hacen gracia los más de nuestros «grandes» políticos, cuya mayoría es tan marrana por fuera como por dentro.<sup>26</sup>

Un día el general Valeriano Weyler, que fuera capitán general de Cuba cuando la insurgencia, se presentó en la casa de Canalejas, en Huertas, y accedió sin complejos por las cocinas. Weyler era un tipo bragado y con fe en sí mismo al que no le asustaban los trámites. Con Canalejas tenía una relación fluida.

Bonafoux, en su crónica sobre el general Valeriano Weyler en Cuba, dice que la musa guajira le cantaba advirtiéndole de los rebeldes:

Mi querido Valeriano,  
cuando te vayas de aquí  
te llamarás Valerí  
porque habrás perdido el ano.

Bonafoux también sabe de la instrucción del sumario de Prim, a cuyo juez especial tuvo que sufrir personalmente por la publicación de su biografía del doctor Betances, quien seguramente estuvo envuelto en la acción de Mateo Morral, el regicida frustrado. Bonafoux se negó a declarar, requerido por el juez Del Valle, del distrito de Buenavista, instructor del caso Prim, al que probablemente ataca con saña por el requerimiento del libro y porque trató de procesarle por un artículo anterior publicado en *El Progreso*:

El señor del Valle y Llano, juez-inquisidor por temperamento, y reaccionario de oficio, envía al Prefecto de la Policía de París un exhorto en apestoso papel de barba... Pues bien: yo a mi vez, doy traslado a dicha autoridad de esta redondilla que alguien escribió en los muros de un calabozo en la Casa de Canónigos:

A don Manuel Valle y Llano,  
Juez de la más ruin calaña,  
no hay habitante en España  
que no le dé por el ano.<sup>27</sup>

Tiene la Víbora de Asnieres una indudable fijación anal. Dueño de una prosa hiriente y un genio vivo, fue muy apreciado en su tiempo y admirado por sus escritos y querellas. Bonafaux, periodista y humorista, fue el primero en entrevistar al controvertido anarquista Enrico Malatesta, que tanto tuvo que ver con las cosas explosivas de España, primero en destacar la situación de los que escaparon al proceso de Montjuich refugiados en Londres, primero en describir las reuniones nocturnas del Club Anarquista Internacional y las de Trafalgar Square y el primero que avisó con anticipación de la huelga general de Barcelona en el periódico *Heraldo de Madrid*, que fundara Canalejas con otros socios, y que fue el medio que le sirvió de portavoz durante su actividad política. Bonafaux llegaría a ser el corresponsal más destacado de este periódico en toda su historia.

El eximio periodista tuvo cuatro hijos, dos varones y dos hembras. A las hijas las llamó Lágrima y Clemencia. A su esposa le escribió: «Lo de Lágrima se lo puse a la niña en recuerdo de las muchas que te causó mi perra vida de escritor». También hay para Segismundo Moret, ministro y confidente de Prim y presidente del Consejo cuando la bomba de Morral:

Lo primero que hizo Moret, la última vez que estuvo en París, fue recorrer las redacciones en busca de reclamos porque estos señores que regatean una tagarnina al periodista español, dan billetes de mil pesetas al periodista francés, para que les publique *interviews* que «hagan atmósfera» en Madrid.

La policía recogió del suelo a Pardina, que al parecer arrojaba abundante sangre por la herida que tenía en la sien, y lo metió en un coche en el que le trasladó a la plaza Mayor. En palacio, el subsecretario de Gobernación, Navarro Reverter y Gomis, llamó para comunicar la noticia. El rey, casualmente, estaba despachando con el ministro de la Gobernación. Comunicó que se le informara que Canalejas acababa de ser asesinado. El señor Barroso se presentó poco después en el ministerio. El rey también llegó enseguida. Subió al salón inmediato al despacho grande, donde sobre una mesa había sido tendido el cadáver y cubierto con una colcha azul. Don Alfonso quedó frente al cuerpo de su primer ministro, con una impresión

conmovida. Durante un instante se mostró allí de pie, con los brazos colgantes, junto al cadáver y expresando un hondo dolor. Exclamó: «¡Esto es horrible!».

El rey se dirigió después al domicilio de Huertas a expresar personalmente su condolencia a la viuda. Iba acompañado del marqués de la Torrecilla. En el trayecto se enteró de que la viuda, sobrepasada de dolor, no recibía, y no quiso que quebrantara la consigna, por lo que le dejó una carta muy expresiva antes de volver a palacio. Fue un rasgo elogiado por todos. Estuvo en todo momento aplaudido y ovacionado al entrar y salir del ministerio.

Mientras, los comentarios eran variados y algunos muy significativos. Por ejemplo, el de Pablo Iglesias en los pasillos del Congreso, donde comunicó que al recibir la noticia no podía creerla. Al confirmarla tuvo la impresión de que posiblemente se trataba de «una venganza personal». El presidente del Congreso, conde de Romanones, y García Prieto, presidente interino del Consejo, pronunciaron discursos necrológicos en honor del muerto. En el Senado pronunció el discurso Montero Ríos. Dicen que todos estaban muy emocionados, aunque quizá por motivos distintos.

El asesino llegó a Madrid el domingo 10 de noviembre, dos días antes del crimen. Según los datos policiales, llegó a las seis de la mañana y se hospedó en la calle de Carlos Rubio 3, domicilio del matrimonio formado por Emilio Corona, veintinueve años, pintor, nacido en Zaragoza, y Emilia Ferrer, que habían recibido una carta y una tarjeta desde Burdeos escrita por Pardina. Residió en su casa hasta que mató a Canalejas.

Según creyó a pies juntillas la fuerza encargada de las indagaciones, el domingo por la tarde Emilio invitó a Pardina a dar un paseo, pero este decidió no salir porque ya era un poco tarde. El lunes pasó el día de un lado para otro en la capital, desde la mañana hasta las cinco de la tarde, excepto el tiempo que dedicó a comer. El día del crimen salió de la casa a las nueve de la mañana. Algo que, según dicen los que le acogieron, les extrañó mucho. No volvió a mediodía, aunque no se alertaron hasta que se enteraron por los periódicos y se dieron cuenta de que su huésped era el asesino.

Siguiendo con el anuario consultado, extraña que en vez de llamar al criminal Pardiñas, como todo el mundo, lo llamen Pardinás, alejándose de lo manido, pero equivocándose igualmente. Se informa que el policía Armiñán es el que mejor conoce al «terrible anarquista», pues está al tanto de sus antecedentes e historia. Licenciado en Farmacia, se fingía anarquista y llegó a

ser confidente de Pardina, lo que todavía agrava más el acto de irresponsabilidad que supuso apartarlo de su labor. El policía dice que Pardina estaba trastornado por la lectura de obras de tendencia anarquista, cosa que se vuelve a poner en duda porque el anarquismo era solo una etiqueta que se utilizaba para la explicación de todo mal.

Pardina no estaba de acuerdo con las costumbres de la sociedad de su tiempo, filosofaba como un burro en una cacharrería, se exaltaba por cualquier cosa, se mostraba taciturno, con la seriedad del asno, reservado y apartado del trato con la gente. Según el «topo policial», en Burdeos tenía amores, púdicos, con una casada de nombre Pilar. Estas precisiones deslizan que se carteaba con afiliados anarquistas y con comités de Europa y América.

El crimen de Pardina no es el de un pistolero de ánimo frío, que practica un disparo arriesgado, sino el de un criminal patoso que lleva a cabo un crimen fácil, a bocajarro o cañón tocante, que habría sido imposible en condiciones de seguridad, pero que se convierte en algo sencillo cuando se permite al criminal que se acerque al objetivo con el arma. La sombra del complot es alargada. La policía francesa le tenía en su archivo subrayado con lápiz rojo. Nadie puede negar el descuido en la vigilancia de este elemento desde su salida de Francia. Después del rapapolvo del rey, el jefe superior de Policía, Fernández Llanos, tuvo que dimitir. El que no dimitió fue el ministro, responsable último: Antonio Barroso Castillo, cordobés, abogado y político, que cesó en su cargo con el nuevo gabinete, pero fue promovido inmediatamente al Ministerio de Gracia y Justicia por Romanones.

Según el informe de los alumnos de Antropología Criminal de la Universidad de Madrid, «dedicado al querido maestro Quintiliano Saldaña», los que practican la autopsia a Pardina son los señores Alonso Castillo, Hernando y Pitinto (¿Petinto?). El asunto se prolongó tres horas. Según la descripción de los aplicados estudiantes, el aspecto exterior de Pardina no revela nada anormal, porque su constitución física era buena y bien desarrollados sus músculos, y en la dentadura «no se observa la implantación viciosa que suele ser estigma de los degenerados» (¡vaya tufo a superstición!). El escrito destaca lo siguiente: «Únicamente puede señalarse como pequeña prueba de anormalidad la asimetría en las dos mitades de la cara, nariz muy asimétrica, escaso bigote, casi sin barba, orejas poco desarrolladas, sobre todo la derecha, gran diferencia entre la eminencia parietal derecha, muy desarrollada y en punta, y la izquierda, que era más esférica; debajo del inion había una eminencia más desarrollada que él».

## Luego pasamos a la descripción pormenorizada:

Examinóse primeramente el orificio de entrada del proyectil, situado en la región temporal derecha, con dirección de abajo arriba, para salir por uno de los parietales, donde se observan dos orificios muy cerca de la sutura frontal.

Un orificio que podemos llamar propiamente dicho, porque su diámetro demuestra la salida del proyectil, y el otro ha sido ocasionado por varias esquirlas que salieron en virtud de la explosión que se produjo en la masa encefálica y en la lámina interna de la substancia ósea.

Con la sierra eléctrica procedióse después a separar la bóveda craneana, que solo presentaba como particularidad la delgadez de los huesos.

Pardina no presentaba más lesión, porque las contusiones que tenía en la región malar, partes interna y externa, fueron producidas, según se dice, al caer el suicida, dando con el lado izquierdo de la cara contra las piedras.

Aparte de la congestión ya mencionada de todo el cerebro solo diremos que el peso total de la masa encefálica ha sido el de 1.375 gramos, pero que tampoco indica anormalidad.

Luego se abrió la cavidad torácica, observándose poca fortaleza en las costillas; pero todas las vísceras presentaban aspecto normal y estaban, por lo tanto, bien conformadas.

En el estómago solo se observó de anormal alguna cantidad de sangre deglutida, procedente, sin duda, de la herida que se hizo en la boca al caer al suelo. La falta de vello por todo su cuerpo indicaba un marcado infantilismo.

El trabajo de los alumnos se ve con pocas fuentes y nada corregido. De creer su relato, el policía del garrote nunca llegó a actuar y no se reflejan las evidentes heridas en las manos, quizá de defensa. Por otro lado, tras certificar un rotundo «no presentaba más lesión», ilustran el folleto con una foto —una imagen vale más que mil palabras—, en la que se aprecia de forma innegable el segundo disparo en la frente. Y hasta un grueso hematoma en el pómulo izquierdo, que se pretende explicar con el desplome a tierra del falso suicida. ¿Nadie se apercibió de eso? ¿Por qué daba igual? ¿Qué pasaba en la Universidad de Madrid? ¿Qué nivel científico se le puede conceder?

La foto que se reproduce de Manuel Pardina es la ya conocida del muerto con los ojos abiertos, colgado de la pared y con el sobretodo de marras, pero firmada por el fotógrafo Moreno. Hasta el pie de foto está mal puesto para un trabajo universitario. Dice así: «Asesino del presidente del Consejo, Sr. Canalejas. Se encuentra vistiendo el traje que usaba el día del crimen». No se ve el traje, sino el gabán, como queda dicho. Además, la foto que se ofrece, un retrato donde se aprecia con claridad el orificio en la parte izquierda de la frente, resulta un escorzo en el que cualquiera puede darse cuenta de que se trata de un individuo anormal, eso que en el estudio de los

antropólogos no acaba de quedar claro. Es un tipo sin apenas caracteres sexuales secundarios y pinta de chiflado. El dibujo de la personalidad que hace el policía completa la impresión: amargado sanguinario que se mueve en las redes internacionales de la subversión, pero con autonomía que revela un mercenario al servicio de las peores causas.

El escorzo de Moreno no deja resquicio a la duda. Los forenses raparon la sien derecha para dejar al aire la redondez del disparo de entrada, mayor que el de la frente, lo que revela dos distancias diferentes de disparo e incluso quizá dos calibres diferentes. No se habla en la autopsia recogida por los alumnos de las balas recuperadas, se dan muy pocas precisiones de las heridas y no se hace hincapié en el currículum ni competencia de los autores de la autopsia. Por otro lado, el documento oficial fue perdido, desaparecido, oculto, desintegrado en las entrañas negras de la Administración.

El documento, orgullo de los estudiantes que firman todos al principio del trabajo en loor del profe, suena a referencia oral de alguno de los componentes del equipo o hasta del mozo de autopsia, por su escaso calado. Pero es lo único oficial que se conserva. Muy poco para una densidad universitaria, para una ciencia antropológica, aunque hasta ahora ha sido suficiente para los historiadores, que siempre han enfrentado el tema tímidamente, sin afán de molestar.

El nivel del documento es tan deficiente como el de la mencionada reconstrucción de la escena del crimen mostrada por los actores del Teatro Lara, Rafael Arcos y José Isbert, como parte de un trabajo para la empresa madrileña Iberia-Cines que no se distingue por su rigor. Lo mejor que puede decirse es que en la película Rafael Arcos tiene un lejano parecido a Canalejas gracias a la vestimenta y el sombrero de copa, que le dan un aspecto imponente. Isbert, con gabardina clara, ni siquiera dispara a la distancia adecuada, por lo que la reconstrucción para el documental representa la gran chapuza nacional, aquí reflejada doblemente en el aspecto del estudio y de la recreación. Una y mil veces repetida en los periódicos, folletos, novelas y libros de historia. Habrían de pasar cien años sin que a nadie le extrañara que tanta dejadez y desinformación fueran posibles. Todavía hoy en la universidad se dice que en el anarquismo «los asesinos se entregaban con la pistola humeante, pensando que habían realizado un gran servicio a la humanidad».<sup>28</sup> Pues será en el extranjero.

Al presunto periodista y presunto anarquista Angiolillo, asesino de Cánovas, según el marqués de Lema que lo vivió, le sujetó los brazos el

teniente de la Guardia Civil mientras disparaba, aunque no llegó a tiempo de impedirle el atentado en el balneario, donde a los servicios de seguridad del presidente solo les faltó hacerle la manicura. La imagen del corajudo anarquista, que después del asesinato permaneció sin intentar huir, con el arma en la mano, es puro invento.

Los presuntos anarquistas españoles Morral y Pardina fueron asesinados cuando intentaban escapar después de haber cumplido su parte. Los asesinos de Dato, Mateu, Casanellas y Nicolau, se dieron el piro a escape, guardándose la «pistola humeante», aunque a Mateu le atraparon en el último momento.

En una exposición sobre anarquismo celebrada en Zaragoza, en 2010, el director científico responsable reproduce sin rubor los errores de la reconstrucción del crimen de Canalejas, representando al asesino con un maniquí que dispara a otro por la parte derecha de la cabeza, cosa que puede observarse con estupor en la foto que acompaña el texto en el periódico. En la universidad, incluso a los catedráticos, siguen dando igual los detalles.

Tampoco fueron de «pistola humeante» los supuestos anarquistas Sancho, al que la multitud quería linchar a bofetadas en Cibeles después de haber fracasado en sus disparos contra Alfonso XIII, ni Santiago Salvador, el cobarde de la bomba del Liceo, o los irresponsables de la calle Canvis Nous que lanzaron una bomba, siendo capitán general de Cataluña Valeriano Weyler, durante la procesión del Corpus Christi, atentado que mató a siete espectadores y un soldado. Es decir, que los de la «pistola humeante» solo serían los dos a los que el resto de la banda se la aplicaron sobre la piel. Ya en los tiempos de Alfonso XII Juan Oliva disparó contra el rey mientras pasaba revista en Álava. Fue detenido y ejecutado. Más tarde, Francisco Ollero disparó sobre los reyes, que volvían de la Casa de Campo. Los reyes resultan ilesos, pero el agresor fue detenido y ejecutado. También Pallás arrojó una bomba contra Martínez Campos y lo dejó herido, por lo que fue fusilado. No hay ningún acto de valor, todo es sorpresa y cobardía en la acción. Los atentados solo resultan excepcionales y arriesgados en el relato embellecido.

Pardina era soltero y virgen, por lo que solo cultivaba el aspecto platónico de las relaciones sentimentales, lo que certifica su anormalidad, de imposible diagnóstico por los estudiantes de Madrid que informaban de oído. Y algunas publicaciones destacan la edad que parece que mejor le cuadra: los treinta y dos años, con oficio de tapadillo de pintor decorador, de quien se

predica que se hizo anarquista en Buenos Aires, de donde ya entonces tuvieron que expulsarlo por su relación con un asesinato. Aparentemente sin medios de fortuna, se paseó por Estados Unidos, Francia y España, en un trajín de vaivén, con ese aspecto permanente de *pasmao*, perro sin amo, delincuente perseguido, fichado, pero al que se le deja acceder libremente a los escenarios más adecuados para su maldad. En Tampa (Florida), como cuenta el cuñado de Canalejas, el cónsul español estuvo siempre perseguido: «El de Tampa —dice Saint-Aubin—, era un mártir de las persecuciones de todos, sin encontrar apoyo en autoridades ni en nadie. En cuanto salía en bicicleta, los tabaqueros refugiados, todos insurrectos, le saludaban a tiros». Cuando Canalejas visitó en tiempos estas tierras, «fue blanco de muchos odios», aunque no podía ni imaginar que de aquí saldría el pistolero que habría de liquidarle.

A Pardina, para hacerle más fácil su tarea, aunque estaba bajo vigilancia se le retira esta oportunamente. Por ejemplo, se le permite que espere tranquilamente en un bar de la Puerta del Sol. El presidente Canalejas creía que estaba ordenando el país con mano firme, pero el entramado se le escurría como agua entre los dedos, en la fragua de un crimen planificado.



## Un asesino entrenado

La última noche de su vida, Canalejas la pasó afiebrado, angustiado y quejoso. Según la viuda, se le oía murmurar: «¡Ay, madre mía!, ¡Ay, Dios mío!». Y también se preguntaba, con el corazón encogido: «¿Cuándo amanecerá?». El hombre poderoso naufragaba en su sueño.

El primer gobernante verdaderamente moderno de España hacía aguas superado por quienes deberían haber velado por él. Su modernidad, el hecho de ser un demócrata a ultranza, el padre de los pobres, el irrenunciable cumplidor del compromiso político, le costaría la vida.

A las siete de la mañana su cara parecía una hoja de papel blanquecina. Canalejas no podía ocultar su aprensión, pero no quería compartirla con su esposa por no aumentar sus preocupaciones. ¿Tenía un presentimiento? Sin duda, pero fruto de información contrastada. Era un hombre con coraje que se sabía vulnerable. Totalmente solo en la cúpula del poder: ¿Cuántos «canalejistas» habría en el gobierno? ¿Uno? ¿Ninguno?

Un hombre que había establecido un servicio militar «para que no fuera posible la iniquidad de librar mortíferas guerras, como las coloniales, con la sangre del pobre mediante la redención a metálico», como dice Baldomero Argente en el prólogo de *La vida íntima de Canalejas*, el libro de memorias de la viuda. Y que tras disponer que todos fueran al ejército a cumplir con la patria, se lo aplicó a sí mismo con la obligación del propio hijo. Un gobernante capaz de gobernar con quienes habían sido sus adversarios hasta el día anterior, fuerte pero con el flanco descubierto.

El día que iba a morir, la esposa le vio mal de salud y le recomendó que se quedara en casa, que llamaran al médico Amalio Gimeno, ofreciéndose a

comunicar a palacio que suspendieran el despacho con el rey. Pero el presidente tenía urgencia de hablar con el monarca, y a las once y media, Consejo en Gobernación. Salió pálido y preocupado pero con paso firme: «No me esperes a almorzar». También le recomendó que no perdiera la cita con el escultor Benlliure porque le había encargado un busto que quería que estuviera terminado el día de su santo. Siempre tenía presente que el vehículo oficial que la llevaba a casa del escultor fuera devuelto pronto al Congreso, por si podía regresar en él para recogerla.

¿Quién le dijo al asesino que le estaban haciendo un busto a la señora? Sin duda alguien de su cordada de apoyo. La compañera del escultor, Lucrecia Arana, también artista, observó que desde que llegaba la señora de Canalejas al estudio había un individuo sospechoso que rondaba por los alrededores del hotelito de la calle Abascal. El jardinero de la casa fue encargado de preguntarle qué estaba haciendo allí, a lo que con displicencia el merodeador respondió que «la calle es libre» y que estaba de paseo, a la espera de una mujer con la que se había citado. Respuesta increíble de alguien desmañado y poco viril que tan pocos asuntos tenía con mujeres. Tras el asesinato, los familiares de Benlliure no tardaron en reconocer las fotografías del asesino al que llamaban Pardiñas.

El propósito del pistolero estaba claro: tender la celada en casa del artista, donde todavía habría menos vigilancia que en la Puerta del Sol, pero debido a sus obligaciones el presidente no pudo ir a recoger a la esposa a la salida de la sesión de Benlliure en coincidencia con el criminal. Pura casualidad en un gobernante amenazado, atenazado por la imprevisión y la estulticia. Le llegaba la amenaza de muerte, pero no la defensa.

La cosa había empezado a ser preocupante tres días antes de la fecha señalada, cuando Canalejas citó en su mansión a José María Barrera, obispo de Madrid-Alcalá, poseído de un apretón de descarga espiritual. Lo anunció a su esposa diciéndole que iba a venir su ilustrísima, el hombre que los había casado, porque tenía que hablar «muy reservadamente con él». Con certeza, para poner en orden los asuntos espirituales, dado que, aunque le crearon fama de comecuras, era un hombre religioso. Temía la muerte y que la muerte le pillara desprevenido. Así que era un presentimiento forjado sobre motivos, secretos de Estado, salpimentados con anónimos de amenazas que no paraban de atosigarle. La viuda reconoce que «sabía que le acechaba la muerte y, sin duda, aquel día quiso descargar su conciencia».

Llamada de auxilio del hombre poderoso, el presidente del Consejo, el político brillante, el estratega, incapaz de establecer un cerco de protección, de obligar a sus ministros a tomar precauciones. Y la desprotección disimulada con un falso ambiente despreocupado: con falsedades como que Canalejas no quiere ver a los guardaespaldas cerca, no desea que la policía le impida mezclarse con la gente en las calles de Madrid, bobadas que se reproducen en los periódicos sin el menor reparo.

El obispo habría de decirle a la señora que su marido tenía el alma en paz al abandonar este mundo, aunque el cuerpo no tuviera la misma tranquilidad. Conservaba la calma de forma externa, pero sabía que el fin estaba próximo. Era alguien que había visto la muerte de cerca, cuando falleció su primera esposa, que le dejó sin fuerzas y prácticamente noqueado, y en el campo de batalla. Fue una muerte trágica e inesperada, pero Canalejas se sentía sentenciado. Lo anunciaba tímidamente, como el que no quiere la cosa, miraba a su hijo y le decía a su esposa: «Aquí te queda un hombre, María», algo que la asustaba: «No digas eso, no necesito a nadie teniéndote a ti». Los grandes hombres, los servidores del Estado, con frecuencia abandonan el cuidado de sí mismos para volcarse en las necesidades de los demás. Canalejas era de esos.

Otro habría puesto especial cuidado en sus asuntos, porque ya poco antes del crimen se le veía absorto en sus preocupaciones, hasta el punto de que la señora le preguntó: «¿Te pasa algo?». «Sí. Estoy de mal humor porque han perdido la pista de un hombre peligroso». «¿Un anarquista?». «Sí; de acción», dijo el presidente mal informado. «Un policía recibe fondos con objeto de vigilarle; pero ahora ocurre algo inexplicable. El policía ha suspendido sus gestiones; el anarquista se ha internado en España y tengo el convencimiento de que nos dará algún disgusto serio. Se llama “Pardiñas”».

Era una manera de advertirlo, de forma suave, intentando alertar sin preocupar; pero claro que había mucho más. ¿Cuál es la clave de que no lo impidiera? ¿Por qué no espoleó al ministro de Gobernación? ¿Por qué no exigió explicaciones?

El policía había dejado de cumplir con su deber, el presidente estaba amenazado y nadie más que él parecía preocuparse. No es lo que se merece el hombre que ocupa la cúpula del mando de la nación. A Canalejas no le faltaba decisión ni inteligencia. Entonces, la única explicación posible es que estaba siendo traicionado.

Dice la viuda que fueron muchas las personas que en aquellos momentos calificaron el homicidio de absurdo. Pues bien, señora: el homicidio fue todo menos absurdo. También dice que se pudo evitar. Y eso sí que es cierto. Incluso habría sido fácil si hubiera funcionado un mínimo de rigor en el aparato de seguridad del Estado. Curiosamente el responsable último de todo ello era Canalejas, quien debiera espolpear a sus ministros, a su policía, a sus servicios de información. Pero estaba pudorosamente paralizado, pensando quizá que era obsceno prestarse tanta atención a sí mismo, porque el deber del líder es entregarse a su responsabilidad, ocuparse de los problemas de la nación y confiar en quienes ha designado.

La aterrorizada viuda razona que «solo un anarquista podía quitar la vida a Canalejas, ya que su política, honrada y leal en todo momento, no le creó enemigos. Por eso estaba tan despreocupado, mezclándose de continuo con el pueblo, del que siempre recibió muestras de adhesión». En lo único en lo que no se puede estar de acuerdo con ella es en que «solo un anarquista podía quitarle la vida»: se la podía quitar cualquier adversario. Por ejemplo, en el Congreso se había oído alto y claro una voz que reivindicaba el atentado en política. Y respecto a que «su política, honrada y leal no le creó enemigos», fue precisamente lo contrario. De hecho, lo mataron por ello.

Pardina había venido entrenado de Tampa (Florida, Estados Unidos de América), donde Canalejas en su visita había sido perseguido por los tabaqueros insurgentes. Había recibido dinero e instrucción. Era un hombre de una sensibilidad embotada. Con comportamiento de autómeta. Llegó a Madrid, consiguió una pistola —¿o fue un revólver?—. No se habla de casquillos en la escena del crimen. Sabía operar el arma mortal y no sentía el menor respeto a disparar por la espalda a un hombre desarmado. Era un criminal nutrido, viajado, entrenado en Tampa, catequizado en la Oficina de la Bomba de París, asesorado por poderosos aliados que le llevaron de la mano hasta la misma Puerta del Sol. Todo bajo una cortina de humo: dos supuestos ilusos que le alojaron en su casa a los que no se les pidió responsabilidad alguna cuando habían acogido, alimentado y paseado por Madrid al villano que dio muerte al hombre más grande de su tiempo.

La muerte de Canalejas fue una sacudida intensa en todo el país, que repercutió más allá de las fronteras. El dolor y la indignación se manifestaron en todas partes. De todas las esferas sociales se recibieron cartas conmovedoras, políticos de todo signo dieron muestras de consternación. En efecto, el documental con imágenes reales de su entierro muestra una

manifestación abrumadora. Pero se termina el espectáculo y la vida sigue una vez que se ha acabado con la forma nueva de hacer política, que era de lo que se trataba.

Se ha dicho que el criminal estuvo en el Congreso y oyó hablar a su víctima, al patricio que se expresaba con gran rotundidad y veracidad, pero probablemente solo fue a asegurarse de que no se confundiría cuando le disparara. Hay un poco de cursilería y presunción al pensar que quedó prendido, cautivado por las palabras de Canalejas. Aquel ser amorfo, frío como un pescado, con la oreja derecha mal desarrollada, la nariz asimétrica, cuatro pelos en el bigote, barbilampiño y sin vello en el cuerpo, siguió todas las instrucciones fielmente y una de ellas era comprobar lo fácil que sería acercarse a la víctima. Cuando estuvo en el Congreso, donde hablaba el presidente, puede afirmarse que contaba con turbia protección. Sin ella no habría pisado el Congreso, sino el calabozo, porque era un delincuente fichado, vigilado, llegado para una misión detectada en la corte y que tenía a Canalejas acongojado.

¿Es que tampoco había vigilancia en el Congreso? En la Puerta del Sol, además quedaron heridos Víctor Galán, ordenanza de La Filantrópica, y la señorita Carmen Sanz del Moral. Queda acreditado que al asesino lo recoge uno de los agentes encargados de «la ronda especial» de Canalejas, que tampoco había figurado hasta ese momento, y lo conduce a la casa de socorro donde solo se le aprecia la «herida oficial» de bala con orificio de entrada por la región temporal derecha. Los estudiantes de Antropología Criminal<sup>29</sup> sí saben que se llama Pardina. Resaltan que no iba solo, sino que le acompañaba otro hombre de «barba rubia», al que nadie encontraría nunca, y que se separó del criminal momentos antes de los disparos.

Según la biografía que circuló entonces, el padre del asesino, Agustín Pardina Ferriz, fue un carabinero que sirvió en la comandancia de Tarragona, desde 1892 a 1895, y en la de Benasque (Huesca) desde entonces hasta 1898. Pardina tenía dos hermanos, Pedro y Agustín, residentes en el extranjero. Manuel era conocido por su carácter díscolo y reservado, llegando en ocasiones a escaparse de casa. Los alumnos de Antropología afirman que es cierta esa anécdota de que Manuel y sus hermanos encerraron al abuelo en un ataúd, que este guardaba debajo de la cama, en previsión de que le llegara la muerte, y que le dejaron allí mismo después de haber clavado la tapa. La anécdota no tuvo mal final porque los padres llegaron a tiempo y escucharon los gritos del aterrorizado anciano.

Consta que Pardina fue a la escuela hasta los once años, era aficionado a las matemáticas y aprendió las primeras letras, para dedicarse después a tareas agrícolas, hasta que se fue del pueblo al cumplir los dieciséis años.

En Zaragoza trató de entrar en el ejército, pero no fue admitido por no aportar la partida de nacimiento del Registro Civil, lo cual es significativo para el enigma de la edad, por lo que se dedicó a aprender el oficio de pintor en casa de Antonio Pueyo Mura (calle del Horno 13, Arrabal), quien le matriculó en la Escuela de Artes y Oficios con el fin de que fuera ducho en dibujo y pintura, donde demostró voluntad. En Zaragoza permaneció hasta 1904, año en el que volvió a su casa para desplazarse después a Francia. Se sospecha que aunque se fue al país vecino debido a la necesidad de ampliar estudios, en realidad lo que intentaba era librarse del servicio militar, por lo que fue declarado prófugo y puesto en busca y captura. Se sabe que de Francia se trasladó a La Habana, donde pasó tres o cuatro años. Allí escribió a sus padres cartas en las que se hace alusión a ideas anarquistas. Nadie niega que estuviera en el entorno de la delincuencia y de la subversión.

De Cuba se trasladó a los Estados Unidos, y residió una importante temporada en la rebelde Tampa, de donde salió para Argentina. Allí se le detecta en reuniones donde se fraguaron complots para llevar a cabo atentados «contra las más altas personalidades». Se cree que lo mismo en Argentina que en Tampa estuvo vigilado como sujeto peligroso. En La Habana se sube en el vapor Champagne, el 11 de enero de 1912, y desembarca en Santander el día 28. En la travesía se relacionó con un tal Rafael Fernández, que le invitó a pasar unos días en su casa. Allí conoció a una joven llamada Balbina, con la que tuvo cierta relación, aunque por un corto tiempo. Se ignora si fue él quien la dejó. Luego pasó a Madrid donde se hospedó en casa de su amigo Corona, que conocía de Zaragoza.

Fue en el mes de marzo en el que estuvo trabajando de forma esporádica en las obras del Hotel Palace, donde lo recordaban como huraño, retraído, de pocos amigos, hasta el punto de que solo se relacionaba con Celestino, *el Maño*, trabajador también de las obras, con el que discutía de espiritismo, curioso tema para un supuesto anarquista.

Al poco de marcharse, su amigo recibe una carta suya desde la capital francesa. Desde allí se desplaza a Burdeos, donde se aloja en casa de un español que vive en la calle Kleber 16. Se había presentado allí solo con una pequeña maleta. En Burdeos recibió de Tampa envíos de dinero que le procuraron una vida holgada. Sabedor de que la policía le vigilaba como era

costumbre desde antiguo, buscó empleo de pintor para enmascarar su potencial económico y hacer creer así que estaba necesitado. El Gobierno español lo tenía controlado a su llegada a Burdeos y envió a un topo con la misión de no perderlo de vista. El topo lo denunció, lo que provocó que la policía francesa le detuviera y le llevara al puesto correspondiente, donde lo ficharon y fotografiaron, quedando en el álbum de perseguidos.

En el trabajo de la Universidad de Madrid se cita expresamente que «Manuel era impotente», pese a lo cual tuvo amores (platónicos) con una tal Pilar, mujer casada, que intentó disuadirle de sus peligrosas actividades porque se había encaprichado de él, más de forma maternal que de ninguna otra. En la ciudad francesa se relacionaba con ácratas, en especial con un español llamado Vicente García. Y le llegaban mensajes y correspondencia de Tampa y París. En un momento determinado, decide quebrar la vigilancia que sufre y se escapa a París, a donde le sigue el infiltrado especial encargado de controlarle, que sorprendentemente recibe la orden de que cese el espionaje. Dicen los estudiantes que entonces el policía español trasladó esta misión a los franceses. Algo verdaderamente extraño, e insólito, porque ocurrió cuando más peligroso se había vuelto el vigilado.

Los estudiantes dicen que Pardina había manifestado a sus compañeros varias veces: «Moriré con la filiación en el bolsillo», por lo que un día del mes de septiembre pidió por correo a sus padres la fe de bautismo, de la que dicen que acusó recibo mediante tarjeta. Lo cual es difícil de creer, porque «los compañeros» como él no están filiados, los individuos con los que se movía en el hampa internacional no son de los que dejan referencias, y además, resulta difícil justificar lo injustificable: que el asesino de Canalejas llevara la fe de bautismo en el bolsillo cuando le cerraron la boca.

Vuelve a Burdeos, y el domingo 10 de noviembre de 1912, como se sabe, llega a Madrid a las siete de la mañana, y es recogido en su hogar por Emilio Corona, en Cuatro Caminos, donde ya había estado con anterioridad. Tras desayunar se instaló en la casa con una pequeña maleta, digamos con los trastos de matar.

Según los datos de que se dispone, salió para asistir a un mitin celebrado en el Teatro de la Gran Vía, en memoria de Ferrer, el ejecutado por la Semana Trágica de Barcelona. Volvió con un libro de astronomía que por lo visto no encontraba en París. Al parecer, su cerebro errático mezclaba el anarquismo, la violencia y el influjo de los planetas. Tras comer con su anfitrión y la mujer, salió con el primero a dar un paseo hasta la cena. Luego

tuvo el detalle de invitar al matrimonio al cine Luminoso, de Cuatro Caminos. Un asesino templado que jamás se ponía nervioso.

El día siguiente pasó la jornada fuera y contó que había estado en el Congreso escuchando a Canalejas, donde al parecer permaneció en la tribuna número cuatro.

A los datos de la viuda del presidente se unen los de los estudiantes, quienes sostienen que a las dos de la tarde fue cuando el portero del hotelito de Abascal del escultor Benlliure vio cómo por la acera de enfrente se paseaba un tipo con las mismas señas que Pardina, que vigilaba la puerta de entrada de la residencia. Pasadas las tres y media se dirigía hacia la Castellana, justo en el momento en que llegaba el coche de Canalejas, ocupado por su señora, a la sesión de posado. El tipo aquel se volvió rápidamente a tiempo para observar desde unos cuatro metros que la mujer viajaba sola, por lo que decidió marcharse de nuevo. El dato importante es que estuvo a punto de suceder que Canalejas hubiera acompañado a su esposa al taller del escultor. Posiblemente lo habría matado allí mismo.

Los estudiantes, de nuevo con poca fortuna, recogen lo que también subraya Luis Antón del Olmet cuando dice que entre las diez y media y las once de la noche de ese mismo día, víspera del asesinato, un profesor de la universidad vio pasar por la «plaza del Dos de Mayo, dirigiéndose a la calle de San Andrés, a D. Pablo Iglesias, que iba acompañado de un individuo de estatura media, con gabán gris claro hasta por debajo de la rodilla, y sombrero negro Frégoli [recordemos que la cofradía de asesinos como Pardina y Morral gastaba sombrero Frégoli como una seña de identidad], de fisonomía inconfundible, pálido, escaso bigote lacio, mentón y pómulos salientes, que cree coincidir con la del asesino de Canalejas. Pablo Iglesias hablaba y su acompañante le escuchaba con atención. El que nos lo asegura está dispuesto a declarar ante el juez, si le llama», advierten los estudiantes.

Por un lado, si vio que llevaba «un gabán gris claro», se equivoca; porque el que gastaba el sujeto era oscuro; pero, por otro, Iglesias reivindicó el recurso al atentado como medio político, y el hecho se recoge en tres fuentes históricas: una revista, un libro y el trabajo de análisis universitario. Cuando así habló fue corregido por el propio Canalejas.

Llegado el día del crimen, Pardina salió de la casa de Corona para no volver. Fue después del desayuno. Aportan los estudiantes que el ecónomo de El Grado, pueblo natal de Pardina, les refiere que en los últimos años Manuel daba muestras alarmantes de extravío, haciendo alarde en sus cartas de



profesar principios anárquicos y disolventes, donde aconsejaba a sus padres que se negaran a pagar la contribución, propugnaba el exterminio de los frailes y del «odioso militarismo», y firmaba las cartas con expresiones de «salud y revolución». También remitía ejemplares a sus parientes de números de *Tierra y Libertad* y otras publicaciones que los destinatarios recibían horrorizados.

Les llegan informaciones de que a los padres se les ha hecho tan odiosa la memoria del asesino que han quemado todos los retratos que guardaban de él. Los estudiantes afirman que Pardina era antropológicamente un ser «normal, sin taras hereditarias ni estigmas degenerativos, como se demuestra por la ficha antropométrica y la autopsia». Las dos referencias son escasas y poco profundas.

Enseguida tropiezan con el problema de las ideas y hay que hacer algo para que todo se ponga en orden con la versión oficial: «Con los extraños era reservadísimo, pues tanto su amigo Rafael Fernández como Corona ignoraban que fuera anarquista y profesase ideas avanzadas». No puede decirse que fueran propiamente extraños dos amigos que le reciben en su casa a mesa y mantel, especialmente Corona, que parece más bien un ama de compañía: a lo peor es que de verdad no era anarquista, ni profesaba ideas avanzadas. Dado que estaba peleado con el mundo y era impotente, aunque la autopsia no lo explica, y simplemente utilizaba la pantalla del anarquismo para actuar como matón, Pardina, en su lógica asesina, no hablaba nunca de política, ni censuraba ningún acto de gobierno, ni solía manifestar sus ideas. A lo peor ni siquiera tenía ideas, excepto la de que matar es lucrativo.

En la parte que llaman Sociología Criminal, los estudiantes califican a Pardina de «judío errante del anarquismo». Personalmente creo que no era judío, ni tampoco anarquista, aunque se valiera del anarquismo. Agustín, el hermano del criminal, declaró que en París se le hacía imposible la vida económica. Pero ¿era un idealista o un emigrante económico? Los estudiantes lo dibujan como un hombre apenado, con tentaciones suicidas, sin jornal, empobrecido, cuando se sabe que recibía fondos. Lo sitúan en un estado depresivo en el que «es un incauto muy a propósito para ser explotado por un complot», el pobre. Sin embargo, hay otra lectura, que su dedicación no se deba a un estado moral y psicológico, sino a una libre elección, en la que el individuo que tira de gatillo se siente dueño de la vida y la muerte, dedicándose a convertir en realidad los planes de otros, a llevar a efecto el complot. Con ello se obtienen, es verdad, simpatías de quien te paga y

medios económicos que financian tus viajes y una vida muelle con las necesidades cubiertas. Y puede hacer constantes desplazamientos, con una maleta pequeña, como para un fin de semana, dado que nunca se queda mucho tiempo en ningún lugar. Es una vida agitada, porque si el complot, como dicen los estudiantes, «le manda matar, mata». Incluso van más allá: «Ya sabe que después del crimen le espera la muerte; pero esto no le arredra porque la idea de la muerte hace tiempo que era su compañera».

Aquí se equivocan, porque Pardina fue a la Puerta del Sol a matar. La muerte era algo para lo que no estaba preparado. Para matarlo no fue problema que se hubieran gastado las balas de su pistola, porque los ejecutores llevaban sus propias armas. Y tranquilos, no fue una muerte estéril. Los del complot lograron sus propósitos en todos los órdenes. Incluso en el de engañar a todos.

El asesino de Canalejas recibe fondos y va de acá para allá sin dar un palo al agua, solo consta que trabaja veinte días seguidos en su vida, pero mantiene una existencia muelle y se enamora de forma platónica, porque dicen los informes que era un anormal impotente, y en eso sí estaba obligado a ser austero.

Igualmente queda fuera de los cánones de santo laico de Angiolillo, que echa mano de maneras suaves, cuida su ropa con elegancia y convive varios días con el presidente del Consejo que será su víctima, mientras se confunde con el paisaje como un camaleón con empaque de sabio distraído. Una cosa era Salvochea, figura de gran dignidad para algunos, y otra muy distinta esta patulea de asesinos disfrazados, a los que los tramposos de la historia han convertido en héroes.

El terrorista Pallás se enfrenta a la muerte sin amilanarse, consciente de que es una referencia para las fantasías anarquistas. Su ejecución será una bandera sangrienta. Un enamorado de la estética de la acción, Pío Baroja,<sup>30</sup> en su novela *Aurora roja* (1904), de la trilogía «La lucha por la vida», rinde homenaje de recuerdo a estas figuras protagonistas de horribles atentados. Los anarquistas de su novela hablan con fervor de Pallás:

—Sí, es verdad —dijo el Libertario—; los últimos días en la cárcel se descompuso. Y era natural. Nosotros solíamos ir a verle, y nos hacía la apología de la idea. El último día, ya en capilla, estábamos despidiéndonos de él cuando entraron un médico y un periodista. «Yo quisiera —dijo Pallás— que, después de muerto, llevaran mi cerebro a un museo para que lo estudiaran. «Será difícil», le contestó el médico fríamente. «¿Por qué?». «Porque los tiros se los darán a usted, probablemente, en la cabeza, y los sesos se harán papilla». Pallás palideció y no dijo nada.

—Es que solo con la idea hay para ponerse malo —saltó diciendo Manuel.

—¡Pues bien valiente que estuvo Paulino al morir! —exclamó Prats.

—Sí, luego ya se animó —dijo Libertario—. Le estoy viendo al salir de la cárcel, cuando gritó: «¡Viva la anarquía!»; al mismo tiempo, el teniente que mandaba la tropa dijo a sus soldados: «¡Firmes!», y las culatas de los fusiles, al dar en el suelo, apagaron el grito de Pallás.

Estos hombres de acción no tienen nunca suerte, según los literatos que recogen sus hazañas. En el caso de Pallás le callaron los fusiles y en el de Mateu, cuando disparó cobardemente por la espalda en la Puerta de Alcalá, su grito de «¡Viva la anarquía!» no lo oyó nadie, porque el escape libre de la moto lo tapó, según *Pueblo*. Pardina y Angiolillo no estaban para gritos porque al de Cánovas le echó mano un teniente de la Guardia Civil y a Pardina le dieron varios mamporros los transeúntes de la Puerta del Sol.

Pallás, que quería ver su cerebro disecado como el de Kennedy, vaticinó que sería vengado. En efecto, según los urdidores de la historia, la acción del criminal Santiago Salvador, que tiró dos bombas en el Liceo barcelonés el día de la inauguración de la temporada con *Guillermo Tell*, fue en venganza de la ejecución de Pallás, aunque a mí me parece que no fue por eso. Sucedió el 7 de febrero de 1893. Una de las bombas arrojada desde el gallinero del teatro cayó sobre la falda de una mujer y no explotó, pero la otra produjo la muerte de veinte personas y numerosos heridos.

Baroja lo cuenta por boca de Skopos, uno de sus personajes:

La cosa era terrible; me pareció que había cuarenta o cincuenta muertos. Bajé a las butacas. Aquello era imponente; en el teatro, grande, lleno de luz, se veían los cuerpos rígidos, con la cabeza abierta, llenos de sangre; otros, estaban dando las últimas boqueadas. Había heridos gritando y la mar de señoras desmayadas, y una niña de diez o doce años muerta, algunos músicos de la orquesta, vestidos de frac con la pechera blanca empapada en sangre. Ayudaban a trasladar los heridos...<sup>31</sup>

En un primer momento el feroz Santiago Salvador logra escapar de la policía. Las fuerzas del orden arrestan a ciento sesenta anarquistas, que encierran en Montjuich, donde se afirma que fueron torturados salvajemente. Cinco de los sospechosos capturados luego, a la misma vez que Salvador, fueron ejecutados.

Uno de los anarquistas de *Aurora roja* de don Pío describe al asesino de esta forma: «Debía ser una fiera». No obstante, en prisión finge haberse arrepentido y abrazar la religión, los jesuitas le defienden y solicitan el

indulto. Algunas damas ilustres se interesan también por el arrepentido y llegó a figurarse que se libraría de la condena. En cuanto le pusieron en capilla se delató, negando haberse arrepentido o profesar la religión. Subió al patíbulo desfallecido y cayéndose de miedo. Fue agarrotado en Barcelona por el verdugo Nicomedes Méndez. Una vez que pasó por sus manos, el público que lo veía atado al palo se extrañaba de lo pequeño y poca cosa que era.

El otro gran atentado relacionado con la coartada de Montjuich es el de la calle Canvis Nous. Sucedió el 6 de junio de 1896, durante la procesión del Corpus, en la que el obispo y el capitán general iban a la cabeza camino de Santa María del Mar. En la calle Canvis Nous, desde los pisos altos de una casa arrojaron una bomba que hizo explosión en las últimas filas de la procesión, y murieron siete trabajadores y un soldado. Según se cree, el autor fue un anarquista francés al que tacharon de loco, que logró huir a Francia y luego a Argentina. Pero hay quien dice, sin base, que pudo ser una provocación de la policía para hacer una purga. Lo cierto es que se desencadenó una minuciosa acción de búsqueda en sociedades obreras y en la prensa izquierdista. Montjuich se llena de nuevo de presos y la fortaleza vuelve a ser causa de nuevas historias de terror. Montjuich se convierte en un mito de la rebeldía, que permanece vivo. Inspira obras de ficción como *El nacimiento de nuestra fuerza* de Víctor Serge. La montaña era una prisión. Barcelona se transforma en símbolo de denuncia de la arbitrariedad.

Tárrida del Mármol, anarquista de familia acomodada, que había sido arrestado, es puesto en libertad gracias a las influencias de sus parientes. Escapa a Francia y publica *Los inquisidores de España*. El proceso de Montjuich termina en 1897 con cinco condenados a muerte. Precisamente el año del asesinato de Cánovas.

El Baroja más anarco hace que sus personajes hablen de la bomba de la calle Canvis Nous en estos términos:

¿Quién la arrojó? No se sabe; pero seguramente no fueron los anarquistas; si alguien tenía interés entonces en extremar la violencia, era el gobierno, eran los reaccionarios, y yo pondría las manos en el fuego apostando a que el que cometió aquel crimen tenía relaciones con la policía. Se consideró el atentado como un ataque a la fuerza armada, se proclamó el estado de sitio en Barcelona y se hizo un copo de todos los elementos radicales, que fueron a parar a Montjuich. Se fusiló a Molás, Alsina, Ascheri, Nogués y Mas. De estos, todos, menos Ascheri, eran inocentes.

A Pardina, asesino de Canalejas, también se le atribuye el móvil de la venganza por sus «hermanos», en esta ocasión de la Semana Trágica, o por el

fusilamiento de Ferrer. Para algunos autores también sirve el móvil genérico de solidaridad con Montjuich. Pardina no tiene tiempo, como Angiolillo, para declarar que ha vengado a sus hermanos, pero, como el valor, se le supone. En caso de que no sirva, está lo de la huelga ferroviaria, aquello del brazalete. Pero a Canalejas se le mata por su política social. Y es fácil establecer cómo su valentía al aplicar las reformas le gana el rechazo de los influyentes figurones del palatinado.

Cuando sucede lo de Canalejas hay estruendo en la calle y protestas contra la falta de seguridad, y hasta dimisiones, como ocurriera también en el caso del jefe de «seguridad» personal del autor de la Restauración, pero finalmente nadie sabe a ciencia cierta lo que pasó en la Puerta del Sol, donde hay una enorme confusión entre los que se llevan el cuerpo herido de Canalejas y al agonizante Pardina y se ignora hasta el número de disparos que allí se hicieron. Por último, las declaraciones del asesino de Dato, Pedro Mateu, permiten darse cuenta del escaso nivel de preparación, la catadura moral y los verdaderos parámetros en los que se mueve un individuo al que gustan las fiestas, desconoce el calibre de las armas, mata a bocajarro porque no tiene puntería, y lo fía todo a las Máuser, que son capaces de soltar una rociada de balas. Alguna, a bulto, logrará el objetivo. No disparan con una pistola en cada mano porque las Máuser son especialmente pesadas y habría sido redundante. Así es: de veinte, aciertan al presidente con solo tres tiros. La cobardía les impide asegurarse del resultado y huyen que se las pelan, esperando que sus contactos les certifiquen que no han fallado. O tal vez puedan leerlo en los periódicos. Aunque yo soy de los convencidos de que enseguida supieron el resultado de la agresión. Habían huido, aunque nadie los molestó durante el ataque, ni siquiera había peligro en el horizonte. Pocos fueron los que se dieron cuenta de lo que pasaba y nadie, absolutamente nadie, estaba preparado para evitarlo.

El chófer se vio sorprendido por el cuerpo del lacayo. A don Eduardo le vio en mal estado con sangre en la frente y la cara, y salió de estampida hacia su domicilio, y antes de llegar, retrocedió a la cercana Casa de Socorro, donde nada podían hacer por el herido. El presidente iba derrumbado en el asiento, desangrándose. Había que ver la cara del ministro Bugallal al saber que lo que tanto se temía había sucedido.

En el caso de Carrero Blanco no pudieron quitarse las sospechas cargando la autoría a un solo individuo, ni siquiera fue suficiente un trío de la

bencina, como con Dato, sino que pasamos a una intriga que, como con Prim, precisa de una representación con muchos actores. Todos entrenados.

## La conjura del sobaco

Canalejas, ya se ha dicho, era un hombre valiente. Y aunque pudiera vérselo siempre con temple y moderación, le bullía la sangre y se dejaba llevar por las pasiones. Fue apasionado seguidor de su mentor el abogado y político Cristino Martos, pero en la evolución de su pensamiento llegó un momento en el que ambos se enfrentaron, con una fuerte discusión en el Congreso, a resultas de la cual acabaron, como entonces era habitual, retándose en duelo.

A lo largo de toda su vida, José Canalejas dio pruebas de gran coraje personal, de dominio, de capacidad para tomar decisiones y no arredrarse ante los riesgos que hubiera que correr. Eso le salva de ser considerado un hombre asustadizo, susceptible de ser acogotado por un anónimo o una amenaza, por mucho que viniera de Tampa, Argentina o la Conchinchina. Concedor, pues, de los riesgos que corría, incluso en el terreno más personal del campo del honor, también puede descartarse que sufriera un ataque de valor temerario. Canalejas simplemente era incapaz de imaginar la negligencia o la traición de las personas a las que había favorecido.

Lo de Canalejas es grande porque no solo los de su partido, sino también Lerroux y otros competidores le achacaban liberalidad rayana en la imprudencia, al pasearse por el centro de Madrid sin temer nada. Sin embargo, esos que dan tanta carta de naturaleza al exceso de confianza de los asesinados no suelen hacer referencia alguna a la indignación del pueblo de Madrid al conocer los fallos policiales de la vigilancia.

Lo de Eduardo Dato Iradier, asesinado en la plaza de la Independencia o Puerta de Alcalá, también en pleno centro de la ciudad, vuelve a ser un fallo monstruoso por parte de las custodias. Y tampoco se debe a la casualidad. Un

comando de tres facinerosos subidos en una moto con sidecar ensayó el atentado cada tarde sin que nadie se apercibiera, hasta que, convencidos de que la policía solo se vigila a sí misma, decidieron convertir el coche en un acerico de balas.

Le dejaron solo y expuesto. No le acompañaba ningún custodio. Al almirante Luis Carrero Blanco le permitieron hacer todos los días el mismo trayecto, a pesar de que el mundo había visto las críticas a los guardaespaldas de John Fitzgerald Kennedy, cuando el atentado de Dallas, porque no conviene ser rígido en el trazado y mucho menos repetir idéntico desplazamiento. Carrero sí iba con policía y chófer, pero la forma en que lo mataron los convirtió en inservibles. Un atentado como el de Carrero Blanco solo puede evitarse con la prevención.

Todos los mandatarios asesinados estaban advertidos y amenazados. José Canalejas era un hombre de una inteligencia excepcional, un gran estratega que había tenido su bautismo de fuego en Cuba, donde los disparos en vez de darle miedo despertaban su curiosidad. Llegó a la isla preguntando a sus acompañantes cuál de las ramas de aquellos árboles creían que los mambises habían reservado para ahorcarlo, siendo capaz de reírse así del peligro. Uno de los cabecillas de los insurgentes le retó y Canalejas aceptó el reto. Es decir, que era valiente sin imprudencia, no se arrugaba ante el peligro y aceptaba los duelos, fueran de sable o de otra cosa. Y sin embargo veinticuatro horas antes de ser asesinado vivía lleno de angustia, se daba por sentenciado y no conciliaba el sueño: ¿por qué todo esto quedó oculto?

El combate en el campo del honor era terreno de valentía y arrojo. Los que lo aceptaban no podían estar seguros de que saldrían con bien. El enfrentamiento entre Cristino Martos y Canalejas tuvo lugar el 4 de enero de 1890 en la calle de Alcalá, junto a Ventas. Don José resultó herido a sable con un corte en la frente. ¡Quién lo diría!

Entre los políticos que toca examinar durante el apogeo de los magnicidios hay varios que se batieron en duelo. Todos eran jaques y echados para adelante. Como Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones, que fue propietario de dos periódicos, *El Globo* y *Diario Universal*. Los periodistas fueron grandes duelistas. Su duelo más sonado fue el que mantuvo con Alberto Boch, senador y alcalde de Madrid, a quien culpó de los sucesos del 2 de julio de 1892, cuando una manifestación de verduleras acabó en motín. Boch insultó a Romanones y este le devolvió el guante. El duelo se celebró a las cinco de la madrugada del 10 de julio, en la



finca de Leganés del duque de Tamames. A Romanones le apadrinaron Manuel Becerra y el barón de Sacro Lirio. Al decir de las crónicas, los dos dieron pruebas de gran corrección y caballerosidad. Pese a su cojera, Romanones era un habitual de los duelos. También retó al director de *Época*, Alfredo Escobar, que suspendió su luna de miel para el lance. Además, fue padrino y juez en varios otros combates de honor.

El asesino de Canalejas, además de ser capaz de atravesar el mundo desde Tampa y cruzar fronteras sin empacho, se introduce en el kilómetro cero de los destinos de España vulnerando el «doble cerco» de protección a su majestad y al primer ministro. Pinto, pinto, gorgorito, a quién me cargo que estoy bendito.

Desde la vigilancia en Burdeos a la esquina de Carretas con toda impunidad, y mucho más los tres jayanes que llegan de Barcelona preparados para matar en la moto que conduce Ramón Casanellas, el más loco de todos, quien confiesa que en el viaje desde la ciudad condal tuvieron un grave accidente dado que iba siempre a toda marcha. Era gente tan descuidada que parece mentira que siguieran siendo invisibles para los servicios de seguridad.

Paúl y Angulo y el resto de los que figuran en la lista de los que dispararon en la calle del Turco eran gente de choque, parte de un operativo amplio. Tres recorridos, tres dispositivos en las calles del Turco, Barquillo y Cedaceros. Imposible escapar con vida. Ni siquiera un vigilante en algún tramo. Y Pardina era otro extraño vividor que recorría el mundo sin medios de fortuna y al que cuidaron de acreditar como «anarquista de acción», llenando sus bolsillos con un bagaje de recortes de periódico y mensajes encriptados.

Lo peor es que no era un asesino vulgar, sino uno capaz de dar miedo a Canalejas, a quien nada le daba miedo. Aquel político de hierro que sería el último liberal del «turnismo», mano a mano con el conservador Antonio Maura. El hombre de la regulación de la jornada en las minas y la prohibición del trabajo nocturno de las mujeres, el de la ley de mancomunidades para reconocer derechos de Cataluña, que se las tuvo tiasas con Pablo Iglesias, que en 1910 había logrado el primer escaño socialista, cuando creyó que iba a utilizar la huelga para echar abajo las instituciones. Ese hombre de palabra y pulso firme, al escuchar el nombre del que por deformación policial llamaba Pardiñas, temblaba como una hoja.

Al poco de trasladarse a Cuba para estudiar el problema de las Antillas, Canalejas se convirtió en todo un militar. Se puso el uniforme, pasó a vivir en tiendas de campaña y resistió largas marchas a caballo. Pasaba por ser un soldado adaptado al terreno, como si fuera su segunda profesión. Al entrar en combate no llevaba armas porque no le gustaban, y menos en una lucha entre españoles y cubanos, que consideraba una guerra de familia. Pero aun desarmado, busca la primera línea, el puesto de mayor riesgo. Acredita entre la tropa un valor extraordinario. Dice su hijo Pepito que llevaba en la sangre «caudal de héroes». Su cuñado Saint-Aubin afirma que en su bautismo de fuego su única emoción era la curiosidad. A caballo, se alzaba sobre los estribos para abarcar mejor el horizonte. Todos eran conscientes de que podían acabar heridos o muertos y Canalejas nunca dio un paso atrás. Regresó a España con la salud quebrantada, pero sin un atisbo de temor.

En los últimos meses de acoso a sus políticas, inexplicablemente se le intentó difamar poniendo de relieve que tenía fama de «traidor a las ideas y a la forma de llevar a cabo su programa». En 1910 se había fundado la CNT en Barcelona, sobre los mimbres de Solidaridad Obrera. Se dio entonces carta de naturaleza a la idea de que el anarquismo tenía «una rama de acción». ¿Quién reparte las acreditaciones de anarquista? ¿Cómo se distingue «la propaganda por el hecho» del salvajismo?

Canalejas dio un ejemplo práctico con su proverbial sensatez, ante la prueba de la gran confusión creada por los llamados *sucesos de Cullera*: el asesinato del juez Jacobo López de Rueda y dos de sus ayudantes, ocurrido el lunes 18 de septiembre de 1911, que tuvo como secuela la detención, procesamiento y juicio de numerosas personas. Durante los meses siguientes, se produjo la condena a muerte de siete de los detenidos. Seis de ellos fueron indultados y Europa se movilizó para salvar la vida del principal imputado, Juan Jover Corral, el *Chato de Cuqueta*, cuya vida habría de perdonar Alfonso XIII. Eso obligó a Canalejas a presentar la dimisión, porque, aunque estaba contra la pena de muerte, el caso del implicado en los asesinatos de Cullera era intolerable. Asestar un hachazo en el cuello a un juez de instrucción y ensañarse con su cadáver no podía quedar sin castigo para un defensor del principio de autoridad y justicia como era el presidente. Hay que añadir que el Chato de Cuqueta y otro de los condenados acumulaban un historial delictivo, por lo que se estima que algunos de los miembros de la turba que actuó eran personas procesadas por el juez con anterioridad que pudieron actuar por venganza.

Los procesados por los sucesos fueron en total veintidós, y la vista del juicio se celebró a partir del 7 de diciembre de 1911. Pero ¿qué había sido aquello? ¿Un acto revolucionario o un acto subversivo? ¿Era el Chato un luchador por la libertad?

El rey Alfonso XIII fue sensible a las demandas de la madre y la esposa, que, con otras mujeres de Cullera, se desplazaron a Madrid, recurriendo a la sensibilidad de la Iglesia, y fueron apoyadas por la prensa con tintes dramáticos. El 14 de enero, cuando el cadalso ya se había levantado y el preso estaba en capilla, cuando el ejército había tomado posiciones para proteger la ejecución, el alcalde recibió el telegrama del gobernador que comunicaba el perdón. Según *Las Provincias*, el Chato de Cuqueta se abrazó al comandante militar y lloró copiosamente. Al parecer, para la ciudad fue un día de alegría.

Formalmente en contra del gesto magnánimo del jefe del Estado, el presidente del Gobierno, José Canalejas, presentó la dimisión, aunque después de la crisis fue refrendado en el cargo. Solo unos meses más tarde sería asesinado.

El juicio por los crímenes fue muy politizado: la proximidad de la Semana Trágica y sus consecuencias, con el fusilamiento de Ferrer Guardia, estuvo muy presente en el debate enfrentando a socialistas y republicanos.

Lo del Chato fue una cosa muy cruel: el juez de Sueca, Jacobo López de Rueda, se había desplazado junto al secretario del juzgado, su hijo, un alguacil, un escribiente y un vecino a la localidad de Cullera para reprimir los desórdenes que se estaban produciendo dentro del ambiente de una huelga general. Después de que López de Rueda actuase de manera radical, él y dos de sus acompañantes resultaron linchados por la turba.

Siete de los supuestos responsables de los asesinatos fueron condenados a muerte, pero la presión internacional y las acciones de la izquierda lograron que seis de ellos fueran indultados. Entre quienes pidieron la liberación se encontraban Galdós, Ramón y Cajal y los pintores José Benlliure y Joaquín Sorolla. Fue un paso previo para que, como se ha dicho, el principal culpable también se librara del castigo por el favor real, siendo definitivamente indultado en 1931.

Pardina, que era un garrulo por mucho que anduviera en Argentina con pistoleros de raigambre, al lado del Chato de Cuqueta parecía un aristócrata. El Chato era un destripaterrones capaz de ensañarse con el cadáver de la víctima. En cambio, Pardina, que estaba muy viajado, utilizaba la bala como

un bisturí: Canalejas, muerto, apenas sangraba. Y desde luego no llegó a tener contacto corporal, todo lo más, según esa ráfaga de escritor de esquina que algún reportero incluye en su apresurada crónica, «le disparó casi apoyándose en su hombro». Pero en la costumbre está que los delincuentes ascienden a idealistas en la crónica apócrifa de los anales del crimen. Eran, para algunos, «anarquistas arriesgados» que se la jugaron por su concepción de la vida, aunque actuaran con superioridad manifiesta, aprovechando el factor sorpresa, uno apoyado por la muchedumbre enardecida y otro por el hecho de que atacó a la víctima por la espalda. El valiente, aunque quizá imprudente, fue el juez de Sueca, y sin duda, el más valiente todavía fue Canalejas, que se vino a pie desde la calle Huertas, sobrecogido, con un mal pensamiento, atravesando la plaza del Ángel y la calle Espoz y Mina, parando brevemente en una primera librería, que no era la predestinada. Todo ello a pesar de que había pasado la noche entre suspiros, porque la valentía no es la ausencia de miedo, la ausencia de miedo es la inconsciencia. El valiente vence al miedo aunque le haga tiritar. Así que Canalejas se limitó a ser coherente: ¿no había elegido el gobierno de los mejores? Su labor sería confiar en ello.

Cuando el rey le llamó tras aceptarle la dimisión a Segismundo Moret, supo que elegía a un eminente jurisconsulto, destacado académico, hombre de reconocida austeridad, periodista vocacional y excepcional orador, liberal exaltado y gran estadista. Ante el rey juraron como ministros Romanones, García Prieto, Merino, Barroso, Santiago Alba, Cobián, Gasset, Amalio Gimeno, Rodríguez, Ruiz Valarino, el general Aznar y el vicealmirante Arias Miranda. Treinta días después, el conde de Romanones pasó a la Presidencia del Congreso y le sustituiría Julio Burell en Instrucción Pública y Bellas Artes. El Senado estaba presidido por Eugenio Montero Ríos, que mucho tiempo atrás había dimitido como presidente del Tribunal Supremo por aquel feo asunto del crimen de la calle Fuencarral, en el que se denunció que el padre de Millán Astray, al que Montero protegía, dejaba salir a los presos de forma ilegal de la cárcel Modelo que dirigía.

Canalejas dio muestras de su excelsa valentía al enfrentar la crisis colonial por el latente problema de Marruecos. Advirtió a Francia que, si se apoderaba de Fez, España haría lo mismo con otros puntos estratégicos. No falló la advertencia y, entrando los franceses en Fez, las tropas españolas desembarcaron en Larache y tomaron Alcazarquivir y Arcila, siguiendo la previsión del jefe del Gobierno. Canalejas ganó por la mano.

Otro acto de valor fue la represión de los sublevados de la fragata Numancia, trance en el que tuvo que vencer su repugnancia a la pena de muerte para aplicarla al fogonero Sánchez Moya, jefe de la rebelión. Da muestra de valor y entereza enfrentando el desafío de Pablo Iglesias, que forma parte de un problema social pavoroso. Iglesias es el jefe de la II Internacional y en 1911 con la Presidencia del Partido Socialista y la UGT se convertía en un potente adversario. A la lucha social se unieron los restos de la I Internacional agrupados en la CNT. En el congreso llamado de Bellas Artes se decide la huelga general. La consigna era que no debía declararse solo para alcanzar más jornal o acortar la jornada laboral, sino para la transformación total de la producción. La huelga habría de ser general para evitar que el gobierno pudiera sofocarla con rapidez. Advertido de eso, Canalejas previno un verdadero movimiento revolucionario para el 15 o 20 de septiembre. Suspendió las garantías constitucionales y el ministro de la Guerra desplegó 100.000 soldados por toda la península. Declaró que se le quería dar una batalla revolucionaria, y fiel a su juramento habría de combatirla. El 18 de septiembre estalló la huelga general y reprimió el levantamiento. A finales de mes había logrado restablecer el orden.

Sus acciones de gobierno, y en especial la desactivación de la huelga de los ferroviarios, le conceden prestigio de gobernante sereno y eficaz al que no es fácil vencer ni por intimidación ni por violencia. Tenía la capacidad de reconocer el peligro político y neutralizarlo. Pero, entonces, ¿por qué le daba miedo un decorador? ¿Cuáles eran sus relaciones con su ministro el cordobés Antonio Barroso Castillo? ¿Por qué fue imposible protegerlo aunque solo hacía un breve trayecto de su casa a la Puerta del Sol, a pie, en una zona de vigilancia extrema, por el centro de Madrid, donde confluyen la actividad comercial y la actividad política? ¿No habría sido fácil para un tipo tan resuelto haber conjurado el peligro dándole un par de órdenes al tibio Barroso?

Antonio Barroso Castillo, miembro del Partido Liberal, al que Canalejas hizo ministro de Gobernación, había nacido en octubre de 1854. Fue abogado y político, ministro varias veces, de Instrucción Pública y de Gracia y Justicia. Era cuñado de José Sánchez Guerra. Su carrera política empezó como diputado por Córdoba.

La mañana del crimen Canalejas se dirigía a Gobernación, y en cuanto le dispararon lo llevaron allí, justo al lado. Lo atendieron los médicos, lo visitaron amigos y familiares, políticos y hasta el rey. El cadáver fue expuesto

amortajado por sus deudos en la antesala del ministerio, pero el ministro Barroso no es ni siquiera mencionado en ninguna crónica periodística. Es como si no estuviera o como si estuviera sin estar, sin que llegara a vérselo. Barroso no es objeto de la indignación popular porque la esquivo. Se escaquea. Las protestas se dirigen al jefe de la policía, pero no a él, que es el verdadero responsable. ¡Qué extraño! En la indagación sobre este magnicidio se llega a lo inesperado. Canalejas no solo temblaba desde hacía unos días por la llegada de Pardina. La cosa se remontaba al verano. Así lo señalan Luis Antón del Olmet y Arturo García Carraffa en su libro,<sup>32</sup> uno de los pocos que trata de citar bien a Manuel Pardina Sarrato, pero luego caen en el error y le llaman también Pardiñas y Serrato, como si nadie fuera capaz de aprenderse el nombre de este asesino.

Ya en el verano de 1912 tenía José Canalejas la preocupación que le obsesionaba: Pardina, al que su viuda en las memorias, para no ser menos, cita también como Pardiñas. Según lo averiguado, la información policial le había puesto en antecedentes de que anarquistas —todos los «asociales» eran tildados de lo mismo— que habían sido fichados en Francia se habían juramentado para llevar a cabo atentados sobre personas de condición relevante. Desde antiguo funcionaba en París la Oficina de la Bomba, de sede cambiante, lugar de paso de supuestos intelectuales y seguros dinamiteros. Eso había sumido a Canalejas en la inquietud permanente. Prueba de esa preocupación es la última reunión de la comida de los jueves, acto que celebraba un grupo de amigos desde los tiempos de Silvela: entre los comensales solían estar Canalejas, Dato, el marqués de Portago, Prado y Palacio, García Prieto y algunas veces Maura. En la última comida a la que asistió don José le dijo al marqués de Portago: «Yo ya sé que estoy condenado a muerte pues tengo informes seguros de que dos anarquistas están juramentados para matarnos a mí y a otra persona. Sé también que el anarquista que me ha tocado en suerte es uno que fue expulsado de Buenos Aires, que estuvo luego en París y Valencia, y finalmente en Biarritz, y que después ha perdido la policía su pista». Se lo dijo al marqués, que curiosamente, según el libro de Del Olmet, llegó a la librería San Martín instantes después del tiroteo y no daba crédito a lo sucedido. Yo más bien creo que debió de recordar las palabras del presidente muerto, que se sabía sentenciado. Cuando se lo dijo tampoco mencionó al invisible ministro Barroso.

Canalejas hablaba de anarquistas porque se lo había dicho la policía, pero el propio ministro parecía impotente —¿o inapetente?— para hacer nada que calmara los nervios del presidente y conjurase la amenaza de Pardina.

Del Olmet y García Carraffa no quieren meterse en honduras y dicen que durante el otoño el presidente se quedó más tranquilo y olvidó el nombre de sus pesadillas, sin embargo, añaden que «sin que nosotros queramos hacer a nadie culpable de los errores cometidos en este asunto, que la cuestión Pardina se llevó con el desacierto más grande, no ofrece duda de ninguna especie».

Hasta los periodistas que quieren agradar se sienten obligados a decir que era «de sentido común que se hubieran destacado tres, cuatro, seis hombres, los que hiciera falta, para que siguiesen la pista de Pardinas para que le acecharan, para que lo delataran a la menor imprudencia, para que le impidieran cometer la villanía que de seguro tenía meditada. Y esto no se hizo. Y Pardina pudo llegar pocos meses después a Madrid, albergarse en casa de un amigo, pasearse por todos lados, estar en el Congreso, y matar a don José Canalejas».

Siempre en la moderación, los autores de la hagiografía remachan el sinsentido: «El caso fue que no se procuró saber qué hacía Pardina durante el otoño de 1912, o al menos, ya que nuestra policía, esta tan sin razón censurada policía, hacía lo que estaba en su mano, el celo desplegado en las alturas no fue grande».

La investigación está equivocada o deformada más bien y eso los conduce a la mayor equivocación para cerrar los hechos: «¿Qué vino a hacer Pardina en Madrid?», se preguntan, y como conjetura se contestan con el error: «Sin dudarle, a vengar la muerte de Ferrer, del apóstol, del santo Ferrer; a ponerle un comentario sangriento a la vil, a la nauseabunda campaña que se ha estado haciendo en España y fuera de España pro Ferrer; a darles la razón a esos miserables que sin arriesgar la vida, desde la columna de un periódico, llenos de miedo a lo mejor, propalan calumnias infamantes, hacen aparecer a los gobernantes como verdugos crueles y vierten sobre ellos toda su inmundicia baba». Error.

Pardina no vino a España a vengar a Ferrer. Vino a matar a Canalejas, el gran gobernante que había puesto en pie una política capaz de cambiar las cosas. Algo que no gustaba a los asesinos. Del Olmet y García Carraffa deberían haber mirado en su propio libro porque allí se lee que Canalejas hacía mucho que era víctima de conjuras que le amargaban la vida.

Le retratan como vencedor, avasallador dentro del Partido Liberal donde los viejos como Montero Ríos y el señor Moret sentían celos porque estaban ante un hombre al que vieron nacer a la política y que amenazaba con anularlos. Lo dicen así de crudamente. También le enfrentan a los que llaman «sus contemporáneos» en su partido: Romanones, García Prieto, de los que dicen que temían la juventud y el vigor que «los amenazaba» con una larga y pujante existencia al frente del partido y en la cabeza del banco azul al que les cortaba el acceso.

De modo que las figuras más relevantes del Partido Liberal sentían celos y se encontraban amenazadas por un largo reinado del hombre joven que podía con todos ellos. ¿Y qué pasó entonces? Pues los periodistas del libro dicen que podrían señalar muchas conjuras entre las innumerables que se perpetraron contra el gran estadista, y de las cuales salió siempre victorioso. ¡Alto ahí! Salió victorioso hasta la última, que no pudo superar.

Ellos no entran a discernir que con tantos enemigos tan cerca, ¿qué falta hacía la llegada de un «anarquista» a vengarse por la momia de Ferrer? Más bien vendría un ejecutor a satisfacer los deseos de los asesinos, fueran quienes fuesen. Y eligen una de las conjuras por su retorcimiento y elaboración, para contarlas todas.

La elegida «pone de manifiesto las bajas pasiones del llamado liberalismo español». Resulta que el gran estadista había presentado para su aprobación en el Congreso el proyecto de Mancomunidades. Proyecto iniciado por Cambó para atender las aspiraciones de Cataluña, lo que había sido recibido con hostilidad por algunos elementos como Segismundo Moret y «los espíritus centralistas». En eso, cuentan los periodistas, «el conde de Romanones, que venía aspirando infructuosamente a la Presidencia del Consejo, creyó sonada la hora de salir al campo en busca del apetecido cargo Presidencial». Sorpresa: o sea que su ascenso no fue, como dice el conde en sus memorias, una oportunidad casual, sino largamente buscada. El torpe ministro de Gobernación, cuando la boda del rey, aspiraba a ser presidente en lugar del presidente.

El caso es que Romanones, según los autores del libro *Canalejas*, hizo piña con otros que también aspiraban a obtener una cartera ministerial, como Gasset y Burell, y desde su elevada posición de presidente del Congreso, les dijo: «Le ganaremos la partida. Las Mancomunidades no pueden pasar. Usted, Julio [a Burell], pronuncie un discurso de entonada forma, una verdadera diatriba. Yo sondearé la actitud de otros. Provocaremos una



votación y si, como espero, el resultado corresponde a nuestra labor, tendrá que dimitir» [Canalejas]. Fino el conde. Y seguía su argumentación: «Tendrá que dimitir, y como están pendientes los presupuestos y el tratado con Francia, no podrán venir los conservadores, y tendré que encargarme de formar gabinete, en el que, como es lógico, ustedes...».

Esta conjura es llamada *del sobaco* porque Romanones ideó una seña secreta para entenderse con sus cómplices: «Verá usted, cuando le dé la palabra, si tenemos ganada la partida, si conviene dar el golpe, yo me llevaré el dedo pulgar de la mano izquierda al sobaco. Si hago esto —añadió el conde— usted debe hablar con toda violencia diciendo que las Mancomunidades son lesivas al ideal patrio, que los catalanes son enemigos de España, en fin, todo cuanto le inspire de más atrevido su musa. Pero si no meto el dedo al sobaco, debe usted hablar ambigualmente. Será que no tenemos la breva madura todavía».<sup>33</sup>

El proyecto de Mancomunidades llegó a discusión y Burell pidió la palabra. El conde de Romanones, «mefistofélico», hundió su dedo pulgar en el sobaco... «¡Las cosas que dijo el veterano D. Julio! ¡Cómo retumbaba su voz patriótica! ¡Qué gran discurso liberal el del retórico periodista!».

No obstante, todo fue inútil. Canalejas había previsto la conjura e interpretó el pulgar de Romanones como el que más, e impidió que se llevara a cabo la votación, dejándola para el día siguiente. Luego llegó al Consejo de Ministros con abatimiento fingido, dando cuenta de una tremenda desilusión y desencanto. Preguntado por qué le pasaba, dijo estar cansado de conjuras y harto de llevar mucho tiempo en el poder. Dejó entrever que trataba de abandonar la Presidencia. Dijo que no era imprescindible: «Las Mancomunidades se las dejaremos a Maura, que aprobará su proyecto y para aprobar los presupuestos y el tratado con Francia se sobran dos de mis ministros. Usted querido Navarro Reverter puede presidir un gabinete económico que termine los presupuestos, y usted, querido Alhucemas, puede presidir cuando llegue lo del tratado de Francia». Lo dijo como el que no quiere la cosa, y antes de treinta minutos lo sabía Romanones. Enseguida el viejo zorro de la política supo que la conjura estaba deshecha, porque si un gobierno Canalejas molestaba al conde, uno presidido por Navarro Reverter o García Prieto echaba abajo todas sus ambiciones y le ponía en situación angustiosa. Canalejas había vencido una vez más en las conjuras. No obstante, la traición le seguía los pasos. Después de *la conjura del sobaco* llegaría *la conjura del anarquista*.

Cien años después del asesinato de Canalejas, el editorial que publicó aquel diario *El País* dirigido por Alejandro Lerroux bajo el título de «¿Por qué? ¿Para qué?» en su primera página sigue teniendo claves que apoyan la vaciedad de las atribuciones del magnicidio:

El asesinato este, además de execrable como todo crimen, no se explica. Se hubiese comprendido, explicado, nunca justificado, que en plena agitación clerical, en el verano de 1910, un fanático hubiese atentado a la vida de Canalejas. Explicable, aunque sin disculpa, ni menos justificación, hubiera sido que, tras los sucesos de septiembre de 1911, un exaltado hubiese cometido el crimen. Ahora el brutal, el infame atentado, es tan criminal como estúpido: no se sabe si es mayor la estupidez que la criminalidad.

Por honra de la especie humana hay que creer en la insania de criminales como este asesino de Canalejas. ¿Por qué le ha matado? ¿Para qué? No hay aquí arrebatos pasionales que cohonesten la miserable hazaña. No hay tampoco finalidad racional ni objeto verosímil. Se mata por matar. Se tira a lo alto por gusto, por odio a todo lo que sobresale. Es la elemental psicología de todos los regicidas y magnicidas.

De aprovechar a alguien, este estúpido y ruin asesinato, a las derechas aprovecharía si el arrebatado producido por el dolor y por la ira nos privaran a todos del buen sentido. Ya algunos menguados han aludido bellacamente al mitin del domingo. Cuya celebración constituye para el señor Canalejas un motivo de elogio. ¿Quién más que los congregados en ese mitin han de abominar de la injusta, de la cruel, de la criminal muerte de Canalejas? Pero no faltarán hombres de orden que traten de aprovechar el asesinato en su provecho, tal es de ruin la condición política de algunas gentes.

He ahí —dirán— las consecuencias de la libertad y del perdón. Hasta de la racional confianza del señor Canalejas en la simpatía que inspiraba sacarán partido o procurarán sacarlo. Mas no ofendemos el dolor colectivo ni nuestro propio dolor atendiendo a la estulticia de unos, al criminal egoísmo de otros y al disculpable arrebatado de los que no saben en estos trágicos instantes ni lo que se dicen ni lo que escriben.

Lloramos sinceramente al adversario, al que nunca dejamos de estimar como a un amigo, y condenamos el crimen como condenamos —hace días lo escribíamos, serenos, no arrebatados por la pasión ni conturbados por el dolor— todo atentado a la vida humana, al respeto a la personalidad, al derecho a vivir, que es el más esencial de todos los derechos.

El periódico discursa, politiqua, pero no aporta con sus periodistas suficiente información. Lo que el editorialista destaca es que se trata de un crimen estúpido. Y mire, no. Es posible que Pardina, el que cometió físicamente el atentado, fuera estúpido, pero quien lo mandó no lo era. Los instigadores del asesinato fueron hombres poderosos que se beneficiaron de la muerte de Canalejas. Son rastreables. Alejandro Lerroux, maestro de intrigas, lo supo sin ninguna duda, lo que pasa es que seguramente por

intereses políticos le venía bien diluir las sospechas en esta exaltación contra la nada en la que trata de atribuir el asesinato a un loco, donde se tira por elevación, atribuyendo la sangre al odio sin motivo y afirmando que es la «elemental psicología de todos los regicidas y magnicidas», tal vez acordándose de su viejo conocido Mateo Morral, con el que celebró al menos una comida en el Tibidabo, junto a Ferrer Guardia. De modo que el asesinato de Canalejas fue ruin, sí, pero racional en cuanto se le quitaba de en medio para yugular su política.

Lerroux, como tantas veces, hizo un brindis al sol. Y respecto a considerar «sinceramente al adversario, al que nunca dejamos de estimar como a un amigo», en lo que se refiere a Canalejas, a otro perro con ese hueso.

A Pardina lo llevaron en volandas a la Puerta del Sol y lo liquidaron nada más terminar su feo asunto, dentro de la estirpe de asesinos españoles a los que se tapa la boca, a los que se liquida o se ayuda a huir sin que nunca sean castigados.

## Eduardo Dato y el asesino feroz

Yo aprendí periodismo en el diario *Pueblo*. Desde que salí de allí no he hecho otra cosa que enseñar. *Pueblo* estaba lleno de grandes periodistas, de todas las ideologías, con mucho olfato y vocación. Hacía unos reportajes extraordinarios, muy bien escritos, con un talento superior y un sentido periodístico inigualable. Para mí fue la mejor escuela de periodismo.

Allí, pasados cuarenta y seis años del espectacular asesinato del presidente Eduardo Dato Iradier, se publicó una entrevista exclusiva con el jefe operativo de los asesinos, Pedro Mateu. El periodista que firmaba, Manuel Bueno, quizá un seudónimo, que no tiene nada que ver con el que golpeó a Valle-Inclán y le hizo perder el brazo, escribía en el periódico del 23 de diciembre de 1967 bajo el título: «Yo maté a Dato». Sirva su recuerdo de homenaje al ilustre *Pueblo*. La entrevista decía así:

«Aquella pistola mataba un buey a quinientos metros de distancia. Por eso cuando vacié el cargador de mi Máuser, calibre 7,65 [¡Error!], a boca de jarro, ya sabía que la descarga era mortal de necesidad y que Dato iba a pasar a mejor vida. Era una buena pistola, con un cargador de diez balas. Tenía una culata para apoyarla en el hombro y hacer mejor puntería, pero estábamos tan cerca del coche que no tuve que apoyarla en el hombro».

Pedro Mateu Cusidó, de setenta años de edad, natural de Valls, provincia de Tarragona, habla despacio, en catalán. Mide 1,62 metros de estatura y pesa 72 kilos. Es un hombre fuerte, casi macizo, ligeramente encorvado. Está satisfecho de la vida y de su trabajo en un taller de calderería, situado a la salida de Cordes, un pueblo medieval emplazado en lo alto de una colina, a 40 kilómetros de Toulouse, en el sur de Francia.

«No me puedo quejar. Trabajo cuarenta y ocho horas a la semana y gano setecientos nuevos francos al mes. Llevo aquí desde el final de la guerra civil. Al principio trabajé en el campo, pero en cuanto surgió una oportunidad volví a lo mío: tornero. Tengo una casita propia y un coche [un

Dauphine]. No me falta de nada. Aquí me respetan y me dejan vivir tranquilo. Mi compañera es una mujer ordenada y tenemos unos ahorrillos, aunque no muchos, la verdad, porque no tenemos hijos y el dinero se lo va a llevar el diablo».

Mateu ofrece alguna resistencia a relatar con detalle lo ocurrido en la trágica noche del día 8 de marzo de 1921, cuando tres desconocidos abrieron fuego contra el automóvil en el que viajaba don Eduardo Dato, de setenta y siete años [¡Error!], jefe del Gobierno conservador, en la Plaza de la Independencia. Al fin cede. Su relato es minucioso. Parece como si el atentado hubiera quedado grabado en su memoria con rasgos indelebles. Mateu sonrío casi continuamente.

«Lo primero que quiero decir es que yo no maté a Dato por ser Dato, sino por ser jefe del Gobierno y aprobar la represión contra los obreros que dirigía Martínez Anido en Barcelona. Dato era un liberal. Mejor dicho, un liberal conservador; un reaccionario, en definitiva, Nosotros [los anarquistas] creíamos que si lo eliminábamos su sucesor sería mejor y las cosas cambiarían. Pero nos equivocamos.

»Cuando tenía catorce años, mi familia se trasladó a Barcelona. Yo estudié en el colegio de los Escolapios. Por cierto, que siempre sacaba la nota más alta en conducta. Supongo que mis profesores quedarían un poco extrañados al ser detenido y confesar que había matado nada menos que a Dato. Pero no lo hice por dinero, sino por obligación moral. Mis ideas me impulsaron a hacerlo.

»Yo trabajaba en la fábrica Elizalde, de motores, como tornero ajustador. Ganaba quince duros a la semana y no me iba mal. A los dieciocho años me habían ganado las ideas anarcosindicalistas. Sigo siendo anarquista. La gente cree que los anarquistas somos partidarios de la violencia, pero no es verdad. Somos gente pacífica que practica el lema “vive y deja vivir”. Cuando alguien no nos deja vivir, lo suprimimos. Eso ocurrió con Dato. Por eso no estoy arrepentido de lo que hice.

»El 11 de enero de 1921, en tren, me trasladé a Madrid con otros tres compañeros. Nuestra misión era suprimir a Dato cuanto antes. Creíamos que la cosa era fácil, pero pronto nos convencimos de lo contrario. Dato utilizaba dos coches y tenía una escolta en permanente estado de alerta».

Pedro Mateu tenía entonces veintitrés años. Sus acompañantes eran Ramón Casanellas, de veinticuatro años, y Luis Nicolau, de veinticinco. El cuarto hombre fue descartado casi inmediatamente.

«Después de vigilar los movimientos de Dato durante más de veinte días, llegamos a la conclusión que necesitábamos un vehículo. Se impuso mi criterio de que lo mejor era una moto con sidecar. El sidecar debía tener dos asientos. Nicolau y yo dispararíamos.

»Habíamos alquilado un piso en el número 164 de la calle de Alcalá. Era un bajo interior izquierda. Allí vivía con Casanellas. Alquilé el piso con el falso nombre de José Gallardo. La patrona era una mujer muy simpática y nosotros procurábamos pasar por personas honorables. Por lo general, solo íbamos a casa a dormir. Nicolau había alquilado un piso en el número 142 de la misma calle. Escogimos la calle de Alcalá para vigilar mejor los movimientos de Dato.

»Casanellas y yo regresamos a Barcelona para comprar la moto. Encontramos una que iba perfectamente para el trabajo en un salón exposición de la calle Trafalgar. La compramos el día 20 de febrero y nos costó 5.100 pesetas. Era una “Indian” de siete caballos, color gris. Corría más

que un bólido. Tenía un pequeño inconveniente: el sidecar era solo de una plaza. Entonces decidí que Nicolau dispararía desde el asiento trasero de la moto, y yo desde el sidecar.

»Emprendimos el camino de vuelta a Madrid el día 21. Casanellas era un buen mecánico y un conductor de primera clase, pero también era medio miope y me hacía pasar un miedo espantoso. La mayoría de las veces íbamos a más de cien por hora, y cuando adelantábamos a un coche de millonario, se reía como un condenado. Total, que en el puerto de La Muela, en Zaragoza, nos caímos por un terraplén de siete metros y no nos matamos de milagro. Lo peor no fueron las magulladuras y la ropa hecha cisco, sino la moto, que quedó en muy mal estado. La reparamos en casa de un herrero y Casanellas trabajó casi un día entero hasta ponerla a punto. Para que Nicolau no se intranquilizara le pusimos un telegrama.

»Ya en Madrid, comenzamos a planear cuidadosamente el atentado. Escogimos la Plaza de la Independencia, porque el coche de Dato subía por la izquierda de Alcalá y giraba también por la izquierda de la plaza para meterse en la calle Serrano. El chófer disminuía la marcha al tomar la curva. Era el lugar ideal. Dato vivía en el número 1 de la calle Olózaga [¡Error!].

»Todos los días, por la mañana, vigilábamos a pie el trayecto Cibeles-Plaza de la Independencia. La moto la teníamos guardada, con el depósito lleno, en un almacén que habíamos alquilado en la calle de Arturo Soria, en la Ciudad Lineal. La sacábamos todos los días a las siete de la tarde y dábamos vueltas. Teníamos calculada la operación al segundo. Todo tenía que liquidarse en doce segundos, quince como máximo. Debíamos hacer fuego contra la parte posterior del coche. Sabíamos que no estaba blindado y que veinte proyectiles de Máuser, calibre 7,65 [¡Error!], eran capaces de perforar una pared.

»El día 3 de febrero hicimos un ensayo general de atentado. Todo salió a la perfección. Nuestros ánimos crecieron. Por otra parte, comprobamos que el coche de Dato circulaba normalmente sin escolta de ninguna clase. Era un trabajo fácil.

»El día 8 se presentó la oportunidad. A las siete de la tarde aproximadamente sacamos la “Indian” y comenzamos a dar vueltas en torno a Cibeles. Al llegar a la altura del Palacio de Comunicaciones vimos subir el coche de Dato. Iba a unos sesenta kilómetros por hora. Subía por el lado izquierdo de la calle. Casanellas dio un viraje y se situó a unos veinte metros del coche, modelo americano, grande, de color negro. Al llegar a la Plaza de la Independencia, el coche frenó un poco y entonces nos acercamos hasta casi tocar la trasera. Eran las ocho y catorce minutos exactamente. Me acuerdo perfectamente, porque miré la hora y le dije a Nicolau, que iba sentado en el sillín trasero de la moto: “Ya lo tenemos. Duro y a la cabeza”. Casi simultáneamente, Nicolau y yo abrimos fuego con nuestras Máuser. Agotamos el cargador los dos. Veinte balas en total. Salimos disparados por la calle de Serrano. Doblamos hacia la Castellana por la calle de Goya, y luego todo arriba hasta la calle de Arturo Soria. En donde habíamos planeado dejar la moto. Por cierto, se me ha olvidado un detalle: al hacer fuego, yo grité: “¡Viva la anarquía!”. Me parece que no me oyó nadie, porque teníamos el escape libre para amortiguar el estampido de los disparos, y además, en la calle no se veía un alma.

»En el interior del coche, don Eduardo Dato yacía con la cabeza destrozada. Murió instantáneamente. El coche fue alcanzado por dieciocho proyectiles. El conductor, Manuel Rosa, sargento de Ingenieros, aceleró la marcha rumbo a casa del político conservador. No fue alcanzado por los disparos. El tercer ocupante del vehículo, el lacayo, que iba sentado al lado del chófer, sufrió una herida superficial en la cabeza. El chófer, nada más llegar a Olózaga 1

[¡Error!], recibió instrucciones para trasladarse a la Casa de Socorro del distrito de Buenavista, en donde Dato ingresó cadáver.

»A las nueve treinta, aproximadamente, Casanellas y yo llegamos a nuestra pensión. Cenamos tranquilamente y nos fuimos a la cama. Estábamos convencidos de que todo había salido a la perfección y que difícilmente nos cazarían. Nicolau se fue a la suya. Al día siguiente, la patrona me comunicó que habían asesinado a Dato. Como era analfabeta, tuve que leerle la información que publicaba *La Voz*, llena de inexactitudes. Yo siempre he tenido una gran sangre fría. Por otra parte, mentalmente me había hecho a la idea que podían cogernos y que eso suponía el pelotón de ejecución. Nicolau también estaba tranquilo, Casanellas era más nervioso y decidí que saliera inmediatamente de Madrid. Tuvo suerte y se largó a Rusia. Al llegar la República regresó a España, y como ya he dicho antes, era miope y un fanático de la velocidad, se mató al estrellarse contra un coche bajando el Bruch. Iba en moto. A Nicolau y a mí nos detuvieron y nos condenaron a cadena perpetua. Al llegar la República salimos a la calle, como era lógico.

»Me detuvieron, por idiota, a los cinco días del atentado. Tenía un cuarto cerca del cementerio del Este y allí me trasladé el sábado día 12 por la mañana. Con las prisas se me olvidaron en Alcalá 146 unos documentos comprometedores, y el domingo, a las cinco de la tarde aproximadamente, volví para llevármelos. Entré en el piso y al llegar al comedor me encontré media docena de policías apuntándome con sus revólveres: “¡Arriba las manos!”, me dijeron. Yo intenté sacar una pistola Star que llevaba siempre cargada en el bolsillo derecho del pantalón, pero un policía me agarró por la espalda y me inmovilizó, con la ayuda de otros dos. Yo hubiera dado la batalla de ocurrir la detención en la calle, pero en aquel cuartucho no había nada que hacer. Recuerdo que al salir esposado me dijo mi patrona: “¿Quién iba a pensar que usted era el asesino del señor Dato?”. Y yo respondí: “Sí, señora: yo soy”».

Más de cuarenta años después del crimen, Mateu se delata con sus palabras. Dice que fue «un trabajo fácil», que no lo hizo por dinero, cuando por la misma forma de decirlo se entiende que cobró, aunque trate de convencer de que no fue solo por eso por lo que lo hizo, sino por la cosa moral. Luego añade espectacularidad a su relato diciendo que la Máuser que usó era capaz de matar a un buey a quinientos metros. No sé si podría matar a un buey a esa distancia, pero desde luego Mateu lo tenía imposible para darle desde tan lejos con un arma tan corta. De manera que Mateu, en plan fantasma, añade fuegos artificiales, y como no puede hacer otra cosa alardea de su sangre fría, aunque no opuso resistencia a la detención, comportándose como un corderito cuando la policía le echó el guante. Se delata cuando confiesa que después de matar a Dato cobardemente se fue a cenar tranquilamente a la pensión y luego a la cama. No era en absoluto un ejecutor idealista, impulsado por un arrebato justiciero, sino que siempre llevaba una pistola Star cargada en el bolsillo derecho, como el pistolero que era. Afirma

que fue condenado a cadena perpetua, pero es mentira: le condenaron a muerte, como a su compañero Nicolau, lo que pasa es que fueron indultados.

En la entrevista no se pregunta sobre la supuesta pertenencia a la masonería de Mateu. En el libro sobre los magnicidios de los Amigos de la Historia se dice que él es el «anarcomasón», pero Ricardo de la Cierva defiende, por el contrario, que el que consta que estaba en la masonería era Nicolau. A mí lo que me parece relevante, más allá de las sectas secretas, es la extrema juventud de los tres asesinos. Por no decir nada de la chulería del Mateu ya anciano, cuando dice que los anarquistas son gente pacífica, del «vive y deja vivir», aunque cuando alguien los molesta lo eliminan. Fue uno de los tres asesinos extremadamente jóvenes, simples ejecutores, y sin embargo trata de engañar diciendo que no tuvo problemas para trazar un plan perfecto, una vigilancia minuciosa, una ejecución impecable, mientras manejaba un presupuesto sin límite para comprar un vehículo fuera de sus recursos, poderosas pistolas Máuser, alquiler de hospedería y refugios para esconderse, viajes y manutención. Una banda de criminales a todo trapo que exhiben una llamativa moto Indian de siete caballos de color gris, dando vueltas a la Cibeles mientras esperan para matar a Dato.

El presidente Dato era un tipo educado, que usaba levita, corbatín con alfiler de perla y chistera, un tanto anticuado en el vestir, pero muy atildado y caballeroso. Las fotos de Pedro Mateu que publica el diario *Pueblo* son las de un gañán grosero capaz de presumir del cobarde asesinato por la espalda muchos años después de haberlo cometido, al que le parece normal que la llegada de la República significara el final de su condena. Sonríe como un loco, con una boca feroz, llena de dientes desiguales, mientras evoca el asesinato de aquel hombre por motivos imposibles de creer y reivindica a la vez su derecho a que le dejen vivir tranquilo. Miente este ser desmañado, al que seguro que le prometieron que saldría con bien del crimen; como así fue. Y no le salió mejor porque lo único que puso de su cosecha, además de ejecutar el plan trazado por otros, fue volver al piso alquilado a por no sé qué papeles, quizá ropa o más posiblemente algún tonto efecto olvidado, por lo que le echaron el guante como a un pardillo. Momento en el que no tuvo valor para sacar la pistola del bolsillo por si los policías le descerrajaban un tiro. Un tipo que nunca habría matado a un buey a quinientos metros y que se acercó hasta casi rozarla a la trasera del coche del presidente, apretando diez veces el gatillo de su pistola para estar seguro por acumulación, a bocajarro, de que mataba a un hombre desarmado. Apoyado por el otro criminal que



también agotó el cargador, con un total de veinte balas acertaron «a bulto», probablemente porque no se habrían atrevido a dispararle al presidente si le miraban a la cara. Lo tuvieron que hacer por la espalda. En el Oeste, a tipos así los ahorcan.

El compañero de *Pueblo* dice en su entrevista que Eduardo Dato tenía setenta y siete años (¡Error!) y lo cierto es que solo tenía sesenta y cuatro. Es una errata, pero en *Pueblo* me enseñaron que el periodismo son los detalles. El periodista metió la gamba y el redactor jefe no lo corrigió. Tampoco ninguno de los que han reproducido la entrevista a lo largo del tiempo, algunos de ellos de *Pueblo*. La entrevista es muy valiosa y una auténtica exclusiva, con mucho mérito en 1967, cuando no se podía hablar de masones en los periódicos y mucho menos de hazañas criminales subversivas que no estuvieran expresamente condenadas. En esta aportación del gran vespertino, al criminal se le deja hablar, no se le juzga ni se le descalifica, ni siquiera se le puntualiza.

Obviamente el criminal se justifica. No dice nada de que desde el principio los acusaron de mercenarios, cosa pudorosamente ocultada por los historiadores, y se declara anarquista, aunque se desmiente a sí mismo, dado que «en realidad es un tonto del haba», que presume de tener propiedades de pequeño burgués: casa, coche y una vida tranquila, con una mujer ahorradora. ¡Vaya anarquista!

Cuando hizo estas declaraciones Mateu sí tenía setenta años, pero era anarquista solo bajo palabra de honor. Como puede verse, trata de dejar un testamento exculpatorio con las manos manchadas de sangre.

El asesinato se cometió con bravuconería y suficiencia, anuncio incluido. A Eduardo Dato Iradier, en 1921, pese al tiempo transcurrido, también le sorprendió un día antes del atentado una amenaza, igualmente escrita a lápiz, para respetar la tradición que había comenzado en el regicidio frustrado de Alfonso XIII. Fue en un urinario del hipódromo de Madrid. Decía así: «Lema y Dato serán asesinados».

Lema era el marqués de Lema, Salvador Bermúdez de Castro O'Lawlor, ministro de Estado en aquel momento, miembro del Partido Conservador. Fue alcalde de Madrid y académico de número de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y de la Real Academia Española. También duque de Ripalda, autor de *De la Revolución a la Restauración*. En esta ocasión, como en la anterior, los asesinos retaron al destino tratando de advertir al interesado, pero en el caso de Eduardo Dato, lo de Lema era solo para

despistar. Está claro que nadie quería liquidarlo, o lo hubieran hecho, dado lo fácil que estaba el negocio.

Eran tres, les habría bastado con que uno de ellos se emboscara con la carabina Máuser. Si al presidente extrañamente vulnerable durante tanto tiempo le liquidaron en el recorrido más a la vista de toda la ciudad, de Cibeles a Puerta de Alcalá, para Lema habría sido suficiente la dedicación de uno de los pistoleros, pero solo era un cimbel. El *ABC* dice que el itinerario del vulnerable Dato solo estaba vigilado por cinco policías: uno a la puerta del Senado, otro en la calle Arenal, el tercero en la Puerta del Sol, el cuarto en Cibeles y el quinto a la puerta de su domicilio. De todos, el más corto de vista fue el de Cibeles, que no se apercibió de aquel trío de gamberros con sus llamativas Máuser desplegadas dando vueltas a la fuente de la diosa, esperando al coche del presidente e incapaz de fijarse en cómo la moto con sidecar ensayaba el crimen.

Por si fueran poco llamativos o de interés policial tres paletos en el bólido oscuro, y una infrecuente Indian gris con sidecar, la niña Eloísa Díaz, de once años, que sí se fijó en ellos, afirma que el que guiaba llevaba boina, anteojeras y pelliza, y a su juicio tenía unos veinte años; al del sillín trasero no lo vio bien, pero el del sidecar (Mateu, el de mirada de vaca) iba con el pelo enmarañado, los brazos en alto y dando gritos. ¡Como para no verlo! Sin que desgraciadamente sirviera de nada, sí los vio el también policía González Barci, que iba en el tranvía 44, de pie en la plataforma, y el guarda de los jardines que conformaban el decorado mortal: Manuel Santaño. Al día siguiente del crimen, en los alrededores de la casa de Dato aparecieron pasquines con amenazas contra el rey y la familia del presidente asesinado. Era claramente otra maniobra de distracción, porque la conspiración había muerto en la Puerta de Alcalá. ¿Qué lleva a un asesino a escribir una amenaza antes del crimen? En los casos de Alfonso XIII y Dato se trata de una increíble apuesta contra sí mismo. Los criminales se sentían tan prepotentes que decidieron denunciarse para ver si fracasaban en su intento.

*La Voz*, que se declara liberal y adversaria, dice:

Sabido es que el señor Dato, además de los anónimos amenazadores que constantemente recibía, tuvo aviso, por personas de las que solían visitarle con frecuencia, de que algo se tramaba contra él. Repetidas veces instaron dichas personas al infortunado presidente a que adoptase algunas precauciones para evitar los peligros que pudieran cercarle; pero el señor Dato no quiso atender tales ruegos. Una de las advertencias concretas que recibió el jefe del Gobierno procedía, según parece, de un diputado radical, muy conocido, el cual le escribió una carta notificándole que había

un «complot» contra él. Le aconsejaba que estuviese sobre aviso, porque, aunque no tenía detalles del complot, sabía a ciencia cierta que «en esta misma semana se atentaría contra su vida». Corroborando estas noticias, se dice que el propio diputado radical había dicho a otro político que ejerce autoridad que el señor Dato vivía por verdadero milagro, pues su muerte estaba decretada. Si la sentencia no se había cumplido era, sin duda, porque los encargados de ejecutarla no habían encontrado aún ocasión propicia para ello. Se asegura que cuando anteanoche comunicaron la noticia de la muerte del señor Dato a un diputado de la extrema izquierda, que se ha significado mucho en las luchas sociales de Barcelona, este dijo lo que sigue: «No me extraña lo ocurrido. Cualquiera día harán lo mismo conmigo, porque en estos últimos días han llegado a Madrid muchos individuos pertenecientes a los dos bandos sociales que están en lucha. Lo que me sorprende es que la policía no estuviera enterada de lo que sucedía. Esos individuos no son objeto de la menor vigilancia».

La prensa carga también con lo refractario que era Dato a que lo vigilasen, pero eso, si fuera algo más que una anécdota, no puede ocultar que la seguridad del presidente es la principal tarea del ministro de la Gobernación.

Según el diario *La Voz* del 9 de marzo, estas fueron las heridas que le produjeron la muerte al señor Dato si se aceptan los informes de los facultativos de la Casa de Socorro: «Una de arma de fuego en la región occipital, con orificio de salida por la región frontal izquierda, mortal de necesidad. El orificio de entrada es tan grande, que puede afirmarse que el proyectil se deformó al atravesar la carrocería del automóvil. Otra herida de arma de fuego con orificio de entrada en la región mastoidea izquierda y con orificio de salida por la región malar. Otra con orificio de entrada por la región costal izquierda, sin orificio de salida y al nivel de la séptima costilla, de arma de fuego también. Los facultativos han renunciado a hacer el reconocimiento detenido del cadáver. Es de suponer que tenga más heridas». Al señor Dato no se le llegó a desnudar en la Casa de Socorro.

En una noticia posterior, *La Voz* informa que Dato recibió ocho balazos. «Examinado el cadáver se han encontrado en su cuerpo hasta ocho heridas de bala, cuatro de ellas en el pecho». Según *El Sol*: «Examinado ayer mañana el cadáver del señor Dato, se le apreciaron hasta ocho heridas de bala, cuatro de ellas en el pecho». Dice el periódico que «no tiene nada de extraño porque anteriormente los médicos de la Casa de Socorro cuidaron de advertir a todos que no desnudaran el cadáver porque no lo requería el juzgado. De ahí que solo dictaminaran acerca de las heridas que el presidente tiene en la cabeza. Todo esto resultaría falso porque el presidente solo presentaba tres heridas: dos en la cabeza y una en el pecho.

«Ayer tarde (miércoles, 9 de marzo de 1921) se trasladaron a casa del señor Dato el juez especial, el fiscal y los médicos forenses doctores Cipriano Moreno y Julián Fuentes con objeto de practicar la diligencia de autopsia que en este caso se redujo al examen de las heridas». Otras informaciones añaden al forense Adrián Alonso Martínez.

Dato llevaba una cartera que resultó alcanzada por un disparo y dentro iba una imagen de Santa Rita a la que la bala arrancó un trozo de papel, también portaba la cédula personal del presidente y una estampa del Sagrado Corazón de Jesús. Según se dice, esa bala no hizo daño a Dato, porque no penetró en su cuerpo. El periódico *La Acción* del 10 de marzo «ratifica» el error del resultado de la autopsia: «El Juzgado estuvo en el domicilio del finado presidente del Consejo de Ministros, donde, en presencia de la representación judicial, le fue practicada al cadáver la diligencia de autopsia por los médicos forenses don Cipriano Moreno Grau y don Julián Fuentes. Todo se redujo a un nuevo reconocimiento de las heridas. Además de las de la cabeza, ya detalladas, el presidente recibió hasta ocho balazos más en el cuerpo».

Los periódicos radicales no se ponen de acuerdo sobre cuántas heridas recibió Eduardo Dato: *El Sol* y *La Voz* dicen que ocho en total y *La Acción* afirma que además de las de la cabeza recibió ocho más.

El primero en llegar a la Casa de Socorro a ver el cadáver fue Antonio Maura, jefe del Partido Conservador, que muy afectado sufrió un desvanecimiento. Luego Sánchez Guerra, que sería primer ministro enseguida; y García Prieto, que sería primer ministro en dos años. Se presentó también el conde de Romanones, que, tras haber sido primer ministro en tres ocasiones, ya no volvería a serlo nunca más.

Al jefe de los asesinos, Pedro Mateu, no se le conocía afiliación sindical alguna. Había trabajado en el taller de aeroplanos Hereter y en la fábrica de coches Elizalde, de la que se despidió en enero alegando «problemas familiares». Como queda claro, ya tenía el encargo de liquidar a Dato. Siempre gozó de fama de buen trabajador y hombre honrado que cumplía de forma ejemplar. Se descubre así que llevaba una doble vida y que en realidad era un asesino «durmiente». Un tipo frío que regresó al piso alquilado en el que dormía después del crimen de buen humor y muy animado. Se encontró a la propietaria de la vivienda y a sus hijas, que lo contaron en *La Correspondencia Militar* el día 14: «Se decía que habían atentado contra el señor Dato y nosotras se lo preguntamos, por si sabían algo, puesto que

venían de la calle. Entonces se echaron a reír y nos dijeron: “Al señor Dato le han hecho poca cosa”. “¡Menos mal!, dijimos nosotras, ¡pobre señor!”. “Pobre, ¿por qué?; al contrario, rico. Como que ya no necesita nada”. “¿Por qué?”. “¡Porque lo han matado!”. Se metieron en su cuarto tarareando y no salieron hasta la mañana siguiente».

Acababan de dejar a Nicolau o Leopoldo Noble, el marido de la Rubia, la chica que se pasó todo el atentado embarazada. De los tres criminales, Mateu es el que tendría más suerte y viviría haciendo de calderero en Francia hasta los ochenta años; Casanellas, en cambio, se mató con otra moto con sidecar estrellando su cráneo contra el radiador del coche de un capitalista, y a Nicolau, tras superar la prisión, lo fusilaron en el 39.

## A vueltas con Dato

Durante el juicio, Mateu, que había sido tan valiente e incluso pintón con los policías que le detuvieron, amenazándolos tiernamente, luego se vino abajo y negó que hubiera hecho nada, diciendo que era inocente y que no conocía a Casanellas. Pero al juez instructor le había quedado claro que era el que iba en el sidecar, que había matado siguiendo órdenes, aunque esto quedaría olvidado por historiadores, periodistas y escritores. Dijo que había disparado contra Dato para vengarse del gobernador civil de Barcelona, Martínez Anido, defensor de la *ley de fugas*. Insistió mucho en que lo hizo por sus ideas. Esto lo repetiría tiempo después, más de cuatro décadas tras el crimen, pero cuando la vista oral, lo negó todo. Ya no tenía nada contra Martínez Anido ni se acordaba de ninguna ley.

La investigación había ido lenta y a golpes de fortuna. Muy pronto se puso en vigor una orden patrocinada por la Dirección General de Seguridad (DGS) contra los periódicos para que no hicieran públicas las indagaciones judiciales o policiales, ni revelaran la vida de los sospechosos. Francos Rodríguez, maestro de periodistas, pudoroso, se reveló en *La Voz* contra este atropello defendiendo la función de la prensa y señalando el gran daño que podía producir la desinformación. Tal vez por algunos como él, la medida fue perdiendo fuerza y la propia DGS terminó facilitando a los periodistas una foto del huido Casanellas, el enemigo público número uno y el hombre más buscado de España.

El juez de guardia que inició el sumario fue Santiago de la Escalera, que era del juzgado de la Inclusa, quien pasadas las ocho y media, por teléfono, recibió la noticia de que el presidente había entrado gravemente herido en la

Casa de Socorro de Buenavista. Le dijeron que con una herida de bala en la cabeza. Pocos minutos después volvieron a llamarle para comunicarle que Dato acababa de fallecer. Se presentó en la Casa de Socorro, donde tomó declaración al lacayo herido y después al conductor. Allí se encontraban el presidente de la Audiencia y el fiscal de su majestad. Más tarde se reunieron y fue nombrado juez especial de la causa.

En *El Debate* del mismo día 9, se dice que «en la autopsia le fue extraída al señor Dato una bala de pistola Star». La Star es una marca española de Éibar. Aunque se dice que se ha recuperado una bala por la autopsia, lo cierto es que parece que es la que estaba entre las ropas del fallecido y no había penetrado en su cuerpo porque quedó desviada tras atravesar el tabardo, la levita y la cartera. La nota del periódico nos da pie para desvelar uno de los misterios mejor guardados del atentado.

La pistola que corresponde a la munición no es una Star ni un arma cualquiera, sino una Máuser alemana C96 Pistole. A Mateu se le llena la boca disparando su Máuser. Es un arma de guerra espectacular que tiene una funda, que es a la vez culatín. Según confesión del cabecilla de la banda, Nicolau y él llevaban esas armas montadas como carabinas que inevitablemente sobresalían, y sin embargo es un detalle que no se destaca, y que incluso se enmascara, lo que no puede ser casualidad. Estos pistolones aparecen en el sumario como «las Star números 7797 y 77831», que se mencionan como obrantes entre otras piezas de convicción, pero es un error. Los terroristas iban fuertemente armados y también llevaban Star, que eran pistolas nuevas que había comprado, según autos, Cástor Rodríguez Zarzuela, un cabo de la Guardia Civil, directamente en la fábrica, siguiendo el encargo dentro de una cadena de personas, hasta acabar en manos de los criminales. Pese a ello todos los procesados, empezando por el cabo, acabarían absueltos por falta de pruebas, dado que no se pudo demostrar lo que hicieron para que aquellas Máuser sirvieran para matar a Dato. El baile de los sumarios judiciales de los magnicidios tiene estas cosas.

Aquella maravilla de armamento organizó un tiroteo de mil demonios en la Puerta de Alcalá, que con los dos cargadores de diez balas cada uno funcionando a toda marcha simulaban el tableteo de una ametralladora, por mucho que el tubo de escape de la moto con sidecar tratara de taponarlo. De modo que en ningún momento se dice todo lo que pasó y nadie tiene clara la imagen de aquellas pistolas-carabina en manos de los pistoleros sobre su caballo mecánico, sobresaliendo por las esquinas con el cenizo de Nicolau, el

que primero abrió fuego, incorporado en el asiento trasero, y Mateu desde el sidecar por el lado derecho de la Indian, sobre el asiento solo para uno, haciendo uso del cargador interno de diez balas, en peine, del 7,63, inconfundibles, y no como muchos años después recuerda mal, haciéndose pasar por tornero en Francia.

La constancia de que estas fueron las armas está en la sentencia de muerte contra Mateu y Nicolau, aunque no se publicaron fotos de las pistolas espectaculares en la prensa ni en los libros de historia. Lo que ocurrió en la Puerta de Alcalá forma parte de un sumario especial, tan especial que en esta ocasión no se filtró la verdad, sino que quedó oculta en los papeles judiciales y también disfrazada, incluso llamando Star a las que los bandidos llamaban Máuser, porque lo eran. Y técnicamente perfectas, eficaces y alemanas. Las vainas recogidas en la plaza de la Independencia de supuestos calibres extravagantes se revelan como una información imprecisa, intoxicadora y desinformante.

El sumario confirma que la moto con sidecar no es de color rojo oscuro y el alto funcionario Jorge Silvela es conminado a que confirme que advirtió a los servicios de seguridad de que el presidente estaba seriamente amenazado. Contestó así, según *La Correspondencia* del día 9: «Hace unos días que los adjuntos de Marina me comentaron que tenían confidencias de que se tramaba un complot contra determinadas personas entre las que figuraba el señor Dato. Tales acentos pusieron en cuanto decían y tal insistencia que me consideré en el caso de llamar a mi despacho al director general de Seguridad informándome de cuanto me decían». Con esto hasta la dimisión sabe a poco.

El vizconde de Eza, ministro de la Guerra, asume el Ministerio de Marina que ostentaba el propio Dato. El juez Escalera no interrumpe su actuación, que consiste en tomar declaración a nuevos testigos del suceso, presentados espontáneamente unos y buscados otros por la policía. Entre los que presenta la policía está el cochero, de la plaza número 571, que presencié los hechos por tener la parada en la esquina de la calle Olózaga. Por orden del jefe de la brigada de Investigación Criminal, señor Varela, fueron puestos «a la inmediata del juez instructor» los agentes Herrera, Zorrilla y Arrojo. Aunque el servicio de ronda del presidente carecía de vehículos en la investigación, ahora se utilizan autos y motos para localizar a los huidos. La asociación Gran Peña abrió una suscripción con objeto de recaudar dinero que se ofrecería a quien descubriera al autor de la muerte del señor Dato.



Casanellas compró la moto con un nombre falso, pero eso no llevó a una pista para atraparlo. Sin embargo, el rastreo de las armas del crimen, tantas y tan escogidas, sí que resultó el hilo de la madeja. En el sidecar quedaron dos pistolas con número de serie que llevaron a los agentes a la empresa que las fabricó, que era la de Bonifacio Echevarría. Resultó que las había comprado el 13 de enero el cabo de la Guardia Civil del propio Éibar. Las excusas que dieron los sucesivos intermediarios, y cómo acabó todo, marcan la pauta del sucesivo emponzoñamiento de la investigación. El cabo los convenció de que había comprado las armas para un amigo llamado Beremundo Luis Bataille, que al parecer pretendía una comisión por conseguir las pistolas para unos guardias civiles de Bilbao. Suena extraño, pero colaba. El misterioso Beremundo, de treinta y seis años, era un metalúrgico de Vizcaya al que se le relaciona difusamente con anarquistas. Desde luego había mentido, pero a pesar de todo no les pareció culpable del todo, con esa candidez que se gastaban antes.

Era evidente que unas armas compradas así acabarían en algo subversivo, y en este caso, en un asesinato de primera clase. Hasta llegó a saberse que quien las quería no era un guardia civil, sino otro metalúrgico de Altos Hornos, sospechoso de haber intervenido en una muerte, con antecedentes. A Beremundo no hubo más remedio que detenerle, pero sobre el que se cargó el peso de la investigación fue sobre el que decidió la compra, Ignacio Delgado. En Madrid se armó toda la trama de una presunta conspiración, con la detención de un florista que al parecer facilitó el alojamiento de la banda de Mateu. También se imputó a Mauro Bajatierra, supuesto anarquista, y se investigó la participación de una anciana tullida. Los tres cabezas locas a los que les encargaron el mayor atentado de su tiempo se habían olvidado de destruir las cartas recibidas en las que se mencionaba a la señora. Es decir, que Mateu, Nicolau y Casanellas tuvieron como todos su cordada de apoyo para la infraestructura. Se estudió si estos imputados facilitaron armas y alojamiento a los pistoleros. También detuvieron a la madre de Casanellas por unas cartas en las que se dejaba ver que podría saber a qué había ido su hijo a Madrid.

En el asesinato de Eduardo Dato, Pedro Mateu, «el de la mirada vacuna», según le definen en la época, no sabe dónde vive el presidente cuando lo mata en el trayecto, y en la entrevista que concede al periodista del diario *Pueblo* afirma que vivía en Salustiano Olózaga 1, cuando en realidad su residencia estaba más adelante, en la calle Lagasca esquina a Alcalá.

Mateu, Nicolau y Casanellas lo asesinan en la Puerta de Alcalá camino de su casa, y muchos años después los periodistas, que han olvidado que entonces el tráfico rodado circulaba en Madrid por la izquierda, <sup>34</sup> hacen un diagrama del crimen situando el coche del presidente del lado contrario de donde ocurrió. Entre el desinterés de los políticos y los historiadores y la ignorancia de los periodistas, los magnicidios españoles jamás habrían sido aclarados.

Ni siquiera llegan a saber en detalle cómo estaba herido el presidente, que sufrió por efecto de las balas de Mateu y Nicolau «una herida en la parte inferior y lado derecho de la región occipital, que atravesó el cráneo, las meninges, el lóbulo derecho del cerebelo, la protuberancia, el ventrículo medio, el ventrículo lateral izquierdo, y el lóbulo frontal del hemisferio de este lado, con salida al nivel de la sutura fronto parietal; otra en el lado izquierdo de la cara, que entró por detrás del maxilar inferior, fracturando uno de los molares y saliendo a distancia de un centímetro por fuera de la comisura labial del mismo lado; y otra en el lado izquierdo de la espalda a la altura de la séptima costilla, penetrante en la cavidad torácica, sin salida de proyectil, de las cuales la primera era mortal de necesidad y privó de la vida al Sr. Dato instantáneamente».<sup>35</sup>

Mateu, el jefe de los asesinos de Dato sobre el terreno, era un joven tímido y de espesas cejas. Era tristón. Se dice que vegetariano, lector de libros de los que aprendía manualidades, y muy familiar, según su padre. Le gustaba endomingarse como un gallito de pelea para salir de juerga y nunca se olvidaba de lustrarse las botas. Según crónicas de la época, después del atentado fue a gastarse sus duros de plata<sup>36</sup> con mujeres, como un mercenario, y no apareció hasta día y medio después por la pensión de Alcalá 164, donde le esperaba la «bofia». Se le intervino una lista con una relación de personajes a los que quizá ya había puesto precio. Llevaba encima la factura de la moto. Y doscientas pesetas en billetes, algunas monedas de plata y documentos. Enseguida se obtuvo la identidad de los otros dos, Nicolau o Leopoldo Noble, el que iba a todas partes acompañado por la Rubia, y el mecánico Ramón Casanellas. Sus señas fueron difundidas y se ofreció medio millón de pesetas, que subiría a un millón, recaudado por suscripción popular, a cambio de cualquier pista que se pudiera ofrecer que facilitara su captura. Casanellas logró huir a Rusia, donde cambió su nombre por el de Sergio Ivanovich Petrovkin, y llegó a alojarse en el mejor hotel de Moscú, algo que no suele hacerse gratis, por muy acogido políticamente que se esté en el país, como tampoco te regalan el mejor vodka, aunque te den vodka. La

cosa se justifica porque por lo visto estaba destinado por los bolcheviques a sus correligionarios perseguidos en sus países de origen, pero Casanellas no era bolchevique. ¿O sí? Al conocerlo Trotski, que sería asesinado a golpes de piolet por Ramón Mercader, uno de esos «ejecutores españoles» que entonces protegía, solo dijo: «¡Ah, el terrorista español!».

Mateu, el de la mirada desnatada, recuerda vagamente que la cosa sucedió por los alrededores de la calle Olózaga, pero allí fue donde llevaron a Dato después de tiroteado porque estaba la Casa de Socorro, donde nada pudieron hacer por él. Los tres pistoleros salieron con bien de su acción porque no había nadie vigilando y cuando atraparon a dos de ellos los trataron de forma amigable.

Lo que ocurre es que las falsedades y excrecencias que han crecido alrededor de los falsos intelectuales que cuentan esta historia han permitido difundir el bulo de que dispararon tres, que dos de ellos llevaban una pistola en cada mano, y unas veces acaban la mentira diciendo que escaparon por la calle Serrano y otras por Alcalá, o que había mucho tráfico en la plaza de la Independencia. Lo que había era poca luz, poco tráfico, algún tranvía. Se circulaba por la izquierda y a Dato lo mataron a bulto, disparando mucho al buen tuntún, pero solo dos. Estaban tan cerca que, aunque eran tiradores más malos que la carne de pescuezo, solo fallaron dos tiros, acertando dieciocho en el coche, y de ellos, tres en el cuerpo de Dato.

A punto de cumplirse los cien años del crimen se descubre que el presidente fue víctima de una conspiración ejecutada por revolucionarios de alquiler, prefabricados, a los que se libró del castigo siguiendo la tradición española. La infamia ha pasado desapercibida hasta el punto de que hoy muy pocos saben quién fue Dato y aún menos se interesan por la razón por la que fue asesinado. Y sin embargo, su crimen enlaza como un eslabón más de la cadena con los otros asesinatos de los presidentes, cinco en cien años: 1870-1973, y otra vez los periodistas airean los trapos sucios. No es extraño que el periodismo sea vigilado de cerca.

El zopenco de Pedro Mateu fue incapaz de aprender el calibre de su pistola, la Máuser C96 Pistole, y todavía en 1967, cuando hace la entrevista para el diario *Pueblo*, habla de munición del 7,65, cuando era del 7,63. Dice que la llevaba montada como carabina utilizando el espectacular dispositivo de la funda-culatín de la Máuser, pero que no llegó a ponérsela en el hombro porque no hacía falta, ya que estaban tan cerca que apoyarla en el hombro habría sido un estorbo.

Lo que no explica es cómo pasaron desapercibidos empuñando aquellas espectaculares pistolas que parecían escopetas repetidoras. Lo de la cercanía es verdad, porque prácticamente respiraban el humo de escape del vehículo del presidente. Tan cerca que no habrían fallado ni aunque fueran ciegos. A los setenta años, cuando habla para la prensa, dice que trabaja a cuarenta kilómetros de Toulouse.

La Máuser de Mateu es una pistola de origen alemán, de gran originalidad y potencia, que revela que en efecto la banda fue bien dotada de armas y munición. Tiene una gran capacidad de penetración y atravesó el coche del presidente como si fuera mantequilla, lo que no tenía misterio porque sabían que no estaba blindado. Las armas no fueron conservadas para ser expuestas y vaya usted a saber dónde acabaron, por eso no podremos conocerlas.

El relato de los magnicidios españoles siempre está deformado y sin detalles. En el asesinato de Dato se conserva el coche en el que viajaba, que se exhibe en el Museo del Ejército, en Toledo, con los impactos de bala que recibió, pero en él nada puede encontrarse que sirva para esclarecer lo ocurrido. Los asesinos no lo tocaron. Actuaron a distancia. En cambio, las pistolas sí son rastreables. Tal vez por eso desaparecieron.

Los manuales de historia, los libros de periodistas y los reportajes hacen ver de forma errónea que Dato fue asesinado en la parte derecha de la Puerta de Alcalá, según se mira hacia Ventas. Iba sentado en la parte trasera derecha del coche, pero circulaba por la izquierda. Incluso hay croquis que dibujan la escena en el punto equivocado, aunque en realidad sucedió en el lado contrario, en la parte izquierda. Eso sí lo sabe bien Mateu: «Escogimos la Plaza de la Independencia [la de la Puerta de Alcalá], porque el coche de Dato subía por la izquierda de Alcalá y giraba también por la izquierda de la plaza para meterse en la calle Serrano».

En el relato de los hechos incluso en el día de hoy se falsea lo que ocurrió: ¿cómo los eruditos pueden ignorar que en el Madrid de 1921 se circulaba por la izquierda? En el relato de un crimen, el rigor lo es todo; y hasta hace muy poco, la versión deformada de cómo sucedió el asesinato nos engañaba. Con las continuas deformaciones del emplazamiento, número de disparos, forma de llevar a cabo el atentado, heridas de las víctimas y demás, se hace muy difícil sacar en limpio lo que sucedió en los cinco magnicidios españoles de los años críticos. Detrás hay toda una maquinaria que cuida la alteración de los detalles, mezcla de encubrimiento, negligencia y disimulo.

En Madrid se circulaba entonces por la izquierda, aunque el coche de Dato tiene el volante también a la izquierda y eso podría despistar. Había poco tráfico y se circulaba entre tranvías. Uno de ellos subía Alcalá y el vehículo del presidente tuvo que rebasarlo y ascender prácticamente en paralelo al coche tiroteado. Los errores de Mateu no son los de un septuagenario, porque era tan zote que aquello que dice lo había ignorado toda la vida, y es solo un signo más para comprender que jamás habría hecho lo que hizo si no se lo hubieran puesto en bandeja. Ríe constantemente ante el que le entrevista, con una risa conejil, como si matar fuera una fiesta, y enseña unos feos dientes.

Escaparon por Serrano y tomaron Goya para doblar hacia la Castellana que siguieron hacia arriba, rumbo a Arturo Soria, donde tenían el lugar para dejar la moto. Hay una parte de la entrevista que personalmente me disgusta y es cuando habla con cierto desprecio de la patrona del piso que tenían alquilado en la calle Alcalá, y dice así: «Al día siguiente, la patrona me comunicó que habían asesinado a Dato. Como era analfabeta, tuve que leerle la información que publicaba *La Voz*, llena de inexactitudes». Lo de llamar analfabeta a la patrona con esa falta de cuidado chocaría en un luchador por la libertad del pueblo, un líder obrero, pero Mateu es solo un asesino que, aunque tosco, parece un hombre bien situado de Tarragona, sobrado de posibles, de vacaciones en la corte, al que fastidia que la gente baja no sea capaz de aprender a leer.

¿Quién mató a Dato? Sin duda el grupo que comandaba Mateu, por orden de quienes nunca fueron hallados. Es decir, que los instigadores y financiadores nunca fueron capturados. La historia que no se puso en duda, hasta que se ve que los magnicidios españoles obedecen a una plantilla que se repite, es que el motivo del asesinato fue una causa supuestamente noble, como eliminar un jefe de gobierno que aprueba la represión dirigida por Martínez Anido en Barcelona. Según eso, Dato muere por ser liberal conservador, para los anarquistas un reaccionario. Y sin embargo desde el primer momento ni Mateu ni ninguno de sus compinches se comportan como mártires de «la propaganda por el hecho», sino como enviados que tienen un trabajo «fácil» de hacer. E inmediatamente después se dan a la fuga. Van a disfrutar de su éxito. Lo que ocurre es que Casanellas se va a Rusia a olvidar el individualismo y convertirse a la ortodoxia comunista, Nicolau coge a la Rubia y se pira a Alemania, de donde le devolverán con cajas destempladas, y Mateu, como él mismo confiesa, es atrapado por sus errores.

Que eran profesionales no cabe ninguna duda. En la Barcelona de la que procedían se había formado un ejército de matones dispuestos a todo: «El pistolero se recrudeció en Barcelona y llegó a convertirse en un ingrediente habitual de la vida ciudadana, las inevitables diferencias dividieron a los propios sindicalistas en bandas rivales. La prensa divulgó el resultado de una investigación policíaca por la que se descubrieron muchos detalles respecto de la organización interna de los comandos activistas. En ellos había informadores, que se limitaban a localizar a las personas y a descubrir los lugares adecuados para los actos de represalia. Después venía el grupo de dinamiteros, que cobraban de setenta y cinco a cien pesetas semanales. El tercer grupo, la “crema”, estaba formado por los pistoleros propiamente dichos, que percibían un sueldo equivalente al de los anteriores, más una prima de mil pesetas por golpe consumado; de tales asesinos a sueldo había unos ciento cincuenta. Quizá la policía exagerara la cifra».<sup>37</sup>

Nada más natural para hacer un encargo que acudir donde hay oferta. Mateu, Nicolau y Casanellas pueden considerarse *crema*, jaques fachendosos, que, según el jefe de la acción reconoce, tuvieron que prescindir del cuarto individuo que se achicó porque lo de Madrid era demasiado grande, aunque también el premio sería importante y además se había asegurado que apenas correrían peligro, porque el cliente no llevaría escolta.

«Las condiciones históricas en Barcelona eran en 1918 especialmente apropiadas para el desarrollo de gánsteres a sueldo».<sup>38</sup> La golfería andante y los más empedernidos criminales se daban cita en los salones del escamoteo. Armas de lujo, pasta para aburrir y fuga garantizada: la marca del magnicidio español. Pero algo falló porque ellos perdieron los nervios o fueron traicionados, lo que en estos encargos está a la orden del día. Pretendidos historiadores nos han hecho creer que Angiolillo era un héroe, Pardina un filósofo y los pistoleros catalanes los tres mosqueteros. Los franceses le llaman a esto *politique romantique*. Curiosamente el duro Trotski y el suave Benavente coincidieron en definir Madrid como la «ciudad alegre y confiada» que en 1921 se quiebra porque estaba sobresaltada por huelgas, robos, asesinatos y violencia en las calles. Los periódicos costaban diez céntimos. Uno de ellos, que no vale lo que cuesta, al día siguiente del asesinato de Dato, según el escritor Diego Urbino, se hacía esta pregunta: «¿Qué daño pudo haber hecho a nadie el viejecito simpático?». Alegre y confiado, todos los días seguía la misma ruta entre el Senado y su domicilio

por el centro de Madrid. Solo alguien como Mateu habría necesitado veinte días para trazar un plan en esas circunstancias.

Dato era un hombre correcto, un auténtico caballero de formas suaves, impulsor de leyes con reformas. A la gente baja de la época se la llamaba *la canalla*, y así en la guerra de 1914 Alfonso XIII no se recataba en declarar: «Está visto que en España solo yo y la canalla somos aliadófilos». Dato favorecía la ascensión social y la mejora de la gente baja siempre de una forma moderada, como era él. Su inspiración solidaria se basaba en la encíclica *Rerum novarum* del papa León XIII. Ya no hay políticos tan católicos.

Las damas se escandalizaban en las reuniones de la marquesa de Esquilache, donde el presidente departía en el tresillo antes de volver al trabajo: «Don Eduardo, ¿es usted el protector de la canalla? No nos traicione», decían pícaras. Dato competía con los socialistas en su preocupación por los humildes. Ya en el Ministerio de Justicia había puesto en marcha la Ley de Accidentes de Trabajo, la Ley de Trabajo de la Mujer y del Niño que impedía trabajar a los menores de diez años, pero así estaba la época. En 1908 creó el Instituto Nacional de Previsión, preocupado por la vejez de los pobres. Dato pasó de la Alcaldía de Madrid a la Presidencia del Congreso, a la del Instituto Nacional de Previsión, y fue vocal del Patronato contra la Trata de Blancas y del Consejo Penitenciario. Abogado y jurista de prestigio, en 1913 fue presidente del Consejo de Ministros por primera vez. Al estallar la guerra europea, Romanones era de nuevo presidente. Dato actuó con mucha decisión y gallardía, lo que al conde le costó el puesto. Algunos ven en ello el principio del fin, el comienzo de su asesinato en tan temprana fecha. Así piensan quienes dicen que aquello le costó la vida: fue por ser el artífice de la neutralidad de España. Tal como se cuenta, Romanones, que era partidario de entrar en el conflicto, había enviado un correo diplomático con orden de que España entrara en guerra. El rey, a pesar de que lo había firmado, quiso consultar con Dato, jefe de la oposición, tal vez porque compartía la preocupación de *la canalla*. Dato le advirtió que como jefe del Partido Conservador y leal monárquico estaba dispuesto a responsabilizarse del acto, pero que no lo aprobaba y se oponía a la guerra, afirmando que, una vez cumplido el trámite de dar cuenta al pueblo, sería él mismo quien se dedicaría a dar a conocer que la guerra se había declarado a sus espaldas. Por mandato del rey, un telegrama dio la contraorden al correo diplomático, lo que hizo caer a Romanones.

En 1917, Dato fue designado para formar nuevo gabinete. Era un político al que gerifaltes de su propio partido tildaban de débil, pero al rey le parecía un voto de confianza en los peores momentos. En 1920 le designó de nuevo como jefe de Gobierno. Durante el año anterior al atentado, y dado que se contabilizaron más de setecientos actos de terrorismo, su gobierno proclamó su voluntad de acabar con el pistolero que machacaba Barcelona, Zaragoza, Valencia y Bilbao. Aunque se pusieron en marcha medidas de control de armas y otras disposiciones, no se consiguió gran cosa. Los periódicos de Barcelona publicaron una nota editorial conjunta: «Si el gobierno se muestra incapaz, debe ceder su puesto». En este clima fue nombrado gobernador civil Martínez Anido, un duro de las guerras de Filipinas y Marruecos. Con él, sesenta y cuatro dirigentes sindicalistas van a los calabozos y entre ellos el Noi del Sucre. A treinta y seis cabecillas los embarca en el buque Giralda, un navío de guerra, y los manda deportados a Mahón, al castillo de la Mola. A finales de 1920 se denuncia la *ley de fugas*, que no era una ley, sino un presunto acto criminal, supuestamente consistente en liquidar a los sindicalistas peligrosos fingiendo una huida, que se evita disparando sobre los fugados hasta que resultan muertos. Pese a lo que pueda haber de verdad en lo denunciado, Francesc Cambó en un debate reconoce que los gobernadores civiles de Barcelona habían fracasado todos, menos Martínez Anido: «Aplaudido por la inmensa mayoría de los barceloneses, porque allí no puede desarrollarse otra política». José María Carretero,<sup>39</sup> periodista que firmaba como *El Caballero Audaz*, entrevista al general Severiano Martínez Anido que, entre otras cosas, le dice: «Cierto que me ha costado algún trabajo; pero me complace haber traído la paz y la tranquilidad a Cataluña. Claro que tengo un colaborador magnífico en el general Arlegui, que tiene una capacidad extraordinaria. En Madrid no le conocen bien. Aseguro que en Europa no hay otro director de policía que tenga sus dotes. Sin él —al que estimo como a un hermano y con el que estoy tan compenetrado que ni en los más difíciles momentos hemos tenido la menor discrepancia— yo no hubiera podido realizar mi labor».

«¿Jamás ha sido usted amenazado?». «¡Nunca! En todo el tiempo que llevo de gobernador apenas si he recibido cinco anónimos demasiado pueriles, y que ni siquiera he terminado de leer. Ya le he dicho que no creo en esos peligros inmediatos... a veces, y para pulsar bien la opinión obrera, me disfrazo por las noches y me voy al puerto, al Paralelo, a Gracia o a otros centros proletarios». «¿Acostumbra usted a ir solo?». «Unas veces sí, y otras



con algún amigo». «¿Y no lo reconocen a usted?». «Por lo general, no, porque yo hablo el catalán perfectamente. No obstante, recuerdo que una noche me metí en una peluquería que tenía fama de ser un foco de sindicalistas. Iba yo con un gran chambergo, una chalina y mis barbas descuidadas, fingiendo leer; aguardé mi turno escuchando cuanto se decía. Cuando me llegó la vez, el peluquero, que era un significado sindicalista, muy peligroso por cierto, me deslizó al oído: “¿Apuro mucho, mi general?”. “¡Pero muchacho! ¿Cómo me has reconocido?”, pregunté. “Porque yo he peleado en África con usted, en el Regimiento de Cazadores de Cataluña”, me contestó sin inmutarse. “Pues bien, hombre; me alegro, así ya sabes tú como yo las gasto... Conque, anda; aféitame, ¡y con mucho cuidado!” Y no pasó nada más».

Martínez Anido, que en el momento de estas declaraciones se encuentra en la cama por un forúnculo en el cuello, dice al periodista que de no estar enfermo se irían juntos a pasear por las Ramblas, y le asevera que «por lo único que me privo de ir a pie por el centro de la población es por evitar las manifestaciones de afecto del público, que llegan a producirme emoción».

La colisión entre la clase dirigente de la Restauración y las fuerzas sociales emergentes provocó el estallido de la fuerza militar contra el terrorismo en Barcelona y acabaría en la dictadura de Primo de Rivera dos años más tarde. Hay quien compara por su resultado el asesinato de Dato con el de Carrero, que tuvo lugar medio siglo más tarde. Y desde luego, se parecen.

## El vuelo de Carrero

El sumario del asesinato de Carrero Blanco iba en la línea del de Juan Prim. La verdad estaba contenida en él y tal vez por eso estuvo un tiempo perdido. Los historiadores lo buscaban sin encontrarlo, que fue lo que le pasó al de Prim. Confusamente, algunas explicaciones indican que el de Prim estuvo oculto por «razón de Estado». Tal vez al de Carrero se le quiso aplicar la misma estrategia. Tuvo tres jueces, dos jurisdicciones, militar y ordinaria, y no se aclaró nada. Las dudas continúan hasta este momento en el que se ve con claridad que lo que pasó no fue lo que se dijo.

Atribuyen la jefatura de la banda de asesinos a José Miguel Beñarán Ordeñana, alias *Argala*, un vizcaíno de veinticuatro años, natural de Arrigorriaga, que a los diecisiete era de la Legión de María. Fue admirador de Franco y de José Antonio antes de acabar en las redes etarras, y siempre fue incapaz de aprender euskera. Se le sitúa en la esquina de Claudio Coello y Diego de León, con una cartera en la que llevaba el pulsador de la bomba que activaría la explosión en el túnel subterráneo cuando pasara el coche de Carrero por el centro de la calle, frente al número 104. Un compinche subido en una escalera le daría el primer aviso cuando el vehículo del presidente, seguido del de los escoltas, cruzara Juan Bravo, y el segundo, cuando el impresionante Dodge Dart negro llegara hasta el Austin Morris 1300 aparcado en doble fila para obligar a Carrero a pasar por encima de la cazoleta de los explosivos. Fue a las 9 horas, 25 minutos y 40 segundos, según el reloj del almirante destrozado y parado en ese momento.

Argala se apoyaría en Ignacio Pérez Beotegui, alias *Wilson*, con el que asistiría a misa, los dos disfrazados de curas, como le gustaba a Buñuel, para

comprobar con sus propios ojos los agujeros de seguridad del entonces vicepresidente en su diaria asistencia a la eucaristía. Más tarde, cuando su víctima era ya presidente, incluso se atrevió a ponerse en la misma fila para recibir la comunión inmediatamente después de él.

El 20 de diciembre de 1973 amanece nublado. Chispea. A las siete el portero de la casa 104 de Claudio Coello, que tiene de profesión base la de policía armada, sale del portal de uniforme, con marcialidad, para incorporarse a sus tareas de vigilancia en una finca cercana donde habita el ministro de Agricultura, Tomás Allende. El propio Argala, que a esa hora vigila el movimiento en la casa del crimen, se sobresalta al ver al portero de uniforme, aunque desde el principio sabe que es policía. Se sobrepone y en la acera termina de empalmar los cables que salen de la ventana del bajo donde han hecho la perforación, y los lleva a tres metros de altura hasta la esquina de Diego de León.

Es momento de preguntarse cómo y dónde un tipo como Argala, que solo habla castellano, y mal, ha aprendido nociones de ingeniero para dirigir una excavación en medio de la ciudad, en tiempo récord, sin derrumbes, aunque pasa continuamente el tráfico por la calle perforada. Cómo es posible que un joven de veinticuatro años haya adquirido conocimientos para implantar un explosivo que la versión oficial dice que es goma dos, dispuesto en forma de T —aunque hay versiones de la investigación que denuncian que el explosivo era de origen militar y no necesitaba cables para su detonación—, capaz de impulsar el pesado vehículo hacia arriba por encima de tres pisos. Esto no es lo habitual, no es apretar un gatillo con un disparo en la nuca, que es la especialidad de la casa. Necesita estudios que parecen difíciles en un tipo torpe, retraído y desmañado, sin facilidad para asimilar. Argala, ya se ha dicho, fue al principio un beato vocacional, luego furibundo franquista y joseantoniano y, finalmente, ¿anarquista de pega, nacionalista, socialista o comunista? Lo que está demostrado es que era un peón dinamitero.

El 7 de diciembre de 1973, según nos cuentan, los miembros de la banda comenzaron la construcción del túnel desde el semisótano al centro de Claudio Coello, para colocar el explosivo bajo el coche que llevaba al almirante y que pasaba por allí todos los días, sin tomar ninguna precaución, solo con un escolta en el propio vehículo y otros en el coche de custodia. Toda la operación a la que se le concede credibilidad parece una casualidad mágica, empezando por el hallazgo por parte de la banda del semisótano ideal en el lugar más adecuado, y siguiendo por la embotada capacidad del portero,

que, pese a su condición de policía, no se escama ante el constante hormigueo de etarras delante de sus narices, los ruidos de excavación y el frecuente tufillo a gas que se filtra de la tierra mojada. Todo eso durante trece intensos días. No debía de ser de los buenos policías, ni tampoco de los porteros cuidadosos.

Aunque la insensibilidad mayor es la de Carlos Arias Navarro, antiguo alcalde y ministro de la Gobernación por insistencia del propio Franco, aunque se dice que quien le apoyaba era en realidad Carmen Polo, la esposa del dictador. Junto a la negligencia hay que hablar del fracaso del Servicio Especial de la Presidencia del Gobierno, los servicios secretos del coronel San Martín, elogiado sin motivo, y toda la policía, de la que consta que había recibido el aviso de que hacía tiempo que se preparaba el secuestro de Carrero, propósito que según parece derivó en el homicidio, para el que no paraban de venir a Madrid más de una docena de los peores etarras, marcados, vigilados y nunca descubiertos.

El 14 de diciembre tuvo lugar en El Pardo el Consejo de Ministros presidido por Franco con Carrero de presidente. En él, Carlos Arias consumió un turno para advertir de acciones inminentes de los terroristas de ETA, pero debía de ser algo «rutina» porque no dijo nada de lo más importante, la gran acción que estaba en marcha: el asesinato de Carrero, que había entrado en fase de consumación.

El día 18 de noviembre llegó de visita relámpago Henry Kissinger, el secretario de Estado norteamericano, que fue recibido por Franco, se entrevistó con el entonces príncipe Juan Carlos, y el día 19 compartió una hora entera con el presidente Carrero. La llegada de Kissinger puso en alerta máxima a todos los servicios de la embajada, incluidos los de la CIA o *ciáticos*.

El último día de su vida, Carrero obtuvo el reconocimiento de Kissinger a sus puntos de vista estratégicos y en relación con la OTAN, con un preacuerdo bilateral, lo que fue su gran éxito, aunque ahora se duda de si todo era simplemente un feo paripé.

No menos importante en este asunto es la extrema cercanía de la sede de la CIA, Central de Inteligencia Americana, que se sitúa en aquella época en el mismo edificio de la embajada, en la calle Serrano.

La estación de la CIA disponía de los elementos más modernos de detección, que habrían descubierto la excavación de un túnel y desde luego habrían logrado en cuestión de segundos fotografiar a todos los componentes

de la banda. Pero llegó Kissinger y no pasó nada: el túnel siguió excavándose hasta su fin, a unas decenas de metros de la sede blindada norteamericana, algo que resulta increíble.

Nada bueno hacía presagiar que el almirante hiciera todos los días el mismo itinerario para ir a comulgar desde su casa de Hermanos Bécquer a la cercana iglesia de San Francisco de Borja. Debería haber creado inquietud en sus escoltas y en los responsables policiales, pero fue como si, en vez de dedicarse al negocio de la seguridad, se dedicaran a otra cosa. Es algo que se cumple inexorablemente, una de las constantes desde el tiroteo del general Prim en la calle del Turco hasta el vuelo de Carrero. Por un fallo de seguridad no pudo disfrutar de las promesas del ladino Kissinger. Se dice que los políticos no han aprendido nada de todo esto, pero es falso, porque desde lo de Canalejas no se ha vuelto a ver nunca a un político parado frente al escaparate de una librería.

A las 08.30, los tres agentes de escolta esperan frente al portal de Hermanos Bécquer 6. En la puerta del presidente hay otros dos policías armados. Pese a ello se sostiene el espantajo habitual de que la falta de eficacia en la seguridad es «en gran parte culpa del propio Carrero, que rozaba la imprudencia más atroz en un mundo comido por organizaciones terroristas». No obstante, no puede ocultarse el ridículo de los servicios de información y seguridad del Estado, de los que se predica que «eran casi una docena inconexos y fallidos». Por no hablar de los encargados de la lucha contra ETA, que aparentemente estaban en el limbo. Argala era un tipo tosco, pero no le hacía ninguna falta ser mañoso. Se paseaba delante de la embajada americana, iba a misa disfrazado de clérigo y los polis no lo captaban. O eso parece.

Carrero era experto en lucha antiterrorista, pero en casa del herrero, cuchillo de palo. Su ministro de Gobernación no sintió ninguna preocupación especial. Y los jefes directos que supervisaban su seguridad no se sorprendían ante el peligro que significaba hacer el mismo recorrido todos los días, a la misma hora, en un coche sin blindaje. Una vez que se produjo la explosión, trascendió que al parecer los escoltas sí habían protestado por la falta de seguridad. Lo que era de cajón de pino. Una semana antes del magnicidio, el director general de la Guardia Civil, Carlos Iniesta Cano, había comunicado al teniente coronel San Martín que ETA pretendía secuestrar al presidente y tal vez a su esposa. Se lo dijeron a Carrero y parece que este no prestó la

debida atención, lo que sería normal porque para eso tenía un ministro encargado del asunto, con jefes y oficiales que debieron tomárselo en serio.

En los países responsables se debería cesar a los ministros incompetentes cuando les matan al presidente del Gobierno, y con él tendrían que caer los altos cargos del contraespionaje y la seguridad ciudadana. En la España de Franco, como en la de Prim, como en la de Cánovas, como en la de Moret, como en la de Canalejas, como en la de Dato, no solo no se afeaba la conducta a los ministros catastróficos, sino que la mayoría fueron generosamente premiados, puede decirse que recompensados. Carlos Arias Navarro, por ejemplo. Este hecho produce alucinaciones incluso entre los ministros del gobierno mutilado. Por ejemplo, el ministro de Obras Públicas de Carrero, Gonzalo Fernández de la Mora, comenta así la jugada: «Aludimos a posibles sucesores del almirante: Torcuato Fernández Miranda, Laureano López Rodó, Pedro Nieto Antúnez... No pensamos en Carlos Arias, que, como ministro de Gobernación, era el responsable de la seguridad del presidente asesinado».<sup>40</sup>

La bomba lanzó el Dodge Dart de Carrero hacia arriba, hasta rebasar el tejado del edificio, y lo hizo desaparecer en una terraza del otro lado. Los policías del coche de custodia llamaron por radio a la central de la DGS. El que habla dice no ver al presidente y huele a gas. Al parecer los zafios etarras habían gritado: «¡Gas, gas!», para confundir. Mientras huían por la calle Lagasca hasta pasar al otro lado de la Castellana por el paso elevado de Juan Bravo. Por lo visto, escaparon en un vehículo que abandonaron frente a la escuela de la policía, como si fuera otra afrenta más. A las once y media, el comisario de la criminal descubre los cables del sótano —quizá de atrezo— e informa oficialmente a Carlos Arias de que había sido un atentado, aunque todo el mundo lo sabía ya. Sin embargo, el gobierno no lo comunica. Torcuato Fernández Miranda asume de forma provisional las tareas de presidencia y decide no declarar el estado de excepción. A la vez tampoco informa del asesinato de Carrero.

La del almirante es la única escena de magnicidio que personalmente he podido visitar al poco de ocurrir el crimen. En la calle Claudio Coello había un cráter con un coche dentro cubierto de agua sucia. Había unos cuantos metros desde el agujero al portal 104, donde alguien debería haber notado algo de lo que se estaba haciendo allí debajo. No era una tarea fácil ni silenciosa. Tampoco los etarras eran especialmente discretos. Yendo en mi coche escuché la versión de que había sido el gas. En el acto supe que

estaban mintiendo: no era posible que hubiera un escape con explosión y en ese momento pasara por allí el coche de Juan de la Cosa (seudónimo de Carrero), el gran compañero de Jakin Borr (Franco), uno y otro grandes enemigos del comunismo y la masonería. De modo que el ayuntamiento desmintió que se tratara de una fuga de gas. Por la noche, en Bayona, en rueda de prensa, varios encapuchados reivindicaron el atentado como cosa de ETA, de tal forma que desde el principio fue algo muy sospechoso. San Martín, incapaz de parar el golpe, sin embargo, luego precisó que se trataba de ETA V Asamblea.

Los presuntos autores del atentado, en primera fila Argala, publicaron un panfleto titulado *Operación Ogro*, al que algunos historiadores y periodistas dan cierta credibilidad. Básicamente lo escribieron para intoxicar, desorientar y desinformar. El primer objetivo era difundir que ETA, que jamás había hecho nada de este tamaño, era la autora en solitario de la muerte del presidente. Al parecer fue redactado por Genoveva Forest bajo el seudónimo de Julen Agirre. Genoveva, Eva, sería detenida junto a Antonio Durán, supuestos colaboradores comunistas de la banda armada. Ricardo de la Cierva,<sup>41</sup> poco sospechoso de izquierdismo, uno de los primeros columnistas del diario *El País*, recoge que el magistrado Luis de la Torre Arredondo, uno de los encargados de la instrucción del quebradizo sumario, asegura que se utilizó la tortura contra los detenidos, Eva Forest y Antonio Durán, pese a las recomendaciones en contrario que él mismo hizo al jefe superior de Madrid, coronel Federico Quintero, precisando que a los detenidos no se les hiciese objeto de malos tratos.

¿Qué otros asuntos mortales de ETA precisaron obra de ingeniería a lo largo de la historia? Ninguno. ¿Cuántos ingenieros había entre los etarras Argala, Atxulo y Wilson? Ninguno. Eva Forest era la esposa del dramaturgo Alfonso Sastre, y Durán, un albañil, quizá el único que, si se hubiera puesto, habría podido hacer el agujero debajo de la calle sin que se le derrumbara.

Hasta el juez La Torre tiene sospechas fundadas de que había alguien más que ETA. Él pensaba que a la CIA le interesaba la desaparición de Carrero. También le parecía que ETA «estaba pagada», no precisamente por comunistas. El juez iba a redactar sus conclusiones cuando le pidieron que se inhibiera a favor de la jurisdicción militar. Tal vez formaba parte de una operación para silenciarlo, a la vez que lo borraban de la terna en la que figuraba para acceder al puesto de magistrado del Tribunal Supremo.

La ejecutiva comunista atribuyó el atentado a la CIA, como la Agencia Tass. El antiguo agente de los servicios secretos españoles, Luis González Mata, alias *Cisne*, dice que ETA preparó y ejecutó el atentado, pero contó «con elementos paraestatales» que les permitieron actuar, y la CIA, que, desde su sede junto a la embajada americana, frente a la iglesia de los jesuitas, no solo prestó cobertura, sino que reforzó la carga con explosivos muy potentes en la mina con forma de T la noche anterior a los hechos.<sup>42</sup>

El juez que abre el sumario Carrero es Andrés Martínez Sanz, del Juzgado 8 de Madrid, que procesa a Argala, Wilson y Atxulo con otros siete de la banda. Luego Ezkerra y Forest con Durán. Después pasó a la jurisdicción militar bajo el comandante-juez Jesús Valenciano; posteriormente, a propuesta del presidente del Supremo, sería nombrado juez especial Luis de la Torre Arredondo. Al sumario de Carrero se añadiría posteriormente el del atentado de la calle del Correo, donde estaban también implicados Eva y Durán, que dijo confesar en interrogatorio «todo lo que pasó» el día que se decretó la muerte del almirante, sin ser etarra profeso ni miembro del KGB.

Como en cualquier otro magnicidio de este jaez, la investigación judicial quedó empantanada sin encontrar a los instigadores ni al cerebro del crimen. La Fiscalía, con solución salomónica, afirmó que no se descartaba la participación de organizaciones ajenas a ETA.

El Supremo tuvo que obligar al juez especial a inhibirse a favor de lo militar, porque no sabían cómo dominar la serpiente. De ahí a la eternidad: el sumario Carrero, además de desaparecer físicamente y estar perdido, siguió el mismo proceso paralizante y neutralizador que el de Prim. El de Carrero, como es ya tradición en la historia española, se declaró concluso y extinguida la responsabilidad penal de los autores apoyándose en la ley fechada el 15 de octubre de 1977, por la que se concedió la «amnistía general por todos los delitos de intencionalidad política».

El que fuera subdirector de *Pueblo*, Julio Merino, periodista de alto vuelo, le hizo una gran entrevista a doña Carmen Pichot, la viuda del almirante Carrero Blanco después del crimen. El momento más importante es este:

J. M.: Y del atentado, ¿qué pensó?

C. P.: Que había sido perfecto. Demasiado perfecto. Todavía hay gente que se pregunta cómo pudieron prepararlo todo tan bien... Creo que los vecinos de Claudio Coello protestaban



por los ruidos... y que algunas personas se habían extrañado de aquellos cables que tendían por la calle.

Creo que la señora da en el clavo. Lo más importante del atentado es que fue perfecto. Hay quien dice que la transición política de la dictadura a la democracia empezó con la muerte de Carrero, en Claudio Coello, el 20 de diciembre de 1973. Siendo así, ¿qué interés podría tener ETA en que los españoles tuvieran democracia? A ellos les convenía que siguiera la dictadura, porque en teoría legitimaba su existencia. Pero como dice la viuda, aquí lo importante es que hicieron una cosa perfecta, algo que era complejo, difícil e imposible para un grupo de gente sin preparación ni experiencia. Santiago Carrillo, secretario general del PCE, que sabía tanto de asesinatos políticos, no se explicaba cómo «unos vascos, que siempre tienen cara de vascos y que generalmente llevan una boina vasca no fueran detenidos, ni molestados, ni interrogados por la eficaz policía franquista, que nunca fallaba cuando se trataba de infiltrados comunistas».<sup>43</sup> Los propagandistas de ETA han tratado de elevar los panfletos que se atribuyen a la mano de Argala al rango de escritos de pensamiento y han tratado de darle la categoría de supuesto ideólogo marxista-leninista, de lo que no hay prueba alguna. Su muerte en Anglet, el 21 de diciembre de 1978, conmemorando la de Carrero cinco años antes, fue reivindicada por el Batallón Vasco Español, al que se le atribuye estar financiado por servicios secretos. Sin embargo, los refugiados vascos en Francia, es decir, fuentes de ETA, consideran que la acción fue propia de «servicios paralelos» españoles, con informes policiales franceses.

Argala fue presuntamente el encargado de crear comandos con reclutas que enviaban a adiestrarse en Yemen, Líbano o Argelia, pero no consta que fuera nunca él a recibir entrenamiento en la manipulación de explosivos. Los escritores de ETA tienen imposible conciliar al hombre de pensamiento, que tratan de elevar a las alturas sin conseguirlo, con el hombre de acción, que se mueve como pez en el agua en la excavación de túneles y el montaje de explosivos. Se carece de información sobre la capacitación técnica del joven Argala, y se duda de su precaución y prudencia largamente alabadas cuando se subió sin mirar al R-5 naranja que lo llevó al cielo con una carga explosiva, de las que tanto debía saber, en la rueda delantera izquierda. Por su parte, Pérez Beotegui, alias Wilson, que fuera jefe de los comandos operativos de ETA, tampoco consta que tuviera la alta cualificación que precisa una operación con la complejidad técnica de aquella.

Argala tenía veinticuatro años y Wilson veinticinco. Se les atribuye una cita en la cafetería del hotel Mindanao de Madrid, donde un desconocido con una gabardina, de unos treinta años, les entregó un sobre con la información para matar a Carrero. Con frecuencia se simplifica diciendo que esta consistía en el simple dato de que asistía a la iglesia de San Francisco de Borja, cercana a su casa, a las nueve de la mañana, sin apenas escolta. Al parecer, el sobre lo recogió solo el flaco Argala, dado que Wilson se quedó en la puerta, quizá vigilando para que no les sorprendieran. Pero todo esto está sobrevalorado porque el dato de que Carrero era un católico fervoroso que iba a misa y comulgaba a diario lo tenía cualquiera que se dedicara a la seguridad del Estado. También cualquiera sabía que Carrero iba siempre a misa al mismo sitio. No era ningún secreto. Es decir, que la simple observación de los movimientos del almirante habría llevado a reconstruir una rutina que, para su desgracia, se cumplía al milímetro cada día. Recordemos que se vivía en una dictadura en la que el orden tenía fama de sólido, debido al control policial y la firmeza de la política. De modo que Carrero Blanco se comportaba como un presidente de un país en el que la seguridad tenía peso.

Y sin embargo los de ETA quedaron ya en 1972 en la cafetería del hotel Mindanao. Eran dos que llegarían a «generales de ETA», pero que entonces eran solo reclutas, quienes sin ninguna molestia recogieron de manos de un individuo «del negocio del cine» los datos para el atentado. O eso dicen.

Los miembros de la banda lo tuvieron muy fácil, como descubre la viuda de Carrero. En el itinerario diario del presidente se producen protestas de vecinos por el ruido de los que excavan el túnel de la muerte, y nadie investiga. El policía-portero de la casa en la que trabajan tranquilamente como «peones de albañil» supuestamente Argala, Wilson y Atxulo, y otros chicos del montón, que no tenían edad ni preparación, ni se entera de la obra, un poco menor que la de El Escorial, que acometen tipos huidizos, barbilampiños, acomplejados, muertos de miedo por estar sentados sobre un polvorín, con marcado acento vasco, y todo ello en plena dictadura. Y aunque pasan muchos días estudiando los movimientos del presidente del Gobierno, se atreven a ir a misa a la propia iglesia en la que comulga y lo ven pasar por Claudio Coello a diario, hasta que llega el día en el que despega por la fuerza centrípeta de la explosión. Les sale un atentado que no se puede comparar a nada de lo que hicieron antes ni después. Y los historiadores de mesa camilla se lo creen. Hombres de ETA, de los que se predica sin rubor que estudian en

Yemen, Líbano o Argelia, aunque consta que esa preparación es totalmente innecesaria para dar el tiro en la nuca, que era lo suyo, y que además ninguno de los países citados destaca por sus instituciones de enseñanza, ni siquiera en terrorismo o entrenamiento militar. De modo que el mito se apodera de nuevo de la historia y es aceptado, defendido y completado por quienes admiten la intoxicación como parte de la información. Atxulo, que fue imputado por la policía como partícipe en el robo de 250 kilos de dinamita, es el único de los componentes de la banda que tuvo un mayor contacto con explosivos, aunque robarlos no es hacerlos detonar. Se le atribuye haber alquilado el semisótano del que partió el túnel para instalar la bomba. Pero no se dice nada de que fuera él quien lo descubriera. A lo peor solo le dieron la dirección y él firmó el contrato y entregó el dinero. En resumen, un grupo de chavalotes inexpertos que para lograr lo que se supone que hicieron debieron comportarse como militares de «operaciones especiales».

Estos escaparon con bien de sus presuntos delitos, todos menos uno: el que mayor renombre alcanzó, el que creó fama de ser el jefe. Tal vez le mataron para evitar enojosos planteamientos de futuro, dado que las cosas estaban cambiando y cualquier día, si España se creía la democracia, podría acabar investigando las acciones turbias de las que Argala tenía la clave, y tal vez por eso logró perderse en Anglet hasta que el hombre de la gabardina volvió a la cafetería del Mindanao, esta vez con la información sobre Argala. La única pregunta es quién hacía en esta ocasión de Pérez Beotegui, alias *Wilson*, y vigilaba la puerta.

Dice doña Carmen Pichot que llamó personalmente a Carlos Arias Navarro, que para más inri había sido ministro de Gobernación con su marido, el hombre que fuera nombrado presidente en lugar del presidente, para desearle suerte y la ayuda de Dios. La bendita inocencia de una madre de familia de militares leales, que ni siquiera piensa que aquel ministro debería haber estado alerta, por los vecinos que se habían extrañado en Claudio Coello de aquellos cables que sobresalían de la casa del crimen, para proteger al presidente que lo mantenía en su gobierno.

Cuando se cumplan cien años de la muerte de Carrero, con los avances científicos y técnicos del momento, será fácil descubrir a todos los manipuladores, salvo que la aberrante política convierta los hechos históricos en cosas sin interés. En realidad, ya ocurre en esta época en la que los grandes crímenes que han cambiado la vida de los españoles acaban por no estudiarse ni en los periódicos, ni en los colegios, ni en las universidades. Son

ignorados por todos, no son objeto de foros ni trabajos de doctorado y se aceptan como si de verdad hubieran sucedido como se dice. Delirante historia que se desmigaja en cuanto le metes el dedo, porque está hecha de papel maché. Cómo es imposible aclarar todo lo falso que se ha aceptado, la respuesta es siempre el desdén.

Julio Merino le pregunta a doña Carmen Pichot:

—Señora, contésteme una última pregunta, ¿por qué cree usted que mataron al presidente Carrero?

—No lo sé. Acaso porque estorbaba a alguien... No, no lo sé. La ETA fue la mano ejecutora.

La casa desde la que se practica el agujero recibe una serie continuada de visitas de individuos sospechosos, que además se concentran en muy pocos días, pero aunque miembros del contraespionaje español, agentes norteamericanos que se encargan de la seguridad de Kissinger, la propia dotación de vigilantes de la embajada USA y la escolta del almirante circulan por allí, de Hermanos Bécquer a Claudio Coello, pasan sin advertir la intensa actividad que precisa un lugar en el que hay que horadar haciendo ruido, transportar material peligroso, y como se ha visto en las grandes operaciones delincuenciales de las películas americanas, deshacerse de la tierra extraída del agujero. Toda esa actividad genera malos olores, trasiego de individuos sudorosos y mal encarados y molestias en la vecindad. Molestias que, al parecer, haberlas las hubo, pero nadie les echó cuentas o se miró para otro lado. El atentado contra Luis Carrero Blanco se produjo en plena dictadura, aunque se atisbaran aires de libertad, y los periodistas, pese a todo, se portaron. Bucearon en las fuentes oficiales, en las fuerzas emergentes y en los países amigos. Todo el mundo estaba de acuerdo en que aquello no fue el cierre de una etapa anterior, sino la apertura de un futuro forzada con explosivos.

Es falso que las causas de la explosión se ignorasen al principio, puesto que en cuanto apareció por allí el primer experto supo por la forma del cráter, el olor en el aire y los destrozos causados que había sido una bomba. Incluso que era un artefacto colocado en una galería subterránea en el centro de la calle por medio de un túnel trabajoso, que debió necesitar de la dedicación de muchos días, y con especialistas tanto en horadar túneles como en colocar explosivos. De modo que cuando se difundía que la explosión era de origen desconocido, simplemente se estaba ocultando información, algo que en la dictadura no extrañaba a nadie. Incluso hoy día no extraña que el gobierno no

cuenta todo lo que sabe. Por otro lado, los asesinos eran gente fichada en un país que luchaba contra el terrorismo. ¿Cómo pudieron escaquearse Argala y Wilson siendo gente vigilada? La casa 104 de la calle Claudio Coello había albergado a los asesinos mientras preparaban la galería. En la explosión murieron el conductor, José Luis Pérez Mogena, y el policía, Juan Antonio Bueno Hernández, además del presidente.

En un principio, como parte de una tradición, trataron de echar la culpa a los anarquistas, pero enseguida apareció una rama de ETA reivindicando la acción. Los etarras mandaron una comunicación desde Burdeos a Radio París. En Bayona prepararon una comparecencia con capuchas. Mientras en España se explicaba que dos jóvenes, uno escultor y otro electricista, habían alquilado la casa del túnel para establecer un taller de escultura, con lo que se trataba de exponer que los ruidos inherentes a algo así no levantarían sospechas: desde luego estaban tomando a todo el mundo por tonto. No obstante llegaron a reconocer que en la construcción de la trampa tuvieron que intervenir especialistas en electrónica y explosivos. En la pared posterior de la iglesia había una raya roja que los investigadores determinaron que era la señal visual para disparar el dispositivo cuando el Dodge Dart 3700, negro, matrícula PMM-16416-I-II, pasara por allí.

Se ha difundido que Carrero nunca quiso mejorar su propia seguridad a pesar de que la información militar fue la que descubrió que ETA quería atentar contra personalidades. Dicen que pensaba que los etarras solo actuaban en el País Vasco. Eso se decía mucho después de que la ETA en masa visitara la capital, e incluso tuviera en Madrid un pequeño congreso de reunificación y rectificación. Carrero, como marino, sabía de la alerta que tuvieron los ayudantes de marina ante los criminales con lo de Dato. Lo que le falló a Carrero fue el exceso de confianza en los servicios de inteligencia; y es el «menos suicida» de los cinco magnicidios, porque él, al menos, no había elegido a Carlos Arias: le vino impuesto. Por salvar su cargo, todo el mundo puso la excusa de que nadie imaginaba que ETA pudiera atentar en Madrid. ¿Qué otra policía del mundo hubiera dicho lo mismo?

Curiosa la historia oficial de los magnicidios españoles, que afirma que se suicidaron los que fueron asesinados —Morral, Pardina— y que murieron asesinados los que en realidad se sugiere que se suicidaron —Prim, Cánovas, Canalejas, Dato y Carrero—. Porque de lo que se acusa a Dato son igualmente acusados los demás. Ellos eligieron a los ministros de la Gobernación que eran los más inadecuados. Además no querían protección y

se resignaban a su destino, según una imparable sarta de manifestaciones que en el caso de Dato resultan hirientes. Quizá el peor de todos los ministros de Gobernación de la tanda fuera Barroso Castillo, que además de inoperante era cuñado de Sánchez Guerra en la España de los cuñados.

Cuando Carrero supo, por los servicios de Presidencia, que podrían pensar en secuestrarlo, ordenó que se informase al ministro de la Gobernación, con lo que entendía que el asunto quedaba en las manos adecuadas, pese a lo cual, y siguiendo la tradición, cuando se produjo el atentado se echó gran parte de culpa a la escasa preocupación del almirante por la seguridad. Hay quien se pregunta por qué el atentado no fue contra Franco, y la respuesta es muy clara: porque Franco sí estaba protegido. La diferencia era tanta que, si lo de Carrero de ir a cuerpo limpio fuera cierto, hasta podría haber sentado mal, puesto que dejaría al jefe del Estado de timorato, si no de cobarde. A Franco lo custodiaba el Regimiento de El Pardo, una compañía de la Guardia Civil con 150 números y una brigada de policías. Todo coordinado por un coronel. Cuando se desplazaba había un rotundo dispositivo móvil en sintonía con los servicios de provincias. Las escoltas eran cosas del ministerio, y como tal, responsabilidad de Arias.

El sumario comenzó con la inspección de la escena del crimen, donde al principio se investigaba una explosión de gas, con toda clase de recelos, hasta que los recelos se convirtieron en certeza al ver los cables que salían del semisótano. Enseguida se dibujaron dos personajes de ETA, Abaitúa y Larreategui, pero en ese momento la investigación no estaba bien orientada. Más tarde aparecería la pista del electricista, el hombre que tiró los cables hasta la esquina con Diego de León, José Miguel Beñarán Ordeñana, *Argala*. En el piso de Mirlo 1 encontraron publicaciones de ETA, planos del lugar del atentado, documentos sobre fabricación de explosivos, una peluca y dos matrículas de coche. Todo bien preparado, como cuando se deja algo a propósito para dar veracidad a una trola.

Los primeros nombres de presuntos autores fueron José Ignacio Abaitúa, José Miguel Beñarán, Pérez Beotegi, Javier Larreategui, Antonio Urrutikoetxea y Juan Bautista Eizaguirre, aunque pronto figuraron otros: Jesús Zugarramurdi, José Miguel Lujúa, Javier Aya, Ignacio Múgica, José Manuel Pagoaga y Domingo Iturbe Abasolo. El sumario estuvo parado y andaba a trompicones, las investigaciones no podían atribuir a los sospechosos qué papel había jugado cada uno, ni cómo se llevaron a cabo los preparativos, de forma que se pudieran adjudicar responsabilidades. Durante

tres años compartieron gestiones la jurisdicción ordinaria y la militar, hasta que llegó la amnistía para todos.

El sumario sin espoleta se convirtió entonces en pieza bajo custodia de la Audiencia Provincial de Madrid, que treinta años después podría ser considerada pieza histórica, pero la ley protege el secreto y podría ser que se reserve para las partes personadas. Los legajos suman miles de folios y contienen buena parte de todo el misterio. El sumario arranca tras una somera descripción de lo actuado, «con la hipótesis de que se trata de un magnicidio perfectamente estudiado y planeado». En 1975, los procesados eran dieciséis. El 29 de enero de 1975 el juez especial declaró concluso el sumario por el atentado, y tras diversos trámites, pasó a ser causa del juzgado militar especial, que volvió a abrir las actuaciones hasta que los encausados alcanzaron el número de 28, entre ellos, la supuesta redactora de *Operación Ogro*, Eva Forest. En 1977 la causa volvió a ser civil y se concedió la amnistía. Así quedaron libres todos los presuntos asesinos de Carrero Blanco.

ETA, como Paúl y Angulo, Angiolillo, Mateo Morral, Pardina, Mateu, Nicolau y Casanellas, fue solo «el chico de los recados».

En el caso de Luis Carrero Blanco, se entiende mal que estuviera tan desprotegido. Era un militar con larga experiencia, que participó en un interminable conflicto bélico, conocedor de la imparable lucha contra el terrorismo de ETA, en continuo contacto con los servicios secretos, consciente de la existencia de enemigos del régimen, en un país supuestamente controlado por la policía, aunque se hubiera reblandecido la rigidez de la dictadura. Un almirante acostumbrado a mandar y velar por la seguridad de los efectivos a su mando, que se subía todos los días al mismo vehículo con un chófer, un escolta y un coche de respeto que le seguía con otros tres policías (chófer y dos de vigilancia) y hacía exactamente el mismo camino. Cómo era posible. Era parecido a suicidarse y algo que nadie entre los expertos en protección que le rodeaban fue capaz de impedir.

La escolta del presidente tal vez fuera bastante cuando se tiene la sartén por el mango, pero Carrero sabía que el país estaba perdiendo el control y se precipitaban los cambios. A él le había tocado mantener las esencias y la lealtad a Franco, pero la autoridad se deshilachaba y los agujeros de seguridad eran grandes. Subir en un coche e ir todos los días a misa a las nueve de la mañana, a la iglesia de San Francisco de Borja de los padres jesuitas, por el mismo lugar mientras la ciudad se despereza era mostrarse sumamente vulnerable.

La investigación afirma que ETA envió una serie de «especialistas en nada», que habían cometido delitos, pero que no tenían suficiente experiencia.

El que presuntamente formalizó el alquiler con derecho a compra del sótano de la bomba fue Javier María Larreategui Cuadra, *Atxulo*, de veinticuatro años, estudiante que militaba en el frente militar ETA V Asamblea. Después de haber huido a Francia, penetra en España de forma clandestina en 1971. Su tarea incluye localizar el sótano que, según la policía, aunque después se demostrará que no fue así, habría de utilizar José Ignacio Abaitúa Gomeza, alias *Marquin*.

Otro involucrado es José Antonio Urruticoechea Bencochea, alias *Josu*, de veintitrés años, estudiante, presunto atracador de la factoría Orbeagozo en Hernani (Guipúzcoa) y de una furgoneta del Banco de Vizcaya en Pasajes; igualmente se le imputa el atentado a la Casa Sindical de Hernani y el asalto a un polvorín del que presuntamente se lleva 3.000 kilos de dinamita y otros explosivos. Es decir, era «un recadero de acción», especialista en nada, aunque acabó coordinando el material.

Juan Bautista Eizaguirre Santiesteban, alias *Zigor*, de veinticinco años, supuestamente participa en el robo de explosivos en Elizondo (Navarra) con los que se vuela el monumento al duque de Ahumada en Pamplona. Toma parte en el atentado a la central telefónica de Pasajes. Interviene en la evasión de Astiazuinzarra Pagola del cuartel de Loyola en San Sebastián.

Otro presunto implicado es Pedro Ignacio Pérez Beotegui, alias *Wilson*, veinticinco años, estudiante, detenido por hurtos y robo. Fue capturado en Londres por intento de incendio de la embajada española. Condenado a prisión por estos hechos. Considerado responsable político, huye a Francia cuando el secuestro de Zabala.

José Ignacio Abaitúa Gomeza, alias *Marquin*, de veintitrés años, era estudiante de Minas, la mayor autoridad de la banda en la perforación de calles. Y encima no participó, según se sabría más tarde. La autoridad en túneles pasó a Argala, que venía de la VI Asamblea, supuestamente de hacer un túnel fallido en Burgos, desde una alcantarilla hasta la cárcel, para que escaparan los presos. No lo consiguió, pero obtuvo experiencia en agujeros subterráneos, lo que se supone que fue la base de la acción. Obviamente, si se encargó del embolado, la banda necesitó además ayuda especializada para que el tinglado no acabara en socavón. El túnel era complicado porque estaba en una zona en la que pasaban coches continuamente. Era preciso calcular



bien el tramo y la profundidad. Quizá el «doctorado» de Argala en Burgos no fuera bastante. Entre las hazañas del recadero Marquin está pasar la frontera desde Francia y entablar un tiroteo con la Guardia Civil, en el que muere uno del grupo. Supuestamente participa en el robo de una fotocopiadora en un colegio de Guernica. Abaitúa, desde el 15 del mes de noviembre de 1973, debía figurar como propietario del piso sótano derecha de Claudio Coello, 104, donde se haría pasar por escultor. Del robo de una fotocopiadora salta por fin a lo suyo: «Perito en Minas», por haber cursado unas asignaturas de la carrera. Otro recluta del frente militar.

José Miguel Beñarán Ordeñana, alias *Argala*, veinticuatro años, estudiante, era presunto atracador del Banco de Vizcaya de Vergara, y participó en el incendio del caserío Sosoka de Urnieta. Finalmente se dice que interviene en el secuestro de Zabala en Abadiano, Vizcaya.

Como se ve, una banda de seis jovencuelos, presuntos atracadores, ladrones de fotocopiadoras y explosivos y secuestradores y un estudiante de minas como experto técnico. Una banda con domicilio en la casa del sótano como centro operativo, y tres de ellos, Argala, Wilson y Zigor, residentes en la calle Mirlo 1, piso 12-C, a los que algunos inquilinos añaden un cuarto: Abaitúa, *Marquin*. El desaparecido.

Son un batallón de torpes que el día que se llevó a cabo el magnicidio de Carrero habían encargado a la portera de Mirlo 1 que les preparara algo de comer, porque se iban de viaje. A las diez de la mañana la portera llamó al timbre para entregarles el encargo, según crónica de *Blanco y Negro*, y los de la banda, que lo habían olvidado con los trajines de la muerte consumada a las 09.25, se pusieron nerviosos, a punto de estallar. Uno de ellos abrió la puerta empuñando una metralleta. La portera, horrorizada, llamó a la policía mientras el grupo, asustado de sí mismo, emprendía la huida abandonando toda clase de material. Solo se llevaron sus macutos. La policía se personó inmediatamente, pero otra vez fue demasiado tarde.

El desprevenido Carrero y su escolta se habían encaminado al sitio de la bomba. Caminaba hacia la muerte el hombre austero por el que temía su esposa doña Carmen Pichot, que sería entrevistada en exclusiva por Julio Merino, subdirector del inimitable *Pueblo*, al que le diría que siempre temía por la seguridad de su esposo y que no entendía cómo todos aquellos niñatos habían entrado y salido de la zona sin ser detectados. Su marido se encaminó al matadero en la culminación de lo que aquellos muchachos en desbandada habían llamado *Operación Ogro*, tal vez por las imponentes cejas peludas del

almirante que enmarcaban su mirada profunda. En el rostro siempre un gesto adusto, como para mover barcos de gran tonelaje.

Había entrado con decisión en el impresionante Dodge Dart 3700, que arrancó con estrépito abandonando la iglesia donde el presidente solía oír misa y comulgar. Los escoltas no se apercibieron de nada. Justo al llegar frente al número 104 de Claudio Coello había un Austin Morris aparcado incorrectamente en doble fila, que obligaba al coche presidencial a pasar con su vientre sobre la trampa. Los del coche de respeto sintieron una intensa explosión y polvo, estruendo, cascotes. No vieron subir el coche de Carrero. Uno de los escoltas llamó a la central: «Ha habido una explosión. No veo el automóvil del presidente». En su lugar había un socavón de ocho metros y medio de diámetro por tres de profundidad, resultado de la explosión de tres cargas en un túnel de más de seis metros con forma de T. Una obra de ingeniería no apta para reclutas.

A toro pasado, uno de los ejecutores quiso dárselas de ilustrado y dijo que habían cubierto el túnel con sacos de arena para que no les pasara lo mismo que a los que en 1937 quisieron eliminar, en Portugal, a Oliveira Salazar, cuando la onda expansiva se perdió por las alcantarillas. Naturalmente presumir es gratis, pero el perfil de los señalados no da para tener memoria del 37, ni precisión en los detalles. Este adorno se lo fabricaron *a posteriori*. La colocación de la bomba tuvo todo en cuenta porque estaba diseñada correctamente. Tal vez los muchachos sí pusieron la carga que contenía el Austin Morris aparcado en la superficie, diez kilos de Goma 2, del robo de Hernani. Que no tenía por qué ser el mismo explosivo de la T oculta. Seguro que lo pusieron ellos, porque no explotó. Este fallo es solo comparable al de la policía, que retiró el coche sin mirar dentro y sin mayores precauciones. Tuvieron noticia de que existía esta segunda bomba seis días más tarde, cuando la banda terrorista ETA lo divulgó en rueda de prensa en el sur de Francia.

Durante los minutos siguientes a la explosión buscaban el coche del presidente sin pensar que pudiera estar subido en la terraza del edificio de los jesuitas. Uno de los religiosos tendría que advertirlo entre la incredulidad general.

El Dodge pesaba 1.758 kilos y subió a una altura de 35 metros, unas cinco plantas, colisionó contra la cornisa del edificio de la iglesia y cayó a una terraza interior de la residencia, a la altura del segundo piso, por el otro lado. Dos jesuitas lo vieron volar literalmente. A uno de ellos no le creyeron

porque tenía trastornos mentales por su avanzada edad, pero era cierto: había visto volar un pesado automóvil negro, con tres personas dentro, como si fuera una pluma de ave. Doña Carmen Pichot, al saberlo, debió de pensar en una de las últimas frases de su marido cuando ella le mostró su preocupación porque el 20 de diciembre comenzaba el proceso 1001 y se temían disturbios. Carrero, con su serenidad habitual, dio muestras de confianza excesiva: «El ministro de la Gobernación me ha dicho que no pasará nada». Estaba muy mal informado.

El caso es que Carrero sí sabía lo del 37 de Oliveira Salazar, y unos días antes le habían informado de que la policía investigaba una confidencia relacionada con un posible secuestro en el que él, y su esposa, podían ser las víctimas. Había también otra suerte de amenaza contra ministros, pero la pieza de mayor interés para los subversivos sería siempre la de mayor tamaño. En tiempos se había parado un intento de golpe contra Carrero, pero nada de esto le hizo ponerse en alerta. Y eso que lo del secuestro había ofrecido nuevos datos recientemente, cuando se precisaba que habían planeado llevarse al matrimonio en uno de sus viajes en coche. Sin ninguna inquietud, pasadas las nueve y veinte, su coche y el de escolta partieron hacia Juan Bravo. Le quedaban ocho minutos de vida.

Nos han hecho creer que los servicios de inteligencia estaban convencidos de que ETA no tenía infraestructura para secuestros en Madrid, ni para ninguna operación de grandes proporciones. El secretario general del PCE, Santiago Carrillo, afirma que los ejecutores del atentado fueron de ETA, pero con la probable colaboración de servicios norteamericanos. Es decir, asesorados por la CIA, o *ciáticos*. En aquellos tiempos los comunistas estaban bien informados. Según él, el bombazo fue perjudicial para la izquierda.

Sea como fuere, desde un punto técnico el ataque había sido de gran eficacia, prácticamente perfecto, si no fuera por el fallo de la segunda bomba del Austin. Para algunos, estos pipiolos de la banda habían hecho sonar la flauta por casualidad. No hubo grandes discusiones sobre lo que había pasado e incluso hay quien se escandaliza ante la posibilidad de que la viuda de Carrero insinuase un «crimen de Estado» en la entrevista que concedió tras la muerte del marido. La Agencia Tass difundió, el 9 de febrero de 1981, que Carrero habría sido asesinado por la CIA e incluso se olvidó de mencionar la colaboración de los muchachos vascos. Al parecer, su noticia se basaba en el libro de Luis González Mata, alias *Cisne*, que había sido miembro de los

servicios secretos españoles, que contrariamente a lo que cree el común de los mortales no es una organización como la de los tebeos de *Anacleto*, *agente secreto*, sino de las más eficaces y temibles del mundo.

La policía, como es la tónica de todo atentado mortal desde Prim, aparentemente no se apercibió de los movimientos de los criminales, que durante meses salieron y entraron de Madrid, alquilaron casas, acarrearon herramientas, pistolas y explosivos, vivieron juntos, tomaron copas y vigilaron a Carrero hasta dentro de la iglesia de San Francisco de Borja supuestamente disfrazados, como la Pimpinela Escarlata. Como digo, hay quienes no dan crédito, aunque, claro está, son periodistas, historiadores u hombres del régimen. La policía no estuvo a la altura, pero no desentona con respecto a ninguno de los otros atentados mortales. En todos los países del mundo, los agentes del orden no solo se basan en sus pesquisas o acciones de búsqueda, sino que construyen una espesa y compleja red de confidentes o incluso son capaces de infiltrarse en la organización terrorista. Pero en esta ocasión fallaron los confidentes, lo cual suele ser imposible. Curiosamente, como sucedió también con Prim, los encausados por el asesinato fueron exonerados. En este caso mediante la oportuna amnistía. Como el propio almirante habría dicho: «Debemos perdonar, porque es de cristianos; pero no olvidar, porque es de tontos».

## **Ministros de Gobernación premiados por fracasar**

En los magnicidios españoles lo proverbial es que el ministro de Gobernación que ha sido incapaz de impedir un atentado de enormes proporciones salga reforzado y sea premiado. La lista comienza con Práxedes Mateo Sagasta, el ministro de la Gobernación encargado de proteger a Prim, que siempre se negó a hablar del asunto y que a lo largo del tiempo esquivó la responsabilidad histórica, a pesar de que fue el último que lo visitó en la berlina verde poco antes de que iniciara el último viaje a la calle del Turco. Después de su morrocotudo fracaso como protector de quien le había nombrado, fue presidente del Consejo de Ministros muchas veces, sin que nadie se lo tuviera en cuenta.

Cuando el asesinato de Eduardo Dato Iradier, el ministro de Gobernación era su presunto buen amigo Gabino Bugallal Araújo, segundo conde de Bugallal, en el que confiaba tanto que hasta le nombró albacea testamentario. Bugallal fue nombrado presidente en lugar del presidente, tras el crimen que sucedió en la Puerta de Alcalá, plaza de la Independencia, después de que los asesinos estuvieran semanas planeando el asesinato y ensayaran varias veces el recorrido a bordo de su aparatosa motocicleta Indian de color gris oscuro con sidecar en el lado derecho, con un entrenamiento que consistía en dar varias vueltas a la fuente de la Cibeles y luego subir hasta la Puerta de Alcalá hasta el punto donde sucedería el tiroteo, que sería como el tableteo de una ametralladora.

Si se lee sobre el atentado contra Dato en los periódicos de la época, entre líneas se aprecia que lo que casi vienen a decir es que se suicidó y no

que fue asesinado. Las declaraciones de los políticos, por un lado, exaltan su figura, pero ninguno asume su responsabilidad. La conclusión es que las informaciones señalan una y otra vez que la policía, la seguridad y el Ministerio de la Gobernación en pleno eran un desastre porque él mismo, último responsable, había elegido a los dirigentes. En ese sentido habría armado la mano de los pistoleros catalanes que le acribillaron. Además, solía comer todos los jueves con el conde de Bugallal, el ministro de Gobernación, que resultaba tan tibio, en el aristocrático Nuevo Club.

*La Correspondencia* del día 9 ya había resaltado que el atentado recuerda mucho al realizado contra el general Prim: los dos presidentes del Consejo, tiroteados cuando salían de las Cortes y se dirigían a sus domicilios, sorprendidos por varios ejecutores, descargaron sus armas contra los carruajes y huyeron en sus vehículos. El periódico de aquel día inserta un artículo furibundo que alumbra esa idea del «suicidio presidencial» que hemos adelantado: «Lo dicen cuantos conocen la manera de estar organizada la Dirección General de Seguridad. ¡Y lo raro no es que hayan asesinado al Sr. Dato, sino que no asesinen a quien les dé la gana!». El artículo razona que la policía es buena individualmente, pero colectivamente es mala, por no tener una organización adecuada. Le parece inconcebible lo ocurrido: «Se sabía perfectamente que existía un complot para asesinar al Sr. Dato y el señor Jorge Silvela, subsecretario de la Presidencia, lo advirtió al Sr. Torres Almunia, director general de Seguridad hace días. La ronda volante de la Presidencia no recibió ninguna orden especial, y sus agentes ni siquiera fueron prevenidos del riesgo que corría el presidente, continuando la vigilancia como en época normal».

Salen a relucir las vergüenzas del servicio. Cuando se imponen los vehículos de motor, aún perduran los agentes ciclistas que vigilan, por ejemplo, a la familia real. Durante el verano, el periodista ha visto a los policías pedaleando con la lengua fuera detrás del coche del rey. Habrían bastado unas motocicletas para proteger al presidente, pero el servicio iba a pie y no tenía otros medios. ¿Por qué el gobierno era tan cicatero con la seguridad del presidente?

Además del Sr. Silvela, advirtieron otras personas a la Dirección General de Seguridad del riesgo inminente que corría el Sr. Dato, no explicándose nadie cómo no fueron tomadas las medidas necesarias para proteger la vida del presidente y ha sido asesinado absolutamente abandonado por los que tenían el ineludible deber de proteger su vida.

El que escribe no atribuye los males a la escasez del presupuesto, sino al despilfarro:

Cuando se dispone de dinero a manos llenas para otros menesteres, no se pueden organizar los servicios de vigilancia como están organizados [...]. No basta con tener un Ministerio de Gobernación convertido en cuartel con el alto personal de tertulia en la acera y el bajo de retén en los patios. La vigilancia es otra cosa muy distinta.

Este nivel de crítica periodística, que firma Juan de Aragón, es cosa del pasado. Hoy en día ya no se ven cosas de este porte con los grandes fallos de seguridad que sigue habiendo. En este artículo se arremete contra el alto cargo con nombre y apellido: «Lo sucedido no tiene disculpa ni atenuación posible, pues el Sr. Torres Almunia sabía de un modo positivo que habían venido de Barcelona para matar al señor Dato ¡y a otras personas!». Este párrafo equivale a una denuncia por apatía e indolencia, pero no figura en el sumario. El periodista disipa todo intento de descargar la culpa. «¿Que el señor Dato no quería ser vigilado? Pues se dimite antes que cargar con la responsabilidad». Porque el director de Seguridad tiene la obligación ineludible de hacer triunfar su criterio por el interés del Estado y el cumplimiento de las funciones de seguridad pública.

El conde de Bugallal celebró a mediodía una conferencia con el director general de Seguridad, en la que este le comunicó noticias sobre los resultados de las gestiones que se practican, pero hasta ese momento no hay «un hilo del ovillo», según comunica el presidente en lugar del presidente. Las pesquisas e indagaciones continúan «sin una huella segura». Un gesto nada frecuente en nuestros días: al hilo de todo esto el director general de Seguridad, Torres Almunia, presentó en cuestión de horas su dimisión irrevocable.

Una de las primeras cosas que tuvo que hacer Bugallal en cuanto firmó el decreto en el que se le nombraba presidente del Consejo de Ministros fue dar explicaciones por algo que producía sonrojo, como el hecho de que en la primera reunión de ministros para decidir los actos fúnebres del fallecido Dato convocara a Sánchez Guerra, presidente del Congreso, lo que extrañó a todos. De hecho, en sus atropelladas explicaciones arguyó que había sido casual, porque venían juntos de la casa mortuoria y que si hubiera estado previsto habrían invitado también a Sánchez de Toca, a la sazón presidente del Senado, que, mira por dónde, no había tenido tal honor.

Eduardo Dato no llevaba escolta. Solo un chófer y un lacayo, criado uniformado que acompañaba a su señor para prestarle ciertos servicios, como abrirle y cerrarle la puerta del automóvil. Vaya usted a saber por qué el conde de Bugallal, que se decía su amigo y al que había nombrado ministro de Gobernación, consideró mejor un abrepuestas que un guardaespaldas, a pesar de saberlo amenazado. Dato era valiente, educado, un tanto chapado a la antigua, de sólida formación jurídica y trato suave pero firme.

Las sospechas aletean en todos los magnicidios de los cien años que comentamos. Cánovas llevaba un jefe de seguridad, señor Puebla, que nada aseguraba, y un teniente de la Guardia Civil que solo intervino después. Canalejas echó a andar por la Puerta del Sol dejando muy lejos a sus guardaespaldas, tres policías que no vieron el peligro y que capturaron muerto al criminal. Dato se subió en su coche, camino de su casa, paseando por un Madrid que creía seguro, en el que los asesinos iban de tres en tres, sin que su gobierno los persiguiera. Carrero Blanco madrugaba para comulgar pensando que las calles que él gobernaba eran seguras, cuando le habían hecho una trampa para osos, o para «ogro», como le llamó Eva Forest. En el caso de Carrero Blanco, como en todos los otros casos, llegaron antes el indulto, la amnistía o el olvido que la justicia.

En el caso de Antonio Cánovas del Castillo, su ministro de Gobernación era Fernando Cos-Gayón, que quizá no fue ascendido porque estaba gravemente enfermo y murió unos meses más tarde, aunque se encargó de escribir la necrológica de su jefe como merecido purgatorio.

Al ser asesinado José Canalejas Méndez, su ministro de Gobernación era Antonio Barroso Castillo, al que el presidente que lo sustituye, Romanones, premia con el Ministerio de Gracia y Justicia. El conde de Romanones actúa aquí marcado por su propia experiencia, porque como se sabe era el ministro de Gobernación de Segismundo Moret el día de la boda de Alfonso XIII con Victoria Eugenia de Battenberg, cuando el asesino Mateo Morral arrojó la bomba envuelta en un ramo de flores mientras Romanones dormía apaciblemente la siesta en su casa, aunque solo era mediodía. El hecho ocurrió en 1906 y pese a su negligencia luego fue varias veces ministro, presidente del Congreso y del Senado y tres veces presidente del Consejo de Ministros. La primera vez que fue presidente sucedió a Canalejas después de que este fuera asesinado. Segismundo Moret, que se vio obligado a cesarle tras el escándalo mundial de la falta de seguridad en los fastos internacionales con toda la realeza en Madrid, el presidente que no supo elegir a la persona



adecuada para proteger a los reyes y al pueblo, también sería premiado en su fracaso con la vuelta a la presidencia. Romanones, con su metedura de pata con el ramo de flores de Morral, se vio proyectado para siempre a la gloria política.

Cuando mataron a Dato estaba cesante, pues había sido relevado de la presidencia en 1919 y ya no volvería nunca más a ser presidente del Consejo, pero desde luego acudió a ver el cadáver en la Casa de Socorro e hizo unas importantes declaraciones a las que no se les ha dado hasta ahora la trascendencia que tienen, publicadas en el periódico *El Debate*, católico y conservador, el 10 de marzo de 1921:

El conde de Romanones nos manifestaba anoche que don Eduardo Dato había aceptado hace tiempo el sacrificio de su vida, en aras de la Patria [*sic*], que le imponían las circunstancias. «Y esto —añadía el conde— sin gesto heroico. Con la sencilla naturalidad y con la serena fuerza que constituían las notas típicas del carácter de Dato. El mismo día que nombró gobernador de Barcelona a Martínez Anido —continuó el conde— me dio cuenta del nombramiento diciéndome que las cosas habían llegado a un término en aquella capital que exigía inmediato remedio, y que el nombrar para aquel cargo a Martínez Anido significaba el firme propósito de poner remedio a toda costa aunque conocía la trascendencia del acuerdo y que por él se jugaba la vida, pero que eso debía tomarse como gaje del oficio».

Resulta prodigioso el poder de evocación del conde cuando dice exactamente lo mismo que el jefe de los asesinos como explicación del atentado, aunque él lo hace a las pocas horas de ocurrido, cuando todavía no se había localizado a los autores. Mucho tiempo después dirá el cabecilla Pedro Mateu que a Dato se le mata por haber nombrado a Martínez Anido. Ningún otro político relevante de su tiempo tiene esta virtud evocadora. En ningún otro sitio sale reflejado que Dato sintiera que se jugaba la vida al nombrar al gobernador de Barcelona. Tal vez este poder de taumaturgo de Romanones procediera de su pasado.

La lectura de los periódicos de aquel momento refleja una penosa labor investigadora: dan versiones contradictorias de los hechos, recogen testimonios falsos, alguno indicando que el tiroteo se produjo en la calle Salustiano Olózaga. En una ocasión dicen que la moto iba delante del coche, del que afirman que es un Hudson cuando es un Marmon 34, carrozado por los Hermanos Lamarca, dado que el presidente era muy amigo de uno de ellos, Joaquín. Se informa de una supuesta recogida de balas en la escena del crimen por un policía que iba de paso, cinco casquillos de dos calibres

distintos, y luego se cambian las cifras: siete cápsulas vacías de dos clases, una de pistola de 9 mm y otras de calibre pequeño 6,35, que debían ser de otro atentado porque este se cometió con una Máuser del 7,63, aunque Mateu no conociera el calibre. Los testigos presenciales, el chófer, Manuel Roig, y el lacayo, Juan José Fernández, dicen que oyeron como el tableteo de una ametralladora y eso solo podía ser cosa de dos Máuser con sus cargadores de diez balas a todo gatillo, porque armas con otro calibre no sonarían en sintonía.

La prensa publica cosas escalofriantes nunca desmentidas. Una vez muerto Dato, su amigo Bugallal se apresura a tomar medidas de protección como ya se ha dicho. *El Debate* publica una noticia impactante el día 10: «El automóvil del presidente del Consejo interino [Bugallal] iba seguido ayer por una moto con sidecar ocupada por el inspector de la ronda del presidente y un agente. En Gobernación se reforzó el retén de guardias de seguridad con un piquete de la Benemérita. Los centinelas de las puertas tenían fusiles». O sea, que el conde de Bugallal al fin era un hombre prudente.

Al que el oficialismo deja mal es al propio Dato, que según lo publicado era un hombre descuidado, al que nadie era capaz de sacarle punta. Según unos y otros, el presidente iba por ahí diciendo bravuconadas: «Yo ya sé que me lo juego todo. ¿Qué importa mi vida ante la magnitud del deber que tengo para con la patria? Mi sacrificio es bien poca cosa si evito que España se convierta en una sucursal de Rusia». Esto al parecer se lo dice a su ayudante Rodríguez Mesa, que desde su autoridad moral le contesta como a un niño rebelde: «No sea usted así, don Eduardo. Tiene usted que preocuparse más de su persona. Acuérdesse de lo que le ocurrió a Canalejas».

Presentan a Dato como un rebelde, un exaltado del que no se puede sacar partido. Es más: como en los casos de Prim o Canalejas, de Cánovas o Carrero, parece siempre como si todos quisieran que los quitaran de en medio, cerrados a la razón y abiertos a la imprudencia. Algo que suena a justificación o disculpa política ante el tamaño de la tragedia. Resulta increíble, pero funcionó durante muchos años.

A Dato le atribuyen el comportamiento de un joven furibundo cuando ya tiene sesenta y cuatro años. Antes de aceptar formar gobierno le habría dicho «que no» al rey Alfonso XIII, o sea, que ya no tendría apetencias personales. Al parecer andaba sobrado y había advertido a sus familiares que en caso de muerte no quería que se le hicieran honores, solo que su féretro fuera envuelto en la bandera española. Es decir, que era un político apaciguado,

razonablemente satisfecho. Esa vez no aceptó la presidencia hasta que se vio obligado por la responsabilidad de salvar un gran bache. Era un hombre moderado, equilibrado, gran jurista y abogado, político de inmensa experiencia, razonable, contrario a la guerra, partidario de ayudar a los necesitados, buen cristiano que llevaba en la cartera una imagen de Santa Rita y una estampa del Sagrado Corazón de Jesús. Sin embargo, no cesa la actividad para mostrarle como alguien que no se dejaba proteger, aunque esto no libera de responsabilidad a sus ministros. En *La Correspondencia* del día 9, el inspector general Ródenas cuenta a un periodista que se vio incluso obligado a «llamarle la atención al presidente» por su falta de cuidado en la protección personal. Según refiere el funcionario, a veces decía: «No me importa. Ya sé que quieren matarme, pero no me importa». De ser cierto, el inspector tendría que haber sido inhabilitado para el cargo. Es verdad que el periodista que entrevista al señor Ródenas confiesa en el artículo que es un viejo amigo suyo y con seguridad trata de echarle una mano. En *La Crónica Meridional*, también del día 10, se cuenta una broma que se atribuye al presidente en el Consejo de Ministros y se produce cuando se comenta la enorme cantidad de anónimos amenazantes que recibe. Dato se limita a comentar, con dudosa gracia: «Estoy viendo que mi seguro de vida va a tener una inmediata eficacia», broma que tiene credibilidad porque es la típica del estilo inconfundible y redicho de los abogados. Fuera de contexto sirve para echarle el muerto al muerto.

Bugallal, por su parte, dedica su discurso fúnebre a tirar balones fuera, como recoge el *Heraldo de Madrid* del día 9: «Quisiera dominar el íntimo y doloroso sentimiento que embarga mi ánimo, para dedicar un recuerdo a la memoria del que fue mi jefe queridísimo... Las causas que motivaron la muerte del presidente no pueden imputarse más que a los propósitos revolucionarios».

Hombre, a los propósitos y al hecho de que a él no le protegían, ni los centinelas llevaban fusiles, ni tenía a su alrededor el piquete de la Benemérita.

La versión que tiene más crédito de cómo se produjo el asesinato es la que cuentan las dos víctimas que lo sufrieron y salieron vivas. Según el lacayo de Dato, Juan José Fernández, el atentado ocurrió cuatro o seis metros antes de llegar a la Puerta de Alcalá y escuchó los últimos tiros al pasar frente a la calle Serrano. La moto se situó en el lado derecho del automóvil. El chófer Manuel Roig oyó los disparos y vio una moto que huía. El lacayo

gritó: «¡Arrea que nos han matado!». La moto se adelantó y desapareció. «Entonces vieron que el Sr. Dato estaba caído, casi arrodillado, en el piso del coche, con el cuerpo reclinado en el asiento». El lacayo herido, cuando estaban a punto de llegar a la casa de Dato en la calle Lagasca esquina a Alcalá, dijo que fueran a la Casa de Socorro y así lo hicieron. Estas declaraciones se recogen en *La Correspondencia*, donde otro testigo afirma que «vio una moto que trató de adelantar por la parte izquierda y que poco después se oyó la descarga».

Si se rastrean los periódicos se descubre la constante desatención de la seguridad por parte de las autoridades. Justo el día anterior a su muerte, el presidente viajaba de Presidencia a su casa acompañado de los señores Ormaechea y Queralt por las calles de Goya y Serrano, atravesando por la plaza de la Independencia y entrando por Alcalá. Al pasar por la plaza se interpuso entre un tranvía de las Ventas y el auto una moto con sidecar, aproximándose tanto que tuvo que reducir la marcha, y Dato dijo: «Esa moto va a estrellarse contra nuestro automóvil».

Los ensayos con la Indian se repitieron varios días, como contaron los mismos asesinos, y en uno de ellos, según supuestos testigos, en la misma plaza de la Independencia llegaron a cruzarse dos motos con sidecar, una a cada lado del coche del presidente, saludándose los que viajaban en ellas. De ser cierto, se revela que la confianza e impunidad de los asesinos fue máxima desde el principio hasta el final, detalle pudorosamente ocultado.

Bugallal, pese a ser persona predilecta en el gobierno del fallecido Dato, no fue de los primeros en presentarse en la Casa de Socorro y ni siquiera consta en las crónicas que llegara a personarse, tal vez por su prudencia natural en tiempos revueltos o por estar desbordado debido a las tareas del Ministerio de Gobernación, que estaba manga por hombro.

El conde de Bugallal fue nombrado presidente del Consejo de Ministros. En su primer acto como tal se trataron las disposiciones oficiales para el entierro de Dato. Una cosa era lo que proponían los ministros y otra lo que quería la familia, por lo que terminada la reunión debieron trasladarse a la casa de Lagasca 4. La familia, siguiendo los deseos del fallecido, no quería una ceremonia multitudinaria, sino que el ataúd envuelto en la bandera fuera enterrado sin más en el panteón familiar. Pero aquí sí pudo verse a un enérgico Bugallal, que reclamaba la importancia histórica de su jefe, Eduardo Dato, con su significado parlamentario y la representación del pueblo español. Tras un tira y afloja en el que la familia logró que el cadáver no

saliera del domicilio excepto para ir al cementerio, y se respetaran los deseos de humildad y modestia señalados por Dato en caso de muerte, Bugallal logró que se aceptara que fuese enterrado en el Panteón de Hombres Ilustres de Atocha, donde ya estaban Prim, Cánovas y Canalejas, aunque pasaría mucho tiempo antes de que se cumplieran estos deseos. El presidente fue enterrado primero en la sacramental de San Isidro.

El cadáver descendió a hombros del domicilio y fue depositado en un coche fúnebre sin grandes adornos, al que la familia impidió que se le añadieran coronas de flores. A mitad de camino, no obstante, el ataúd pasó a un armón militar y tuvo lugar la parte de la ceremonia oficial, con el presidente Bugallal, todos los ministros y otras autoridades, presididos por el rey. Hubo mucho público curioso, pero las crónicas no destacan ningún entusiasmo por el político asesinado. El cortejo atravesó la Castellana y la plaza de Colón, así como la Puerta del Sol. Se escucharon vivas al rey y solo hubo un momento de máxima atención al llegar al camposanto, lo que dificultó llevar el féretro a su lugar de reposo. Los periodistas insisten en destacar que las honras fúnebres fueron más una manifestación de rechazo ante el atentado que de reconocimiento a la figura del muerto.

Gabino Bugallal Araújo, segundo conde de Bugallal, había nacido en Puenteareas el 19 de febrero de 1861, y tendría una muerte muy mala el 30 de junio de 1932, en París, con una larga agonía en la que estuvo consciente hasta el final, en el hotel Savoy, al que iría a visitarle Cambó. Era un hombre de frente amplia cubierta de pelo hasta los bordes, que gastaba barba y bigotazo, con puntas hacia arriba. De mayor, renunciaría al aspecto semisalvaje de su pelambre y lo llevaría corto y arreglado. De mirada vivaz y gesto adusto, era considerado un político duro, como se le puede ver fotografiado por Compañy en 1902. A los veinticinco años fue diputado, y ministro varias veces, desde 1902 hasta 1920. Con Dato llegó a ministro de Gobernación, en sustitución de Bergamín, y fiel a sus ideas empleó mano firme contra los disturbios sociales. La parte más conflictiva de su labor fue la aceptación y respaldo de los métodos de Martínez Anido y especialmente lo que se llamó la *ley de fugas*, por lo que se le acusa de tolerancia, aunque su responsabilidad era mucho mayor que simplemente haberlo tolerado. Hizo el bachiller en Pontevedra y cursó Derecho en Santiago, y después en Salamanca, quedando licenciado en 1880. En Madrid trabajó de pasante, y en 1886 fue elegido diputado por Pontevedra y nombrado secretario del Congreso. Fue director general de Administración Local y de la Deuda y

también desempeñó el puesto de fiscal del Tribunal Supremo. En 1903 fue nombrado ministro de Instrucción Pública. En marzo de 1920 ocupó la presidencia del Consejo de Ministros por el asesinato de Dato, recuperando luego la cartera de Gobernación hasta el 13 de marzo de 1921. Ministro hasta en ocho ocasiones, fue también presidente de la Cortes y jefe del partido conservador. Al final tuvo que exiliarse en París.

Era conservador y monárquico, y por su rigidez, llegó a tener desencuentros con Antonio Maura, en especial cuando trató de crear un gobierno solo de conservadores a su estilo. En la dictadura de Primo de Rivera se manifestó firmemente apoyando al rey Alfonso XIII. Era ministro de Economía en el último gobierno de su majestad Alfonso XIII, en 1931, cuando se pronunció a favor de mantener la monarquía con el uso de la fuerza si fuera necesario, y en eso solo coincidió con el murciano de dinamita Juan de la Cierva.

Bugallal, segundo conde de Bugallal, tuvo el privilegio de sentarse en la poltrona presidencial, pese a su desidia y mala gestión, y aunque su labor fue criticada y denostada, recuperó el cargo de ministro de Gobernación continuando su línea un año más. Claramente nadie le censuró por lo ocurrido ni le hizo responsable y su premio fue el ascenso y la continuación en el gobierno. Su carrera política continuaría como si nada.

Alguien que salió igualmente favorecido tras el asesinato de su jefe y que coincide en el perfil duro como ministro fue Carlos Arias Navarro, ministro de la Gobernación con el almirante Luis Carrero Blanco. Lo que lo diferencia de Bugallal es que era menos versado en asuntos de Hacienda y económicos. Arias Navarro se significó desde el inicio de su carrera como hombre resolutivo y contundente. Cuco Cerecedo, gran periodista, de muerte temprana, le dedicó una semblanza satírica en sus *Figuras de la fiesta nacional*,<sup>44</sup> en la que escribía de políticos como si fueran toreros y criticaba sus actuaciones. Dentro de la chanza, al hilo de que Arias se hiciera famoso por su llanto ante las cámaras con la muerte de Franco, le llamó Carnicerito de Málaga, nombre de maestro con montera que no le hizo ninguna gracia y al crítico taurino le provocó algunos dolores de cabeza. Tal vez porque había malintencionados que lo relacionaban con las actuaciones de Arias como partícipe en la dura represión que sufrió Málaga tras su conquista en la guerra civil.

Decía así: «Carlos Arias Navarro, *Carnicerito de Málaga*; Madrid, 1908. Torero, al mismo tiempo, duro y lacrimógeno, que se emociona

fácilmente con las adversidades de la fiesta, en especial cuando es televisada en directo. A pesar de haber nacido en Madrid, se inició como novillero en Málaga, en 1939, destacando rápidamente en el manejo de la espada...».

Su salto a la fama lo retrata con imparable maestría: «Triunfador en la importante feria de El Pardo, tras la vacante producida por la muerte violenta de *El Almirante* se convierte en cabeza de cartel y traslada su domicilio a Castellana 3, desde donde emprendería una decisiva labor para el auge de la fiesta nacional».

En su devocionario, el maestro Cuco Cerecedo destaca: «Dentro de la religiosidad natural de todos los diestros, con su cortejo de macarenas, escapularios, medallas y capillas portátiles, Carlos Arias Navarro, se ha distinguido de sus compañeros de terna, con piadosa originalidad, por su devoción a lo que llama *la lucecita de El Pardo* que recomienda a los españoles...».

Como periodista, yo conocí a Carlos Arias Navarro y estuve en algunas de sus presentaciones públicas. Era un hombre cortés y distante. Acostumbrado como director general de seguridad, que lo había sido, y como alcalde, por no decir como ministro, a las comparencias en público, en las que siempre actuaba con suficiencia. Tenía fama de estar protegido por doña Carmen Polo, la mujer del dictador, y su huella quedó en placas de parques de la ciudad. Incluso tuvo su momento de expectativa y sorpresa cuando anunció «el espíritu del 12 de febrero», una intentona de cortos vuelos de llevar el régimen a cierta apertura, o dicho al modo del Gatopardo: de cambiar algo para que nada cambie. Pero incluso con esa tímida reforma hubo una gran oposición y todo quedó en solo «espíritu» que, como las almas benditas, se fue al limbo.

Arias es de todos los ministros beneficiados por su fracaso el más riguroso y profesional, porque no solo era ministro de Gobernación, con amplia formación jurídica, sino que había sido casi ocho años director general de Seguridad, lo que quiere decir que como jefe de la Policía era el que mejor currículum puede presentar. Todo esto lo que hace es aumentar su responsabilidad en el gran fallo de la muerte de Carrero.

Carlos Arias Navarro nació en Madrid el 11 de diciembre de 1908 y murió en la capital ochenta años más tarde, el 27 de noviembre de 1989. Se licenció en Derecho y ejerció como notario y fiscal. Se dio la circunstancia de que fue el último presidente del Gobierno del régimen de Franco y el primero de la monarquía de Juan Carlos I. Al finalizar su mandato fue acusado de

haber ordenado el espionaje sistemático de conversaciones telefónicas de sus ministros y del príncipe Juan Carlos. Nada de eso le impide ostentar el título de primer marqués de Arias.

Curiosamente, en sus comienzos políticos tenía concomitancias con la izquierda, como un cierto anticlericalismo, y recibió fuerte influencia de Azaña, bajo cuyo mandato trabajó en Justicia. El sobrenombre torero le viene como alusión a su participación como fiscal en los consejos de guerra del bando franquista de Málaga. Durante su etapa como director general de Seguridad, encargado del orden público y control de los cuerpos policiales, fue detenido Julián Grimau. Como alcalde de Madrid el mayor reproche que se le hace es haber permitido la construcción de la Torre de Valencia, tras el parque del Retiro, que rompe la vista de la Puerta de Alcalá desde Cibeles, y que para muchos es un atentado contra el paisaje.

Su situación de preferente y próximo a la familia de Franco hizo que no fuera arrojado a las tinieblas por su incompetencia y además le permitió ocupar la silla que quedaba vacía tras la explosión. En una época de cambios, su gobierno quedó atrapado por el inmovilismo. Bugallal y Arias fueron dos duros hasta que el entorno se volvió blando.

Carlos Arias Navarro mantuvo siempre el mismo —y escaso— servicio de cobertura a quien le tenía de ministro de Gobernación en su gabinete, y que al parecer estaba satisfecho con él desde doscientos días antes. El mismo trayecto, un inspector en el coche presidencial, el conductor policía armado; y dos inspectores más, con chófer policía, en otro vehículo. Era todo. Lo mismo si había 1001 que si se anunciaba el secuestro del presidente, que por cierto de forma terminante había advertido: «Si me secuestran no deis por mí una perra gorda». Arias Navarro sí aprendió para su propia seguridad de lo que le había pasado a Carrero. Su primera medida como presidente fue crear el Servicio de Seguridad de la Presidencia del Gobierno, reforzar la seguridad de su vivienda, un chalet que pasó a estar custodiado por cinco guardias civiles y un sargento, por contraposición a la pareja de la Policía Armada que estaba en la puerta de Carrero. Aumentó a una docena los escoltas que se turnaban en torno a sí mismo y ordenó una conexión permanente de radio con la Dirección General de Seguridad. Igualmente creó una unidad de reconocimiento con la misión de revisar y controlar los itinerarios por los que debía pasar. Con Arias, el coche del presidente se convirtió en blindado. Es decir, que hizo uso de cuanto consideraba superfluo o innecesario para proteger a su antecesor. Puede decirse que el ministro de la Gobernación



aprendió a proteger al presidente cuando se sentó en su silla. Es casi lo mismo que hizo Bugallal ante las protestas por los clamorosos fallos de su gestión. Una vez como presidente creó en junio la Dirección General de Orden Público, antecedente de la Dirección General de la Policía. En *El Sol*, del jueves 10 de marzo, se acusa recibo de las muchas quejas recibidas: «Otra vez, como siempre que se produce un hecho que emociona a la opinión pública, se han formulado censuras contra la policía. Es natural que esto ocurra; pero no lo es tanto que se proceda irreflexivamente. Cuanto se diga en contra de la organización de la policía está bien: es deficiente, es absurda. Pero no tiene nuestra aquiescencia el que confunda la organización con los miembros que la integran».

Como en los casos de Prim, Canalejas, Cánovas y Carrero, la cosa queda difusa, sin precisar. Los detalles se dan por conseguidos, pero los documentos oficiales no se enseñan, y si se difunden, no parecen creíbles. De Prim ocultaron parte de las heridas, de Canalejas difundieron que le habían disparado al revés de cómo fue, de Cánovas no se acaba de saber el orden de los disparos, de Carrero se habla de traumatismo... Fueron asesinados y sus casos mal investigados; y peor difundidos. Eran vulnerables, y aunque hubo oportunidad de evitar sus muertes, nadie movió un dedo. Luego la historia se ha encargado de cubrir de polvo las huellas.

Canalejas confiaba en el ministro de Gobernación Antonio Barroso Castillo, nacido en Córdoba el 25 de octubre de 1854, que habría de morir en San Sebastián el 7 de octubre de 1916. Abogado y político. Hombre de frente ancha coronada por una calva nimbada, ojos pequeños y profundos que se adornaban con una imponente barba y bigote. Fue ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, y de Gracia y Justicia, antes que de la policía. Era miembro del Partido Liberal y comenzó como diputado por su tierra en 1886. Tenía el privilegio de ser cuñado de José Sánchez Guerra. Era un hombre más dotado para la enseñanza y la supervisión de leyes que para el trazado de políticas de protección, aunque nada de esto puede justificar su nula eficacia en la protección del presidente del Gobierno al que sabía amenazado, que le respetaba por sus saberes y carácter, y por el que fue incapaz de hacer nada para que no fuera vilmente ejecutado. Si a otros ministros de Gobernación se les puede achacar falta de conocimiento de las leyes, no es el caso de Barroso Castillo, que era su especialidad, y de lo que fue ministro más veces fue de Justicia. Con sus conocimientos jurídicos y su capacidad ejecutiva debería haber rodeado al presidente de cuidados y atenciones. Aunque por motivos de

ego personal, o de buena fama entre el electorado, se prefiera dar la imagen de que se es un hombre sin miedo. Así que nada de salir solo a pasear, al menos que lo hiciera en el centro de un círculo de vigilancia que no permitiera que ninguna amenaza lo tocara. Nada de atravesar la ciudad a gran distancia de los escoltas, sino con ellos cerca y alerta, y desde luego, escuchando las confidencias de su presidente, que no podía dormir agobiado porque su policía —la de Barroso Castillo— le había perdido la pista a Pardina, que a ver si se aprenden el nombre.

Canalejas, que era tan responsable, tan razonable, tan periodista, tan honesto y previsor, había llamado al obispo para que lo oyera en confesión porque, pese a su anticlericalismo político, era católico de corazón y no quería morir en pecado. Un presidente que vive con esas preocupaciones es que no tiene un buen ministro por muy cuñado que fuera de Sánchez Guerra. Barroso Castillo debía estar al cabo de la calle de lo que en realidad pasaba con la seguridad de su jefe. Las pesadillas, los miedos, la preocupación por dejar a su viuda y a su familia bien colocada. Pero Barroso Castillo, siguiendo la tradición de los ministros de Gobernación que triunfan con su fracaso, no adquiere protagonismo en la protección del presidente ni tampoco se distingue en acudir cuando se produce el atentado. Está ahí, no deja nunca de estar; y ahí le encuentra el conde de Romanones, para el nada casual relevo del fallecido Canalejas, que le nombra sin solución de continuidad nuevamente ministro de Gracia y Justicia, que, claro, suena a premio de calidad para un político al que su fracaso debería haber fulminado. Pero los ministros de Gobernación tocados por los magnicidios españoles son de largo aliento, todos menos uno que estaba enfermo; ninguno recibe una destitución, ni carga públicamente con las culpas, sino que todos, excepto uno, continúan una exitosa carrera política, a veces con pasmoso récord de laureles y recompensas.

Es el caso de Práxedes Mateo Sagasta, del que impresionan sus cuadros en el Congreso y en todas partes si se le piden cuentas sobre Prim. Fue un tipo con una presencia muy larga y exitosa en la política española, a pesar de que estuvo trufada de claroscuros. Basta con leer los elogios de su cachorro, el conde de Romanones, para adivinar los misterios que jalonan la vida de Práxedes. Fue ministro de Gobernación cuando el asesinato de Prim, y acompañado de Herreros de Tejada, fue aquella noche a visitarle un minuto antes de que subiera al coche en el que sería asesinado, de hecho los tres políticos entraron dentro de la berlina porque nevaba con ganas.

Prim había nombrado ministro de Gobernación a Sagasta. Era un puesto que ya había desempeñado, o sea, que no puede alegar desconocimiento o bisonñez. Estaba al tanto de las amenazas contra el general y tenía bajo su mando a la policía y a los gobernadores civiles, todos los que no se movilizaron para proteger al de Reus. En especial los profesionales de Madrid que mandaron policías a controlar la sátira teatral *Macarronini I*, que ridiculizaba a Amadeo I, en vez de a asegurar la marcha de Prim a su casa. Es verdad que el general no tenía miedo y era capaz de enfrentarse a cualquier peligro, pero su ministro de Gobernación debía de haber planeado su protección, supervisado su escolta, y si no quería escolta, un cordón policial. Los deseos del presidente no pueden interrumpir la protección, porque si no, lo único que queda es dimitir; y Sagasta, uno de los hombres con el currículum más lleno de cargos y de relevancia política de todos los tiempos, no es de los que dimiten.

Sagasta nació en Torrecilla en Cameros (La Rioja), el 21 de julio de 1825 y fallecería en Madrid el 5 de enero de 1903. Era ingeniero de Caminos, miembro del Partido Liberal, varias veces presidente del Consejo de Ministros en treinta años seguidos, de 1870 a 1902, hombre de aspecto ecuaníme, con la frente oronda, coronada con mata de pelo, cejas pobladas y separadas, ojos chispeantes, nariz de espolón, barbita y bigote recortados. Elegante y con autoridad. Admirado por su retórica. En 1865, participa en la actividad del general Prim, y en 1866, se implica en la sublevación del Cuartel de San Gil organizada para destronar a Isabel II, por lo que fue capturado y condenado a muerte, aunque logra huir a Francia. Regresa tras la revolución de 1868 y ya es ministro de Gobernación con el gobierno del general Serrano. Imaginen si sabe Sagasta de conspiraciones, asesinatos y amenazas. Domina la calle y los despachos, sabe de las intrigas palaciegas y de los cuartos de banderas. A la muerte de Prim forma parte del Partido Constitucional, y en 1871, con Amadeo de Saboya, es nombrado por primera vez presidente del Consejo. De modo que con Prim ya era un ministro curtido al que no valen prendas de si había una escolta que miraba donde llevaba el bastón Prim para saber si iba por una calle u otra hacia su casa, como les filtraron falsamente a los franceses. Sagasta sabe de detenidos con trabucos, añagazas de silbos en la noche, encendido de cerillas en medio de la nevada, cenas masónicas, tenidas y otras hierbas. A Sagasta no se la dan. Prueba de su consistencia es que, después de haber contribuido a echar a los Borbones, participa en el invento de Cánovas del Castillo, en primera fila, con su

Partido Liberal recién fundado para el juego bipartidista, que le asegura su presencia en la poltrona de primera línea a lo largo de tres décadas. Y todo empezó aquella noche de gran nevada en el Congreso, a unos minutos de la calle del Turco. Llegó a presidir el Gobierno en cinco ocasiones. Fue presidente durante el conflicto hispano estadounidense de 1898, la Guerra de Cuba, que acabó con las colonias españolas de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam, y aunque tuvo que abandonar el gobierno, dado que aquí nunca pasa nada, volvió al poder en 1901.

Fue masón con grado 33 y gran maestro del Gran Oriente de España, aunque en enero del año 1885 se dice que decide dejar la masonería, lo que en noviembre de 1894 se acaba concretando en un teatrillo de manifestación pública ante el Congreso de los Diputados.

Lo que aquí nos interesa es que esa densa tarea política de tanta trascendencia y lucimiento nunca habría sido posible en su extensión y profundidad si se le hubiera llamado a capítulo con aquel tropiezo infame del asesinato de Prim. El general no solo se quedó desarmado e indefenso ante los que le asesinaron, sino que su ministro de Gobernación no fue diligente en la búsqueda de los culpables. A muchos de los cuales conocía. Tampoco rindió cuentas por el mal funcionamiento de la policía y su funesta gestión de la seguridad en las calles. Prim también era masón y su muerte fue dentro de una guerra entre masones. El ministro del orden, entonces desorden, habría tenido hilos de los que tirar. Claro que entonces Sagasta todavía no había hecho votos de abandonar la masonería, lo que solo sería escenificado dieciséis años después. Sagasta murió en su cama a los setenta y siete años, de una «bronconeumonía senil con insuficiencia tricúspide».

El asesinato de Cánovas habría sido imposible si los encargados de cuidarle hubieran hecho su labor rutinaria incluso sin excesos, pero no es que actuaran como pobres inocentes confiados, sino que abrieron un verdadero agujero de seguridad. La cosa empezó por arriba cuando el ministro de Gobernación Fernando Cos-Gayón no supo qué hacer para proteger a Cánovas. Envío a un jefe de escolta y a cinco guardias, pero estaban distraídos y despistados, a pesar de que la cosa era tan sencilla como controlar el ingreso de clientes en el balneario, en el que en teoría no entraba cualquiera, aunque después se demostró que, por muy aristocrático que pareciese, sí entraba cualquiera.

Cos-Gayón era ya muy mayor para la época, setenta y tres años, y murió meses después del asesinato, el 20 de diciembre de 1898. Había nacido en

Lérida el 27 de mayo de 1825, fue periodista y político. Ministro de Hacienda durante el reinado de Alfonso XII, cartera que volvería a ocupar con la de ministro de Justicia y ministro de Gobernación durante la regencia de María Cristina de Hasburgo-Lorena. Fue hijo de un brigadier que era aquel cargo cuya categoría corresponde a la que hoy tienen en España el general de brigada y el contraalmirante, y parecía destinado a ser militar. Su familia era de origen montañés y tenían una casa cerca de Cabezón de la Sal, pero desde muy joven mostró vocación por la literatura y el periodismo y empezó sus colaboraciones en el *Heraldo*, *La Ilustración*, *El Occidente*, *La Época* y la *Revista de España*, donde se ocupó de la sección internacional. Se pasó a la política siendo nombrado promotor fiscal de Madrid en 1853, llegando ya en 1857 a oficial del Ministerio de Gobernación, y ocupó después puestos en los ministerios de Gobernación y Fomento, siendo censor de teatros del Reino, director de la *Gaceta de Madrid* y secretario de Intendencia de la Real Casa y Patrimonio. La llegada de su amigo Cánovas del Castillo al poder, tras la Restauración, le hizo desempeñar el cargo de director de Contribuciones y luego consiguió el acta de diputado al Congreso por Murcia, en las elecciones de 1876 y 1879. En elecciones posteriores pasó a tener el escaño por Lugo con aquel sistema de Cánovas, ya saben. Fernando Cos-Gayón fue vicepresidente de las Cortes en 1879, subsecretario de Hacienda en 1880 y de la mano de Cánovas saltó a ministro. Ministro de Hacienda en tres ocasiones, luego de Gracia y Justicia y finalmente de Gobernación, del 23 de marzo de 1895 al 4 de octubre de 1897, prueba de que con Bugallal y Cos-Gayón se aprende que de ninguna manera debes nombrar tu ministro protector a un buen amigo. Fernando, a pesar de ostentar cargos de gran nivel y ocupación política, siempre tuvo tiempo para cultivar su vida literaria y periodística dando rienda suelta a artículos, libros, manuales y crónicas, aunque al saber cómo llevaba lo de la protección de Cánovas, y eso que era al que se lo debía todo, se entiende que tuviera tiempo para dedicarse a otras cosas. Si se lee el elogio fúnebre que le dedicó Aureliano Linares Rivas,<sup>45</sup> se entiende que Cos-Gayón no era un buen ministro de Gobernación. El saludador, bienintencionado, reconoce que «evidentemente Cos-Gayón era la antítesis de lo que debe ser un ministro de la Gobernación. Aborrecía los manejos electorales, los expedientes de Ayuntamientos y Diputaciones... «Tanto cuanto era inútil y aun contraproducente su gestión en el ministerio, era fecunda y provechosa en el parlamento», insiste con el incensario. Pero

Cánovas del Castillo lo puso allí para aquellos trapicheos y eso le costaría la vida.

## Política y crimen

Antonio Cánovas del Castillo no gustaba al núcleo duro del poder porque retrasaba la guerra con los Estados Unidos. Canalejas tampoco, por su política de supresión del impuesto de consumos, control de las órdenes religiosas e instauración de la obligación de ir todos a la guerra. Por si fuera poco, se dio una situación ideal para maquillar la escena del crimen cuando tuvo que reprimir una huelga ferroviaria radical.

La guerra es lo que produce los mayores negocios en todas las épocas. Provoca muertes y desgracias, pero también enriquece. ¿A quién beneficia? Pues a quien mató a Cánovas, financió a su asesino y trazó el plan de ejecución. La guerra mata, pero también hay una «neutralidad que mata», como advierte —¿o fue una amenaza?— el conde de Romanones al presidente Eduardo Dato Iradier, asesinado por ponerse en contra de quienes querían entrar en el conflicto de 1914. Romanones avisa a Dato de que la neutralidad mata. Y le matan.

José Canalejas era robusto, con una gran capacidad de trabajo. Le bastaban seis horas de sueño, y poseía una cultura y una memoria excelentes. Además estaba dotado de una oratoria brillante, con un léxico rico, capaz de seducir al auditorio. Tenía convicciones arraigadas, a las que era leal, para potenciar la patria. Era partidario de robustecer el Estado, de la reforma tributaria para aliviar las cargas sobre el trabajo y abaratar los alimentos, fortalecer la vida cultural y el nivel de vida y amparar a los obreros con leyes sobre salarios.

Nació en 1854 en Ferrol. Desde pequeño fue uno de los elegidos para brillar, cualquiera que fuese su actividad. Llegó a lo más alto de la nación

española y obtuvo autoridad social y absoluta influencia sobre el futuro. En la Universidad de Madrid hizo, a la vez, filosofía y letras y derecho, acabando las dos carreras a los cuatro años de haberlas empezado y doctorándose en la primera en 1873, y en leyes, en 1876. Fue profesor auxiliar de la asignatura Principios de la Literatura al pasar su tío Francisco de Paula Canalejas a desempeñar la cátedra de Filosofía del Derecho. En 1873, publicó el primer tomo de *Apuntes para un curso de Literatura Latina*, completándolo con un segundo volumen en 1876. Por entonces pensaba dedicarse a labores docentes y ya exhibía un dominio magistral de la palabra. En 1878, llegó a disputarle la cátedra de literatura en la Universidad Central a Marcelino Menéndez y Pelayo, pero este la ganó. En paralelo, su vocación por la política le llevaría a las altas tareas de gobierno.

Los primeros escenarios en los que dio a conocer sus cualidades fueron la Academia de Jurisprudencia y el Ateneo, donde demostraba su maestría en el debate. La consagración, no obstante, le llegó en un banquete con jóvenes de tendencia democrática y liberal que tuvo lugar el 20 de diciembre de 1880. Canalejas tenía veintisiete años y dio forma a un discurso con afanes de renovación y grandeza. En el prólogo de las memorias íntimas de doña María de la Purificación Fernández, la duquesa viuda, su segunda esposa, se dice que a partir de ese momento fue asumido que su marido era en lo hondo «un sembrador de ideas», definición que adoptó personalmente y que siempre sobrepuso a los aciertos como gobernante.

Entró en política por su admiración y amistad con Cristino Martos. Desde los nueve años, el brillante político tuvo un profesor que presumía de alumno, afirmando que si se dedicaba a los asuntos militares sería capitán general; si a los religiosos, cardenal; y si a la política, presidente del Consejo. Apuntaba maneras, retentiva y oratoria. En 1881, Canalejas fue diputado por primera vez, en representación de Soria, tras una esforzada campaña. En 1883 Posada Herrera le nombró subsecretario de la Presidencia del Consejo. En 1884 repite como diputado por Ágreda (Soria). Lo vuelve a conseguir en 1886, aunque por Algeciras. Por fin Sagasta lo nombra ministro de Fomento el 16 de junio de 1888. Tenía treinta y cuatro años. Más tarde, al ser obligatorio reformar el gabinete, el presidente lo nombra ministro de Gracia y Justicia en sucesión de Alonso Martínez. En su cargo de Justicia promulgó el Código Civil que había sido preparado por su antecesor, se ocupó de asegurar mayor independencia judicial, desvió los ascensos de la magistratura lejos del albedrío ministerial y se ocupó de hacer reformas en el servicio penitenciario.



En 1890 cesó en su puesto de ministro y fue sustituido por López Puigcerver, aunque el gabinete ya duraría poco, pues con la caída de Sagasta, Cánovas se haría cargo del poder. En 1891 fue elegido diputado a Cortes por Madrid y por Alcoy, y eligió representar a esta última. Fue la legislatura en la que Antonio Maura debutó, reuniéndose los dos hombres que encarnarían las tendencias punteras de la política en España. En 1892, aunque Sagasta volvió al poder, no contó con el que ya era conocido como «el joven exministro demócrata».

Desde la primera vez que fue ministro hasta 1910, en que llegó a la Presidencia del Consejo, Canalejas tuvo que vencer «la oposición de las figuras principales del Partido Liberal, comenzando por su jefe, quienes, cuando figuraba en las filas del partido, aspiraban a extrañarle, y cuando no, procuraban cerrar el paso a su reingreso, admitiéndolo solo cuando la fuerza de la opinión pública lo imponía».<sup>46</sup>

Sagasta no tuvo otro remedio que contar con él en 1894 para la cartera de Hacienda, tras la dimisión de Amós Salvador. A los tres meses se acabó el gabinete Sagasta y Canalejas pasó a la oposición con el Partido Liberal. Siendo presidente de la Academia de Jurisprudencia, reunió a varios socios y compró, para renovarlo, el diario *Heraldo de Madrid*, que habría de ser su permanente portavoz. Andando el tiempo, el *Heraldo* haría figura cimera entre sus cronistas a Luis Bonafoux, aunque sería en otros tiempos, mostrando cómo los caminos de aquella España quedaban entrecruzados.

Durante 1896 Canalejas combatió en el Congreso, con decisión y eficacia, las propuestas financieras de Cánovas. Al llegar a 1897, las reformas propuestas para Cuba le separan del Partido Liberal. Es el año en el que asesinan a Cánovas en Santa Águeda. El doctor puertorriqueño Ramón Emeterio Betances financia parte del viaje de Angiolillo para cometer el crimen de Cánovas. El cronista Bonafoux, que será el biógrafo de Betances, *el Antillano*, filibustero del cubanismo, y que como se ha contado acabará triunfando en lo literario con el *Heraldo*, arroja a los personajes singulares del exilio parisino, Zorrilla y los demás, que hormigean junto a la Oficina de la Bomba, donde se preparan atentados y pistoletazos haciendo alarde de gimnasia intelectual pero escondiendo el fulminante.

Canalejas ha perdido a su primera esposa, María Saint-Aubin, que no le ha dado hijos, y roto de dolor emprende una actividad frenética, que tal vez le ayude a recuperar la serenidad. El 21 de octubre decide marchar a los Estados

Unidos y Cuba para conocer a fondo el conflicto antillano que sin él saberlo impulsa el doctor Betances.

En 1900, Canalejas era la figura más relevante de los liberales, aunque estaba fuera del partido. Iba para gran caudillo de la democracia. Una gran parte de los militantes del que fuera su partido le ofrecieron un banquete homenaje el 23 de diciembre. Entre los comensales destaca la presencia de Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones, uno de los personajes con mayor continuidad en lo más granado de los atentados de todos los tiempos y el hombre que estaba destinado a su sucesión. También había varios prohombres que serían ministros de la corona y gran cantidad de los que ocuparían altos puestos. En total eran unos cien comensales, que celebraban al que mejor encarnaba a los liberales, incluso aunque algunos estuvieran lejos de esa tendencia.

Vuelve a ser ministro el 19 de marzo de 1902, esta vez de Agricultura y Obras Públicas, pero solo hasta el 28 de mayo, dado que sus diatribas a favor de la justicia social desde el banco azul supusieron que le acusaran de «socialista», desatando un gran escándalo y señalándole como impropio de la medida exigida a las causas del ministerio. El caso es que él no había engañado a nadie y el gabinete se había formado bajo la aceptación de su discurso, que solo al hacerse público y oficial se demostró que no era tolerable.

Luchaba contra la rutina y los privilegios y un poderoso núcleo influyente se le opuso. Fue el tiempo en el que preconizaba la «nacionalización de la monarquía», la mitigación de las injusticias sociales y la supresión de barreras legales para permitir la participación del «cuarto estado», es decir, la clase más pobre, en el poder público. Lo predicaba en el Parlamento y en sus intervenciones fuera de él, pero quedaba aislado como un coloso del pensamiento. Además, tenía otras particularidades: trataba siempre de forma despreciativa el dinero, sin someterse a su dictado, cultivaba el ideal democrático y no cedía a las conveniencias.

Llegó un momento en que lo combatían a la vez las derechas y las izquierdas. En las derechas lo tachaban de socialista y demagogo. En las izquierdas decían que era un reaccionario y un embaucador que desde el campo monárquico pretendía robarles la clientela con brillos democráticos y fantasías sociológicas. Pero él siguió adelante, y en noviembre de 1903, muerto Sagasta, aceptó la jefatura de Montero Ríos. En 1906 fue presidente del Congreso. Pero aunque transigió con los gobiernos que se sucedieron en

1907, a la caída de los liberales, junto con López Domínguez, se vio obligado a fundar el Partido Demócrata monárquico para librarse de la presión de los correligionarios incapaces de mantener sus promesas. Jefe de una nueva minoría, lo asumió con responsabilidad, enfrentando los grandes problemas del país.

La Semana Trágica de Barcelona hizo caer a Maura a fines de 1909, que fue sustituido por Moret, jefe del Partido Liberal. El nuevo gobierno no incluyó ni al conde de Romanones ni a Manuel García Prieto, pese a ser las dos personalidades más relevantes. Canalejas tampoco fue elegido, aunque había mostrado su apoyo a Moret.

A pesar de que a Moret se le consideraba una gran figura política, la intentona de formar un gobierno del Partido Liberal sin contar con las otras personalidades que lo componían resultó imposible. Los despreciados mostraron su descontento, aunque Canalejas permaneció apartado. El rey, que no respaldaba la política de atraer a las izquierdas moderadas que practicaba Moret, le retiró su confianza.

Estaba previsto que el general Valeriano Weyler fuera presidente del Consejo, pero una inoportuna caída del caballo se lo impidió. En el campo liberal no quedaba otro de talla suficiente para reemplazarlo que Canalejas. Pese a que su encaje con los liberales tendría que ser objeto de pacto, le fue ofrecido el cargo, que aceptó. De este modo llegó a presidente del Consejo. «El primer ministerio Canalejas», como se decía entonces, se formó el 9 de febrero de 1910. Su excelsa labor hizo que los liberales volvieran a unirse en torno al poder, con él como jefe. Contaba así con un partido ilusionado y fortalecido. Dicen las crónicas que nunca un presidente fue combatido con tanta saña. Tanto en el Parlamento como en la calle. Las derechas le tildaban de ateo y las izquierdas de apóstata y renegado. Sin embargo, permaneció firme, salvaguardando el imperio de la ley.

Y su discurso era claro y rotundo: «Hay que ser creyentes, sí; fervorosos practicantes de la religión; pero hay que ser hombres de su tiempo». Para la enseñanza no era menos explícito: «Queremos educación integral, queremos el desarrollo de la energía física, conocimiento de este vaso en el que se encierran las esencias de nuestro espíritu; pero queremos, por integral, enseñanza religiosa, enseñanza moral; todo eso es patrimonio del hombre; todo eso, dentro de las concepciones más acentuadas de la fisio-psicología... todo eso hay que enseñarlo, porque son una realidad de la vida».

Estuvo rodeado de agitaciones, huelgas, asechanzas con la intención de derribarlo, pero él se mantenía contra viento y marea con el soporte del Partido Liberal revitalizado. Fueron dos años y nueve meses de gobierno, al término de los cuales llegó con mecha para más. Sentía el fuerte impulso de una opinión pública cada vez más ganada por su sentido de gobierno. Hasta su aspecto había cambiado, consolidándose su rostro casi cuadrado de hombre vigoroso, con flequillo a la derecha, raya y tupé, sin patilla, que muere sobre la oreja, y la doble curva de los espejuelos y las guías retorcidas del bigote, quizás evocación de una locomotora en marcha, como si fuese un jefe de estación. Con la impronta de sus principios como ferroviario cuando ayudaba a su padre, director de la Compañía de Ferrocarril de Ciudad Real a Badajoz y de Almorchón a las minas de Bélmez, le había llegado la plenitud vital y política. Un recuerdo imborrable. Cuenta su viuda que fue poco cuidadoso de su persona, desmañado. Por ejemplo, nunca aprendió a afeitarse, porque su temperamento nervioso no le dejaba. Y no era capaz de anudarse la corbata, que siempre tenía que ponerle ella. Por eso, a diario el peluquero iba a su casa antes de las ocho y media; poco después solía atender a periodistas y amigos, a los que solía despedir con tiempo para acudir a sus obligaciones. A las nueve, el desayuno con la esposa y la supervisión de los estudios de los hijos; por su expreso deseo, eran educados en primera enseñanza sin salir de casa. El día que le mataron cumplió gran parte del ritual.

Hombre de sobrepeso, el médico le mandaba hacer ejercicio y su esposa, cuando podía, le llevaba de mañana a pasear al Retiro. Con frecuencia hacían el trayecto desde la entrada de coches hasta el Ángel Caído, la única estatua en el mundo dedicada al diablo.

Curiosamente había veces que Canalejas evocaba sus conversaciones con el presidente norteamericano McKinley<sup>47</sup> en la Casa Blanca y le refería a su mujer la aventura de aquel viaje para estudiar el conflicto de Cuba. La relación con McKinley se diría propia de una cofradía mundial de asesinados por la causa, «un club del magnicidio». El presunto anarquista que mató al presidente norteamericano le acechaba con un revólver en la mano tapado con un pañuelo.

En su propio asesinato, hay quien dice que el desencadenante fue la huelga ferroviaria, con un aliento revolucionario, de octubre de 1912. Intentó impedirle de todas las formas posibles y finalmente arremetió contra ella con la ley en la mano: convocó a los reservistas ferroviarios, les puso el brazalete

que los señalaba y los lanzó al trabajo con disciplina militar. El genio de Canalejas venció a los promotores de la huelga y los desarmó, haciéndoles fracasar sin que hubiera derramamiento de sangre. Afirma Luis de Armiñán que el presidente tenía «para sus relaciones políticas el espíritu de un Borgia».

Aquella solución desencadenó una campaña de desprestigio en la que se le mostraba como enemigo de los obreros y servidor del capitalismo. Fue algo tremendo y desafortunado, que terminó de forma trágica, porque las consecuencias de la huelga ferroviaria fueron el decorado del crimen. No es que lo provocara, sino que simplemente lo facilitó. Incluso contribuye a la confusión sobre los autores y sus propósitos.

Las referencias subrayan una y otra vez que el 11 de noviembre, víspera del asesinato, se discutió en el Congreso un crédito al gobierno para saldar atrasos, debate en el que intervino Canalejas, como siempre con un excepcional discurso para el que solo se ayudaba con unas cuantas anotaciones en los puños de su camisa. Jamás llevaba una cuartilla escrita, porque su facilidad para la palabra no lo precisaba.

Hasta los amigos de Canalejas aceptan el vacilante relato de los hechos de la mentira oficial: salió de su casa para asistir al Consejo de Ministros, que era a las doce en Gobernación, justo cuando tenía previsto pasar la comitiva real hacia el Retiro. Pardina, apostado en la esquina con Carretas, lo reconoce y lo asalta dándole «dos tiros» que lo matan instantáneamente...

La muerte perseguía a Canalejas. El asesinato fue planeado solo contra él y, como se ha demostrado, el presidente lo sabía. ¿Por qué la historia propaga tanta falsedad?

No fue asesinado por parar la huelga revolucionaria, aunque eso ayudó. Fue asesinado por ser un hombre de bien, como dice su viuda: «Patriota, monárquico, ciudadano y cristiano ferviente», que curiosamente había sido demócrata liberal y republicano. Ya estaba sentenciado desde tiempo atrás. El asesino no era un enemigo de la sociedad, simplemente un profesional rastreo, lo demás son grandes palabras para recitar en el salón de los miriñaques con las señoras estremecidas de rubor.

Dice doña María que su marido nunca cuidó de su seguridad personal, ni era su deber. No se rodeaba de precauciones. Canalejas no creía correr ningún riesgo, pero en los días finales la cosa había cambiado. De la despreocupación pasó a la angustia, y sin embargo las fuerzas de seguridad

no respondieron. La etiqueta estaba preparada para la historia, donde dormiría el sueño de los justos:

—¿Es verdad que han matado a Canalejas?

—Sí, frente a una librería.

—Fue un anarquista.

La viuda lo recuerda con frase de Antonio Zozaya: «Más odioso que Macbeth, que mató el sueño». En la casa quedaba una mujer de veintiocho años con cinco huérfanos.

La idea de la muerte había golpeado a Canalejas cuando el fallecimiento de su primera esposa, lo que le dejó muy afectado y quebrado. Hasta sufrió una afección de garganta de origen nervioso que le privó del habla. Se le veía solitario y reflexivo, escribiendo en una cuartilla cuando quería comunicarse. En ese estado de ánimo estaba cuando se produjo el atentado que mató a Antonio Cánovas del Castillo: había empezado a correr el reloj del magnicidio. Un individuo tan inteligente y político debió de tomar nota de los peligros de ser presidente. Con toda seguridad. En aquel momento, además, el veterano Práxedes Mateo Sagasta le invitó a pasar unos días en Ávila, donde veraneaba. Los cambios políticos mandaban en la agenda. La desaparición del jefe de los conservadores se enseñoreaba de todo.

El tóxico Bonafoux resultaba muy próximo a revolucionarios como Manuel Ruiz Zorrilla y el doctor Betances. Zorrilla, progresista y republicano, activo en la revolución de Prim, ministro de Fomento en 1868, y de Gracia y Justicia en 1869, fue presidente del Consejo de Ministros con Amadeo I. En 1872 había abolido la esclavitud en Puerto Rico. Al ser expulsado de España organizó un levantamiento republicano en 1883.

Betances levantaba la admiración del periodista Bonafoux como revolucionario. Le había conocido en su niñez cuando el Antillano pretendía convencer a sus familiares de que se alzaran en armas contra el Gobierno español. Luego, refugiado en París, tuvo ocasión de tratarlo y de trazar su biografía. Le pareció «un cristo muy viejo con su larga barba» cuando le pidió que se acercase a su lecho, donde le habló en confidencia. Con los cuadernos escritos en vida por aquel, reconstruyó «la triste e ingrata existencia de Betances». En *Vida Nueva* publica un resumen de los diálogos entre el doctor Betances y el republicano Manuel Ruiz Zorrilla. Reafirma que además de amigo era su médico personal y que entre anotaciones de contenido político mezclaba alguna receta. Algunas de esas notas se referían a cierta dolencia, de la que el político republicano se hallaba aquejado, que

por no herir las castas orejas llama *silvelitis* (término quizá ofensivo para el conservador Silvela), asociada al mal que trajo Colón de América, según Voltaire. Los conservadores denunciaron el artículo y al periódico por ataques a la moral y hasta los republicanos consideraron la chanza una injuria al partido.

Bonafoux retrata su adscripción a un tipo de gacetillero como Nakens, el encubridor de Morral, Lerroux, etc. De Betances dice que era más inteligente, más ilustrado, más probo y más decente que la inmensa mayoría de los enemigos que tuvo en Madrid. Afirma que el Antillano «no era enemigo de España, sino de sus gobiernos». Para el periodista, Zorrilla era el jefe de la revolución española y Betances el jefe de la revolución antillana.

A Sagasta, el hijo de Canalejas, segundo duque de Canalejas, le llama Diablillo Político, una manera cariñosa de nombrar al que de verdad era un auténtico diablo tallado y experimentado. Habla de él con simpatía y afirma que tenía buen corazón. Según él, supone una influencia bondadosa en la evolución de su padre hasta que logra salvar el bache en el que la muerte le ha sumido antes de su propio fallecimiento. El hijo evoca al padre como un héroe de la lucha social y lo compara con las figuras de célebres traicionados como Julio César, Viriato y Sertorio.

La decisión de Canalejas para sacudirse el pasado había sido embarcar a Cuba en compañía de su cuñado, Alejandro Saint-Aubin. El hijo escribe en sus recuerdos que probablemente esta salida se la sugirió el viejo Sagasta, que había vivido el asesinato de Prim.

En Estados Unidos, mantuvo un intercambio de impresiones con el presidente McKinley, quien ofreció un banquete en su honor. El que sería presidente de los españoles se da cuenta de que Cuba está perdida y que los Estados Unidos son invencibles. En su patriotismo está no contravenir la estrategia del gobierno en un momento tan delicado para la patria. Canalejas daba pasos hacia el martirio anunciando su programa: para el Ejército, la proporcionalidad en el generalato y la supresión de los empleos personales; para el impuesto de consumos, la abolición; para la injusticia, el servicio militar que libraría a las españolas de parar los trenes militares en las vías formando murallas humanas para proteger a sus hijos de ser los únicos obligados a ir a la guerra.

Tratan de añadir a la lista de razones el monstruoso atentado contra la autoridad que fue la acción del Chato de Cuqueta. Igualmente se le afea no haber intervenido en la revolución portuguesa. Lo de la huelga ferroviaria,

visto con objetividad, no fue otra cosa que un problema de orden público resuelto con inteligencia. Gracias a su esfuerzo se ocuparon Larache y Alcázar sin derramamiento de sangre, manteniendo las buenas relaciones con Francia e Inglaterra. Estuvo en la presidencia con una actividad incesante y superando su propio récord al dormir solo cuatro horas. Ahora bien, a veces olvidaba hacerlo con un ojo abierto.

El asesinato termina abruptamente con la dualidad Canalejas-Maura; el sentido de la izquierda y la derecha, las dos grandes representaciones de la forma de hacer política se convierten en la ceniza de los recuerdos. Los elementos que dirigía Ruiz Zorrilla fueron los más activos, con gran peso de la lucha revolucionaria, pero también se cuenta con los que decidieron colaborar con Sagasta: Martos, Montero Ríos, Canalejas...

En 1906, seis años antes del crimen, siendo presidente el general López Domínguez, la presentación del proyecto de ley de asociaciones con el propósito de impedir la preponderancia de elementos extraños en la soberanía española provocó que Canalejas, ya con fama de político radical y terrible entre sus enemigos, cercano a elementos perturbadores, fuera blanco de grandes protestas. En esta campaña surgió por primera vez la idea de que estorbaba en el mundo.

En el verano de 1909, los republicanos promueven una gran oposición al gobierno contra el llamamiento de reservistas para una campaña en Marruecos. Se denunciaba a la monarquía como un monstruo de crueldad que enviaba a los pobres a defender las concesiones mineras de Marruecos. Sobre estos mimbres se trabaja la solución Canalejas que vendrá tras el estallido revolucionario. Alfonso XIII se convence de que este político que tiene una idea religiosa de su deber social es un monárquico radical que puede equilibrar la acción de la izquierda. Hasta ese momento es único en la historia que un rey confíe en un hombre abiertamente de izquierdas, y es el único monarca que lo hace para encauzarla, siendo en todo momento leal a su primer ministro.

Canalejas entró en tromba con suaves maneras pero medidas contundentes y lo ya sabido: el presidente del Consejo de Ministros emprendió la reforma con su tripleta imparable. La lucha en el Congreso fue violenta, pero la llamada popularmente *ley del candado* se votó el 23 de diciembre de 1910, con 149 votos a favor y 85 en contra.

En el resentimiento creado por la destrucción del privilegio de los ricos de librar a sus hijos de la matanza de las guerras coloniales y en las



restricciones del poder de las asociaciones religiosas puede buscarse la idea malsana de que Canalejas es un hombre que sobra. El 10 de noviembre de 1912, el Partido Republicano-Conjuncionista convocó una reunión para «pedir la revisión del proceso Ferrer». Aunque el gobierno recibió toda clase de presiones sociales y políticas, Canalejas optó por respaldar el derecho de los republicanos y la reunión tuvo lugar, celebrándose un turno de palabra en que subieron a la tribuna Melquíades Álvarez, Pablo Iglesias, Rodrigo Soriano y Luis Simarro.

Los gobiernos de España han tenido y tienen grandes problemas de comunicación con las masas. En el caso Ferrer jamás lograron explicar con realismo la naturaleza del personaje, ni su utilización política. Ferrer era un elemento del criadero de París de Ruiz Zorrilla, alguien cercano a la Oficina de la Bomba y en contacto con el doctor Betances y sus siniestros planes de cambiar el mundo acortando la mecha de los personajes. Ferrer, gracias a Zorrilla, se estableció en París, tuvo un bar y entró en contacto con los elementos más perturbadores. Su propia esposa intentó matarlo allí de un disparo en la cabeza.

Y sin embargo, pese a los datos contrastados que Maura logró sobre él, el gobierno nunca consiguió la credibilidad para reducir a Ferrer a su justo tamaño y bajarlo del pedestal en el que el zumbido de los oportunistas lo había colocado, junto al capitán Dreyfus, nada menos, pese a que sus historias eran muy diferentes, y también los propósitos de ambos. El capitán Alfred Dreyfus fue una víctima de la xenofobia, del repulsivo rechazo a los judíos y de la traición. La captura de Ferrer estuvo relacionada con imputaciones de subversión y desorden, con episodios de sangre. Ferrer fue fusilado al encontrarle responsable de la Semana Trágica y Dreyfus acabó resarcido en su honor. A Dreyfus lo defendió Emilio Zola, que le consideraba un soldado patriota que había sido enfangado sin motivo. Con Ferrer nadie ha establecido nada diferente a una trama en la que a través de él y su Escuela Moderna se movían planes y bombas vinculadas a personajes insertos en atentados regicidas o magnicidas, como Mateo Morral, al que dio cobijo.

El ajedrez del crimen tenía en marcha a todos sus peones, los alfiles cruzados, los caballos a toda carrera y la dama al acecho, porque hubo al menos una dama en el crimen de Canalejas, entrevista en la Puerta del Sol. El poder tropieza con la comunicación y hay quien dice que prefiere dejar los comunicados en manos de romos funcionarios en vez de creativos de difícil gobierno, porque prefieren el dominio a la transparencia.

Canalejas muere en la Puerta del Sol, pero nadie reconstruye el crimen para saber a quién favorece ni de dónde viene. La autoría se atribuye a un espontáneo y a una difusa conjura internacional: lo mató un anarquista y «ya se sabe quiénes son los anarquistas», la hidra de las mil cabezas, gentes que hacen cosas por hacerlas, sin otro destino que «la propaganda por el hecho», pues las hordas no deben dejarse impresionar por los lloros de los inocentes. Eso así, en bruto, porque luego los anarquistas son más tiernos que el día de la madre y tienen corazón, como el de Baroja, que era un anarquista de mesa camilla, boina y mantita para las canillas. Y sin embargo Pardina no era otra cosa que un ejecutor, sin formación ni imaginación. Un mantenido enemigo del trabajo, del que sus compañeros, incluida la intrigante dama, cuidan como de un autómeta. Le dan el revólver cargado para asegurarse de que cada hueco del tambor tenga una bala. Y lo empujan junto al presidente perdido en el mapa de los Balcanes. Previamente le han llenado los bolsillos de cosas con mensajes cifrados, aunque con el caos que tienen en la Jefatura de la Policía, acabarán dándole el nombre equivocado. No falla. Dispara sin posibilidad de equivocarse, metiendo la bala como haría un zurdo que llega por la espalda. Se toman muchas molestias para que la cosa quede en que se trata de uno de esos jóvenes idealistas que tanto gustan a los franceses. Por encima de todo está el conde de Romanones, nuevo primer ministro después del entierro, que ya tiene experiencia de cuando liquidaron a Mateo Morral.

Como si se tratara de una obra de prestidigitación, a Manuel Pardina le dan matarile en la Puerta del Sol de dos disparos, a la vista de todos, sin que nadie repare en el truco, perfectamente acreditado para que la policía lo reconozca y los hechos sigan confusos, engarabitados, contradictorios y falsos. La bola de nieve se prepara para que las cátedras de la universidad española del futuro monten exposiciones reproduciendo el asesinato imposible del coloso del pensamiento a manos del disminuido Pardiñas, que no se llama así, pero total, en medio de tanta falsedad, solo se trata de un detalle sin importancia.

El turno canovista de partidos se mantiene aunque se tambalea. A Cánovas le sucede en el Partido Conservador Antonio Maura, y a Sagasta le sustituirán, en su día, Segismundo Moret y José Canalejas. Moret vivirá los atentados de Prim y Canalejas, aunque fracasara en la prevención del regicidio frustrado de Alfonso XIII. Seguirán los fantasmas de la política exterior, en especial con la guerra de Marruecos, y los conflictos internos que

elevan el ectoplasma de Ferrer y la Semana Trágica de Barcelona a detonante del final del turnismo.

Por la mañana habló con el gobernador civil, Demetrio Alonso, que desde luego no parecía saber nada de las preocupaciones ni las angustias de la policía ante el aviso de que un nuevo asesino había llegado a la ciudad. En eso coincide con los gobernadores correspondientes de los otros asesinados, gente tan inmersa en sus propios asuntos burocráticos que descuidó a sus presidentes. El día anterior a su muerte, 11 de noviembre, estuvo en el Congreso presidido por el conde de Romanones para defender los gastos del Ministerio de Fomento y la opción de emitir deuda por varios cientos de millones de pesetas, así como cubrir los gastos de la guerra en Melilla.

Su asesinato también se trata de atribuir a una venganza, móvil de difícil encaje, pues lo defienden quienes mantienen que Pardina lo mató porque era mejor blanco que Alfonso XIII, lo cual es solo una frivolidad. La venganza habría sido para honrar a Ferrer, el hombre de la cara de palo, el protegido de la etapa de degradación de Ruiz Zorrilla, hastiado de su vida parisiense y añorando la España que pudo ser republicana.

La muerte de Dato, supuestamente, la decidió un grupo de innominados ácratas en Barcelona, predecesores de la FAI (Federación Anarquista Ibérica). Sin necesidad de echarlo a suertes, se precisa, se presentaron cuatro voluntarios, aunque a uno de ellos se le encogió el ombligo y se echó atrás. El detalle concede algo de verosimilitud a un invento que ha hecho un trágala del cuento de tres impulsivos muchachotes que vienen a Madrid de cualquier manera a matar al presidente, porque es algo para lo que basta con tener redaños. Tan es así que ensayan con una moto muy llamativa, Indian gris, armados hasta los dientes con pistolas Máuser capaces de matar a un buey a quinientos metros. El motivo era que de esta forma serían cesados Martínez Anido, gobernador civil de Barcelona, y Arlegui, jefe de la policía, dos hombres duros acusados de toda clase de irregularidades. Es decir, que el presidente de la nación es el objetivo para cambiar a un gobernador civil y un jefe policial. No es solo que esto signifique matar moscas a cañonazos, sino que simplemente resulta imposible que una banda de asesinos se envíe a gastos pagados con la misión de asesinar al presidente para eliminar a dos cargos locales. La Villa y Corte es terreno ignoto y desconocido para estos supuestos activistas, que además no toman ninguna precaución especial. Pese a sus pintas de recién llegados, su majeza de individuos peligrosos, nadie los para por la calle, ni en el tráfico de la capital. Durante muchos días observan

la actividad del presidente Dato, hasta que perfilan, según hacen creer, un plan en el que precisan comprar una moto, que utilizan como una cuadriga de motor, en la que los pistoleros disparan como acróbatas de circo, sabedores de que el recorrido carece de protección, la víctima no lleva a nadie que pueda repeler el fuego y que no les impedirán matarlo ni les seguirán después de los disparos. Como así fue.

Los asesinos entraron en Madrid sin precauciones especiales, armados al menos con seis pistolas, una Bergman, tres Star y dos Máuser. Además de varios cargadores y cajas de cartuchería. Estaba claro que pisaban fuerte y no temían ser descubiertos. Otros se habrían tapado un poco más: habrían escondido las pistolas y no las habrían dejado a la vista en la nave donde encerraban la moto. Pero se sentían seguros, a pesar de que según ellos luchaban contra un estado policiaco que les perseguía.

Sánchez Guerra, nombrado en sustitución de Dato, destituyó a Martínez Anido y a Arlegui, pero no lo hizo hasta el otoño de 1922, con lo que, si ese era el propósito, no consiguieron resultados inmediatos. Es cierto que en esa época aflojaron los atentados en Barcelona, pero la muerte de Dato quedaba lejos. El efecto buscado debía de ser otro, y otra la causa. La acusación directa es que mataron a Dato por la *ley de fugas*, pero la represión no cesó hasta que pasado mucho tiempo lo decidieron en Madrid.

## Un magnicidio con tradición

Canalejas se entrevistó con McKinley en su viaje a Norteamérica y este ofreció un ágape en su honor. Los dos estadistas se vieron antes de ser asesinados y además el modelo de muerte de McKinley sería el usado para configurar el asesino de Canalejas. William McKinley fue el vigésimo quinto presidente de los Estados Unidos, tercero de los máximos mandatarios americanos asesinados después de Lincoln (1809-1865) y James Abram Garfield (1831-1881), y bajo su mandato tuvo lugar la guerra contra España (1898), que provocó la independencia de Cuba y la adhesión de Puerto Rico a la influencia de los Estados Unidos.

El extraño asesinato de McKinley, Leon Czolgosz, crea un perfil tipo que se repetirá en los magnicidios españoles:

1. Su anexión al anarquismo es confusa o inexistente.
2. Se le define falsamente como solitario que se mueve por el ideal.
3. Actúa con impunidad porque, según el mito, la víctima no quiere protección.
4. Llega hasta la escena del crimen sin que nadie le moleste.
5. Aparenta estar sin dinero pero le sobra.

Leon Frank Czolgosz nació el 5 de mayo de 1873 en Alpena (Michigan). Sus padres eran judíos polacos que tuvieron otros siete hijos. Su primer empleo lo tuvo a los catorce años en una fábrica de vidrio. Nunca mostró interés por la amistad o las relaciones amorosas. En su infancia sufrió acoso escolar. Se convirtió en un misántropo que supuestamente leía panfletos socialistas y anarcos. Muy temprano se presentó a su admirada política radical Emma Goldman con el nombre falso de Fred Nieman.

No puede tomarse como algo sin importancia que fuera tachado como «un peligroso infiltrado» por el periódico izquierdista *Sociedad Libre* debido a unas extrañas investigaciones que inició sobre los anarquistas Abraham Isaak y Emil Schilling. En la alerta publicada, que coincide con el tipo de acción habitual cuando es detectado un confidente de la policía, «se pide la atención de los camaradas sobre otro espía». Se le define como «bien vestido, de mediana estatura, hombros muy estrechos, rubio y de unos veinticinco años». Se dice que «hasta ahora ha hecho su aparición en Chicago y Cleveland. En el primer lugar permaneció poco tiempo, mientras que en Cleveland desapareció cuando los camaradas habían confirmado su identidad y estaban a punto de echarle el guante». ¿Cómo es posible que el supuesto espía de hecho acabe siendo de derecho un mártir libertario? ¿Dónde empieza la manipulación?

Los anarquistas denunciadores precisan las características del que observan como un peligro: «Su comportamiento es el del tipo habitual, pretendiendo tener un gran interés en la causa, pidiendo nombres o solicitando ayuda para ciertos actos de violencia. Si esa misma persona hace su aparición en otros lugares se les advierte a los compañeros. Pueden actuar en consecuencia». Incluso se les llama a la acción, lo que significa rechazo y violencia.

Con el tiempo, a Czolgosz, olvidando las sospechas iniciales, se le supone sinceramente entregado a la lucha contra la gran injusticia que existe en la sociedad. Hasta se justifica tal aversión por quedar impresionado con el magnicidio del 29 de julio de 1900, la muerte de Umberto I de Italia, abatido por el anarquista Gaetano Bresci. Un atentado difundido como una contribución para el bien del hombre corriente.

William McKinley, elegido en 1896, llevó al país a la prosperidad económica y fue el caudillo de la guerra de los norteamericanos contra España. A McKinley, cabeza alargada, nariz de espolón, barbilla hendida, ojos profundos y cejas pobladas, profundamente religioso, se le atribuye el

despropósito de que, a pesar de que dos presidentes anteriores habían sido eliminados por asesinato, no le gustaba que la seguridad se interpusiera entre él y sus electores. En Canton (Ohio), iba a la iglesia o al barrio financiero caminando sin protección y en Washington se paseaba sin escolta. Es una forma facilona de disfrazar la acción política como una imprudencia.

McKinley salió de Washington con su esposa Ida el 29 de abril para un viaje en tren que concluiría en la Exposición Panamericana de Búfalo (Nueva York), durante «el día del presidente». Pero la primera dama se puso enferma y los McKinley regresaron a Washington.

A mediados de 1901, William Arntz, un trabajador del parque de Canton, donde McKinley paseaba, declaró que había visto a un hombre parecido a Leon Czolgosz cuando el presidente estaba en el parque. Llevaba dos armas de fuego, y cuando le advirtió que las armas no estaban permitidas fuera del campo de tiro, le respondió con insolencia. Aunque lo denunció a la policía, los agentes no encontraron al intruso.

Czolgosz se trasladó a Búfalo en el verano de 1901 y nadie acierta a explicarlo, aunque la respuesta es muy sencilla: estaba tomando posiciones para matar al presidente. Se acomodó en la zona de West Seneca. Luego fue a Cleveland y a Chicago, donde se enteró de la inminente visita del presidente, aunque dicen que no tenía una idea clara de cómo cometería el atentado. Pero lo que no dudan sus conmlitones es que McKinley encarnaba para él la injusticia.

Más tarde declararía que el 3 de septiembre tomó la decisión: «No había escapatoria para mí. No importaba que pusiese mi vida en juego. Me hice a la idea de matar a esa escoria». Fue a la ferretería de Walbridge, en la calle principal de Búfalo, y compró un revólver Iver Johnson del 32. No tenía el plan demasiado claro, pero sería a tiros.

William e Ida llegaron el miércoles 4 de septiembre en tren. En la estación estaba Leon, que trató de acercarse, pero se dio cuenta de que no podría alcanzar su objetivo, aunque al parecer llevaba el arma cargada. El presidente se hospedó en la casa de Milburn, la residencia del presidente de la Exposición. McKinley tenía programados dos eventos: el día 5, discurso y recorrido de la feria; al día siguiente, las cataratas del Niágara y recepción con público en el Teatro de la Música, dentro del recinto de la exposición. Se trataba de un enorme auditorio cerca de la explanada, en el centro de la feria, con puertas en los cuatro lados y filas de sillas en una amplia galería.

El secretario personal del presidente, George B. Courtelyou, quiso quitar la recepción del programa de actividades, preocupado por la seguridad, pero al parecer McKinley no lo permitió porque quería apoyar la feria y no tenía miedo de los asesinos que le amenazaban. Bonita leyenda. Dicen que terminó la conversación con su secretario diciendo: «Nadie querrá hacerme daño». ¿Por qué la historia hace pasar por tonto a todo un presidente capaz de revitalizar al país? Fiel a su intuición, aunque no había que ser un águila para detectar el peligro, Courtelyou reclamó en Búfalo la máxima seguridad. El jueves 5, las puertas se abrieron a las seis de la mañana y miles de espectadores entraron a la feria para esperar el discurso de McKinley. Se dice que lo presenciaron 50.000 de los más de 116.000 visitantes de aquel día. La llegada de la pareja presidencial fue entre aplausos. Milburn hizo una breve introducción y McKinley empezó a hablar. Pidió romper el aislacionismo estadounidense y potenciar la expansión del comercio. Sus palabras fueron recibidas con muchos aplausos.

Leon Czolgosz, con la pistola cargada, había llegado temprano y se quedó muy cerca del podio desde el que hablaba la víctima. Parece que se proponía dispararle mientras discursaba, pero no estaba seguro de dar en el blanco. El presidente terminó y desapareció detrás de los guardias de seguridad. Ese día Leon no pudo hacer nada más, la multitud le impidió seguir a la víctima y tuvo que volver frustrado a su habitación alquilada. Mientras, en su visita, McKinley estaba fuertemente custodiado por soldados y policías.

La mañana del día 6 de septiembre, el presidente salió temprano de la casa de Milburn para dar un paseo por el barrio. Cuentan que casi se escabulle sin vigilancia, pero, en cuanto se apercebieron, soldados y policías fueron tras él. Leon también había madrugado y se fue a la Expo para asistir a la recepción con público en el Teatro de la Música. A las ocho y media estaba en la puerta. Vio pasar a McKinley en su coche hacia la estación de tren para la excursión a las cataratas del Niágara. Esa mañana, por una razón no explicada, se tomaron dos fotografías del asesino en el interior de la feria. Un aspecto deshilachado de la investigación, pero téngase en cuenta que, pese a la intención del relato de poner en duda la conciencia de un inminente atentado, se revela que Czolgosz contaba con ayuda y estaba probablemente guiado. Las fotos documentan su dominio de la escena del crimen.

En el momento de la recepción tras la excursión del presidente se habían hecho grandes previsiones de seguridad, por insistencia del secretario



privado. En la puerta había policías uniformados, detectives de Búfalo custodiaban el pasillo y el escolta George Foster había recibido el refuerzo de otros dos agentes. Una alusión durante el almuerzo, en el sentido de que alguien podría disparar al presidente, multiplicó la preocupación.

Se había preparado una decena de artilleros con uniforme de gala para adornar la ceremonia, pero en vez de eso se optó por disponerlos en el pasillo, a modo de muralla humana, con la intención de cerrarle el paso a todo sospechoso que tratase de acercarse. No era una gran idea porque los artilleros no estaban entrenados en el trabajo policial y sus corpachones obstruían la visión periférica de los detectives y miembros del servicio secreto. Normalmente el escolta Foster se colocaba justo a la izquierda, y detrás de McKinley, pero en esta ocasión Milburn deseaba estar en esa posición para presentarle a las personalidades relevantes. Foster y otro agente se quedaron de pie en el pasillo.

Cuando llegó el presidente, se encontró con Courtelyou a la derecha y Milburn a la izquierda. Se abrieron las puertas y comenzó la parte predilecta del estadista en sus visitas: era un político experimentado capaz de dar la mano a cincuenta personas por minuto.

La policía dejó entrar a los que habían hecho largas colas para saludarle. El órgano de tubos empezó a tocar *The Star-Spangled Banner* (*La bandera tachonada de estrellas*). A los cinco minutos ordenaron cerrar las puertas para reducir el flujo. El organista ya tocaba Bach. Un niño de doce años le pidió al presidente el clavel rojo que llevaba en la solapa como un amuleto de buena suerte, que este le dio sin pensarlo.

Los guardias miraban a un sospechoso alto de piel morena y respiraron aliviados cuando saludó y se fue. Era un gran día de calor y varias personas de la fila llevaban pañuelos para limpiarse el sudor de la frente. Un hombre que marchaba detrás del sospechoso de tez morena llevaba la mano derecha envuelta en un pañuelo, como si la tuviera rota. McKinley, amable y muy cortés, le extendió la mano izquierda suponiendo que no podría estrechar la derecha. En ese momento el reloj marcaba las 16.07. Mientras apretaba la mano izquierda del presidente, el asesino disparó el revólver con la derecha, la del pañuelo, alcanzándole dos veces en el abdomen. El público vio cómo McKinley acusaba los impactos y trastrabillaba mientras el otro se preparaba para un tercer disparo. Un hombre de color de ascendencia española, James Parker, que estaba detrás, lo atrapó para quitarle el arma. Un segundo después también le golpeaban el detective John Geary y el artillero Francis O. Brien,

uno de los «armarios humanos» amontonados en el pasillo precisamente para evitar aquello que acababa de ocurrir.

Resulta increíble aceptar, como se ha hecho durante décadas, que alguien pueda envolver su mano derecha en un pañuelo y ocultar así una pistola cargada el día de la recepción del presidente de los Estados Unidos en la Exposición Panamericana. Luego hacer cola durante mucho tiempo hasta llegar al mandatario para pegarle dos tiros en medio de guardaespaldas, policías, detectives y decorativos artilleros.

Dicen que se oyó pronunciar al asesino «he cumplido con mi deber», que es una frase que debía de tener en el guion, como aquella otra de «lo he hecho por los trabajadores», afirmaciones que se destinan al despiste. El presidente se tambaleó hacia atrás y hacia la derecha, pero Courtelyou, Milburn y Geary lo mantuvieron en pie y lo trasladaron a un asiento. A Czolgosz le estaban dando una paliza cuando McKinley ordenó parar y trató de convencer de que sus heridas no eran graves, pero la sangre no paraba de brotar. Foster se llevó a empujones al pistolero.

La reacción del público fue de pánico y la ambulancia tardó en llegar. Al salir con el herido, al presidente se le veía la cara pálida, como de cera. McKinley encontró algo duro entre su ropa y sacó una bala que había sido desviada por un botón, por lo que no hizo herida sino solo un rasguño. La otra, sin embargo, había penetrado profundamente en su abdomen. Foster, que le acompañaba, se dio cuenta de ello.

La ambulancia llegó al hospital de la exposición, que tenía un quirófano, pero allí no había ningún médico. El doctor Roswell Park, el mejor cirujano y médico de la exposición, estaba en las cataratas del Niágara practicando una intervención, que como dijo no podría dejar ni aunque se tratara del presidente de los Estados Unidos; y en efecto, no la dejó aunque se trataba del presidente. Dos semanas después salvaba a una mujer herida con daños parecidos a los que sufrió McKinley. Llegó el médico Herman Mynter y en la mesa de operaciones el presidente dijo algo sobre su agresor: «Pobre hombre, no sabía lo que estaba haciendo. No podía saberlo». Un ginecólogo sin experiencia en heridas del vientre le suministró éter para intentar sacarle la bala. El presidente lo aceptó murmurando una oración. El quirófano no tenía iluminación, y aunque se trató de resolver el problema con un juego de espejos, no se logró plenamente. El trabajo de cirugía era complicado, dado lo obeso que estaba McKinley. Tenía el estómago perforado. El cirujano sacó un trozo de tela incrustado en la piel, pero no pudo encontrar la bala, que no

aparecería jamás. En la exposición había una máquina de rayos X primitiva que no pudo ser utilizada.

La noticia del atentado fue transmitida minutos después por el telégrafo a todo el mundo. Los partes de Courtelyou hicieron que se extendiera el pesimismo sobre la salud del presidente. Leon estaba preso en el cuartel de la policía y había admitido ser anarquista. Muchos de sus supuestos compañeros fueron atacados, y en Pittsburg, uno fue linchado.

¿Por qué fue asesinado McKinley? Hay quien todavía sostiene que porque un obrero que había perdido su trabajo en medio de los movimientos telúricos de la política mundial decidió que el presidente era la encarnación de la injusticia. El puritanismo de McKinley le impedía favorecer a los poderes fácticos. Por ejemplo, no permitió la intervención en los ferrocarriles, ni regularlos a pesar de que eran un gran negocio. La competencia había hecho que las tarifas bajaran desde 1877, lo que perjudicaba a los mayoristas del poder. Las pérdidas agobiaban al oligopolio. Las presiones para que el presidente ordenara el sector fijando precios altos y eliminando la competencia de los propietarios pequeños fueron ignoradas por el mandatario, que tenía mucho sentido social.

En la elección para el segundo mandato, los poderes más influyentes impulsaron la creación de una vicepresidencia que ocuparía un hombre de élite con mano izquierda para manejar a las masas, Theodore Roosevelt. Ahora ya estaba allí, mucho más sensible a las necesidades de los intereses especulativos, para los que McKinley era un estorbo. De modo que matarlo y permitir así que el predilecto tomara el mando podía ser un excelente negocio. Nadie dudaba que Roosevelt sería sensible a los intereses más exclusivos, tanto en el asunto de los ferrocarriles como en otras operaciones amenazadas por el mercado.

Mateu, uno del trío de la bencina que asesinó a Eduardo Dato Iradier en 1921, según se afirma pertenecía a la masonería, y habría salvado sin dificultad el doble rasero de pertenecer a la vez a la ideología más libre que se conoce y a la obediencia perruna del ocultismo. Mateu era de hecho el jefe de Nicolau y de Casanellas, y los tres a caballo de la moto Indian gris rociaron de balas con toda impunidad al presidente Dato.

En Estados Unidos también se dejó el hecho sin investigar y se ocultó la intervención de la presunta sociedad secreta que habría intervenido en el asesinato de aquel presidente simple, tal vez equivocado, pero honesto. Al poco, aunque quizá por casualidad, el nuevo presidente Roosevelt intervenía

en el sector del ferrocarril con medidas que favorecían a los grandes, aunque lo hizo bajo la cobertura de un supuesto avance contra los monopolios.

Theodore Roosevelt, cuando todavía era vicepresidente, se apresuró a acudir a Búfalo. En la casa Milburn, el presidente parecía algo recuperado, pero el secretario de Estado John Hay, estrechamente ligado a los dos presidentes asesinados con anterioridad, era muy pesimista. El 10 de septiembre escribió en su diario que McKinley iba a morir. Tenía casi sesenta años de edad, sobrepeso, había perdido mucha sangre y su herida no había sido limpiada correctamente. El sábado 14 de septiembre, a las 02.15, McKinley murió por necrosis pancreática, consecuencia de la gangrena y la septicemia que le provocaron las heridas.

Roosevelt, nombrado nuevo presidente, diría: «En comparación con la supresión de la anarquía todos los demás asuntos se hunden en la insignificancia». Una vez más, la urgencia de la política enmascaraba la situación y construía un mito a partir del hijo de unos emigrantes, sin oficio ni beneficio, al que se atribuía por magia de la propaganda la capacidad de acabar, por sí solo, con el presidente de los Estados Unidos de América. Por el contrario, en un ataque de lucidez, la policía de Búfalo determinó que Leon no había actuado solo y se detuvo a gran cantidad de anarquistas para tratar de deshacer la banda.

Después de ser ejecutado en la silla eléctrica, el ataúd de Czolgosz fue rociado con ácido sulfúrico por orden de las autoridades penitenciarias, para que no quedara nada. Se estima que sus restos se disolvieron en aproximadamente doce horas. La ropa y las cartas fueron quemadas. El arma del crimen quedó para su exhibición permanente en el Museo de Historia de Búfalo.

Once años después, en Madrid, las autoridades perderían la pistola o revólver con que se mató a Canalejas, entorpeciendo la comprensión de la historia y sobre todo la averiguación de lo que de verdad pasó. Pardina, un oscuro individuo sin formación, como Czolgosz, fue muerto en la misma escena del crimen y la investigación paralizada y cerrada. Las características que dibujan al asesino de McKinley señalan igualmente a Pardina: solitario que llega a vengar una injusticia, se acerca con impunidad a plena luz del día con un arma cargada, sin que nadie le importune, en el centro de una gran plaza pública. De la víctima se predica que le gustaba escaquearse de la seguridad, aunque ese día contaba con ella y fue la seguridad la que lo dejó

tirado. Se le pone la etiqueta de víctima anarquista y se le liquida. Con ello crece a la vez la falsedad y el mito del peligro anarcoide.

Theodore Roosevelt ni siquiera espera la conclusión de las investigaciones para predicar el anarquismo, nunca demostrado, del asesino. La prioridad era difundir que el problema estaba superado. Luego, Roosevelt recibiría a su vez el disparo de un pistolero, aunque para su suerte en esta ocasión se trataba solo de un loco que le rompió una costilla y le dejó la bala dentro. Theodore llegó a decir que no le molestaba nada y que era como si la llevara en el bolsillo del chaleco. También presumía de aquel pinchazo que no podía acabar «con un toro como yo». El impacto no le mató porque fue desviado por la funda metálica de sus lentes y los plomizos 50 folios de la conferencia que se disponía a dictar en ese momento y que llevaba en la chaqueta, aunque puede decirse que se salvó porque su asesino esta vez no era un falso anarquista, que con seguridad le habría matado.

Mateu y Nicolau, los asesinos de Dato, fueron condenados a muerte e indultados por el rey Alfonso XIII. Ellos dispararon con espectaculares pistolas de diez tiros Máuser (*broomhandle*, «mango de escoba»), convertidas en una carabina, que fueron exhibidas en el atentado y luego escamoteadas a la opinión pública para ocultar la enormidad de los hechos.

Mateu y Nicolau estuvieron en la cárcel hasta la llegada de la Segunda República, en 1931. Mateu fue sacado a hombros como un torero de la cárcel de Valencia, lo que muestra una relación especial de las masas con el magnicidio. *El Sol* del 16 de abril afirma que «una imponente manifestación se dirigió al penal de San Miguel de los Reyes para esperar la salida de los amnistiados. Pedro Mateu, condenado por la muerte de Dato; José Vallés y José Mur, encarcelados por delitos sociales. Al salir estos, la multitud se los llevó en hombros hasta el Ayuntamiento. Vitoreándolos constantemente. En la casa consistorial los recibió el Sr. Marco Miranda, en unión de numerosos concejales. Mateu, a requerimientos del público, salió al balcón del Ayuntamiento y dijo que debía su libertad al pueblo, y que expresaba a todos su gratitud». A Nicolau le sacaron del penal de El Dueso.

Se hace difícil aceptar que la multitud pasara en hombros a los asesinos, pero es parte de la historia. Como también lo es el aplastante juicio de Manuel Chaves Nogales en una de sus crónicas de 1928, recogida en *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*, donde define a Ramón Casanellas: «Es un caso muy curioso que revela la singular transformación que el ambiente de la revolución soviética ha operado en este

revolucionario español semianalfabeto, suponiendo que, cuando cometió el atentado contra Eduardo Dato, Casanellas fuese realmente un revolucionario». El periodista pone en duda la naturaleza del asesino al que conoce en Rusia.

Los asesinos de Dato habían adoptado los usos y costumbres de los delincuentes comunes, como ya había hecho Leon Czoglosz. Nicolau utilizaba el nombre falso de Leopoldo Noble y Mateu el de José Pallardo o Gallardo.

Para ayudar a la búsqueda de los dos asesinos sueltos se impulsó el rastreo de todos los indicios o confidencias. Pero en realidad la policía no había conseguido una descripción sólida y lo que facilitaba era demasiado generalista para ser efectivo. Prueba de la errónea investigación es que se detuvo hasta a veintiocho falsos Casanellas en distintas ciudades.

El público, alentado por la recompensa, buscaba a hombres morenos, «bajos y gorditos» o de «regular estatura y manos de mecánico», es decir, a cualquiera que fuera señalado. También estaban en peligro las mujeres rubias y los que exhibieran un marcado acento catalán. Mientras, el cebo para la captura de los asesinos se había elevado al millón de pesetas gracias a la suscripción popular. Entonces hasta las policías extranjeras se muestran alerta en la frontera. En Francia y Alemania se aguza el oído, porque se sospecha que los huidos quieren llegar a Rusia. Nicolau y Casanellas pasaron por momentos en los que veían imposible escapar de Madrid. Finalmente, Casanellas hizo alarde de ingenio y se disfrazó de arriero: se procuró un burro por el que pagó trescientas pesetas —siempre la facilidad económica de los idealistas—, le puso una carga de hortalizas, se embutió en ropa de campesino y consiguió atravesar el cerco de la Guardia Civil y de la policía que rodeaba la capital. Aunque a lo peor salió de otro modo no declarado. Esto que se cuenta es parte oficial, y por tanto, siempre discutible.

Ramón Casanellas, asesino de Dato, en su rueda de mentiras dijo haber tenido más miedo en la huida que durante el atentado. Afirma que marchó a París con polainas, sombrero, garrotín y gafas ahumadas. Algo que sin duda le daba categoría de conspirador folclórico a lo Aviraneta y levantaba sospechas. Con lo cual debió de ser de otro modo más discreto. Nicolau viajó a Berlín, donde se creía a salvo, pero en Alemania no tenían simpatía por los supuestos anarquistas y lograron una amplia interpretación del tratado de extradición para mandarlo de regreso a España. Eso impedía que fuera condenado a muerte y favorecía por lo mismo a Mateu, de quien dicen que

sus compañeros masones conspiraron para salvarle. No se podía condenar con distinto criterio a dos reos por la misma acusación, por lo que gracias a la huida de Nicolau resultaba Mateu favorecido, porque no terminaría su vida perdiendo el gañote. Rebuscado, pero dentro de la tradición magnicida.

## La Oficina de la Bomba

Tres políticos del mayor relieve vuelcan sus sombras sobre el misterio de los magnicidios: Práxedes Mateo Sagasta, Manuel Ruiz Zorrilla y Segismundo Moret. Sagasta no impidió la muerte de Prim. Moret fue su confidente, pero siguió en la carrera política como si nada, y el revolucionario Ruiz Zorrilla, después del atentado con trabucos que sufrió en la calle del Pez, se aficionó al complot y las armas. Desde que se exilió en París, en aquella ciudad adquirió fama un ente confuso y muy activo, la Oficina de la Bomba.

En París operaban Enrico Malatesta, Carlos Malato y el puertorriqueño doctor Betances, amigo de Bonafoux. Ruiz Zorrilla hizo de elemento centrífugo y a su alrededor operaba el dinamitero Estévanez, que dio lecciones teóricas a Mateo Morral, y por si faltara algo, adoptó a Francisco Ferrer Guardia, el de la Escuela Moderna, que no daba un paso sin Zorrilla.

Los dinamiteros siempre han estado preparados y entrenados. Su labor habría sido imposible sin ser duchos en el oficio: Pallás, Santiago Salvador, el criminal de Canvis Nous..., pero también los pistoleros eran adiestrados. Se preparaban para el atentado que incluso ensayaban. Pardina venía instruido de París, con lecciones de Tampa y Argentina.

Angiolillo vino igualmente de París, con dinero de Betances, *el Antillano*, el filibustero cubano, a refugiarse en la red clientelar del turbio José Nakens, al que todos disculpan, que le acogió y le prestó ayuda. Para Nakens hubo una segunda oportunidad: también ayudó a Morral, que venía de París, del tinglado de Ferrer. El dinamitero clónico de Pardina había contribuido a intentar matar a Alfonso XIII en la calle Rohan, a la salida de la ópera. Falló y le acogió Nakens. Por París pasaban los criminales, Angiolillo,



Morral, Pardina... Se preparaban atentados contra la reina regente, contra Cánovas, contra Alfonso XIII. Mientras, la policía se mostraba inapetente.

Ruiz Zorrilla, antes de exiliarse en la cercanía de la emergente Oficina de la Bomba parisiense, hizo despertar la política en el alma del conde de Romanones y también de José Canalejas. Canalejas nació el año de la Vicalvarada, 1854. Hijo de un ingeniero, José Canalejas Casas, y de Amparo Méndez, sus dos hermanos, Amparo y Luis, murieron antes que él. Se inició en política con Ruiz Zorrilla. Sagasta le hizo ministro de Fomento, de Gracia y Justicia y de Hacienda. Cuando lo mataron estaba aplicando una política claramente de izquierdas. Ese día se levantó a las cinco y media de la mañana, tuvo una jornada muy atareada, como sus compañeros de muerte Prim y Dato; y madrugó para morir, como Cánovas y Carrero. Es curiosa la evolución de Ruiz Zorrilla, el hombre que también tutela a Francisco Ferrer Guardia, falso icono de la educación innovadora. Zorrilla se salvó por los pelos de los tiros de la calle del Pez cuando, siendo ministro, quiso investigar a los asesinos de Prim y luego estuvo siempre en el ojo del huracán de las conspiraciones, magnicidios y gente patibularia.

Y las redes que persisten se mantenían, mezclándose con políticos que habían vivido atentados pero no habían querido o sabido hacerles frente: Sagasta, Moret, el conde de Romanones y otros ministros de Gobernación. Francia es el gran tambor que proyecta al mundo la supuesta generosidad de los jóvenes que matan a la gente en la calle, como el día de la boda de Alfonso XIII o de la procesión del Corpus Christi en Canvis Nous de Barcelona. Jóvenes y no tan jóvenes, como el romo Santiago Salvador, que tira las bombas en el Liceo. Y toda la maraña de criminales está intensamente interrelacionada. Pallás, el que le tira la bomba a Martínez Campos, es amigo de Salvador, y este conoce a Angiolillo. El asesino italiano de Cánovas fue capturado por la policía en el Liceo cuando se llevaba la ropa de uno de los muertos, pero asombrosamente lo dejaron en libertad sin interrogarlo. Dice que había venido a vengar lo de sus hermanos de fe, pero ya estaba aquí para colaborar en aquella matanza.

Matan a Prim y se van a la diáspora. Se establecen en París y matan a Cánovas, aunque primero querían matar a la regente. Luego a Alfonso XIII, que busca novia en Europa y que se casa en Madrid. Gente preparada que penetra la seguridad de la nación como el acero la mantequilla. Se redactan papeles judiciales que terminan en los subterráneos de la justicia, acabados por decreto o por consunción, con instrucciones torpes, enrevesadas, que no

avanzan. Los papeles desaparecen con el tiempo, son borrados, mojados, dejados a la intemperie o abandonados a la humedad. Desaparecen las autopsias, las fotos, las tarjetas ológrafas. No se conservan las armas de los «valientes» anarquistas, porque las carga el diablo. En Sarajevo puede verse el coche en el que, esta vez sí, un anarquista, Gavrilo Princip, mata al archiduque Francisco Fernando, y se conserva la pistola y la ropa que llevaba el muerto, y puede consultarse la instrucción policial y judicial. En España se conserva parte de lo que llevaba Prim, la pistola que mató a Cánovas, pero no las que mataron a Morral y a Pardina, por ejemplo, porque es demasiado comprometido. Si buscan los sumarios tal vez los encuentren mutilados. Lo que pueden hallar sin dificultad es la percusión del tambor de la propaganda resonando en nuestros oídos. Jóvenes que aparentemente se vengan de represiones injustificadas, místicos laicos que tiran una «orsini» desde el gallinero del Liceo o desde un edificio en altura, en Canvis Nous, matando a la gente del pueblo, porque su idea es tan generosa y entregada que no importa que eliminen a los que dicen que defienden, incluidos viejos o niños. En realidad, parece que no importa porque todavía hoy se enseña en los libros que los libertarios de la acción eran una legión de idealistas y no un ejército que salía de la misma oficina de contratos.

En el caso de Kennedy, Jim Garrison habla de «la traición de la guardia pretoriana», es decir, de quienes tenían la función de estar junto al Número Uno para protegerlo y evitar que fuera asesinado. La actividad de los anarquistas torpones, pero pretenciosos, ya había dado la cara en Álava cuando Juan Oliva Mancasi disparó contra Alfonso XII en el momento en que el rey pasaba revista a las tropas. En la misma línea, el 30 de diciembre de 1880, Francisco Otero dispara contra los reyes al volver de la Casa de Campo. Malos tiradores con más voluntad que temple, que aprietan el gatillo sin dominar el temblor de las manos. Anarquistas utópicos, carne de cañón.

En el caso Canalejas empezaron a buscar un asesino inmóvil que lo eliminara en 1906, el mismo año en el que Mateo Morral, que sería el modelo de plantilla criminal, arrojó la bomba. El gobierno democrático de López Domínguez se disponía a cumplir su programa. Al abrirse las Cortes, en octubre, el gobierno impulsado por la presión de Canalejas, que lo apoyaba, decidió presentar un proyecto de ley de asociaciones que había redactado el ministro de Gobernación con la ayuda de Morote. La ley se presentó como el intento de impedir que elementos extraños desvinculados de la soberanía española decidiesen su vida social y económica. Era una *ley del candado* en

pequeño, pero motivo suficiente para que Canalejas fuera aseteado con los más duros improperios.

En el verano de 1909, los republicanos promueven una ofensiva contra la utilización de reservistas por parte del gobierno para una nueva campaña en Marruecos. A Canalejas sus enemigos le atacaban tachándole de fanático y le suponían capaz de provocar enconadas luchas y hasta la guerra civil si llegaba a presidente del Consejo. Canalejas ya había mostrado suficientes atisbos de que tenía elaborado un programa personal para promulgar una ley de asociaciones que limitara la intervención religiosa y para implantar el servicio militar sin privilegios, que obligaría a los ricos a mandar a sus hijos a la guerra de Marruecos. Este hombre de Estado que lograría que se aprobara la *ley del candado* no conseguiría sin embargo su aplicación, porque la sacó desactivada de origen, con un párrafo añadido a muy última hora. Pero sí consiguió implantar la obligación de todos con la patria.

El hecho de que el proyecto de matar a Canalejas surja seis años antes, y al tiempo en que otra conspiración de gran calado estaba en marcha, en esta ocasión contra Alfonso XIII el día de su boda, resulta definitivo para elegir el tipo de asesino que acabaría con él, según Azcárate, un anormal, muy parecido a Morral, procedente de los mismos itinerarios europeos y de la vecindad de la Oficina de la Bomba de París: un tipo frío, con problemas mentales y disfunción sexual, desclasado, semibruto, al que se adorna con supuestas inquietudes artísticas.

Actúa con desfachatez pese a que sus propios padres ocultan las cartas que les escribe, que son una burda provocación y revelan total falta de sentido común, tratando de buscarles problemas con la autoridad, invitándoles a no pagar impuestos y otras rarezas que habrían hundido sus humildes vidas. El Gobierno español conocía la turbia actividad de presuntos revolucionarios en Estados Unidos. Pardina fue detenido en Burdeos y se le hizo una ficha de sospechoso, aunque más tarde fue puesto en libertad.

En septiembre «un contacto de París» visita al criminal para prevenirle. Tiene que preparar la acción. Sintiéndose descubierto intenta ocultarse trasladándose a París. Se aloja en casa de su hermano Agustín, bulevar Grenell 164. Allí se encuentra con Fermín Viniegra, de Burgos, ebanista. A los pocos días se traslada a la calle de la Croix d'Ivert 37, donde estuvo del 22 al 27 de septiembre. Después va a parar al Petit Moulin Rouge, donde se reúne de nuevo con su hermano.

Desde el 19 de septiembre se le pierde la pista, hasta que se le identifica como el moribundo de la Casa de Socorro de la madrileña plaza Mayor. Los que lo protegían vieron llegado el momento de trasladarlo a la capital francesa para enmascarar su rastro. Fue tan eficaz que se ignora lo que hizo desde el 19 de septiembre hasta el 10 de noviembre, cuando llega a Madrid y lo reciben sus amigos. Tampoco se tomaron a mal que la publicación *Dominó Negro* denunciara que Pardina y Pablo Iglesias se habían visto. Desde 1911, Pablo Iglesias preside el Partido Socialista y la UGT. No se puede decir que las autoridades de aquel momento fueran nada recelosas.

Numerosos elementos palaciegos y otros políticos influyentes intrigaban contra Canalejas. De hecho, en mi opinión, solo el rey está exento de sospechas. Cuando fueron indultados los seis condenados a muerte por los crímenes de Cullera, con el Chato de Cuqueta a la cabeza, los intrigantes del palatinado fumaban en pipa. Uno de los más relevantes no pudo callarse y soltó entre dientes: «A ese hombre hay que matarlo».<sup>48</sup> Por segunda vez, se activaba en las alturas la búsqueda de un ejecutor.

Constant Leroy, el supuesto anarquista arrepentido, que participó en los disturbios de Barcelona, en su libro *Los secretos del anarquismo: El asesinato de Canalejas*, afirma que en 1910, durante la clamorosa agitación contra España por el fusilamiento de Ferrer, en París había fugitivos españoles, algunos íntimos del fusilado, que fomentaban las manifestaciones antiespañolas «y preparaban atentados contra el monarca y los gobernantes y jueces militares que juzgaron a Ferrer para vengar su muerte».

En París, según Leroy, se fabricó la huelga de los ferroviarios de la primavera de 1912 y la campaña de difamación contra Canalejas, a quien atribuyen haber traicionado las promesas democráticas, tachándole de más reaccionario que el propio Maura.

Aunque se ha difundido que en los casos de Cánovas y Canalejas el asesinato se debió a un solitario exaltado, puede certificarse el carácter colectivo de todos. El de Prim está avalado incluso por el discurso del almirante Topete, que así lo afirma al día siguiente. La justicia, sin embargo, cuatro años después, y tras pasar la indagatoria por siete jueces y seis suplentes, concluye que no se sabe quiénes eran los culpables, aunque el propio sumario que ellos habían instruido lo deja bien claro. Vigiladas de cerca por el poder ejecutivo, se suceden las irregularidades procesales, como el sobreseimiento de Felipe Solís, secretario del duque de Montpensier.

Rafael Olivar-Bertrand sostiene que Paúl y Angulo fue solo un instrumento. Algo que puede hacerse extensivo sin miedo a Angiolillo, Mateo Morral, Pardina, Mateu, Nicolau, Casanellas, Argala, Wilson, Atxulo y otros chicos del montón. Entonces no se descubrió a los asesinos, y según Olivar «hubo y hay quien sostiene que no se quiso descubrirlos».

Una vez muerto Canalejas, al que solo su rey le fue fiel hasta la muerte, ni revolucionarios ni gubernamentales trataron siquiera de cubrir las apariencias: el Congreso no acuerda ninguna investigación, ni exige responsabilidades.

Las palabras de Romanones, presidente del Congreso, y luego sucesor de Canalejas, y las de Pablo Iglesias parecen curiosamente dos caras de la misma moneda: los dos prohombres afirman sin rubor que no creen en absoluto que el crimen fuera político. Al menos en eso tenían intereses comunes.

Hay un detalle que hermana a Dato con Carrero Blanco y es su hábito de relación con los jesuitas. Se revela que Eduardo Dato, pocos días antes de morir, se confesó con el padre Juan Francisco López en la sede de los jesuitas de la calle de Zorrilla. El padre López no sabía quién era el penitente hasta que se lo dijeron otras personas que estaban en el templo. Dato era tan discreto como Carrero.

Juan Prim y Prats, aunque coqueteaba con los republicanos, era monárquico como Cánovas, Canalejas, Dato y Carrero Blanco, si bien cada uno era monárquico a su manera. Todos tuvieron una influencia decisiva en la monarquía de su tiempo. Prim sirvió a Isabel II hasta que se volvió contra ella y acabó cerrando el paso a los Borbones. Cánovas llevó a cabo la Restauración, permitiendo que la dinastía volviera a reinar en la persona de Alfonso XII. Canalejas era el último cartucho de Alfonso XIII, que veía caer su popularidad y el aprecio de los españoles. Dato mantuvo la monarquía con política abierta aunque conservadora, y Carrero Blanco era un apoyo a la vuelta de la monarquía en la persona de Juan Carlos I, aunque el propio rey llegara a dudarle.

[Josep Ramoneda](#), colaborador de *El País* y la SER, reveló una confidencia que le hizo el rey y que mantuvo secreta durante catorce años, hasta que decidió entregarla a sus seguidores: en septiembre de 1999, los reyes de España inauguraron, en el Centro de Cultura Contemporánea (CCCB) de Barcelona, la exposición *Días de radio*, que conmemoraba el 75.º aniversario de Radio Barcelona. Uno de los ámbitos de la exposición estaba

dedicado al atentado contra Carrero Blanco: «Al entrar en este espacio, el rey Juan Carlos se me acercó a un palmo, como si fuera a hacerme una confidencia. Y me dijo: “Si esto no hubiera ocurrido, tú y yo no estaríamos ahora aquí”. “Yo no, usted no lo sé”, contesté. “Yo tampoco”, me dijo. E insistí: “¿Por qué?”. “Porque las condiciones que Carrero me habría puesto yo no las habría podido aceptar”. Cuando terminó la visita, corrí a transcribir la conversación en mi cuaderno». Sin embargo, en el libro de conversaciones de José Luis de Vilallonga (1991) con don Juan Carlos, el rey respondió lo siguiente a la pregunta de si ETA le facilitó las cosas: «Pienso que Carrero no hubiese estado en absoluto de acuerdo con lo que yo me proponía hacer. Pero no creo que se hubiese opuesto abiertamente a la voluntad del rey. Simplemente, hubiese dimitido».

Prim decía que en España no había republicanos y dicen que ese pensamiento hizo que Paúl y Angulo lo odiara, pero esto debía de ser mentira, porque a Prim le mataron utilizando a Paúl y Angulo solo para arrebatarse el poder. A Cánovas nunca le perdonaron la vuelta de la monarquía y aún menos ser un hombre inteligente y eficaz. A Canalejas su política de reformas sociales le costó la vida; para Dato, la sentencia de muerte fue su firmeza en la neutralidad de España, con la cantidad de dinero que producen las guerras; y al almirante Carrero Blanco le costó la vida que había llegado el momento de romper la continuidad del régimen. Carrero era una garantía de que el franquismo seguiría sin Franco y habían decidido que eso no podía ser. Todos estos presidentes sobraban. En la Oficina de la Bomba no atendían a razones, les daba igual un motivo que otro, la cosa era organizar el atentado. Puede decirse que no se inmiscuyen en los asuntos internos: solo alivian la congestión.

En el caso de Cánovas, el asesino, Miguel Angiolillo, procedía de París, donde le habían dado mil francos y el arma fue conseguida en Londres. Era un hombre del hampa, delincuente común, condenado a dos años de trabajos forzados en su país de nacimiento, Italia, y expulsado de él. Tenía contactos con el exilio cubano y con bakuninistas de boquilla. Se le relaciona con los grupos inorgánicos a los que se atribuye la «propaganda por el hecho». Pero cuando mata a Cánovas dice «Soy anarquista», para que nadie suponga otra cosa. Se le compara con Ravachol, Vaillant y Henry, aunque estos eran dinamiteros y Angiolillo sube un escalón porque era un pistolero. En España también tiene con quien formar grupo: con Paulino Pallás, por ejemplo, quien lanzó un explosivo al general Martínez Campos durante la festividad de la

Merced en 1893. Pallás fue ejecutado como Angiolillo. Un mes más tarde, otro tipo de su ralea, el cruel Santiago Salvador, arrojó dos bombas al patio de butacas del Liceo, con veinte muertos, tres menos que Mateo Morral. A Salvador le dieron garrote vil.

La lista de atentados contra inocentes no para aquí. El 7 de junio de 1896, durante la procesión del Corpus por la calle Canvis Nous, de Barcelona, camino de la iglesia de Santa María del Mar, un desconocido tiró una bomba que causó seis muertos. La reacción de las fuerzas del orden fue contundente y se detuvo a cuatro centenares de personas a las que se llevó a las cárceles y al castillo de Montjuich. Se dice que a los del castillo se les torturó haciéndoles andar alrededor de la celda sin agua y dándoles para comer solo bacalao salado. Los que se negaban a declarar, dicen, eran entonces sometidos a golpes en los genitales y hubo uñas arrancadas, pies aplastados, puros apagados en el cuerpo desnudo... Al final fueron hallados los presuntos culpables, y el 4 de mayo de 1897 cinco de ellos fueron ejecutados y otros veinte condenados a prisión. Según se cree, el autor material fue un francés que logró escapar a Argentina.

Con rascar un poco se encuentra la «línea Nakens»: París, Malato, Ramón Emeterio Betances, el amigo de la Víbora de Asnieres. El propio Nakens, parada y fonda del también presunto anarquista Mateo Morral, se atreve especulando con que detrás está la masonería, o sea, que fuera anarcomasón, y el anarquismo mundial. Pero todo era para obtener renombre como referente para ejecutores de presidentes y echar balones fuera. Pero no fue cosa de un hombre solo, ni de los anarquistas, ni de los cubanos, sino de la Oficina de la Bomba y los intereses de los emboscados en la villa y corte. Luis Bonafoux afirma que Betances mandó mil francos a Angiolillo. Es solo una muestra de que la investigación no tiró de ningún hilo. Y no por casualidad.

Es posible que Betances y Angiolillo hablaran de cometer crímenes en París, pero seguro que por sugerencia de otros que vivían en España. Nunca habrían tenido éxito contra Cánovas si este hubiera estado protegido. Al pasar la frontera o a la llegada a Madrid, Angiolillo habría sido detectado y sin ninguna duda le habrían identificado al inscribirse en el balneario: era un tipo pintoresco, que resaltaba como un trozo de carbón en la nieve. Iba vestido como para un desfile, no llevaba equipaje y no tomaba las aguas. ¿Qué hacía allí este zanquilargo que no hablaba con nadie y al que la escolta se encontraba en la carretera cuando el presidente iba de paseo? Igualmente se

lo tropezaba en los pasillos del balneario. Y aunque llevaba cuatro días deambulando como un moscón atontado por aquellas cuatro paredes, a ninguno se le ocurrió pedirle la documentación que no llevaba, para que demostrara que era J. Rinaldini, o que explicara qué hacía allí. Incluso si en el colmo del acierto se les hubiera ocurrido registrar la habitación del italiano habrían encontrado el revólver cargado. A ver si entonces habría recitado la lección aprendida de que era anarquista y venía a vengar lo de Montjuich.

Es posible que a Cánovas lo mataran por su política en la guerra de Cuba y su designación de Valeriano Weyler como capitán general en la perla de las Antillas, pero tuvo que ser por intereses de los españoles y no por *el Antillano* Betances, que era más «un viejo de la montaña» que un ideólogo que administraba voluntarios utopistas.

Práxedes Mateo Sagasta sustituyó a Cánovas. El hábil Sagasta, que ni paró el asesinato de Prim, aunque le correspondía, ni dio nunca explicaciones. Inmerso en un segundo magnicidio que le tocaba tan de cerca, como nuevo presidente del Consejo provocó entonces un cambio de ciento ochenta grados en la política española que ya quisiera el estrafalario Betances. En octubre de 1897, la iniciativa fue apostar por la autonomía de los cubanos y la destitución de Weyler. Se envió a la isla al general Ramón Blanco con instrucciones precisas de que había que calmar los ánimos y enseguida se ordenó una amnistía para los presos y se confeccionó una nueva Constitución para Cuba y Puerto Rico, al mismo tiempo que se buscaba la paz en Filipinas. No obstante, todo esto no pudo parar la guerra con Estados Unidos, que Cánovas estaba evitando, motivo más que suficiente para matarlo.

Provocar una guerra con los potenciales beneficios que eso supone sí es materia de una conspiración que allane el acceso al primer ejecutivo de una nación, y no la supuesta venganza de un chiquilicuatre por los daños sufridos por personas a las que no conocía, ni trataba, ni le importaban un ardite. Gente de la que tenía noticia por los periódicos y la ficción de un dramaturgo exaltado. Paparruchas.

A Prim lo intentaron matar varias veces, como a Cánovas y a Canalejas. Con Dato y Carrero afinaron el tiro y solo necesitaron un intento. En todos los casos los planes fueron minuciosos, bien dotados económicamente y con derroche de medios.

Ramón Casanellas, asesino de Dato, en su rueda de mentiras dijo que marchó a París, a la vecindad de la Oficina de la Bomba. En Francia le ayudó



el Partido Comunista, que hay que ver a los comunistas franceses ayudando a un supuesto anarquista español y darlo por bueno. Mucho menos complicado, Nicolau viajó a Berlín.

Lerroux, que tenía mucha relación con París, estaba en la línea de quitarle hierro al asunto y no encontraba motivo para que se hubiera producido el atentado, y sin embargo las espesas manchas que lo ocultaban eran suficientes para sospechar del núcleo duro del poder. Por otro lado, Pardina surge del universo parisino que visitó Morral, quizá preparando lo de la calle Rohan, en contacto con la siniestra Oficina de la Bomba y sus asociados.

## La coartada anarquista o revolucionaria

Caen unos tras otros los entramados revolucionarios que se trazan alrededor de los magnicidios. El anarquismo predica la libertad absoluta del hombre y la abolición del Estado, el ejército, el dinero y la propiedad privada; de la religión y de las clases sociales. La parte más belicosa del anarquismo se inclina por la violencia terrorista como método para el logro de la revolución social, propagando que lo mejor para acabar con el Estado burgués es el asesinato de sus dirigentes, lo que provocará el caos, del que debiera nacer la nueva sociedad. Este es el escenario perfecto para enmascarar un crimen. Quizá haya gente de buena fe que pueda creer que asesinando a los máximos dirigentes del poder conseguirán algo más que cambiar a un mandatario por otro, pero esta fantasía aguanta lo que le echen, y durante dos siglos ha estado vigente la costumbre de construir sobre ella el disfraz de los crímenes de Estado.

Echarle la culpa a un anarquista loco es la baza más segura, el anzuelo en el que los primeros en picar son los propagandistas del terrorismo libertario. No importa que los asesinos de los cinco presidentes no destruyeran el orden establecido: simplemente cambiaron radicalmente la política dentro del mismo sistema, que era lo que pretendía la verdadera trama.

Angiolillo se presenta como un obsesionado por la guerra de España en Cuba y Filipinas, preocupación asaz peregrina. Según las indagaciones, había hecho muchas veces el viaje desde su Italia natal a París, donde dijo que pretendía matar a la reina exiliada y al heredero, despropósito que no es más que un adorno rápidamente descartado por los estrategas. Lo que demuestra

es su disponibilidad para matar sin que importe que sea a mujeres o niños. Aunque hubiera ojeado el libro de Tarrida del Mármol, se ignora el motivo por el que en el retrato final el asesino aparece no movido por la angustia de la guerra del Caribe, sino por los hermanos de Montjuich. Es un aguafuerte con mayor contraste. En Madrid sus tres visitas al turbio Nakens terminan por dibujar el perfil del falso héroe. El impulso mortal viene de París. La acción no es la del loco solitario, sino la de una banda organizada, como siempre pasa en un magnicidio, que es imposible si falta una de estas tres cosas: financiación, negligencia y complicidad.

Angiolillo inaugura la cortina de humo de la venganza por el sufrimiento moral, la aspiración anarquista de corresponder al sacrificio de sus correligionarios; y después de él llegan Morral, Pardina, Mateu, Nicolau y Casanellas.

Sobre estos últimos conviene subrayar la opinión de Maximiano García Venero,<sup>49</sup> biógrafo de Dato, que ya desde muy joven se preocupó de los rumores de la intervención del pistolero en el asesinato del que sería objeto final de su estudio. En 1928 conoció a Luis Nicolau, el que disparó desde el sillín trasero, en el penal del Dueso, cuando Venero ya ejercía de periodista. Allí también coincidió con el dramaturgo asesino Alfonso Vidal y Planas, autor del alevoso crimen contra Luis Antón del Olmet, y confiesa sin rubor que trabajaba con otros para obtener su indulto. En este ambiente de buena relación recibe la impresión de que estaba pesoso y flaqueaba en sus convicciones, y confiesa que su intervención en el atentado fue voluntaria. En realidad, puede deducirse que el joven García Venero no le sacó nada nuevo al criminal. Fue puesto en libertad con la proclamación de la II República y le perdió la pista. En 1932, cuando Ramón Casanellas, el mecánico que conducía la Indian con sidecar, volvió a España y Santiago Casares Quiroga, ministro de Azaña, ordenó su expulsión, un García Venero ya experimentado como periodista y mandamás en *La Voz*, de Guipúzcoa, le acompañó desde Irún. Y en un trayecto posterior de Hendaya a París, tras haberse fotografiado con él para «que conserve ese recuerdo», según el asesino, que como dicen era un mecánico miope. Cuando entró en confianza, le hizo un comentario que mereció una respuesta y que no se atrevería a publicar entonces: «Os acusaron de mercenarios —dice García Venero—. Mi interlocutor se exaltó y respondió: “La organización desembolsó para comprar la motocicleta y sufragar los gastos de armamento y estancia, menos de lo que costaban entierros y subsidios a las familias de los federales asesinados en

Barcelona durante un mes. El acuerdo se tomó porque además de que era difícil llegar a Martínez Anido [¡recuerden que se paseaba por las Ramblas como si tal cosa!] y suprimirle, hubieran nombrado a otro gobernador semejante. Fuimos a la cabeza, y nos equivocamos”».

Probablemente las suaves maneras de García Venero, su cargo de responsabilidad en un periódico de gran difusión y otros condicionantes, que hacen imposible la coexistencia de la agudeza periodística con la cordialidad, le impidió insistir, como habría sido su obligación: «Oiga, Casanellas, ¿pero cobraron ustedes por matar a Dato o no? Déjese de mandangas». García Venero es un biógrafo de respeto, oficialista, correcto, pero sin el mordiente de un auténtico periodista. Luego en su relato demuestra ignorancia sobre los hechos del atentado. También llegó a conocer a Mateu en Francia, dado que el pueblo de su mujer, Campes, está a tres kilómetros de Cordes, la villa medieval del departamento del Tarn, a setenta y ocho kilómetros de Toulouse, donde se había establecido el jefe de la banda y donde sobrevivió hasta los ochenta años, demostrando que el crimen no siempre se paga. Tardó en hablar con el mítico criminal y cuando lo hizo aceptó sin otras precisiones que lo había hecho porque «quisimos redimir al proletariado catalán de la represión». En esta ocasión, tal vez envejecido y desmotivado, no tuvo ánimo para preguntarle al parlanchín Mateu: «¿Pero cobraron ustedes por disparar?». Estas preguntas periodísticas molestan mucho a los presuntos revolucionarios. Por cierto, que Casanellas, cuando se murió del trompazo aquel con otra moto en tierras catalanas, junto a un miembro del Partit Comunista de Catalunya, porque no veía tres en un burro, dio pábulo a que el partido hablara de que sufrió un atentado. Ya se ha visto que con el tiempo los de la banda habían evolucionado: Nicolau andaba medio arrepentido, Casanellas había abrazado el comunismo y Mateu ya no hablaba de los «libertarios oprimidos», sino de los «proletarios catalanes»: quizá se había hecho también comunista.

En esta ensalada con mucha verdura, García Venero concluye así: «Mi opinión, tras conocer y escuchar a los autores del asesinato, y de haber analizado la trayectoria del anarcosindicalismo, es la de que no existieron influencias extrañas».<sup>50</sup> ¿Qué quiere decir con «influencias extrañas»? Naturalmente, no se aclara. Para tratar de apoyarse en algo con tanta rotundidad, añade: «Me cerciora de ello el juicio de residencia contra Luis Nicolau, formulado por sus compañeros de ideología y prisión, mientras permanecía en el penal del Dueso. Lo corrobora la autoridad de Pedro Mateu

entre los exiliados confederales. También lo demuestra el papel de organización del Partido Comunista que le fue otorgado a Casanellas». Si a cobrar dinero por asesinar a la gente se le llama *influencia extraña*, ¿qué tiene que ver que los compañeros de la prisión no quisieran a Nicolau, que Mateu tuviera cartel entre los apacibles rebeldes de Cordes o que Casanellas se hubiera convertido en jefe comunista?

Las conclusiones se enfrentan a un párrafo revelador que dedica el biógrafo de Dato a exponer el caso de Canalejas, que califica de misterioso:

Que Manuel Pardinas [¡Pardina!], autor del crimen, perteneciese a uno o varios grupos que se llamaban anarquistas, y que él se considerara ácrata, no aclara la inspiración. Entre los anarquistas —también en las organizaciones marxistas— se introdujeron mercenarios, agentes de espionaje y provocación —los bolcheviques descubrieron que militantes destacados habían sido asalariados de la policía zarista— y dementes. El estudio de la coyuntura política en 1912 y de sus precedentes, demuestra que la desaparición drástica de don José Canalejas convenía a algunos y podía ser motivo de venganza para otros. La mano ejecutora —un solitario, con taras fisiológicas y signos de irredimible imbecilidad— incita a sostener la duda.

Por lo demás, Pardina no era hijo de la revolución de octubre, sino un prófugo que no había querido hacer el servicio militar. No tenía formación marxista, ni casi formación. Resulta fácil envolverle en palabrería y desviar la motivación.

Está claro que la desaparición de Dato también «convenía a algunos y podía ser motivo de venganza para otros», por usar sus mismos parámetros. Respecto a la posible idiocia de Mateu, el melancólico Nicolau o el pirado Casanellas, no nos faltan motivos de sospecha, dada su titubeante actuación, que culminan por la sencillez del plan: disparar a bocajarro sin que nadie te pare, con pistolas nuevas que te han comprado y un vehículo puesto a tu disposición por el morro; y huir sin que nadie te persiga. Una cosa que desde Prim se repite una y otra vez. Por ejemplo, con Dato y Carrero.

Mateo Morral «acaba de llegar procedente de Barcelona. Ninguna organización obrera le ha dado la idea, ninguna le ha concedido su patrocinio, ni siquiera su apoyo. Morral ha actuado solo. Su acto es a la vez, feroz, romántico y desesperado».<sup>51</sup> Es un hecho que en los años 1906 y 1907 el terrorismo está arraigado en Barcelona. En la ciudad catalana se observa una epidemia de atentados ante los que las organizaciones obreras proclaman su inocencia. Se descubre que muchas de las bombas las arroja una especie de confidente de la policía, Juan Rull, que se mueve en medios izquierdistas,

pero que evoluciona hacia el chantaje exigiendo grandes sumas si se quiere evitar que estallen bombas en la ciudad. El nuevo gobernador pone fin a la tolerancia de este delincuente crecido y entonces hasta cuatro bombas estallan en las Ramblas. Fuera de paños calientes, Rull es detenido y condenado a muerte. En la leyenda pasan como bombas anarquistas, pero en la historia son un paso más para lucrarse bajo la pantalla del anarquismo. Y eso que Rull nunca fue considerado anarquista. Fue ejecutado en Montjuich, en 1908, tal vez convirtiéndose en otro de «los hermanos» por los que suspira Pardina. Esta historia expone lo fácil que es culpar al anarquismo de todos los crímenes.

Precisamente desde 1907, el anarquismo busca eliminar iniciativas individuales y trata de crear estructuras con una federación de sociedades obreras, Solidaridad Obrera, desde la que se evoluciona hacia la CNT, la central sindical anarquista que se extenderá por todo el país.

La bomba de la calle Mayor significó el primer proceso contra Ferrer, y la Semana Trágica el segundo, que terminó con su ejecución. El director de la Escuela Moderna iba por libre, lejos de los anarquistas. No era uno de esos jefes generosos y entregados con un carácter triste como Salvochea o Anselmo Lorenzo. Ferrer, aunque no era simpático, era un alegre vividor siempre rodeado de damas de las que obtenía favores y dinero, por ejemplo, la financiación para su escuela. Nada que ver con los santos y apóstoles sombríos, Salvochea y Lorenzo, puritanos, intransigentes y cariacontecidos.

La persecución provoca la acción individual hasta crear una atmósfera de atentados donde los exaltados llevan a cabo actos sangrientos. Entre las iniciativas incontroladas se publica y reparte un manual que expone de forma clara la fabricación de explosivos. Criminales comunes llevan a cabo todo tipo de acciones bajo la cobertura de la supuesta ideología anarquista.

La fábula crece. Ante la tozuda realidad de que la mayoría de los campesinos eran analfabetos y no podían aprender las ideas de los folletos anarquistas, se desarrollan varios bulos. Un campesino instruido lee en voz alta los folletos. Un campesino, a lomos de su mula, intenta descifrar una proclama en el periódico. Los analfabetos se hacen con las publicaciones para que se las lean los compañeros; luego incluso subrayan los párrafos más importantes para señalarlos a otros. Y hasta llegan a aprenderse el texto de memoria para recitárselo a los necesitados. Este relato idílico de los historiadores del anarquismo, si hubiera sido real, habría convertido España en el país más culto de la tierra porque habla de una fe casi religiosa en el

conocimiento, que los lleva a devorar los periódicos *El Productor*, *Tierra y Libertad*, *Iluminación*, los folletos de Bakunin, <sup>52</sup> el gigante ruso, *La conquista del pan* de Kropotkin y la deleitosa *Las ruinas de Palmira*, que era un libro muy recomendado por el ejecutado Ferrer.

Se trata de un bello cuento. «La Idea» se predica entre los campesinos anhelantes de aprender y los obreros conscientes. Trabajadores inteligentes que construyen su cultura de forma autodidacta. Son algo presuntuosos y se consideran grandes oradores, aunque hacen alarde de expresiones rebuscadas y pedantes. A Baroja no le gustan:

Estos buenos sanchos largaban su sermón plagado de lugares comunes de sociología callejera, hablaban de la abulia, de la degeneración burguesa, de la amoralidad y del egotismo; en vez de citar a Santo Tomás, citaban a Kropotkin o a Juan Grave; definían lo lícito y lo ilícito para el anarquista; tenían la exclusiva de la buena doctrina; solo ellos despachaban en su tienda el verdadero paño anarquista; los demás eran viles falsificadores vendidos al Gobierno.

Un invento genuinamente hispano.

En el guion de la coartada se destaca al asesino idealista, más invención que realidad, cuyas acciones buscan el beneficio de todos, por el que están dispuestos a sacrificar su vida, fantasía de la que no se me ocurre ningún ejemplo. Al segundo tipo de ejecutores de atentados se los tilda de paranoicos y obsesos reformadores a los que empuja el orgullo desmedido. En esta segunda clasificación hay una amplia panoplia, pero todavía es más amplia en mi opinión la del tercer grupo: los ejecutores que actúan por encargo y en beneficio de terceros. Los moralistas quedan en el aparato teórico de la desinformación y solo en los datos de los documentos policiales y judiciales puede rastrearse la verdadera naturaleza de los asesinos que convierten la política en un juego duro donde muchos no mueren en la cama.

A Cánovas del Castillo se le achacan los defectos de su sistema de «turnismo» casi británico, con la falsificación de las elecciones, con una red de caciques coordinada por el Ministerio de la Gobernación, que entre otras cosas se ocupaba de cubrir las vacantes. Otro de los defectos era el mantenimiento de una aparente libertad de prensa en una monarquía que para perpetuarse precisaba de elecciones falsas. Cánovas consideró la explosión del proletariado como un problema de orden público, lo que para algunos intérpretes de la fantasía del ejecutor idealista significa que el proletariado acaba entregándose al anarquismo exacerbado, el que propugnaba «la

propaganda por el hecho». Y eso le costó la vida. Un análisis impecable, aunque huero.

En su apoyo viene el relato de que la lucha anarquista en Barcelona se volvió muy violenta y en consecuencia la represión de la policía fue brutal. Surge la excusa de los martirios del castillo de Montjuich. Probablemente conceden que Cánovas no se enteró del rigor policial, pero era el responsable sin paliativos, y un tribunal popular, tal vez en la cabeza de un solo hombre que quería ser justo, el italiano Angiolillo, decretó su asesinato. Pero ¿por qué no fue un barcelonés, puesto que se martirizaba en Barcelona? ¿No había anarquistas en Cataluña heridos por el horror que habían infligido a los compañeros? ¿Por qué tuvo que intervenir un extranjero? ¿Y por qué tuvo que venir de París, y ser aleccionado en la capital, antes de viajar al lugar de veraneo del presidente? Aquí falla todo el análisis del atentado.

Angiolillo, nada espontáneo, buscó su oportunidad en el hotel Londres, y lo volvió a intentar en el balneario. Le atribuyen la intención encomiable de que Cánovas estuviera solo porque no quería tener que matar a nadie más, pero esto es tan estúpido como que se admita que fue a su habitación a cambiarse los zapatos para no hacer ruido, en una galería por la que continuamente transitaba gente. El día 20 del mismo mes de agosto del asesinato fue ejecutado en el patio de la cárcel de Vergara, vigilado por soldados que según algunas tiernas crónicas atribuyen a la declaración de testigos presenciales que desviaron la vista de la ejecución en el momento en que el verdugo daba vueltas al tornillo porque les resultaba imposible contemplar su dureza. Es decir, que aquella política de Cánovas, que según los moralistas desinformadores le costó la vida, había producido soldados de mantequilla incapaces de contemplar la muerte de un asesino, ¿o quieren decir un héroe?

¿El tiranicida inexistente? Cánovas implantó una monarquía constitucional con alternancia en el poder de los partidos, Conservador y Liberal, de modo que Angiolillo mató a un presidente legítimo y no a un tirano.

La muerte de Canalejas vuelve a taparse con la intervención de otro anarquista sospechoso, y para apoyarlo se convoca a los demonios de los tiempos: el sistema parlamentario que solo representaba a los partidos adictos al régimen; los grandes latifundios, con una clase agrícola machacada; la burguesía industrial y el proletariado en la parte industrializada, que no se entendían y acabaron enfrentándose en la lucha de clases. La vida política se



ve alterada por el radicalismo republicano, el regionalismo emergente y el socialismo. A todo lo cual se une el anarquismo. Eran condiciones reales, pero por ninguna de ellas murió José Canalejas. Otra vez la coartada revolucionaria, que en este caso acaba con otro verdadero revolucionario. Liberal que apoyaba a la monarquía, pero amante indiscutible de la democracia. Sus enemigos le achacan una transformación con su llegada al poder. Supuestamente, pasa del liberalismo al gobierno autoritario, que junto a su política anticlerical hizo que la oposición le castigara a la vez desde la derecha y la izquierda. La derecha le tachaba de ateo, aunque era un hombre casado por la Iglesia y que se ofreció en secreto de confesión cuando se supo en peligro de muerte. La izquierda le acusa veladamente de traición. Sin embargo, todas estas bases reales del escenario no fueron la motivación del asesinato, sino parte de la coartada. A Canalejas le mataron para cambiar radicalmente la política, que en algunos aspectos había tocado techo. Nadie sabía hasta dónde podría llegar por ese camino; y no esperaron a comprobarlo.

Tintar de gris la muerte de Eduardo Dato hace que pueda evocarse la Revolución rusa de Octubre como punto de partida de la conspiración que acabaría con su vida. El Partido Socialista impulsa a los obreros, y los republicanos declaran huelga general revolucionaria en la persecución de la república socialista. La guerra europea había enriquecido a las clases dirigentes que lograron meter la cuchara, a la vez que los proletarios se empobrecían. Subieron los precios y se devaluaron los salarios. Los trabajadores sufrieron un nuevo empujón hacia los extremismos. El anarquismo se vio reforzado, mientras el Parlamento español solo controlaba una parte de la realidad. En Cataluña, los obreros y patronos se enfrentaron con gran estrépito al agravarse la situación económica y llegar los ecos de lo que ocurría en Rusia. El terror se desarrolló con sus peores tintes de 1918 a 1923. En los grandes latifundios, los trabajadores del campo se enfrentaron a los terratenientes. El desorden primaba en casi todo el país. Cuando Eduardo Dato llegó a su último gobierno, fue víctima, según esta versión de la historia, de un atentado organizado en represalia por la desactivación de la huelga revolucionaria de 1917 que él habría llevado a cabo. De nuevo la coartada.

Respecto a explicar la muerte de Carrero Blanco, como se ha hecho hasta ahora, con una actuación de la banda ETA ayudada por comunistas irredentos, es una soberana metedura de pata que ha triunfado porque los

recortes de la libertad de información lo han hecho posible. La sospecha de que gobiernos extranjeros tuvieron que ver en el atentado más perfecto que nunca haya cometido ETA avanza a lo largo del tiempo hasta situarse en primera línea. Hoy ya nadie niega de forma categórica que aquello estuvo demasiado bien hecho para que lo hubieran podido hacer unos jovenzuelos vascos en el centro de Madrid, ciudad por otra parte señalada como territorio de numerosos aparatos de control de espionaje, contraespionaje, policía, Guardia Civil y Brigada Político-Social o policía política. Pero hay un argumento superior a todos que es el hecho de que la muerte de Carrero Blanco lo que hizo, como reconocieron sus beneficiarios, fue fortalecer la continuidad del régimen, que estableció su propio tiempo de renovación, sin que nada coartara el proceso, que ya se había iniciado.

Mantener que los inexpertos terroristas de ETA, ayudados por algunos comunistas, fueron capaces de organizar un atentado de semejante alcance solo fue posible empleando a fondo todos los elementos de desinformación, y los secretos de los servicios más secretos. Carrero Blanco era el hombre que había nacido para prevalecer en la prolongación del franquismo, pero un franquismo sin Franco no era posible. Franco estaba herido de muerte y el franquismo tenía los días contados. La muerte de Carrero dio paso a la previsión sucesoria y quien ordenó su muerte no contempló siquiera que la cosa pudiera hacerse de otra manera. La historia enseña que en España es posible cambiar la política con la muerte de una sola persona.

Hay que repasar la peripecia de Barcelona, de donde viene Morral, de donde viene Angiolillo, de donde vienen Mateu, Nicolau y Casanellas... En la época de Martínez Anido como gobernador, lejos de los dirigentes Salvador Seguí, el *Noi del Sucre*, y Ángel Pestaña, surgen francotiradores que ejecutan a jueces y a policías... Algunas hipótesis señalan que estaban manejados por la propia policía, y en algún caso pudo ser cierto. Pestaña reconoce que en su bando anarquista hay responsables. Los autores morales y materiales de algunos asesinatos eran anarquistas: «Individuos exaltados que asesinaban a patronos y policías exigían a continuación al sindicato que les abonara un sueldo por estas hazañas».<sup>53</sup> Es posible que alguien de la patronal hiciera otro tanto. Es el momento de resaltar que gracias a la guerra se registró gran número de nuevos ricos por los negocios surgidos del conflicto. Barcelona se convierte en un lugar donde los delincuentes a sueldo abundan. Se produce un tiroteo creciente en el que no se sabe de dónde salen las balas. Con el gobernador Martínez Anido hubo doscientos cuatro atentados. En

1921, año en el que mataron a Dato, hubo treinta atentados contra patronos, y ciento cuarenta y dos contra obreros. Doscientas bombas fueron arrojadas en Barcelona entre 1920 y 1921; y más de cincuenta fueron de gran potencia. En los análisis internacionales se apunta a que el nombramiento de Martínez Anido le costó la vida a Eduardo Dato, pero eso forma parte de la coartada. Todo el mundo sabe que el conservador Dato siempre había obrado a favor de la clase obrera. Incluso había apoyado la amnistía de los anarquistas condenados tras los asuntos de Montjuich y Jerez.

En los atentados que se dicen anarquistas con muerte de personalidades del Estado, nos encontramos con acciones instantáneas urdidas por grupos reducidos, quizá por sociedades secretas. Con supuesto sello anarquista descubrimos en realidad a jornaleros, parias sin empleo de la gran ciudad, gente del hampa, intelectuales, poetas, maestros, vagabundos, sindicalistas y asesinos de las sombras. Todo esto la literatura política lo ha convertido en una amalgama difícil de separar y la literatura de ficción le ha dado categoría de veracidad, aunque no haya un átomo de cierto.

La incoherencia es la tónica en los relatos de los magnicidios españoles, en los que la atribución a los siniestros individuos que los llevaron a cabo está plagada de datos inconexos, si no directamente falsos. A veces ni siquiera se conoce el nombre, ni las singularidades del individuo al que se acusa. En dos casos, ya escandalosos de por sí, el presunto suicidio los convierte en únicos autores de un plan que burló al Estado, pero que llevaron sin despeinarse. Hasta que sus propios tiros les abrieron las carnes.

## **JFK, un modelo para matar y borrar pruebas**

El asesinato de John Fitzgerald Kennedy, el 22 de noviembre de 1963, fue el crimen perfecto. La muerte del mandatario americano se realizó a tiros, a la vista de todos, rodeado de gente y en loor de multitud. Enseguida fue señalado el culpable, Lee Harvey Oswald. Días después, en el sótano de la comisaría de Dallas, Jack Ruby mató a tiros a Oswald, frente a las cámaras, en un recinto lleno de policías y periodistas, sin que importara que fuese un local policial, ni que Ruby tuviera relaciones especiales con la policía. Fue dado por bueno que se trató de un hecho aislado, cometido por un joven solitario, obsesionado con ideas marxistas, frustrado por una larga lista de fracasos personales. Ese tipo imprevisible, en un arrebato, cruzó todas las barreras de seguridad, se apostó en la ventana de un almacén de libros y, «en seis segundos», acabó con el presidente de los Estados Unidos.

La televisión nacional transmitió las imágenes de Lyndon B. Johnson jurando como nuevo presidente ante un país herido y traumatizado. El público conmovido contempló entre lágrimas el grandioso funeral, el dolor de la primera dama, Jacqueline Kennedy, y de toda la familia del presidente muerto, esperando que alguien explicara lo que estaba pasando. La policía de Dallas dio carpetazo al asunto al declarar convicto de asesinato a Oswald sin necesidad de juicio. El FBI se mostró de acuerdo y concluyó sus investigaciones en pocas semanas. Como colofón, la discutida Comisión Warren, formada poco después del atentado, puso el marchamo de asunto resuelto en diez meses. El gobierno federal decretó el secreto sobre las pruebas durante setenta y cinco años, aunque no pudo evitar críticas ni investigaciones que acabaron descubriendo los agujeros negros del informe

de la Comisión Warren. Ya en 1967, dos de cada tres americanos no aceptaban el trágala de que Oswald fue un asesino solitario.

La técnica del magnicidio de Kennedy es impecable: cerrada, limpia y sin escape. El presidente fue asesinado y todas las pruebas de la acción destruidas o anuladas. No tiene ni punto de comparación con el asesinato artesanal, del «pañuelo que oculta la mano», del presidente McKinley, por el supuesto anarquista solitario, sin escapatoria, que fue inmediatamente capturado y ejecutado. Aquí no había cabos sueltos. Lo que ocurrió sigue la plantilla exacta de lo ocurrido a Juan Prim y Prats en 1870. Los asesinos de Kennedy estudiaron la maravilla estratégica del crimen de Prim en el centro de la ciudad (Madrid-Dallas), según se desprende de la ejecutoria, con varios sicarios participantes y un chivo expiatorio que asume el protagonismo de la maldad, la muerte es pública y notoria, se anuncia cuando conviene, hay detenidos enseguida y culpables señalados con el dedo. Las pruebas no son necesarias para establecer la culpabilidad, el herido es tratado a la carrera y su cadáver es quitado de en medio.

En el caso de Kennedy, que recibió los disparos mortales en la cabeza, tras la autopsia realizada por médicos militares, el cerebro desapareció después de ser sumergido en formalina para endurecerlo y averiguar de qué dirección partieron los disparos. Nunca ha sido hallado. En el caso de Prim, los médicos militares ni siquiera le hicieron la autopsia, aunque dijeron que sí la habían hecho. Metieron su cuerpo en un ataúd de plomo hermético y soldado, como solo se entierra a alguien cuando se quiere ocultar un crimen. En Dallas fue señalado el asesino, aunque nunca fue probada su culpa, y luego desapareció para siempre a manos de un extraño colaborador de la policía que al parecer pretendía que Jackie Kennedy no tuviera que sufrir esperando el juicio.

En Estados Unidos, y en todo el mundo anglosajón, se conocía de sobra al valiente general Prim, el héroe de las guerras carlistas, marqués de los Castillejos y triunfador de la guerra de África. Fue asesor de la guerra de Crimea, en la que sus consejos ayudaron a ganar a los turcos; artífice de la libertad de México, que se libró por él de ser convertido por los franceses en una monarquía bajo el emperador Maximiliano, impuesto por la fuerza; visitante del ejército del Potomac, que le rindió honores y, por empeño personal, también fue difusor en inglés de sus impresiones sobre América.

Era tan conocido que Oscar Wilde, en su *Retrato de Dorian Gray*, al principio del capítulo tercero habla de un tiempo tan remoto que Prim «era un

desconocido», cosa que en el momento en el que escribe parece algo imposible: «His father had been our ambassador at Madrid when Isabella was young, and Prim unthought of...».54

Hasta que la Comisión Prim de Investigación que presido no estudió el sumario, se creía de buena fe que cuando los republicanos le advertían de que no siguiera el camino habitual a su casa iban a salvarlo. Pero en el sumario se revela que no tenía escapatoria, porque cualquiera que fuese el itinerario que tomara sería asesinado. Si emprendía un camino distinto hacia el palacio de Buenavista, su residencia por ser ministro de la Guerra además de presidente, le habrían matado en la calle Barquillo, esquina a Alcalá, y si en el último momento decidía acudir a la cena masónica con sus hermanos de la logia en la calle Arenal, habría sido asesinado en la calle Cedaceros. En cada uno de esos tres puntos había un mismo dispositivo criminal. Madrid era una orgía de trabucos, coches de alquiler y carretelas con criminales campando a sus anchas. Al menos treinta asesinos operando simultáneamente, de acá para allá, cerrando el círculo y fijando una trampa mortal.

Al principio del libro *JFK. Tras la pista de los asesinos*,55 del fiscal Jim Garrison, que fue hostigado y falsamente imputado en una causa y juzgado, según su propia denuncia, por «haber intentado descubrir el crimen de Kennedy y detener a sus autores vivos», se recoge un dibujo de la escena del crimen, el trozo de plano por el que discurre el coche descapotable con la pareja presidencial y el gobernador Connally. Se remarca que la trayectoria original de la comitiva presidencial era recta, por mitad de la Main Street, donde nadie habría podido dispararle al presidente desde el almacén de libros. En vez de esa vía diáfana, segura, sin puntos ciegos, se introduce un cambio fundamental en el trayecto hacia la calle Elm, obligando a hacer una curva para bordear la plaza Dealey con dirección al paso elevado del ferrocarril, que obliga a disminuir la velocidad de los coches hasta a diez kilómetros por hora, lo que los convierte en un blanco perfecto no solo para un tirador en el piso elevado de la librería, sino para eventuales tiradores, que los hubo, en el montículo de hierba del lado derecho según el sentido de la marcha. Kennedy tampoco tenía escapatoria.

Lo curioso es que si a Prim le cortaron cualquier salida, los planificadores de la trampa de Kennedy usaron un método más sencillo: variaron en el último momento el itinerario. Según un diagrama del *Dallas Morning News*, hasta la misma mañana de la visita presidencial, los coches

tenían previsto atravesar la Main Street y no el desvío que se hizo. ¿Quién cambió la ruta y la hizo más peligrosa? ¿Por qué lo hizo?

En esencia, el modelo del asesinato de Prim para exportar consiste en preparar un plan que no permita escapar, con abundancia de criminales que rodeen al presidente, se disfracen los hechos nada más cometerse el crimen, minusvalorando a los testigos, escamoteando las pruebas y señalando un paradigma de la maldad (en el caso de Prim, Paúl y Angulo; y en el de Kennedy, Lee Harvey Oswald). Luego se asesina a los implicados para que no hablen. En Madrid fueron muertos dentro y fuera de la cárcel, y en Dallas, en sede policial. Luego se hurta el cuerpo del delito durante los reconocimientos, con médicos militares sometidos a la jerarquía oficial, que nunca dieron paso a una autopsia de expertos criminalistas. Hasta el ataúd en el que trasladaron los restos mortales de JFK fue arrojado al mar, seguramente para que no se señalara con las manchas de sangre el lugar de los impactos de bala. En el caso de Prim dejaron escapar a los miembros de la banda del falso solitario y protegieron a los instigadores mediante una inspección superficial, donde todos los indicios quedaban ocultos y morían en sí mismos, a pesar de la enorme cantidad de testigos y las flagrantes contradicciones. En el caso de JFK, pese a las fotografías y las películas del crimen, el gobierno informó de lo conveniente y extendió el secreto sobre las indagaciones, a la vez que para vestir el muñeco designaba a la Comisión Warren, que con su versión oficial hizo nacer a millones de escépticos.

Si en Madrid los nuevos dueños de la situación impidieron que el juez instructor viera el cuerpo doliente del general, en Dallas se llevaron el cadáver en el Air Force One, evitando así que los médicos de Texas, según manda la ley, hicieran la autopsia. Una vez en manos de los militares, todo lo que pasó se desdibuja. ¿Se habría podido probar que una bala disparada por delante dejó una herida en el cuello y quedó alojada en la espina dorsal? ¿Por qué pusieron a un general que no era médico al frente de la autopsia? ¿Ordenaron al jefe de los patólogos, comandante Humes, que quemara las notas que tomó durante su trabajo?

La momia de Prim nos reveló que no había recibido cuidados facultativos. Las heridas ni siquiera habían empezado a cerrarse. Los médicos militares guardaron silencio; y los únicos que expresaron una opinión displicente, y de puro compromiso, fueron aquellos a los que les correspondió intervenir por reparto del servicio. Declararon que el general mejoraba, aunque lo suyo no era mejorar, y en una de sus declaraciones no tuvieron otra

que informar que tampoco les habían dejado ver al herido, o tal vez ya al muerto.

En un revival de la investigación del *affaire* Kennedy, se supo que en 1975, un comité del Senado americano, bajo el impulso de Frank Church, descubrió que la CIA había planificado una cantidad notable de operaciones de asesinato, usando en cada una desde veneno a armas pesadas e incluso recurriendo a la colaboración de mafiosos. El comité encontró que la CIA había conspirado para derrocar a líderes que no le gustaban. Algo que refuerza a cuantos sospechan que tuvo que ver en el asesinato de Carrero Blanco. Lo que se dice de su contribución a lo de Kennedy exonera a sus altos cargos, pero detecta una policía política secreta que se mueve a otros niveles, no estrictamente jerárquicos. Sería una forma de entender el extraño comportamiento de los servicios secretos en el asesinato del presidente Kennedy. Lo cierto es que la muerte del presidente, como la de Prim, generó un vuelco en la política exterior y militar de América. Lo primero fue suprimir la orden de Kennedy de que los soldados empezaran a volver de Vietnam. Se acababa la distensión y la Guerra Fría volvía a primer plano. La guerra, en definitiva, algo por lo que ya sabemos que, sea fría o caliente, mueren los presidentes. La política es un juego duro lleno de intereses económicos.

En el enigma de Prim nadie intentó presentar el asesinato como la obra de un solo hombre, pero sí se trató de descargar la culpa en un republicano de segundo orden, Paúl y Angulo, cuyo panfleto *El Combate* financiaba Montpensier. Pero para liquidar al amo de España fue necesaria una conspiración en toda regla, como la que investiga Jim Garrison, fiscal de distrito de Nueva Orleans, partiendo de que el gran señuelo del crimen de Kennedy es Lee Harvey Oswald, un figurón también de segunda categoría, y esgrime la «prueba del nitrato» que le hicieron y que demuestra que Oswald, simplemente, no disparó. Además, se le sitúa con un rifle de muy escasa calidad, un Mannlicher Carcano, comprado por correspondencia, que en sus manos todavía tenía menos precisión, dado que era un tirador bastante mediocre. Garrison afirma sin paliativos que Kennedy fue asesinado por tratar de romper la política de la Guerra Fría, y eso convence, porque está demostrado que los intereses de una guerra desatan la conspiración.

La nueva ley de libertad de información de 1970 facilitó un poco las cosas. Los investigadores accedieron a materias que los agentes federales habían archivado pensando que siempre estarían clasificadas. Pero aquello



rompió muchos secretos y los críticos encontraron nuevos elementos de sorpresa.

Según Garrison, cinco días antes del asesinato, la oficina del FBI de Nueva Orleans recibió un télex que advertía que se preparaba un atentado contra el presidente el fin de semana que estaría en Dallas (en paralelo, es fácil recordar cómo Bernardo García y otros alertaron también, en vísperas del magnicidio, de que Prim iba a ser asesinado). El FBI no pasó la advertencia al servicio secreto ni a otras autoridades; después el télex desaparecería para siempre.

Una mayoría de testigos de la plaza Dealey oyó varios disparos de rifle procedentes del montículo de hierba situado frente al coche del presidente en el momento del crimen. La policía detuvo a tres hombres y se los llevó a punta de pistola, pero no quedó constancia de caras, huellas ni nombres. Al ser detenido, a Lee Harvey le fue aplicado el test de residuos de pólvora, que demostró que no había disparado. Este espectacular resultado fue mantenido en secreto por el gobierno y la policía durante meses. Como es sabido, en la película del testigo Abraham Zapruder se ve cómo Kennedy recibe un impacto que lo tira hacia atrás, lo que prueba que el disparo le llegó de un rifle situado delante, es decir, lo contrario a la versión oficial. La cinta fue guardada inexplicablemente durante más de cinco años en un baúl de la revista *Life*.

Jack Ruby, el asesino de Oswald, fue visto el día del crimen en el montículo de hierba con un hombre que portaba un rifle. La declaración de la testigo que lo vio, Julia Anne Mercer, fue alterada para que pareciera que no podía identificar a Ruby. Esta evidente manipulación no ha sido desmentida. Aunque sorprende, ahora consta que la Comisión Warren dictaminó sin haber examinado fotografías ni radiografías de la autopsia. El patólogo que la realizó en el hospital naval de Bethesda quemó en su casa el borrador del informe. El comité especial sobre asesinatos de la Cámara de Representantes abrió una investigación y concluyó que probablemente hubo una conspiración para asesinar a Kennedy y que más de un hombre disparó contra su persona. La investigación volvió entonces por el buen camino.

Los crímenes de Prim y Kennedy son los dos *in itinere*, con tiradores contratados y ocultos, la complicidad objetiva de las fuerzas de seguridad, que fallaron estrepitosamente, y un escalonamiento de trampas sucesivas por si finalmente la comitiva presidencial era desviada. Todo lo cual revela que tanto Prim como Kennedy estaban rodeados de traidores. La planificación, el

constante lavado de pruebas y la perfecta desinformación final demuestran que un atentado es hijo del otro y que quienes patrocinaron el de Kennedy lo hicieron siguiendo el de Prim. El estudio de atentados, magnicidios y revoluciones es materia habitual en las oficinas de los agentes secretos. El atentado de Kennedy tuvo un gran éxito para sus instigadores, como lo tuvo el de Prim, que logró todos sus objetivos. Tal vez la parte de mayor impacto fue el borrado de la verdad y su sustitución por un falso debate mundial sobre cuántos tiradores intervinieron en la muerte de Jack Kennedy. Esto tiene un gran mérito y demuestra el poder de los medios, así como el de los brujos que crean opinión, dado que han sido capaces de prevalecer pasando por encima de los testigos presenciales, que escucharon ruido de tiros procedentes de distintos lugares. E incluso han prevalecido sobre las imágenes de la película de Zapruder, que es del momento exacto de la muerte de Kennedy, donde queda claro que recibe un disparo de frente que le echa para atrás en contra del sentido de la marcha. La prédica del poder es tan poderosa que hace dudar de lo que estás viendo, con la intervención de toda clase de presuntos expertos y deformadores profesionales de la verdad. Incluso las imágenes, verdad objetiva, son puestas en duda. El espantajo del loco solitario fue puesto en pie en la ciudad más conservadora de Texas, donde la seguridad es una preocupación diaria, existe un gran conocimiento de las armas, que resultan familiares e imprescindibles, y todo el mundo las maneja y las distingue. En ese lugar tan volcado en la protección nació el mito de un mal tirador con un rifle de la Segunda Guerra Mundial, un Mannlicher Carcano con la mira telescópica desajustada, de disparo no automático. En la ciudad de las armas, a una distancia respetable, en un tiempo imposible, «tres disparos en 6,7 segundos». Un tipo así liquidó al presidente y bajó sin transición a tomarse una Coca-Cola tras haber burlado al servicio secreto, al FBI y la policía de Dallas. Noventa segundos después de los disparos, el policía Marrion Baker y el encargado Roy Truly encontraron a Oswald sorbiendo su refresco en el segundo piso del edificio. En minuto y medio, si hubiera sido el asesino, tuvo que limpiar el arma, esconderla al otro lado de la planta, descender cuatro pisos a pie, dado que el ascensor estaba en el último piso, sacar una moneda, abrir la botella y empezar a beber. Todo esto sin que se le notara agitada la respiración. Y encima se las arregló para dar negativo en el test de residuos.

Nadie destacó al principio que Kennedy había sido traicionado. Mientras el país perseguía fantasmas, a los ciudadanos se la colaba la televisión, un

prestidigitador monstruoso capaz de secuestrar la realidad a la vista de todos. Vean cómo Jackie Kennedy, vestida de falso Chanel rosa, se arriesga inclinándose sobre la parte trasera, con el vehículo en marcha, para recuperar un trozo del cráneo de su marido, al que le han saltado la tapa de los sesos, y que está a punto de caer por la parte de atrás, como es lo natural, después de haber resbalado sobre el capó por un disparo delantero. Lo contrario de lo que habría pasado si el disparo hubiera sido de detrás adelante, porque entonces habría quedado encima del gobernador Connally. Pero los comentaristas, los diletantes periodísticos y los desinformadores consiguen crear la impresión de que en realidad la primera dama está intentando que el guardaespaldas que corre para nada detrás del coche suba a bordo, o que solo actúa agitada por el botón del pánico. Mientras escribo tengo encima de la mesa una foto panorámica de los dos cochazos de la tragedia. En el primero, Kennedy va herido, inclinado hacia atrás, y a la izquierda donde le ha dejado seco el disparo, Jackie, toda vestida de rosa, incluido un gorro plano y redondo también rosa, está tumbada sobre el maletero. El guardaespaldas, «un armario de tres puertas», va subido sobre el parachoques. El segundo vehículo, también descapotable, transporta a nueve agentes de seguridad que aparecen ajenos a todo, aunque solo están a unos metros de distancia, distraídos, observando a la multitud, o relajados, mirando a ningún aparte: ni alterados, ni prevenidos, ni listos para intervenir. Es como si al lado de la tragedia hubiera unos tíos tomando el fresco.

Los cuatro motoristas que acompañan al coche presidencial van claramente de paseo y no han escuchado el abejorro de plomo. Jackie vive su drama a solas, Kennedy agoniza, mientras hay gente del público que sí se ha dado cuenta de lo que pasa y tiene cara de horror o de sorpresa, se agacha o se mueve, a la vez que avanza la comitiva.

Lo peor de la película de Zapruder es su aire de normalidad, su clima de boda católica antes de subir al altar, en la que el mismo que maneja el tomavistas no tiene conciencia de que está viviendo un momento histórico irrepetible, desastroso, que cambiará su vida y la de todo el mundo. Desde ese instante grabado todos recordarán dónde estaban o lo que hacían cuando mataron a Kennedy, mientras que los que viven la escena son conscientes solo en una pequeña parte de lo que pasa y los ángeles custodios permanecen en la inopia.

El presidente sucesor, Lyndon B. Johnson, que era tejano, impulsó la Comisión Warren, dirigida por un hombre que solo sirvió para tapar la verdad

con mano de seda. Johnson no pensaba igual que Kennedy sobre la guerra. El rey de Camelot asesinado había pronunciado un discurso en la American University sobre la política exterior donde dijo que tenía «como objetivo que Estados Unidos nunca tuviera que volver a empezar una guerra». Con su muerte la política exterior se convirtió en todo lo contrario.

En la escena del crimen, los que suben a la famosa ventana del sexto piso del Texas School Book Depository (TSBD), que acabó convirtiéndose en un museo, ya no tienen por qué hacerse la eterna pregunta de por qué Oswald no disparó contra el presidente cuando avanzaba hacia él por la calle Houston, en vez de hacerlo por la espalda, cuando enfiló la calle Elm. Sencillamente, Oswald no disparó a nadie. A Kennedy le dispararon donde lo hicieron para que estuviera bajo fuego cruzado, por detrás y por delante, desde la ventana y desde el montículo ajardinado.

Ya se ha dicho que la habilidad de los desinformadores logró poner en duda la fiabilidad de los testigos presenciales. Es lo que pasó con el gobernador Connally, que siempre sostuvo que la bala que le dio al presidente no era la misma que le hirió a él, algo que en la película de Zapruder es evidente. Sin embargo, un miembro de la Comisión Warren nos hizo creer en la «bala mágica», es decir, que un único proyectil penetró en la espalda de Kennedy, salió por su garganta, atravesó el tórax del gobernador, le destrozó la muñeca derecha, le hirió en el muslo y apareció luego como si tal cosa en una camilla del hospital Parkland sin apenas deformación del metal. Los expertos médicos también chocaron en sus conclusiones, puesto que en el hospital Parkland estimaron que Kennedy presentaba una herida de entrada por el cuello, a la altura de la nuez, y otra de entrada en la sien derecha, que ocasionó un gran boquete de salida volando la parte posterior derecha del cráneo. En el hospital militar de Bethesda, las conclusiones cambiaron hasta coincidir teóricamente con la posibilidad de que los disparos fueran todos hechos por detrás, y desde arriba, según las supuestas heridas del cadáver.

El agente armario de tres puertas, que estaba junto al falso Chanel de la primera dama, se llamaba Clint Hill y su posición era privilegiada para ver bien el destrozo sufrido por el presidente desde la parte posterior del vehículo. En su declaración afirmaba que la herida, que era tremenda, estaba situada en la parte posterior del cráneo, y no en la zona parietal derecha, donde dijo la Comisión Warren. Para terminar con la «bala mágica» para siempre, baste recordar que la herida de la espalda del presidente fue

explorada por el forense militar Humes introduciendo un dedo, prueba que le demostró que tenía una profundidad máxima de dos pulgadas, sin orificio de salida. Por lo tanto, no pudo salir por la garganta y herir a Connally.

Las cosas extrañas no cesan de aparecer en el expediente Kennedy. Un testigo, Seymour Weitzman, afirma que iba corriendo hacia la valla del montículo ajardinado tras sonar los disparos, pero un hombre le mostró credenciales del servicio secreto y le ordenó no seguir. Según la información obtenida, no había agentes del servicio secreto trabajando en ese lugar. Supuestamente, Oswald asesinó a un policía ese mismo día, J. D. Tippit, pero existen muchas contradicciones, no se puede situar al sospechoso en la escena del crimen y las balas no coinciden con el revólver utilizado. Quizá la mayor sorpresa de los criminólogos es que Johnny Roselli y Sam Giancana, dos mafiosos muy populares, señalaron la intervención de la mafia en el magnicidio. Los dos murieron asesinados cuando estaban citados a declarar sobre el asunto ante el Comité de la Cámara de Representantes.

Los estudios de acústica más sofisticados señalan, con otros muchos indicios, que hubo al menos un segundo tirador en el montículo. Varios policías identificaron el arma con que presuntamente se cometió el crimen como un rifle Máuser 7,65, pero al final se convirtió en el viejo y superado Mannlicher que Oswald supuestamente había comprado. La conclusión de la Comisión Warren ha quedado despedazada con los años y la mayoría de los que conocen el caso se inclinan, como no podía ser de otra forma, porque hubo una conspiración. Solo en la identidad de los conspiradores se disiente. Algunos acusan a círculos anticomunistas, otros a renegados de la CIA, a mafiosos resentidos por la ofensiva de Kennedy contra el crimen, y hay quien apuesta por una conjura de todos juntos. Y sin embargo lo cierto es que fue una traición que buscaba un cambio de política. La Administración Johnson dio carpetazo al asunto y se le echó la culpa al miedo a una inminente confrontación nuclear. Era una excusa tan buena como cualquier otra.

Según el historiador Beschloss, en la noche de aquel infausto 22 de noviembre de 1963 en Austin, la capital de Texas, el vicepresidente Johnson tenía previsto hacer una broma al principio de su intervención para presentar al presidente. Aunque parezca increíble, dice que la broma era la siguiente: «Señor presidente —habría dicho Johnson—, todos estamos muy contentos de que saliera de Dallas con vida».

Johnson no era nada bueno haciendo bromas, aunque fue una verdadera pena que no pudiera hacer esta, que no tenía gracia, pero habría levantado

risotadas. A la hora en la que el vicepresidente hubiera soltado el discurso, Kennedy ya estaba en la mesa de la morgue, sometido a un reconocimiento mientras los militares y las autoridades de Dallas se disputaban la obligación de hacer la autopsia en el día más triste de sus vidas. Todo el país sabía que su destino había cambiado y que amenazaban los jinetes del apocalipsis. Uno de ellos, la guerra, se llevaría a miles de muchachos americanos en el lejano sureste asiático. La libertad estaba amenazada y se temían las ramificaciones de la conspiración, aunque se esforzaran en difundir que aquello no era más que una riña de marginales: un *lumpenproletariat* había matado al presidente, frustrado por no hacer nada a derechas, y otro había matado al magnicida para evitarle sollozos a la primera dama. Suficiente para llenar las primeras páginas de todos los periódicos.

Hubo un argumento convincente para que nadie negara lo que estaba viendo y fue que el disparo de Ruby fue retransmitido por la televisión dos días después del asesinato del presidente, que a su vez fue el primer magnicidio en el que la televisión tuvo un papel trascendental al repetir una y otra vez lo que supuestamente había pasado.

Veinte minutos después del mediodía, en el sótano de la comisaría de Dallas, entre una multitud de policías, periodistas y cámaras de televisión, apareció Oswald unido por las esposas al policía Jean Leavelle. Jack Ruby empujó como un toro desde la masa de los periodistas y disparó a quemarropa con un revólver del 38. Fue un solo tiro, al que el reo trató de hurtarse o desviar el arma, pero sus manos esposadas se lo impidieron. El policía vestido con ropa clara y un sombrero del mismo color hace un gesto de sorpresa y Oswald recibe la bala indefenso.

Durante el juicio los policías trataron de dar una explicación a la facilidad con la que Ruby entró en las instalaciones policiales con un arma cargada. La impresión que transmitieron fue de caos y desorganización. La oficialista Comisión Warren se muestra incapaz de ocultar el espectáculo bochornoso que reinaba en la jefatura desde cuarenta y ocho horas antes, cuando Kennedy fue tiroteado en Dallas, así como el tumultuoso comportamiento de la prensa con más de trescientos enviados especiales. En ese ambiente de confusión y angustia que reinaba desde muchas horas antes se produjo el asesinato de Lee Harvey Oswald.

Había sido detenido en un cine, presuntamente tras haber matado al policía que le abordó en la calle. Desde entonces fue conducido a la Jefatura de Policía y trasladado en diversas ocasiones desde el tercer piso a los

calabozos y vuelta a empezar, mientras sus idas y venidas eran presenciadas por decenas de periodistas, policías, miembros de la fiscalía y hasta por su mismo asesino, Ruby.

Jack Ruby era un empresario de la noche de Dallas, dueño de un club nocturno, con esa clase de relación con la policía que incluye la confidencia. Se le relacionaba con la mafia y había asistido el día 23 a la rueda de prensa del fiscal del distrito, Henry Wade, quién sabe si preparando la acción que sorprendería a todos. Era un personaje de los bajos fondos con buena relación con algunos agentes de la jefatura, lo que suele ser normal, y por eso su presencia en los locales policiales no era sorprendente. Revestido de su condición de visitante cotidiano, Ruby volvió al día siguiente, cuando Oswald era trasladado a la cárcel, y de un solo tiro los libró de aquella responsabilidad.

Durante el juicio, Ruby, gran comediante, afirmó que el dolor por el asesinato de Kennedy —hay que recordar que la mafia lo odiaba a él y a su hermano Bob— le produjo una crisis de «epilepsia» y eso le impedía ser consciente de haber disparado a Oswald. Este cuento del trastorno de personalidad no impresionó al jurado, que el sábado 14 de marzo de 1964, después de dos horas y diecinueve minutos, le declaró culpable. Fue condenado a muerte por asesinato con premeditación. No obstante, el tribunal de apelación de Texas revocó el veredicto por el testimonio indebido de los policías sobre sus conversaciones con él y por dudar de que hubiera tenido un juicio justo en Dallas por los acontecimientos ocurridos.

Ruby tenía en su contra haber sido testigo estrella de Richard Nixon en el Comité de Actividades Antiestadounidenses y su relación con la mafia y con activistas cubanos contra Fidel Castro. La evidencia indica que Ruby disparó a Oswald para evitarle la tentación de irse de la lengua y contar todo lo que sabía. Garrison, de Nueva Orleans, el fiscal perseguido por buscar la verdad, se admira de que más tarde, y de forma sorprendente, cuando Ruby fue a una consulta médica de puro trámite, se le diagnosticó un cáncer de pulmón fulminante que terminó con él. Fue el 3 de enero de 1967, mientras estaba a la espera de un nuevo juicio, esta vez en Wichita Falls. Su muerte se produjo en el hospital Parkland de Dallas, el mismo donde fueron certificadas las muertes de John Fitzgerald Kennedy y de Lee Harvey Oswald.

Oswald es el chivo expiatorio (*patsy*) de Kennedy, como Paúl y Angulo lo es de Prim. El asesinato del presidente americano fue preparado de antemano conociendo el itinerario que seguiría su automóvil, e incluso

modificando este para estar más seguros. Exactamente lo mismo que el último viaje de Prim en su berlina en medio de la nieve, trayecto en el que para aparentar total normalidad los propios asesinos ayudaron al coche del presidente tiroteado a seguir hacia su casa, cosa de la que hay una testigo a la que en todo momento se trata de silenciar.

El personaje más excéntrico, letal y discursivo del crimen de Kennedy, Jacob Leonard Rubenstein, *Jack Ruby*, nacido en Chicago (Illinois), el 25 de marzo de 1911, surge como un calco de Juan José Rodríguez López, alias *José López*, alias *Madame Luz*, alias *Jáuregui*, doble agente, navegante de las cloacas del Estado, personaje que recibió la prueba contra Montpensier más buscada de todo el sumario: una tarjeta cortada, un triángulo de cartón, según el folio 540 del tomo LXXVI, que lleva impresa la mitad de un escudo de armas reales en tinta azul oscuro y la palabra *España* con un apócope de Montpensier, que se completaría con otro triángulo hasta conformar la tarjeta del duque como una contraseña que le compromete. Este supuesto salvoconducto fue presuntamente entregado por Solís y Campuzano al correo Madame Luz, que es la verdadera columna vertebral del misterio que atraviesa el sumario. Paúl y Angulo dice que salió de la prisión de forma clandestina varias veces, que en la cárcel fue asesinado su cuñado y cómplice, Ruperto Merino Alcalde, y que en el hospital murieron de sus heridas otros tres presos encausados. En la misma cárcel del Saladero de Madrid fue asesinado Mariano González, otro de la trama. Sin embargo, Madame Luz, López, escaparía de todas las trampas, y una vez extinguida la causa, y excarcelado, se uniría nada menos que a la policía secreta española, donde participaría en importantes servicios con el misterioso Romero Robledo y el conde de Xiquena, según informa el diario *El Progreso*.

El encarcelado López fue uno de los detenidos inicialmente por el primer intento de atentado contra Prim, detectado en noviembre. Durante mucho tiempo permaneció en silencio, sin colaborar con la investigación, pero cuando se vio perdido decidió confesar y se prestó a más de cuarenta declaraciones en las que siempre señalaba a Solís, Montpensier, Serrano y José María Pastor. Intentaron envenenarle en dos ocasiones. Su habilidad le permitió salir con bien de todo y sembrar la duda de que era un agente doble al servicio de Prim. Su clónico, Jack Ruby, se inclinó sin embargo hacia el efecto cremallera. Fue el que cerró el círculo liquidando a Oswald.

Me pasé los primeros años de mi profesión en el diario *Pueblo*, en la quinta planta de aquel imponente edificio de sindicatos de la madrileña calle



Huertas, admirando aquella portada del mejor vespertino, colgada en la pared, que titulaba a cinco columnas: «¿Oswald y Ruby se conocían? Un camarero del restaurante de Rubenstein dice que sí», con toda la verdad que esa frase encierra. Oswald y Ruby no eran dos extraños, sino que estaban juntos en esto. Una testigo vio al empresario de la noche dirigirse al montículo ajardinado y dejar allí a un hombre con un rifle. Luego apareció en los aparcamientos subterráneos de la jefatura con su Colt Cobra del 38 y, finalmente, como dice el fiscal Garrison, «Ruby fue tratado de un resfriado en la oficina del sheriff de Dallas y de allí, al empeorar, lo mandaron al hospital. Enseguida se difundió que sufría un cáncer terminal del que murió muy poco después». Por fin habían cerrado la cremallera. Creo que pienso lo mismo que el fiscal: no sé cómo lo hicieron, pero estoy seguro de que lo hicieron.

## El suicidio de dos tiros en la cabeza

A las diez de la noche, el cadáver del presidente Canalejas se trasladó al salón de conferencias de la Cámara Baja, donde fue instalada la capilla ardiente. Gran cantidad de público desfiló ante el cadáver. Junto a maceteros y alabarderos, el cuerpo fue velado por Gamoneda, Arias Miranda, Gayarre, Alonso Bayón, Lázaro, Cobo Canalejas, empleados de la secretaría del Congreso y personal de la casa del presidente. También estuvo el conde de Romanones, que se retiró a las dos de la mañana, y se afirma que los ministros poco antes, aunque no se hace ninguna mención a Barroso, el titular de Gobernación, que debería haber tenido un merecido protagonismo.

Al día siguiente, tras varias misas en la capilla con asistencia de personalidades, a las tres de la tarde tuvo lugar el entierro, que se convirtió en una manifestación impresionante. El gentío invadía todo el itinerario donde formaban las tropas. El rey presidió recibiendo la ovación emocionada de un público conmovido. El cadáver de Canalejas recibió sepultura en el imponente Panteón de Hombres Ilustres de la basílica de Atocha.

Si la pistola que le quitó la vida era una de aquellas copias de la Browning fabricadas en Éibar, con reducción de costes, es posible que solo tuviera un cargador para seis balas. Eso marcaría la naturaleza tan española de toda la trama criminal y la confirmación de que Pardina no tuvo munición para levantarse la tapa de los sesos. Y menos dos veces. El relato de lo que hizo Pardina no está unificado y depende de quién lo cuente.

«¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?», preguntaba María Fernández, la viuda, a la doncella que se había descompuesto tras hablar con el lacayo de la Presidencia. «Nada; que al señorito le ha dado un desvanecimiento en la

Puerta del Sol». La señora se dio cuenta enseguida: «¡Eso es que me lo han matado!». No sin horrorosas tensiones, a la viuda cuyo nombre completo es el de María de la Purificación Fernández Cadenas se le concedió el ducado de Canalejas, con pensión de 30.000 pesetas anuales, como a las viudas de Juan Prim y Antonio Cánovas del Castillo, también duquesas viudas de sacrificados por la patria.

Hay quien relata los segundos posteriores al disparo con la acción del policía Borrego. La experta en medicina legal que ha hecho el último estudio describe señales de golpes, de manera que a Pardina le pegaron, pero no se puede precisar cuándo, ni si fue Borrego. También se dice que trató de detenerle un joven conserje al que le disparó, y que también hirió a una señorita. Luego, al ver que estaba perdido y que la multitud enardecida no le dejaría escapar, se metió entre dos coches de la parada de Carretas y, pum, pum, se descerrajó dos tiros, aunque los médicos que le atendieron ven solo uno. Hay otros relatos que afirman que hubo testigos que le vieron entrar en un portal y que fue allí dentro donde se oyeron los tiros. Luego le llevaron muerto a la Casa de Socorro, aunque relatan las crónicas que tardó en morir..., pero las heridas que presenta son de muerte en el acto.

Es muy posible que Pardina se sorprendiera al verse de pronto abandonado entre la multitud indignada. Eso no lo tenía previsto. Él llevaba «la pistola humeante», los policías debían de estar lejos, pero de pronto todo se precipitó. Hubo gente muy próxima que le hizo cerco. Hasta el momento de los disparos nadie le había interrumpido ni siquiera al acercarse a Canalejas hasta el punto de tocarlo y hacerle disparos a bocajarro. Pero en este instante, pese a que el presidente estaba caído y sangrando, la gente se arremolinaba cerca del homicida, si bien todo resultaba muy confuso. ¿Por qué los policías no sacaron sus armas? ¿O sí las sacaron? ¿Por qué no le pegaron un tiro? ¿Estaba tan cerca el policía para darle un bastonazo? ¿Y por qué el asesino no le acertó con su pistola? ¿Por qué un desalmado como Pardina habría de preferir matarse?

No hay un informe que nos cuente lo que de verdad pasó; tal vez lo hubo, pero no lo manejaron nunca periodistas ni informadores, quizá tampoco la justicia. Tal vez esté perdido en un sótano de esos donde se oculta la historia, o en un cajón con llave donde se esconden secretos hasta que otro periodista, o un historiador de a pie, lo encuentre.

No obstante, no puede extrañar que falten los informes de uno de los peores magnicidios de todos los tiempos, descarado en su comisión, a plena

luz del día, y en el lugar más céntrico de España, dado que el reconocimiento de los médicos describe una sola herida en la cabeza de Pardina, la que le entra por la región temporal derecha, con salida por la región parietal izquierda. Y ello a pesar de que hace tiempo que se ha inventado la fotografía, de que se le hacen fotos muerto y de que presenta indudablemente dos orificios de entrada, el segundo en la parte izquierda de la frente; los dos, mortales de necesidad.

Una vez muerto Canalejas, hay un extendido ejercicio de cinismo, puesto que a todo el mundo le parece todo bien, excepto a exaltados como Del Olmet y García Carraffa. Llama la atención la frialdad de los discursos en el Parlamento, en especial los de sus herederos políticos, como García Prieto y Romanones. La prensa acepta mansamente que el anarquista se suicidó. Maneja una deficiente información, datos raquíticos y cuestionables que insinúan que era el anarquista esperado. Incluso acepta que se difunda la idea de que los pistoleros de ese tipo son inestables y se acaban quitando la vida. Pero lo cierto es que en la Puerta del Sol no había solo un vacío de seguridad, sino sobre todo un plan. Un asesino protegido por sus acompañantes que elige el mejor escenario para asombrar al mundo y a la clase política. Bien es cierto que era un tipo corto de entendederas, al que seguro que le sorprendió que le dieran bastonazos, si se los dieron, y dos tiros a bocajarro. El «suicidio» formaba parte del plan, como también estaba planeada la muerte de Morral, el regicida frustrado.

En el documental dirigido por Abelardo Fernández Arias y Enrique Blanco, *Asesinato y entierro de Don José Canalejas* (1912), donde se hace una reconstrucción fementida del crimen, se evidencian dos cosas: nulo conocimiento de los hechos y falta de veracidad histórica. Defectos que a nadie han preocupado hasta ahora. Es más, como se hizo «foto fija» del rodaje, catedráticos expertos en anarquismo han tomado de la falsedad visual su modelo histórico y lo reproducen en exposiciones itinerantes.

De modo que en realidad Pardina se acercó por detrás y pudo hacerlo por el lado izquierdo para dispararle con la derecha, o hacerlo por el centro y dispararle con la izquierda, si era zurdo como se sospecha. Una sospecha más en un relato disfrazado. Pardina disparó varias veces hasta que perdió la pistola, pero no hizo los dos últimos disparos.

Tumbado en la camilla, con la ropa abierta, se ve claramente que vestía un traje y no solo un pantalón azul. Una vez despojado del respeto miedoso que daba la pistola cargada, con el pantalón abierto y la chaqueta

desabrochada, tiene pinta de patán dominguero, como si alguien lo hubiera vestido para acudir a una ceremonia con ropas que no le sientan bien, demasiado estiradas para un hombre tosco. Es como si fuera uno de los actores de la falsa reconstrucción, pues parece tan falso como ellos. En la camilla mortuoria resulta evidente que era alguien que aceptó un trabajo relativamente fácil, aunque se tratara de matar al presidente. Si nadie protegía a la víctima, como era el caso, solo se trataba de acercarle el cañón del arma y disparar. Ejecutar a un señor de cincuenta y ocho años a cañón tocante. No hacía falta tener un pulso de cirujano, ni vista de lince. Bastaba que te dejaran acercarte lo suficiente, sacar la pistola, quitarle el seguro y apretar el gatillo. Un juego de niños. Si hubiera sido más complicado, el hombre elegido no habría sido Pardina. Tampoco habrían podido encontrar uno más obtuso que él, incapaz de entender que no saldría vivo de la Puerta del Sol, tanto si mataba a Canalejas como si no. Sabía demasiado de la «conjura del anarquista» para seguir apestando el mundo.

Alguien con más cerebro y más estudios lo habría entendido desde el principio. Pero Pardina actuaba como un autómatas. Si hubiera podido hablar se habría derrumbado el mito. Fueron muy lejos a buscarlo y se tomaron mucho tiempo para preparar la fábula. Algo que obligaba a la desconocida y al hombre de la barba rubia, las dos sombras de Sol, a atarlo en corto. Estuvieron junto al paquidermo desbaratado, pues eso es lo que parece tras el último suspiro sobre la camilla, hasta el último momento, hasta segundos antes de que empezaran los disparos.

Cumplió porque era sencillo. Un simple guarda de la porra lo habría ahuyentado. Pardina era de esa clase de valientes que se atreven con un señor mayor de espaldas. Le acercó el cañón e hizo fuego de forma que no podía fallar. Dicen que la pistola era nueva y con seguridad habría sido probada. Solo tenía que hacer lo que habían dicho y luego tomar las de Villadiego con tiempo despejado. Pero aquí le falló la profecía. En medio del hormigueo de la masa alterada y enloquecida, de los heridos y los disparos, de los gritos y la indignación, donde nadie sabía muy bien lo que pasaba, a Pardina le dieron golpes, lo redujeron y le pegaron un tiro muy parecido al que él le había dado a Canalejas. A él sí, por el lado derecho. Eran tiempos en que muchos periodistas escribían al dictado de los políticos, como algunos hacen todavía hoy, y no se pusieron a pasar por el tamiz la información peregrina. El anarquista, que no lo era, se había suicidado; y así salió en primera página, cuando no se había suicidado. La «conjura del anarquista» seguía una

plantilla: después del magnicidio se le quita de en medio, aunque haya que ayudarle un poco. Luego no se muestran los informes, ni los casquillos, ni las balas, ni la pistola Browning o Royal Express, que esto no es Sarajevo, ni se expone el arma del crimen porque el público tampoco tiene por qué saber demasiado.

En la historia de España los anarquistas fabricados vienen de lejos, tienen cultura para aburrir, han leído a Nietzsche, a Kropotkin..., hablan varios idiomas, como si llevaran una babel en el bolsillo, y pasan todos los exámenes, porque basta una ligera referencia para aceptar que son jóvenes utopistas. Y, sin embargo, Pardina tiene aspecto de paleta vestido de domingo, pintor de brocha gorda que lee siguiendo las letras con el dedo y silabeando en voz alta, con gesto permanente de perplejidad, rictus que le quedó fijo desde que le arrimaron la pistola a la sien.

La policía se lo tomó en serio desde el principio, pero con un error de base: suponer que era un pistolero autónomo. Por eso cuando se retiraron de su lado le perdieron la pista por completo. Y sin embargo la gente de la que dependía estaba allí. Pardina no ganaba dinero, ni tenía medios de fortuna. Vale que pegara la gorra en casa de los Corona, pero además de eso tenía que viajar atravesando fronteras con un agujero en el bolsillo.

En el Ministerio de Gobernación las cosas iban muy lentas, y eso que dependía del amenazado. Canalejas se ocupaba de todo lo demás, lo justo es que le mantuvieran con la espalda cubierta, pero aquello fue un gran desastre.

Gobernación no era un ministerio cualquiera, ni podría serlo, pero además formaba parte de la tripleta principal de poder. El gobierno que presidía Canalejas cuando fue asesinado después de cinco crisis era este: Presidencia, Canalejas; Estado, García Prieto; Gobernación, Barroso; Hacienda, Navarro Reverter; Gracia y Justicia, Arias de Miranda; Guerra, Luque; Marina, Pidal; Fomento, Villanueva; Instrucción Pública, Alba.

Estuvo durante dos años y nueve meses al frente del gobierno. Su llegada a la cúpula fue un éxito que conmocionó a su familia. La misma que compartía su largo camino por el desasosiego. El 27 de julio de 1897, poco antes de que Cánovas del Castillo fuera asesinado, perdió a su primera esposa por una afección cardíaca. Como se sabe, el golpe fue muy grande. Por otro lado, más adelante solía comer los jueves con Eduardo Dato, otro de los blancos señalados por los que utilizaban anarquistas para el cambio radical de las políticas, mientras sumaban muescas en la culata.

En tanto a Canalejas le sacaban una mascarilla mortuoria a cargo del escultor Manuel Garci González, lavaban su cadáver, le despojaban de las ropas que llevaba y le vestían con uniforme de ministro para disponerlo en un ataúd de palo santo con herrajes de plata, a Pardina le examinaban los doctores Casuso y Dupuy, que le dieron por fallecido a las dos y veintitrés minutos de la tarde.

Para algunos el asesinato está más claro que el de Prim y Cánovas, porque en esta ocasión fue «el anarquismo militante», pero se trata de otra conjetura impulsada por el poder, que la ha colocado en todos los libros de historia. No obstante, entre el crimen de Cánovas y el de Canalejas no hay apenas diferencias, excepto las de lugar y hora. Lo único que se sabe es que Pardina llegó disfrazado de anarquista, pero se ignoran sus conexiones con la ideología y la militancia libertaria. Un tipo individualista, inquieto, que tiene para una pistola nueva y redaños para estarse de plantón hasta que observa cómo Canalejas ofrece un blanco imposible de fallar. ¿Pardina anarcomilitante? Nanay. En todo caso, un trabajador vago que se arrastra a los dos lados del océano. Que aprende a disparar porque es más lucrativo que darle a la brocha y se trabaja menos. El respeto a la vida no cuenta, los ideales no cuentan, solo tener éxito en la misión, para seguir en la brecha; de Buenos Aires, al oso y el madroño.

Es cierto que predicaban que la praxis era acabar con reyes y ministros para causar el desplome del sistema y triunfar con la colectivización. Pero era un objetivo imposible de no contar nada más que con la guerra abierta entre los dos bandos. Otra cosa era que los traidores aprovecharan su buena disposición para lograr sus aspiraciones. Durante más de un siglo el ideal ácrata fue la gran coartada.

Pardina solo fue a la escuela hasta los once años. Prófugo del ejército, se refugió en La Habana, de allí a Tampa, como se sabe, donde, como cualquier marginal, tuvo contactos con grupos anarcoides. En Tampa le debían de tener fe porque le hacían envíos de dinero, cosa que no era habitual en el caso de otros supuestos anarquistas. En su formación destacan las lecturas de Darwin, Kropotkin y Schopenhauer, aunque vaya usted a saber lo que entendería de todo ello. La noche anterior al crimen un catedrático vio al líder Pablo Iglesias con un individuo en el que creyó reconocer a Pardina. Hay quien detrae de esto un posible acuerdo con los socialistas en el complot. Para que no falte de nada, se basan en Constant Leroy, un supuesto anarquista arrepentido, que además hace de infiltrado en las organizaciones criminales.

Pero dejen ya de especular, porque el atentado contra Canalejas se preparó en España, como no podía ser de otro modo, y solo para despistar se procuró la intervención del lumpemproletariado pelotillero al que relacionan con la herencia de Enrico Malatesta, Charles Malato y Lorenzo Porter, en el que algunos ven un continuador de Ferrer Guardia. A Pardina se le baraja como ejecutor fallido de atentados contra Maura y La Cierva que no se llevaron a cabo.

Mientras crecía el ataque de la coalición de izquierda radical contra Canalejas, al que acusaban de traición y trataban de presentar como un reaccionario peor que Maura, avanzaba la cobertura mediática del complot, nunca mejor empleada la palabra francesa. En la sección de correspondencia de la *Bataille Syndicaliste* aparece un mensaje encriptado: «Charles Malato. Dale a García hora y lugar de la cita en Burdeos». La policía cree entender el mensaje como instrucciones para Pardina, y alerta a Madrid, que no reacciona.

El 10 de noviembre de 1912, domingo, día del mitin pro Ferrer de Pablo Iglesias en el teatro Gran Vía, Pardina fue a verlo. Allí Iglesias pronunció uno de sus «más radicales discursos, de tonos atrevidamente demoledores, que constituyen una terminante incitación al asesinato».<sup>56</sup> Todo en sintonía con los celos que Canalejas sentía sobre Iglesias. Había dicho que si «de alguien temía una puñalada traperera» era de él. No obstante, la implicación de Iglesias no es definitiva. Don Pablo no estaba de parte de Canalejas ni le gustaba su modo de gobernar, la huelga ferroviaria los había enfrentado en lo político y en lo personal, pero la muerte de Canalejas se fragua en otros contornos. Aunque Iglesias, cuando se produce el atentado, aparece en el coro lamentando de forma artificial su muerte.

Iglesias tuvo que defenderse de la sombra del atentado. Estaba por medio la sesión del 7 de julio de 1910 en el Congreso, cuando dijo que «mis amigos estaban dispuestos hasta llegar al atentado personal». El 22 de julio el incontrolado Possá Roca atentó en Barcelona contra Maura. Nada de esto favorecía el buen nombre de Iglesias.

Del Olmet y García Carraffa dicen que la pistola de Pardina la amartilló la mano del calumniador: «Su pistola no la disparó él. La disparó la infamia de unos hombres cuerdos, de unos hombres incapaces. Aunque no por honradez, de asesinar, que la estuvieron cargando pérfida y calladamente». Pero aquí desbarran, probablemente por falta de información. Culpan a la



prensa republicana que había insultado a Canalejas, pero el atentado no venía de allí.

«Pardina sería un predispuesto, un anormal, un degenerado», dicen. Y añaden que era un aventurero nada ilustrado con habilidades de pistolero, poseedor de un «intelectualismo falso». Ahí, de acuerdo. «Un azar de la vida... la absoluta pérdida del sentido moral, acaso un desengaño funesto...». Nada de todo eso. Simple literatura. Pardina estaba movido por el impulso fijo de la ley del mínimo esfuerzo. Se preguntan los autores si no le han llevado a matar «ciertas campañas literarias y periodísticas, el eco de ciertas voces autorizadas que pregonaron el atentado personal, el designio de cometer este absurdo y miserable crimen». Aparte de la verborrea que los partidarios quieren escuchar, Pardina no es un ser autónomo que decide por lo que lee, en caso de que lea prensa socialista o republicana. Pardina es un designado, un profesional. No tiene autonomía, depende de la demanda. Y el crimen es miserable, pero no absurdo, puesto que favorece a los que lo encargan. En algo sí tienen razón: que el ambiente favorece el crimen. España es ya entonces un país que ha oído predicar el atentado personal en el Parlamento. Del Olmet, un lírico al fin, que como se ha dicho morirá también asesinado e incapaz de esclarecer su propio crimen, el del Teatro Eslava, se exalta y se excede entrando en la motivación del criminal, como si Pardina hubiera sido el autor intelectual del asunto. Él, que no tenía intelecto. Por otro lado, cultiva el santoral laico de Ferrer, aunque con el rechazo clásico: «Lo echan de Buenos Aires, y lo echan de Francia, y se acoge a este solar español... y oye de nuevo el ensalzamiento de Ferrer, y se ciega su mente, y piensa en una gloria funeral que no han de regatearle sus amigos, y supone que le levantarán una estatua... y asesina por la espalda». Aunque a Del Olmet le venga bien para su exaltado ditirambo, Ferrer no es más que un espantajo, la distracción que enseña el mago mientras esconde el truco. Pardina no piensa en su funeral, porque lo que menos imagina es que sus amigos le van a freír a tiros acto seguido de su minuto de gloria. Tampoco cree que le vayan a poner una estatua, porque no tiene imaginación. Y desde luego, como todos los asesinos de oficio, asesina por la espalda. La conjura utilizó al anarquismo y a los anarquistas, pero fue una operación de poder y dinero; no había ideal romántico. No fueron los banqueros afectados por la huelga de los ferrocarriles, ni la firma del tratado hispano-marroquí, ni los efectos de la *ley del brazalete*, que militarizó a los ferroviarios. A Canalejas no lo mataron por una medida en concreto, sino por una forma de gobernar.

Desde la legalidad dejaba sin argumentos los propósitos más radicales y hacía compatible la doctrina social con el orden y el respeto a la ley. Inclementes, otros ambicionaban detener los progresos e incluso revertir alguno de los avances. La ambición, el poder y la fortuna le creaban enemigos en el seno de sus propias filas. Fue esa la razón del rayo que estallaría «un mediodía espléndido» en la Puerta del Sol. Con un suicidio de dos disparos.

## Escasa indagación policial y forense

Pardina es un perfil calcado de Mateo Morral, como si los ejecutores magnicidas conformaran un fenotipo. Por la época del asesinato de Canalejas se implantó la costumbre de celebrar la llegada de año nuevo tomando las uvas por la excepcional cosecha de aquel momento. Por desgracia fue el mismo año de la muerte de un hombre honrado, según lo cuenta Luis Antón del Olmet, periodista que escribe sin saber que él también será asesinado.

Las conclusiones que señalan de forma contundente que Pardina no se suicidó son el producto de una investigación que desvela cómo el atentado fue sumido en la mayor confusión y manipulación, nunca aclaradas hasta hoy.

Muerto Canalejas, no se constituyó una unidad policial dedicada a poner en claro lo ocurrido. La gente de la calle estaba descontenta de la protección que se le había brindado al presidente y desde el rey hasta el último ciudadano protestaban. Muchos acusaban de inútiles al jefe de la policía y a sus empleados. Así lo recoge precisamente el periódico del que fue dueño Canalejas, el *Heraldo de Madrid*:

El anarquista se ha paseado tranquilamente por Burdeos, y ¡lo inaudito!, ha podido acercarse a Canalejas para dispararle a quemarropa.

Cuando el público lo ha sabido, la indignación ha comenzado a recorrer todo Madrid. Por todas partes se oyen frases de indignación contra la policía, contra esa policía que permite que un anarquista fichado pueda cometer un crimen en la forma cínica que lo ha hecho.

El sentimiento que produjo la noticia de la muerte de Canalejas se ha convertido en indignación contra la policía. El público pide la destitución inmediata del señor Fernández

Llanos, quien se supone que habrá dimitido enseguida con todo ese personal a sus órdenes inepto, que no ha sabido evitar el crimen anarquista.

Tratárase de un caso aislado, y la opinión hubiese comprendido que la policía no lo había podido evitar; pero la consecuencia de un plan anarquista, ejecutado por un individuo de antecedentes perfectamente conocidos, es una responsabilidad inaudita, reprobable, insólita.

¿Para qué sirve la policía? —se pregunta el público—. Esto es intolerable.

En la Puerta del Sol se han escuchado varias versiones de un movimiento iniciado por la opinión indignada, para dirigirse a la Jefatura de Policía en actitud hostil.

Sabemos positivamente que el señor Fernández Llanos ha dictado órdenes previsoras para evitar cualquier asalto del público a la Jefatura de Policía.

Por todo Madrid se oyen toda clase de censuras al jefe de policía y sus empleados, a quienes el público acusa de inútiles.

Este lío policial tal vez se usó como tapadera para no llevar a cabo la urgente habilitación de una brigada que reconstruyera lo ocurrido y fuera tras los pasos de los posibles cómplices; porque nada se hizo. Dimisiones y lamentos. El hombre más bajo y de barba rubia que estaba junto al asesino de Canalejas, y parecía su cómplice, nunca fue hallado; y la mujer que dejó al asesino poco antes del tiroteo, tampoco.

El fracaso estratosférico de la inspección policial ya se mostró con rotundidad en 1906, con Romanones de ministro de la Gobernación, en la boda de Alfonso XIII, en la que las fuerzas de seguridad hicieron el mayor de los ridículos en presencia de los príncipes herederos de toda Europa. Ahora que Romanones habría de ocupar por primera vez el cargo de presidente del Consejo de Ministros, la posibilidad de que se actuara de otro modo desaparecía por completo. Y en efecto, nada hubo: todo quedó en un magma en el que no se explican los hechos del atentado, se acepta que el criminal mató probablemente a Canalejas porque le fue más fácil que matar al rey y se admite que luego se suicidó, a pesar de las evidencias en contra. Fue una solución tosca, pero tan sólida que no se ha desbaratado hasta el siglo XXI.

Las noticias acumuladas señalan que el asesino llevaba una pistola Browning, nueva, de gran calibre, y aunque el librero dice haber visto un revólver, es la primera versión la que se adopta, sin que la pistola se guarde o pueda encontrarse documentación de ella. Con un revólver aún habría podido hacer menos disparos de los que hizo, que ya de por sí hacen descartar que armara tanto tiroteo y guardara dos para el acto de volarse los sesos.

En las tinieblas de su acción, la policía no sabe cómo se llama en realidad el asesino. La prensa tampoco lo sabe y los historiadores lo recogen de estas fuentes sin mayor comprobación. La indagación forense tampoco

aclara las heridas: hay quien dice que a Canalejas le mataron de un tiro en la cabeza, quien afirma que recibió tres, uno en la cabeza, otro en el corazón y el tercero en un brazo. Mucho tiempo después, cuando Del Olmet escribe su hagiografía, presenta como un descubrimiento personal que Canalejas tenía un segundo tiro. Hasta tal punto se había extendido el oscurantismo sobre los detalles.

En el caso de Pardina ya se ha dicho de qué forma aplastante se niega la evidencia, hasta el punto de que ni siquiera las fotos publicadas revierten las mentiras. La indagación policial y forense fue pobre, mala y sin resultados.

La justicia se cree sin mayor discusión las declaraciones del matrimonio que acoge a Pardina mientras prepara el crimen y aprecia su buena fe sin mayores indagaciones. Da por bueno que actúa solo y que es un hombre de suerte porque, ante el recorrido del rey, vigilado por guardias uniformados, que había de atravesar a las doce la Puerta del Sol, se le presenta Canalejas indefenso y a pie, como un mirlo blanco, al que se da por hecho que no le gustaban los guardaespaldas y por eso iban tan lejos que no pudieron impedir el atentado. Y nadie exige responsabilidades. Por ejemplo, no se piden explicaciones de por qué cesó en Francia la vigilancia del asesino, quién la autorizó y quién escapó a explicarlo frente a un tribunal. Realmente en España la impavidez ante las mentiras de la historia es apabullante.

El anarquista queda como tal, aunque nada determina que lo sea, por más que se mencione que se relacionaba con grupos de esa ideología, lo que coincide con otros «ejecutores», también por defecto, considerados militantes de «la Idea». El *Heraldo de Madrid*, aunque es un gran periódico, es víctima de la desinformación y del apretón informativo: escribe mal el nombre del asesino y dice que «Pedro y Vicenta» son sus padres, cuando estos son en realidad los abuelos. Se trata, como se sabe, de Manuel Pardina Sarrato y es hijo de Agustín y María.

En nuestro tiempo, siguiendo el plan de investigación de los magnicidios que nos hemos trazado, la capacitada doctora en Medicina Legal y Forense María del Mar Robledo ha realizado el estudio médico incompatible con la autólisis del asesino de Canalejas. El criminólogo Javier Durán, con más de veinte años de experiencia en el laboratorio de criminalística, tras pruebas en la galería de tiro con el arma de la época sobre cabezas de cerdo, para reproducir las condiciones de los disparos, determina que se hicieron a cañón tocante y que por el lugar y la trayectoria no pudo infligírselos el supuesto suicida, dado que cualquiera de ellos provoca la muerte inmediata. Tuvo que

haber un tirador ajeno. Pardina no se suicidó, pero todo se preparó para que pareciera un suicidio.

La doctora Robledo escribe que Pardina...

Tiene una herida de entrada de bala en la región temporal derecha; herida de salida de bala en la región temporal izquierda; herida de entrada en la frente lado izquierdo; herida en el pómulo izquierdo posible orificio de salida de bala; herida contusa debajo del ojo izquierdo; herida contundente contusa irregular en pómulo derecho de 3 cm aproximadamente; herida por objeto contundente en la región superior del tabique nasal con sangrado, heridas defensivas en ambas manos: nudillos, dedos y sangrado de uñas; herida por sable y marca de una porra en la espalda. El criminal vestía traje medianamente conservado y abrigo tres cuartos gris.

Todo esto encaja de forma perfecta con el sospechoso relato de los magnicidios que han cambiado el curso de los acontecimientos en España en cinco ocasiones, en poco más de un siglo, sin que hasta ahora hayan sido explicados.

La pistola que utilizó, según la versión aceptada cruzando los dedos, sería efectivamente «una Browning nueva de gran calibre», que el estudio balístico determinaría que no puede ser otra que el modelo 1910, de 9 mm corto, llamada la *matadukes*, porque una igual sería usada en el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, arma que monta un cargador de seis balas, y que antes del «suicidio» hizo seis disparos. ¿De qué pistola salieron las otras dos balas que mataron a Pardina?

Pero hay más. El librero Roberto San Martín, hijo del dueño de la librería convertida en infausto escenario del crimen, testigo que estaba de frente y vio la escena desde un lugar privilegiado, afirma en su relato que el criminal utilizó un revólver. ¿De dónde sale que fuera una pistola? ¿Y por qué una Browning? ¿Sería porque era marca de moda y supuestamente también la que se atribuye a Morral cuando intenta matar a Alfonso XIII? Por cierto, ¿dónde están los casquillos si era una pistola?

Quizá el periodista que nos cuenta lo que dice el librero no sabe distinguir pistola de revólver, aunque lo peor es que nadie después lo corrige. Las falsedades que se han contado sobre estos hechos históricos abarcan todos los ámbitos. Hasta adjudican a Pardina la misma edad que a Morral, porque llevaba encima una fe de bautismo en la que se toman los abuelos por los padres. Afirmaciones que se consideran válidas aunque son desmentidas por hechos rotundos... Por cierto, ¿no es extraño que el asesino lleve en el bolsillo la fe de bautismo? ¿Dónde se ha visto eso? Encima hay autores que

dan por cierto que lo tenía anunciado a sus compañeros de ideología, como si eso fuera fiable. No hay un caso igual en los anales del crimen.

Canalejas llevaba mucho tiempo preocupado. Tras el despacho con el rey Alfonso XIII, al ir a salir del alcázar, le sacudió una ráfaga de viento: «Hoy vamos a tener un mal día», dijo. A las once veinticinco se confirmó de la peor forma su augurio, según señala su reloj, que quedó parado al romperse en el suelo. Decía el fundador-gerente del diario republicano *El Radical*, Alejandro Lerroux García:<sup>57</sup>

Pero el asesinato de Canalejas no tiene explicación posible. Otros políticos dinásticos, de algún relieve, pudieron temer una villana agresión. Canalejas, no. Pensaba como nosotros, no había sembrado odios; no incubó enemigos personales con su conducta. Correcto con todos, tenía la rara virtud de concitar complacencias, cuando otros de más rígida contextura hubieran provocado rencores. No dio satisfacción —justo es decirlo, pues la muerte no debe ser salvoconducto de la insinceridad— a las aspiraciones del pueblo, que pide nuevas orientaciones económicas y políticas; pero, eludiendo viejos compromisos unas veces y concediendo ligeras reformas otras, supo mantenerse en el poder sin grandes aplausos ni grandes protestas. Por eso vivía confiado, por eso no tenía agresores. Se le veía recorrer a pie el trayecto que mediaba entre su casa y el Ministerio de la Gobernación. En la Puerta del Sol se detenía, con curiosidad de intelectual, ante las vitrinas de las librerías, alerta siempre para seguir el movimiento literario. Y ha sido en una de esas paradas cuando le acechaba el criminal autor del atentado.

A nuestra protesta, hemos de acompañar nuestro juicio: el asesino y suicida no pertenece, no puede pertenecer a ningún partido. Cualquier ideal político que tales procedimientos preconice, se deshonra.

*El Radical* describía con detalle los momentos previos al asesinato:

A las 11.15 salió Canalejas de su domicilio, a pie, y solo, como de costumbre, con dirección al Ministerio de la Gobernación, donde había de presidir el Consejo de ministros. Tras Canalejas marchaba el inspector de policía de la ronda especial, Sr. Borrego y dos guardias de seguridad. Al salir de su casa el presidente le dio a un guardia un documento para que lo llevase al ministerio. Canalejas entró en la calle del Príncipe, y al llegar al escaparate de la librería de Beltrán, se detuvo como tenía por costumbre, examinó rápidamente los libros y continuó su camino. Luego penetró por la Carrera de San Jerónimo y desembocó en la Puerta del Sol. Una vez frente a la librería de San Martín, Canalejas volvió a detenerse e inclinándose ligeramente hacia delante, miró los libros.

En aquel momento, un hombre joven, llamado Manuel Pardinás, de regular estatura, acompañado de una mujer, salió del bar de la Puerta del Sol, esquina a la calle Carretas. Ambos se pusieron a mirar también los libros con mirada distraída. Cuando parecía que Canalejas estaba más entusiasmado mirando los nuevos títulos de los libros, el desconocido sacó una pistola y disparó a Canalejas, pero no hizo blanco. Efectuó un segundo disparo y la bala rompió el cristal

del escaparate, rebotó y fue a dar en el labio inferior a un transeúnte. Tampoco este segundo disparo hirió al Sr. Canalejas. El agresor entonces, sin que mediara apenas un segundo, hizo un tercer disparo, que penetró por debajo de la oreja izquierda del presidente, perforando la apófisis mastoidea del occipital con orificio de salida por el parietal derecho. La muerte fue instantánea. Cayó sin pronunciar palabra. Acudieron en su auxilio algunos guardias, policías y el doctor López Pelegrín, que pasaba en aquellos momentos por el lugar del suceso y que se apresuró a reconocer al herido, ordenando que inmediatamente fuera conducido al Ministerio de la Gobernación. Mientras el asesino, creyéndose perdido y viendo que la gente se dirigía hacia él, se disparaba un tiro en la frente, Canalejas era reconocido en el zaguán del Ministerio por el doctor Pelegrín, que solo pudo certificar su muerte. En esos momentos llegó el ministro, Sr. García Prieto, quien, con el subsecretario, empezó a dar las primeras disposiciones. Poco después fueron llegando al ministerio numerosas personalidades políticas, que tras ver el cadáver se sentían indispuestos. Como dato curioso señalar que el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Arias de Miranda, había salido en coche oficial unos minutos antes de que ocurriera el atentado, y al llegar a la calle de San Bernardo vio a la policía que cargaba contra los estudiantes. Ya en la Puerta del Sol, al ver el gentío, el ministro bajó del coche y preguntó a un oficial de Seguridad: ¿También aquí los estudiantes? No, señor —contestó el oficial—; es que acaban de asesinar al Sr. Canalejas.

El monarca suspendió las audiencias y salió hacia Gobernación acompañado del ministro de la Guerra, del marqués de la Torrecilla y de los generales Aranda, Besarán y Primo de Rivera. Cuando el soberano llegó, como alguien manifestase extrañeza, dijo:

—¡Vengo a cumplir un deber! —Y añadió impaciente—: ¿Dónde está el cadáver?

Subió precipitadamente, entró en el salón y quedó frente a su primer ministro, reflejando en su rostro una impresión profunda. Por sus mejillas rodaron silenciosas lágrimas. Paralelamente, el asesino, que todavía seguía con vida, fue trasladado a la casa de socorro, instalándose allí el juzgado de guardia, aunque el juez no pudo tomarle ninguna declaración debido a su crítico estado, muriendo poco después. Al parecer, el gobierno argentino había avisado al ejecutivo español de que un conocido anarquista de acción se dirigía a España desde Argentina, con propósitos siniestros, pero el gobierno español no hizo nada por evitar el crimen.

El rumor se había confirmado: «Manuel Pardinás» estaba fichado como anarquista peligroso. Era cierto que la Jefatura de Policía sabía desde cuatro días antes que este individuo se encontraba en Madrid y las intenciones que traía, pero no se había hecho nada por evitar que llevara a cabo sus planes. Preguntado el Sr. Fernández Llanos sobre para qué servía la policía, contestó cínicamente que «para no dar noticias a los periodistas». Es el colmo de la frescura que se atreva a hablar con esa arrogancia, cuando ya debiera haber dimitido a estas horas. «Pardinás» había vivido en el Paseo de Luchana 7, y después en la calle Abascal. Procedía de Francia, pues en el Ministerio de la Gobernación había un telegrama del Gobierno francés en el que se anunciaba la salida para España de un tal «Pardinás». Una brigada especial de policía,



que dirigía el señor Villalba, anduvo persiguiendo dos noches antes del asesinato a «Pardinas»; pero con tan mala suerte que le dejó escapar.

Según varios testigos, al asesino le acompañaba una mujer, momentos antes de cometerse el crimen, la cual desapareció en cuanto los disparos sonaron y el presidente cayó; la policía, se supone que estaba buscando a aquella mujer misteriosa, aunque de momento nada se sabía de ella. Los periodistas preguntaron al jefe de policía si era tan difícil encontrar a aquella mujer, considerada clave para descubrir el móvil.

Por la tarde se reunieron todos los jueces de Madrid para acordar el nombramiento de un juez especial. La designación recayó en el Sr. Moreno, juez del distrito de la Universidad; el escribano sería el Sr. Suárez. Hasta el momento habían declarado el hijo del librero Sr. Martín, los guardias de la policía urbana Ceferino del Castillo y Cayetano González y los guardias de seguridad Gregorio Nieto y Manuel Gil. Quizá lo más interesante fuera la declaración de los guardias urbanos. Estos dijeron que oyeron un disparo y volvieron inmediatamente la cabeza. Vieron entonces al señor Canalejas que caía y lo recogieron en sus brazos, oyéndole exclamar, dirigiéndose al inspector de policía que le acompañaba, que era el señor Borrego: «¡Ay, Borrego, ese bribón me ha matado!». No pronunció ni una palabra más, condujeron entonces al ministro al salón de la Gobernación donde murió poco después. Un joven médico declaró su muerte.

Hasta aquí la crónica de *El Radical*, donde la información es inexacta: Canalejas no dijo ni una palabra.

Canalejas gozaba de simpatías personales entre los diferentes partidos políticos. Momentos después de ocurrir el trágico suceso, García Prieto fue nombrado presidente interino del Gobierno. Apenas recibió el nombramiento, reunió a los ministros que se hallaban en Gobernación para celebrar el consejo anunciado desde el día anterior, al que por cierto iba Canalejas cuando fue asesinado. Condenó el atentado y dio cuenta a sus compañeros de la anormal situación política que el suceso había ocasionado. Se acordó que se abrieran las sesiones en las Cámaras para que el gobierno comunicase a los representantes del país la brutal agresión, y las suspendieron hasta nuevo aviso.

Se convino también en presentar la dimisión total del gobierno al rey, para dejar libertad a este para que resolviera, como mejor le conviniera, la situación política. Con la muerte de Canalejas se consumó la división del Partido Liberal. Se llamó a consulta a los presidentes y expresidentes del Consejo de Ministros y de las Cámaras: Segismundo Moret, Antonio Maura, Eduardo Dato, Marcelo Azcárraga, Alejandro Pidal...

El conde de Romanones, presidente del Congreso, fue el primer político que habló con el rey. La entrevista duró unos treinta y cinco minutos, y nada

quiso decir a los periodistas. Parece ser, sin embargo, que Romanones, después de hacer al rey una exposición imparcial de la situación de las fuerzas políticas, le aconsejó nombrar a Montero Ríos, que sería apoyado por todos los elementos liberales parlamentarios. Según Montero Ríos, la consulta con el señor De Lourisan fue muy corta. Como el anterior, no dijo ni una palabra. «Pero estamos seguros —afirmaba Ríos—, de que aconsejó al rey la continuación de los liberales en el poder, porque lo primero que convenía era dejar legalizada la situación económica, aprobando los presupuestos, y después, arreglar la cuestión política con más calma y mejor conocimiento de la realidad».

Moret estuvo con el monarca tanto tiempo como Romanones. Lo primero que le dijo, como ya lo habían hecho los políticos anteriormente consultados, fue que debían seguir gobernando los liberales. Luego afirmó que había que legalizar la situación económica con preferencia a todo lo demás, teniendo buen cuidado de no hipotecar más cosas del porvenir.

Maura quedaba en reserva. La entrevista del jefe del partido conservador con el rey fue la más duradera. No quiso decir nada concreto. «Yo no soy de la casa —contestó a los periodistas que le interrogaban—, y solo los liberales pueden informarles a ustedes». Es seguro que aconsejaría la permanencia de los liberales en el poder, pero se ignoraba por cuál facción o personalidad se inclinaría. «Y como todavía continuaba siendo Maura el definidor de las situaciones políticas, no se podía decir nada en concreto de lo que pasaría hasta que “la esfinge” no hablase», precisaba el periódico de Lerroux.

Las posibilidades se inclinaban al lado de Moret, que parecía conservar un mayor prestigio que los demás personajes del Partido Liberal que podían aspirar a la presidencia del Consejo de Ministros. En Francia, *Les Debats* estimaba que el asesino debía de ser un anarquista, puesto que Canalejas no había levantado a su alrededor ninguna animosidad personal y no se explicaba por qué había sido objeto de un atentado.

No obstante, la crónica del *Heraldo de Madrid* sobre lo mismo es una obra maestra del periodismo informativo que mantiene intacta la emoción de los instantes definitivos del asesinato:

Apenas si la emoción inmensa que sentimos nos permite coordinar las ideas para dar forma a la expresión de nuestra pena profundísima.

Un criminal ha seguido esta mañana al presidente del Consejo, a nuestro amigo entrañable don José Canalejas, y lo ha matado disparando sobre él una pistola Browning.

El gran orador, el insigne demócrata, el estadista eminente, el pensador que con más presteza y más clara visión de la realidad se había asomado a Europa y había recogido las palpitaciones del pensamiento moderno, ha caído en la calle esta mañana asesinado vilmente por la brutalidad salvaje de un miserable que ha querido pasar a la Historia, a la Historia que lo abominará, manchando con la sangre de un hombre superior que era honor y prez y gloria de su patria.

Canalejas iba solo, desprevenido, preocupado, meditabundo. Cruzaba por la acera de la Puerta del Sol desde la calle de Espoz y Mina hacia el Ministerio de la Gobernación. Al pasar por la librería de San Martín detuvo el paso y dirigió la mirada al escaparate. Entonces un hombre limpiamente vestido, con gabán claro y traje azul, se aproximó a Canalejas, y sacando un arma de fuego disparó varias veces sobre Canalejas, que le daba la espalda.

Cayó el presidente, se suicidó el asesino y el cuerpo exánime, como con más pormenores relativos a este horroroso crimen decimos en otro lugar, fue metido en un coche y llevado a Gobernación, donde expiró el ilustre político sin proferir una sola palabra.

Este asesinato es un oprobio de la libertad, un testimonio nefando de la maldad humana. Canalejas era un alma abierta a todos, un corazón que sentía como nadie las miserias del prójimo, un espíritu lleno de nobleza.

Se había hecho él; con tenacísima laboriosidad, aguijada por el noble anhelo de ser útil a su nación.

Nadie como Canalejas había sentido las quejumbres de la multitud menesterosa; nadie había lanzado antes ideas fundamentales en lo económico y en lo social, que, puestas en vigor como leyes, hubiesen calmado, si no satisfecho en absoluto, las ansias de bienestar de la clase trabajadora.

Y este hombre que había de ser por su espíritu modernizador vínculo de unión espiritual entre España y las demás naciones; este hombre que era la encarnación de las ideas novísimas, para cuya derivación paulatina hacia la realidad de nuestro ambiente solo esperaba la sazón que el tiempo impone a gérmenes para los que no se halla preparado todavía el terreno que ha de prestarles vida, muere, así, en la calle, víctima de un anarquista que lo acecha, cuando acaso al pasar frente a un escaparate de libros vibran en su cerebro lleno de luz ideas que le preocuparon siempre para que los pobres tengan pan y la Justicia y el Derecho no padezcan los ultrajes del despotismo.

Canalejas tenía aquí, en esta Casa, afectos hondísimos; con nosotros había departido muchas veces con aquellas sales áticas de su conversación, siempre ingeniosa, vestida de las ironías y de las galanuras de su inteligencia señorial.

No hace mucho tiempo que el presidente del Consejo, dejando a la puerta de la Casa del Herald el coche oficial, había visitado nuestra imprenta y había saludado a los operarios de nuestros talleres con frases de afecto, que evocaban recuerdos de nuestra convivencia en una labor común.

En nosotros acrecientan el dolor el recuerdo inmediato de sus palabras efusivas y el remoto de una amistad que había fortalecido el diario vencimiento de las tareas comunes.

El presidente, al llegar al escaparate de la librería de San Martín, se detuvo para ver los libros, y a alguna distancia y escalonados, como van siempre, se situaron los agentes que forman la ronda secreta, cuyo primer puesto estaba confiado a don Leonardo Borrego Robledo. Hallábase, como decimos, el presidente del Consejo examinando los libros cuando se acercó un

individuo de regular estatura y bien vestido, y sacando rápidamente una pistola Browning disparó por detrás tres tiros sobre don José Canalejas.

El policía que antes mencionamos oyó los disparos, y precipitadamente descargó su bastón contra el agresor, torciéndosele el palo; pero antes que tuviera tiempo de sacar un arma el asesino le disparó un tiro, sin hacer blanco por un rápido movimiento del policía. También trató de interponerse y sujetar al asesino un individuo llamado Víctor Galán Freig, a quien también disparó un tiro el agresor, causándole una herida en un brazo.

Como final del sangriento y bárbaro suceso, el agresor se refugió detrás de un coche de punto y se disparó un tiro en la cabeza...

### Cada periódico señala a un médico como auxiliar del herido:

El médico don Daniel Sánchez de Ribera, que desde la librería acompañó al señor Canalejas a Gobernación, procedió a reconocerle. Según el citado doctor, el presidente del Consejo solo presentaba una herida de arma de fuego, con orificio de entrada por la apófisis mastoidea izquierda y de salida por el lado derecho, mortal de necesidad.

A los pocos momentos fueron llegando cuantos personajes son importantes en la política. Uno de los primeros fue el señor García Prieto, que al cruzarse con don Miguel Moya, y hondamente emocionado, dijo:

—¿Pero es cierto? ¿Está herido el presidente?

—¡Muerto! —dijo una voz, y ante la terrible noticia el señor García Prieto sufrió un desvanecimiento, teniendo que apoyarse en sus amigos para no caer al suelo. Don Práxedes Zancada sufrió un síncope al contemplar el cadáver. Otro tanto ocurrió con los señores Maura y Luque. Presentaba el agresor y suicida [se equivocan al describirlo] «una herida de arma de fuego con orificio de entrada en la región temporal derecha, con salida por la interparietal izquierda». Su filiación, según la partida de bautismo que llevaba en el bolsillo, es la siguiente: Manuel Pardinás Serrato Martín [se equivocan en el nombre], nació el 1.º de enero de 1880 y tenía, por lo tanto, treinta y dos años. Era natural de El Grado (Huesca), e hijo de Pedro y Vicenta [confunden los padres con los abuelos]. El teniente fiscal señor Mena, con el juez de guardia, recogió la partida de bautismo, una cartera y un reloj. El asesino es «un anarquista conocido», cuya ficha antropométrica figura en los Registros de la Policía.

La versión de algunos testigos presenciales del atentado señala que «Manuel Pardinás» estuvo esperando el paso de Canalejas en un bar. Consumado el crimen, huyó rápidamente. Pero no tanto como para que un transeúnte, llamado Víctor Galán, se percatase de lo ocurrido y tratara de detener al autor del atentado, arrojándose sobre él. Entonces el asesino le hizo un disparo hiriéndole en el antebrazo.

¿Podría haber otro cómplice? Juan González, que vive en Tetuán, fue a la redacción del *Heraldo* para contar lo que sabía:

—Bajaba yo por la calle de Carretas, y al desembocar en la Puerta del Sol vi a Canalejas, que estaba inclinado mirando el escaparate de la librería; estaba rozando con el sombrero el cristal, y me fijé en que llevaba el bigote retorcido y estaba recién afeitado. Y yo pensé: «Buena ocasión para pedirle un destino». Pero ante el temor de que algún agente no me dejara acercarme a él, creyendo que yo pudiera ser alguno como ese que le ha matado, previamente me contuve. Entonces vi que un hombre de barba más bien rubia se acercaba a Canalejas y le miraba la cara muy cerca, y en aquel momento pasaba junto a mí una muchacha, y la miré, y en ese instante oí tres tiros; levanté la cabeza, creyendo que era un cable o algo así, y en esto veo caer a Canalejas, rígido, y a un hombre con una capa dando traspiés, que fue a caer detrás de los coches...

—¿El de la capa no era el de la barba?

—No, señor.

—¿El de la barba no era un hombre alto, fuerte, fornido?

—No, señor; era más bajo que Canalejas.

—Es que el agente que dio un palo al asesino tiene barba; pero es alto y fuerte.

—No, señor; el hombre de la barba que yo vi acercarse a Canalejas, como para reconocerle, momentos antes de los disparos, es más bajo que Canalejas.

—Y la barba, ¿es negra?

—No, señor; algo rubia.

Según un alto cargo en la Administración pública, el asesino de Canalejas llegó hace tres días de Barcelona.

También decían, aunque luego se perdería en el marasmo de dimes y diretes, que dos agentes de la policía secreta al ver que un individuo disparaba un revólver contra el presidente del Consejo, le hicieron varios tiros, matándole...

## Seis crímenes que cambiaron España

La prensa destaca las impactantes coincidencias de los atentados, de los que tres de ellos se produjeron en martes: a Prim lo asesinaron el martes 27 de diciembre de 1870; a Canalejas, el martes 12 de noviembre de 1912, y a Dato, el martes 8 de marzo de 1921. Por si fuera poco, la suma de las cifras del año del atentado a Canalejas, 1912, resulta 13, igual que las de Dato, 1921. Se da la circunstancia de que don Eduardo había nacido sesenta y cuatro años atrás también un martes, el 12 de agosto de 1856. Martes y 13, mal día para los presidentes del Consejo.

En el caso de Dato, alguno del trío catalán o sus protectores escribieron una amenaza en el urinario, donde otros ponen «tonto el que lo lea». Lo que tampoco alertó a nadie. Pese a que todos deberían estar con los nervios a flor de piel, con los ojos y los oídos bien abiertos.

A Prim le advierten su madre y Paca Agüero; a Canalejas, su esposa; a Dato, su familia; a Alfonso XIII, el clamor del país; a Cánovas, su instinto y coraje; a Carrero, su esposa, Carmen. Una tarde de nevada intensa, el general tomó la berlina acompañado de ayudantes desarmados. Canalejas, un hombre que diseña un Estado en su cabeza, al que le gusta desayunar chocolate con bizcochos, sube a pie y solo la calle Huertas. Está prevenido porque incluso ha pedido confesión. Hace alarde de coraje mientras se aleja de sus escoltas inútiles. Dato toma su coche para cruzar Madrid por el centro con fe de carbonero, incapaz de atender a sus necesidades de protección. Tiene la conciencia tranquila, inspira parte de su política en la encíclica papal *Rerum Novarum*, como no he visto hacer a nadie. Cánovas toma las aguas rejuvenecido porque le dan la vida, se pasea por la carretera de Mondragón

seguido de su asesino y no se hace con el orden y la seguridad en el interior del balneario, él, que fue capaz de restaurar la monarquía, devolver el trono a los Borbones y retrasar la guerra con el país más poderoso de la tierra.

Una oleada de imprudencia se cierne sobre España en las épocas malditas en las que el máximo ejecutivo o el rey son agredidos. Desde el asesinato del presidente McKinley, a manos de un solitario con una pistola bajo un pañuelo, los hombres que dirigen el país permanecen como si eso no hubiera sido un aviso a navegantes. Dejando fuera el valor temerario del rey Alfonso XIII, empujado por su insultante juventud y su devoción por la vida militar, los otros eran gente con experiencia; y leída. Prim sabía perfectamente que basta con un enemigo para quitarte la vida, y encima habría podido trazar una estrategia en primera línea. Todos muy tranquilos, serenos. Canalejas está calculando el desplazamiento de tropas en la guerra de los Balcanes en un mapa que se exhibe en la librería San Martín. Siente el alma ligera y hace tiempo para la cita de Gobernación, justo al lado. Pardina tiene mirada de vaca, como Mateu, en la foto de la policía. Se acerca por la espalda y mata sin dificultad.

Dato está seguro de que hace lo correcto como jurista y como ser humano. Va recostado en la parte trasera derecha de su coche, por donde entra un disparo que le afecta a la zona occipital. Están matando a un reformador social, un amigo de los desfavorecidos. Su colega, aunque suena extraño decir esto, Gabino Bugallal Araújo, ya como presidente en lugar del presidente, lo predica con acierto en el Congreso: «Fue la primera vez herido aquel Cánovas del Castillo, el iniciador del estudio de las doctrinas sociales... Fue el segundo aquel Canalejas que pasó toda su vida siendo el portaestandarte de estos ideales de amparo, de protección del desvalido... y es el tercero, señores, aquel que ha tenido la gloria de ser el iniciador en la esfera legislativa de soluciones a favor de las clases obreras».

Dato llega muerto a la Casa de Socorro de la calle Salustiano Olózaga, aunque los médicos hagan sus trámites y pongan la hora que convenga. Su coche parece un queso de gruyere. Las heridas que están a la vista son de tal gravedad que ni siquiera desnudan al presidente para observar otras. Hay tres a la vista y son mortales de necesidad. ¡Qué vulnerables son los presidentes de España!

Cánovas del Castillo era consciente de que había que congelar la guerra con los Estados Unidos y trazar una estrategia para arreglar las cosas en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. La Restauración estaba hecha; pero un

conflicto armado, contra los que si nos descuidamos nos aplastan, significa la destrucción y el horror. Quienes lo mataron pensaban en los beneficios de toda guerra: la muerte de muchos, la riqueza de otros. El asesinato de Cánovas provocó un cambio completo en la política. Mientras Cánovas trataba de sofocar las ínfulas de los cubanos independentistas y los aires de intervención norteamericana, mientras mantenía una estrategia interna de apaciguamiento y equilibrio, quien le sustituyó en octubre de 1897, Práxedes Mateo Sagasta, el hombre que no protegía a Prim, concedió protagonismo a los cubanos independentistas y aflojó la presión al destituir a Weyler de capitán general de Cuba, nombrando a un moderado y concediendo amnistía a los presos. Igualmente impulsó una nueva Constitución cubana y puertorriqueña, así como la paz en Filipinas.

La muerte de Cánovas daba por finiquitada la Restauración y provocaba el caos en su partido. La debilidad mostrada y la falta de condiciones negociadoras hicieron inevitable la guerra contra Estados Unidos. Las pretensiones cubanas dieron un gran paso y las posibilidades de evitar el conflicto desaparecieron. Weyler pensaba que la guerra en Cuba estaba prácticamente ganada, pero al morir Cánovas le relevaron y nadie se opuso a la jugada de los norteamericanos. El asesinato provocó también el relevo de los líderes. Lo principal es que influyó en la entrada en guerra de Estados Unidos y el anuncio del fin del viejo sistema. Con Alfonso XIII las cosas serían de otra manera, aunque sin duda bajo el pecado original de la revolución liberal que había terminado votando al nuevo rey. Prim había vaciado el trono con la intención de llenarlo de nuevo ante la sorpresa de los republicanos, pero no pudo terminar su obra. Cánovas, sin embargo, murió dejándolo todo hecho: recuperó la dinastía y restañó las heridas para que los reyes se reconciliaran con su pueblo. Murió cuando intentaba conservar la integridad del reino de ultramar.

El marqués de Lema, acompañante de Cánovas en el balneario, concede a su asesino la caballerosidad de no haber disparado al presidente en la carretera de Mondragón por no hacerlo delante de la señora. Es decir, ahorrarle el espectáculo. Sin embargo, el asesino no era un caballero, sino un desaprensivo que disparó contra un hombre desarmado, y no por algún motivo respetable, sino en cumplimiento de una misión que nunca ha sido desvelada y que solo puede conocerse por las consecuencias.

Algo que parece anecdótico, pero no es nada despreciable, es que Sagasta vivió en primera línea el asesinato de dos presidentes del Consejo de



Ministros.

Hay una afirmación que puede hacerse desde el principio: a José Canalejas Méndez no le mató el anarquismo militante, aunque el asesino fuera disfrazado de anarquista. Hubo una alianza entre los hijos de Marx y los de Bakunin, pero todos quedaron al margen. Ni siquiera tiene rasgos de Kropotkin, el más radical o «mano negra» de la violencia. La muerte de Canalejas fue un negocio. Así que olviden la desinformación asimilada. La propaganda anarco predicaba la muerte de los máximos poderes del Estado: reyes, ministros, diputados, hasta que el sistema reventara dando paso a la colectivización. Pero eso solo era parte de la propaganda, en la que se hacen encajar las acciones de los integrantes del complot. A río revuelto...

Ni Kropotkin en *La ciencia moderna y el anarquismo* logra colar la idea taumática de que Canalejas era un tirano. Recordemos la célebre frase del tribuno frente a Silvela, cuando este trataba de tomar medidas excesivas de represión contra los trabajadores: «Al máuser se contesta con la dinamita». De modo que era consciente de los límites de la autoridad y jamás se habría conducido como un dictador. Matar a Canalejas no se hizo para acabar con tiranos ni vengar anarquistas. Fue simplemente, como en todo magnicidio, para darle un vuelco a la política. El asesino que lo eliminó era solo un anormal que actuaba como instrumento.

La muerte de Canalejas descabeza el Partido Liberal, pero allí está raudo y avizor el conde de Romanones, que acumula títulos y ganas. Es su gran oportunidad para ser presidente. Hasta el momento arrastraba un currículum interminable de abogado, hombre de negocios y escritor, que hereda la titubeante designación para hacerse con los mimbres del partido y alcanzar el gobierno, aprovechando el tutelaje de Segismundo Moret, todavía en pie en la política, y redivivo. El mismo que en tiempos le hiciera dimitir por el fiasco de la boda de Alfonso XIII. Romanones ejercía de rival de Canalejas y fue el principal beneficiado político de su desaparición.

De todas formas, como suele pasar en la historia española contada para crédulos, los hechos iban por un lado y las interpretaciones por otro. A los jesuitas les llama Umberto Eco, por medio de uno de sus personajes, «masones vestidos de mujer». <sup>58</sup> Gente que no da puntada sin hilo. El jesuita fray Pedro Gerard, hombre culto y penetrante, en el elogio fúnebre celebrado en Jerez, el 25 de noviembre de 1912, compara el crimen de Canalejas con el de Julio César, ya saben, la conjura de los senadores con el propio hijo adoptivo de César al frente. En la muerte de Canalejas los criminales no

estaban tan cerca, pero eran varios, estaban juramentados y armaron el brazo tonto del falso anarquista. El jesuita de la broma de Eco culpa al liberalismo anticlerical de haber engendrado el anarquismo, es decir, que echaba balones fuera, como haría un masón de los de antes, de los tiempos de los espadones y las balas de la calle del Turco. Gerard se pone apocalíptico: «Pusiste las tinieblas y la noche fue hecha y en ella saldrán todas las fieras de la selva».<sup>59</sup>

Los liberales, lejos de aceptar el mazazo, le contestaron denunciando el absolutismo y la reacción como el verdadero germen de los crímenes y señalaron la ignorancia como origen del anarquismo. El Estado y la forma de gobierno son puestos en cuestión tras la sangre derramada.

Por el contrario, Eduardo Dato sí era de verdad un hombre creyente, fervoroso partidario de Santa Rita y del Sagrado Corazón, cuyas estampas llevaba en su cartera el día de su muerte. Practicaba la venerable humildad del hombre bueno, con lo que es imposible atribuirle la prédica de los falsos anarquistas. Dato era católico, desprendido y modesto, con una modestia casi monacal. La causa fundamental de su asesinato fue la política seguida por los gobiernos tras la Primera Guerra Mundial. Tal vez el escenario de su muerte comenzó con la huelga de La Canadiense, en Barcelona. Los salarios se habían desplomado y eso produjo una turbulencia social. La compañía de la energía eléctrica y explotación de tranvías de Barcelona, llamada popularmente La Canadiense, sufrió una huelga a consecuencia de unos despidos de su filial Riegos y Fuerzas del Ebro. A los pocos días, en febrero de 1919, se sumaron los obreros del gas y la electricidad. Barcelona se apagó, quedándose sin luz ni tranvías. Hubo una conmoción social y miles de obreros fueron encarcelados en Montjuich. La prensa fue censurada, y cesó la publicación de noticias sobre los movimientos sociales. En ese momento el presidente del Gobierno era Romanones, que intentó restablecer la paz mediante el diálogo. Parecía haberlo conseguido cuando las pegas de las empresas para readmitir a los despedidos y la lentitud de la autoridad para poner en libertad a los detenidos volvieron a inflamar el conflicto. Milans del Bosch, capitán general de Barcelona, declaró el estado de guerra, lo que provocó la dimisión del gobernador, del jefe de la policía y del presidente Romanones.

Le tocó a Dato, presidente del Gobierno tras el breve gabinete de Allendesalazar, enfrentarse al asunto, y se dice que eso fue la causa de su muerte. Puso un nuevo gobernador en Barcelona, Martínez Anido, un militar enérgico, y un jefe de policía de extrema dureza. En sus calles habrían de

morir asesinados el presidente de los tintoreros, Pablo Sabater; el hombre de la policía paralela de la patronal, Bravo Portillo, y el líder de la CNT, Salvador Seguí, el *Noi del Sucre*.<sup>60</sup> El 9 de noviembre de 1920 Martínez Anido aplicó mano dura a la situación. El abogado Francesc Layret, discapacitado por parálisis infantil, defensor de sindicalistas, fue asesinado a la salida de su casa. En este contexto se acusa a Martínez Anido y al jefe de la policía de aplicar la *ley de fugas*. Según la historia oficial, la muerte de Dato sería una respuesta a estos excesos.

El efecto inmediato de la muerte de Dato fue que el nuevo presidente, Sánchez Guerra, destituyó a Martínez Anido y al general Arlegui, con lo que disminuyó la actividad convulsa. La forma de asumirlo los cabecillas anarquistas fue culpar a la represión policial de la decisión de acabar con la vida del presidente. Sin embargo, todo suena a disimulo. La organización no habría sido capaz de armar aquel atentado estilo «Chicago años treinta», con pistolas semiautomáticas y petulante exhibición de matonismo, diez años antes del triunfo de Al Capone. Hay sin embargo una línea que señala la neutralidad frente a la guerra como causa del crimen. Por el contrario, Romanones, al que se acusó de poner por encima de todo la defensa de sus minas de hierro, plomo y mercurio y los beneficios de sus negocios de ventas de animales de carga, tan necesarios en las guerras, con forrajes, trigo, aceites, conservas y mantas, representaba el otro extremo de la política partidario de la intervención bélica, lo que se explica con el artículo publicado por el conde en *El Universal*, con el inquietante título de «Neutralidades que matan».

Frente a los que atribuyen el magnicidio de Dato a la capacidad de revancha o de respuesta del anarquismo castigado por la represión policial, hay que exponer que habría sido de mayor efecto el atentado contra Martínez Anido en Barcelona, o contra el jefe de policía Arlegui, actores directos de la represión. O contra el ministro de la Gobernación, Bugallal, responsable directo del desorden. Pero no hicieron nada de esto. El que sobraba era el presidente. A Martínez Anido y a Arlegui no podrían haberlos eliminado porque estaban fuertemente protegidos y otro tanto puede predicarse del controvertido Bugallal. En cambio, Dato estaba expuesto y abandonado, aunque muy lejos de la mano armada de los anarquistas en aquellos momentos. Para matarlo como hicieron, necesitaron la perfidia de la complicidad con intereses inconfesables. Una línea creíble achaca la muerte

violenta del presidente en tan espectacular atentado a la neutralidad, que impidió los grandes negocios de la guerra.

El Partido Conservador se sumió en un marasmo, dividido entre los sectores que representaban Sánchez Guerra, Maura y Bugallal, lío del que no se recuperaría. Mientras, en la política sindical se denunciaba a los dirigentes que se dejaban llevar por el pistolero y se acusaba a la CNT de revolucionarismo infantiloides. Los conservadores que sentían sus vidas en peligro pedían al gobierno central que se dejara de paños calientes y «colgara a los anarquistas de las farolas».

El problema de Marruecos se agrava y no contribuye a la estabilidad. El descontento, el hartazgo de la ebullición social, el desastre de Annual y el Informe Picasso favorecían un nuevo «ruido de sables» y la llegada de la dictadura militar. El asesinato de Dato fue la voladura controlada de un dique de sensatez y probidad.

El periodista Parmeno refleja extraordinariamente la augusta personalidad de Eduardo Dato en la entrevista que le hizo. Su modestia, sensatez y humildad sería sorprendente encontrarlas hoy en cualquier político.

Dato es entrevistado siendo jefe del Partido Conservador, en un gabinete sin lujo que merece el calificativo de *despachito*. En él hay unos sillones venerables, pinturas risueñas, algunos bronceos con pretensiones artísticas y la mesa cargada de papeles enmarcada entre sencillas librerías. Dato recibe al periodista en un saloncito, con una sonrisa que según este sorprende por su bondad. Empieza de forma inesperada disculpándose:

—Le he recibido a usted, y muy gustosamente, para que charlemos un rato, y se vaya usted seguro de que, si no le doy tema para un artículo, no es por desairarle.<sup>61</sup>

Menciona a Lerroux afirmando de él que es un hombre interesante por su inteligencia, su palabra y su vida.

—Sí; pero usted...

—Yo, ¿qué soy? ¿Soy un estadista? El más indiscreto adulator no tendría la intrepidez de asegurarlo. ¿Soy un gran orador? Bien sé que carezco hasta de las condiciones oratorias que más abundan. ¿Soy un político travieso, de los que con su maquiavelismo —me refiero a lo que el vulgo entiende por maquiavelismo en España, y no a lo que es, según Macaulay— dominan a los que deben dominar?... Tampoco. Nadie verá en mí, admirador desinteresado y entusiasta de cuanto brilla justamente, habilidades ni travesuras. De modo que ni esos talentos de un orden

inferior me libran de la vulgaridad. Soy, pues, un hombre completamente, absolutamente vulgar. Y de un hombre así, ¿qué puede referirse?

Ante la sorpresa de su discurso, López Pinillos hace de abogado del diablo:

—Usted será sincero; pero no es justo. Se calumnia usted.

—¿Porque he ahogado en mi espíritu la vanidad?... No. Y no me calumnio. Me calumniaría si dijera que soy un mentecato... y no lo diré. No. Soy un hombre vulgar; pero un hombre vulgar que, por su misma vulgaridad, estudia mucho, y reflexiona mucho, y procede con una enorme cautela, y es prudente hasta para adoptar las más livianas decisiones. Y vea usted cómo, en cierto sentido, está en la mano de un gobernante el convertir la vulgaridad en una virtud, y vea usted cómo, sin tener las dotes de estadista de Cánovas, ni el verbo de Castelar, ni la agudeza de ingenio de otros políticos ilustres, es posible soportar, con un esfuerzo que no excluye el decoro, las tremendas responsabilidades del poder. Yo soy tan amigo de la fuerza —que nace de la cultura, de la organización y del orden— como enemigo de la violencia. Y quisiera gobernar convenciendo a las gentes, ganándome su cariño, estando en contacto con el pueblo, llegando a su corazón. Vivimos en una época en la que nadie, ni los más altos, podrán resistir los golpes del negro odio que engendre la injusticia. ¡Si yo fuese un gran orador!... Le aseguro que no prostituiría la elocuencia empleándola para conseguir buenos éxitos personales. Pero ¡impondría tantas cosas justas!... Como no lo soy, muchas veces solo consigo persuadir con los hechos. Verdad es que me ayudan cada vez más mi obra de gobernante y mi vida. La modestia, la sencillez de mi vida, que ha sido una muralla para los maldicientes y los calumniadores, porque saben que los míos y yo somos modestos por carácter y por necesidad, y no por cálculo.

Dato confiesa lo más profundo de su proceder:

—Solicitar, no he solicitado nunca, por temor. Todos los cargos me han parecido superiores a mis facultades y a mis merecimientos, y los he aceptado por patriotismo y por disciplina; pero con la decisión de renunciar a ellos si me convencía de mi ineptitud. Afortunadamente, la buena fe hace milagros... Y los milagros de mi buena fe son los que ha premiado el partido conservador.

—¿Nada más que de su buena fe?

—Puesto que no tengo otros... Pero prescindamos de mi persona y renuncie usted a su información...

La modestia del presidente del Partido Conservador hace al redactor preguntarse: «¿No tiene interés la modestia pasmosa con que un jefe de partido procura ocultar sus buenas cualidades?».

Naturalmente es el público el que acepta sus palabras y le premia con su confianza. Este Dato que se retrata en el artículo del periodista es el de

verdad, al que quieren presentar como un monstruo de represión después de muerto. Aunque se ha dicho que su asesinato fue la venganza de los anarquistas, lo mataron a sueldo por los oscuros negocios que su política había reventado.

El intelectual Enrico Malatesta dice: «Proclamamos la máxima haz lo que quieras, y se puede decir que en ella se resume nuestro programa, porque... en una sociedad sin gobierno y sin propiedad, cada uno querrá lo que debe». Cualquiera sabe que esto no es así y que no puede ser así. Sin embargo, las bellas palabras y las florituras esconden que los anarquistas españoles fueron los adelantados del terrorismo, entendido este como un impacto en los gobiernos y la opinión pública superior a la trascendencia real del daño causado. El ejercicio de esta filosofía da cobertura a pistoleros que matan por encargo. Los turbios del palatinado se esconden tras las apariencias revolucionarias y encargan a activistas del hampa los crímenes para convertir al Estado en cautivo. La historia de España no se escribe mientras ocurre, sino que se fabrica siempre después, recibiendo gran reconocimiento y honores los amanuenses que mejor interpretan los deseos de los poderosos y elevan el protagonismo y la buena fama de sus ancestros, barriendo para dentro los episodios oscuros de su triunfo, modelo de actuación muy apreciado incluso en nuestros días.

La versión oficial indica que a Antonio Cánovas lo mataron como venganza de los anarquistas por la represión que se produjo en el castillo de Montjuich, debido a los atentados del Liceo de Barcelona y de la calle Canvis Nous. Según esto, todo empezó en 1893, cuando una bomba hiere al general Martínez Campos, en ese momento capitán general de Cataluña. El autor es Pallás, que no intenta huir. Al parecer su confesión se inventa «el encadenado de venganzas», puesto que ya entonces afirma que ha hecho el atentado para vengar la muerte de dos periodistas anarquistas ejecutados por complicidad con los acontecimientos de Jerez. Como se sabe, allí, en la noche del 8 de enero de 1892, un gran número de trabajadores agrícolas intentó liberar a detenidos acusados de pertenecer a la Mano Negra. En las calles se apoderaron de dos o tres individuos y los mataron. Uno de ellos era un escribiente que nada tenía que ver con las detenciones. Horas después llegó el Ejército y los insurgentes se dispersaron sin hacerle frente.

La reacción de la autoridad es muy dura. Cuatro cabecillas son ejecutados y otros dieciocho sospechosos son condenados a trabajos forzados. Blasco Ibáñez en *La bodega* dice que la revuelta estaba observada

de lejos por Fernando Salvatierra, trasunto de Fermín Salvochea, el anarquista mítico que aparece en *Baza de espadas*, de Valle Inclán, como acompañante del ruso Bakunin. Según Blasco Ibáñez, algunos líderes anarquistas como Salvochea eran tan desprendidos que se les consideraba «apóstoles de la Idea». Un santo laico, un revolucionario sensible al llanto de un niño, siempre dispuesto a ayudar, desprendido de cualquier egoísmo, cuyo solo nombre bastaba para aterrorizar a los ricos. «Según sus adversarios — decía Blasco—, odiaba la violencia, pero la predicaba por todas partes a la gente miserable como medio para su salvación».

En la violencia se mueve Mateu, el asesino de Dato, que tira de cartera para alquilar dos pisos y un hotelito en Arturo Soria para guardar la moto, proveerse de pistolas caras y munición en abundancia, así como buena comida para la buena vida, que se regala incluso después de haber realizado el atentado cuando regresa de una salida nocturna a su alojamiento en la calle Alcalá, con doscientas pesetas en el bolsillo.

Angiolillo termina en el garrote vil; el regicida Mateo Morral, asesinado en la finca del conde de Romanones, en San Fernando de Henares, y tildado de suicida; Pardina, liquidado en la Puerta del Sol, kilómetro cero, sin que ni siquiera el examen médico refleje el segundo tiro ni otras heridas, y tildado de suicida. Mateu, Nicolau y Casanellas, uno librado a escape del pelotón de fusilamiento, y los otros dos, salvados por la campana de la extradición. Se afirma que la masonería quiso librar a Mateu de la máxima pena.

A Mateu le quedarían ganas, más de cuarenta años después, de fanfarronear como un héroe por lo que había hecho por encargo. Argala, el cateto de ETA, al que los escritores de la banda atribuyen méritos de Héctor y Patroclo juntos, fue volado en el coche como Carrero, y a lo mejor alguien se cree que fue por casualidad. Justicia poética que aquel torpe etarra que se llevó la fama injusta de valiente terminara en un vuelo atroz, como su víctima. En todo este tiempo no hubo doctorandos ni cátedros que se ocuparan de los agujeros negros de los magnicidios en España, sino solo periodistas que indagaron, sobre todo cuando murió Carrero.

La actuación de la justicia suele ser ejemplar, aunque en algún caso el gobierno consigue desviar las acusaciones y fuerza el archivo o evita responsabilidades. En el caso de Prim, que es emblemático, el gobierno de la Restauración impuso el ocultismo por razón de Estado, «esa acreditada excusa, utilizada demasiadas veces en la historia para encubrir o borrar las huellas de los crímenes».<sup>62</sup>

El sumario de Carrero tuvo una instrucción ejemplar, que cuidó el detalle, con poderosas sombras que se exponen a la luz. Y de pronto empezaron a detectarse llamativas actuaciones poco ortodoxas. Finalmente, con el triunfo de la Unión de Centro Democrático (UCD), el asesinato de Carrero fue metido en el cajón de sastre de los delitos de carácter político, por lo que desembocó en la amnistía.

Si lo de Prim fue olvidado por el bien de todos, con Carrero primó el bien de algunos. A partir de ese momento, los papeles judiciales pasaron a una especie de limbo de los agujeros negros de la historia. En el caso de Dato, la red de contactos que facilitó las armas nuevas de los criminales quedó sin definir y todos los investigados fueron exonerados. De los asesinos materiales, uno escapó a todo castigo y los otros dos fueron condenados a muerte de cara a la galería, pero sabedores todos de que la extradición de Nicolau, alias *Leopoldo Noble*, obligaba a indultar la muerte y cambiarla por la cadena perpetua, que quedaría en solo diez años de prisión con la República, cuando fueron sacados de las cárceles y jaleados por sus partidarios.

¡Qué manera de cerrar estos sumarios, que nada tiene que ver con la justicia y sí con los intereses políticos! El de Prim se cierra por la boda del rey Alfonso XII con María de la Mercedes de Orleans, que debe evitar las sospechas sobre el suegro, duque de Montpensier; el de Carrero, por la liquidación de la dictadura, motivo por el que habría muerto; el de Cánovas, por aceptar sin más la existencia de *unus lupus* (un solo lobo); el de Canalejas porque, si Romanones no evitó el atentado al rey, ¿cómo podría esperarse que descubriera la trama del asesinato de la Puerta del Sol? Y el de Dato, por la conveniencia de frenar la vía de la conspiración y salvar a los asesinos de la muerte.

El duque de Montpensier, Antonio de Orleans, se pasó toda la vida de conspirador, soltando dinero para hacer realidad su gran sueño: ser rey de las Españas. Primero creyó fácil quitarle el trono a su cuñada, Isabel II. Como estaba casado con su hermana Luisa Fernanda, bien porque reinara su esposa y él como consorte, o porque fuera elegido para sucederla. Dado que nadie apostaba por él, decidió estimular a espadones a base de recursos financieros. Pero ni por esas, aunque contaba con un ayuda de cámara experto en intrigas y asuntos turbios, con la voluntad de políticos chaqueteros y con el apoyo de generales y hasta de un almirante, no lo consiguió. El duque apostó por Prim, que era monárquico pero antidinástico, que lo aceptó como compañero de



viaje hasta que llegó el momento de recuperar la monarquía, en la que estaba claro, y lo había dicho, que los Borbones nunca más. Ni siquiera Borbones consortes o con suerte. Montpensier, al que se le ve el plumero tras la Gloriosa, la revolución de 1868, y tras tantas otras artimañas, se ve impelido a quitar de en medio el obstáculo en el que se ha convertido Prim. Pero ha pasado mucho tiempo y ahora hay más personajes de nuevo cuño que optan al trono de España, como el regente Serrano, que lleva un largo tiempo permaneciendo estático, sin exponerse, pero dejando ver que no hay necesidad de buscar un rey fuera, y eso va por Prim, habiendo ya uno en la Regencia: un candidato rubio con mucha planta (¡él!), acostumbrado a posar, sentarse con majestad y acompañar a reinas o pasearlas como hizo con Isabel II. No lo dice, pero espera que se den cuenta de que están removiendo Europa cuando la solución está bien cerca, en la calle Alcalá.

Los folios de los magnicidios no se ponen todos juntos en un apartado de los archivos judiciales para la verificación de la historia, sino que permanecen dispersos e «inencontrables», perdidos, mutilados, o vigilados, como los frutos prohibidos, a la espera de un gobierno liberal que los declare de interés histórico, los proteja y facilite. Se espera un presidente del Gobierno amante de la historia, como Cánovas, que confesó a su biógrafo Charles Benoist: «Por la Historia he ido yo a la política». En este caso, la política ha mandado a la historia al olvido y sigue en su línea tras mantener instituciones meramente decorativas, presididas por la condesa, donde el marqués de la Prehistoria saluda a la duquesa de la Edad Media, acompañada del vizconde de la Antigüedad, que rinde pleitesía a la marquesa Contemporánea y a la Emperatriz de los Anales.

La República fue el final de las penas de los asesinos de un presidente de la monarquía, el garrote vil castigó los pecados del asesino del autor de la Restauración, la libertad y el exilio, junto a un buen montón de dinero, fueron la recompensa de los asesinos de Prim. A Morral y Pardina les pagaron, pero los dejaron secos, sin ningún sitio a donde ir, atravesados por las balas de los que habían sido sus empleadores. Y a los criminales que acabaron con el almirante Luis Carrero Blanco les concedieron la amnistía.

Carrero Blanco era marino y los marinos en tierra se mueven siempre con cierto balanceo. De valor probado, Carrero era un hombre fiel a quien le había nombrado y su osadía se demuestra al confiar en las personas que había designado para su propia seguridad. Tenía poder y conocimientos para haber alterado todo el aparato protector, pero lo dejó en manos de otros, fiándose de

un civil que ni siquiera fue marino lacustre, que había sido alcalde, como Carlos Arias Navarro. Probablemente Carrero es el más familiar de todos los asesinados, profundo católico, de comunión diaria, sus hijos siguieron la tradición militar de sus ancestros. En una casa respetuosa, el padre del almirante presentó a sus tres hijos al rey y el propio Carrero hizo lo mismo con los suyos. Regularidad, sosiego, firmeza, costumbres diáfanas y sencillas. Con un alto sentido del orden y del deber. En toda su carrera avanzó siempre como un bulldozer y nadie duda de que, si no lo hubieran matado, habría cumplido hasta el final lo que tenía encomendado. Fueron otros los que cambiaron de caballo a mitad de carrera.

Carrero ha confesado y comulgado como todas las mañanas, en las que se sienta en el mismo banco para misa de nueve en la iglesia de la calle Serrano. Madrid tiene calles dedicadas a personajes oscuros, implicados en magnicidios, y pese a la incuria de sus políticos, conserva itinerarios enteros donde la historia fue machacada y vuelta del revés. Piedras sobre las que se disfrazó lo ocurrido y los mandarines de la cultura se felicitaron unos a otros intercambiando títulos y premios. La especulación cultural cubre con un mantón de falsedad lo ocurrido, que sin embargo puede ser descubierto pese al tiempo transcurrido: paseando por las puertas del Congreso o del Senado desde las que Prim y Dato viajaron a la muerte, la calle Marqués de Cubas, antes calle del Turco, por la Puerta del Sol, por la Puerta de Alcalá, por la calle Serrano, por Claudio Coello, por la calle Sagasta y por el paseo Moret. Tranquilos, como diría Juan Pablo II: «¡No tengáis miedo!». Esto puede resolverse todavía si vosotros queréis.

## Bibliografía recomendada

- ARMIÑÁN, Luis de, *El duelo en mi tiempo*, Editora Nacional, Madrid, 1950.
- AVILÉS FARRÉ, Juan, *La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo*, Tusquets, Barcelona, 2013.
- BAROJA, Pío, *Aurora roja*, Planeta, Barcelona, 1968.
- «Divagaciones sobre la cultura», en GARCÍA CAMARERO, Ernesto y Enrique (coords.), *La polémica de la ciencia española*, Alianza, Madrid, 1970.
- BÉCARUD, Jean, y Gilles LAPOUGE, *Los anarquistas españoles*, Laia, Barcelona, 1973.
- BERGASA, Francisco, *¿Quién mató a Ferrer i Guardia?*, Aguilar, Madrid, 2009.
- BORRÁS BETRIU, Rafael, *El rey perjuro. Don Alfonso XIII y la caída de la monarquía*, Ediciones B, Barcelona, 2007.
- BRENAN, Gerald, *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Plaza & Janés, Barcelona, 1984.
- CARRETERO NOVILLO, José María (*El Caballero Audaz*), *Galería: más de cien vidas extraordinarias contadas por sus protagonistas*, Tomo Cuarto, Ediciones Caballero Audaz, Madrid, 1948.
- CASAL GÓMEZ, Manuel, *La «Banda Negra»: origen y actuación de los pistoleros en Barcelona (1918-1921)*, Icaria, Barcelona, 1977.
- CASANOVA, Julián, «La semilla anarquista», *El País*, 7 de octubre de 2010.
- CERECEDO, Francisco, *Figuras de la fiesta nacional*, Sedmay, Madrid, 1977.
- CHASSEBOEUF, Constantino Francisco de (*Volney*), *Las ruinas de Palmira*, EDAF, Barcelona, 1985.

- CIERVA, Ricardo de la, *¿Dónde está el sumario de Carrero Blanco?*, ARC Editores, Madrid, 1996.
- COMIN COLOMER, Eduardo, *6 magnicidios políticos*, Editorial San Martín, Madrid, 1974.
- COMISIÓN WARREN, *Report of the Warren Commission on the Assassination of President Kennedy*, McGraw Hill, Virginia, 1964.
- DALLEK, Robert, *J. F. Kennedy. Una vida inacabada*, Península, Barcelona, 2004.
- DICENTA, José Fernando (*Luis Bonafoux*), *La víbora de Asnieres*, CVS, Madrid, 1974.
- DUQUESA VIUDA DE CANALEJAS, *La vida íntima de Canalejas*, Editores Libreros, Madrid, 1940.
- ECO, Umberto, *El cementerio de Praga*, Debolsillo, Barcelona, 2012.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus, *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti*, Grijalbo, Barcelona, 1976.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Historia política de la España Contemporánea 1897-1902*, Alianza Editorial, Madrid, 1968.
- *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Montaner y Simón, Barcelona, 1977.
- FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo, *Río Arriba. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1995.
- FISAS, Carlos, *Mis anécdotas preferidas*, Plaza & Janés, Barcelona, 1997.
- FO, Dario, *Muerte accidental de un anarquista*, Hiru, Guipúzcoa, 1997.
- FUENTE, Ismael, Javier GARCÍA y Joaquín PRIETO, *Golpe mortal: asesinato de Carrero Blanco y agonía del franquismo*, Prisa, Madrid, 1983.
- GARCÍA DE BARGA Y GÓMEZ DE LA SERNA, Andrés (*Corpus Barga*), *Los pasos contados-4. Los galgos verdugos*, Bruguera, Barcelona, 1986.
- GARCÍA VENERO, Maximiano, *Eduardo Dato. Vida y sacrificio de un gobernante conservador*, Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1969.
- GARRISON, Jim, *JFK. Tras la pista de los asesinos*, Ediciones B, Barcelona, 1992.
- GIANCANA, Sam, *Fuego cruzado: mafia, poder, asesinato*, Grijalbo, Barcelona, 1992.

- GÓMEZ CASAS, Juan, *Historia del anarcosindicalismo en España*, Editorial Aguilera, Madrid, 1977.
- GONZÁLEZ MATA, Luis, *Terrorismo internacional*, Argos, Barcelona, 1978.
- GUILLAMÓN, Vicente Alejandro, *Los masones en el gobierno de España*, Libroslibres, Madrid, 2009.
- HARO TECGLÉN, Eduardo, *Hijo del siglo*, Santillana, Madrid, 1998.
- HOROWITZ, Irving L., *Los anarquistas 1. La teoría*, Alianza Editorial, Madrid, 1964.
- JEREZ, Jaime (pr.), *Los grandes enigmas de la España contemporánea*, Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1969.
- KEYNES, John Maynard, *Ensayos de persuasión*, Crítica, Barcelona, 1988.
- LAUNAY, Jacques de, *Policía secreta, secretos de policía*, Planeta, Barcelona, 1989.
- LEMA, Marqués de, *Cánovas o el hombre de Estado*, Espasa Calpe, Madrid, 1931.
- LESMESS SERRANO, Carlos (pr.), *Los procesos célebres seguidos ante el Tribunal Supremo en sus doscientos años de historia*, Boletín Oficial del Estado, Madrid, 2014.
- LEWIS, Bernard, *Los asesinos*, Mondadori, Barcelona, 1990.
- LÓPEZ PINILLOS, José (Parmeno), *Cómo se conquista la notoriedad*, Editorial Pueyo, Madrid, 1920.
- MALAPARTE, Curzio, *Técnica del golpe de Estado*, Plaza & Janés, Barcelona, 1960.
- MERINO, Julio, *Los pecados de la monarquía*, G. del Toro, Madrid, 1976.
- MIR Y MIR, Juan, *Dinamita cerebral. Antología de los cuentos anarquistas más famosos*, Icaria, Barcelona, 1977.
- MONTÓN DE LAMA, Juan Jaime, «¿Por qué asesinaron a Cánovas?», *Historia* 16, Año XV, n.º 172, agosto 1990, pp. 23-30.
- MONTSENY CARRET, Juan (Federico Urales), «Mi vida», *La Revista blanca*, Barcelona.
- O'REILLY, Bill, y Martin DUGARD, *Matar a Kennedy. El fin de la corte de Camelot*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2013.

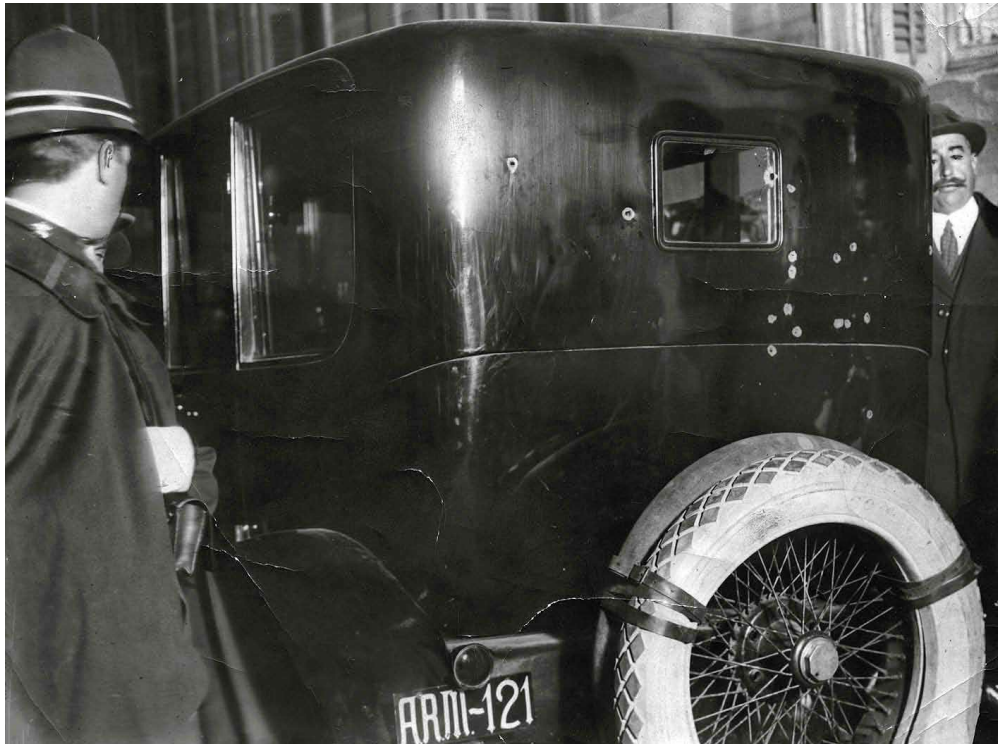
- OLLÉ ROMEU, J. M., *Un siglo de magnicidios*, Editorial Mateu, Barcelona, 1964.
- OLMET, Luis Antón del, y Arturo GARCÍA CARRAFFA, *Canalejas*, Alrededor del Mundo, Madrid, 1912.
- OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Mis memorias*, Tebas, Madrid, 1975.
- *Vida y sacrificio de Companys*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2010.
- PÉREZ ABELLÁN, Francisco, *Matar a Prim*, Planeta, Barcelona, 2014.
- REYMOND, William, y Billie SOL ESTES, *JFK, el último testigo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
- ROMANONES, conde de, *Notas de una vida (1901-1912)*, tomo II, Renacimiento, Madrid, 1930.
- ROS, Antonio, *Los gobiernos españoles. Desde la pérdida de las colonias hasta la caída de Alfonso XIII*, Grijalbo, Barcelona, 1981.
- RUBIO, Antonio, «Agentes del Estado Mayor tras el asesinato de Carrero», *El Mundo*, 27 de noviembre de 2011.
- SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *Testimonio y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1978.
- SÁNCHEZ FERRERA, Francisco, *Cinco asesinatos que marcaron la historia de España*, Alderabán, Madrid, 1998.
- SANZ AGÜERO, Marcos, *Antonio Maura*, Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1975.
- SECO SERRANO, Carlos, *Alfonso XIII*, Arlanza Ediciones, Madrid, 2001.
- SOLDEVILLA, Fernando, *El año político*, año XVIII de la publicación, Imprenta de Ricardo F. Rojas, Madrid, 1912.
- SUEIRO, Daniel, *Rescaldos de la España Negra*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.
- VV. AA., *Castelar y Cánovas*, Círculo de Amigos de la Historia, Editorial Ferni, Madrid, 1973.
- VV. AA., *De Prim a Carrero Blanco: el magnicidio en España*, Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1971.
- VV. AA., *El asesinato de D. José Canalejas. Nueva información y juicio por los alumnos de Antropología Criminal de la Universidad de Madrid*, Establecimiento Tipográfico de Juan Pérez Torres, Madrid, 1912.

- VV. AA., *Los grandes procesos de la historia*. José Canalejas, Círculo de Amigos de la Historia, Portugal, 1984.
- VILALLONGA, José Luis de, *El Rey: conversaciones con D. Juan Carlos I de España*, Plaza & Janés, Barcelona, 1993.
- WILDE, Oscar, *The Picture of Dorian Grey*, Penguin, Londres, 2008.
- WILSON, Colin, *Los asesinos. Historia y psicología del homicidio*, Luis de Caralt, Barcelona, 1976.
- ZAVALA, José María, *La maldición de los Borbones. De la locura de Felipe V a la encrucijada de Felipe VI*, Plaza & Janés, Barcelona, 2007.

## Ilustraciones



Guardias civiles rodean la moto con sidecar que utilizaron los tres asesinos de Eduardo Dato y que escondieron en un chalet de Arturo Soria.





Trasera del vehículo en el que viajaba el presidente Dato cuando fue tiroteado. El coche presenta dieciocho impactos, de los que tres fueron mortales.



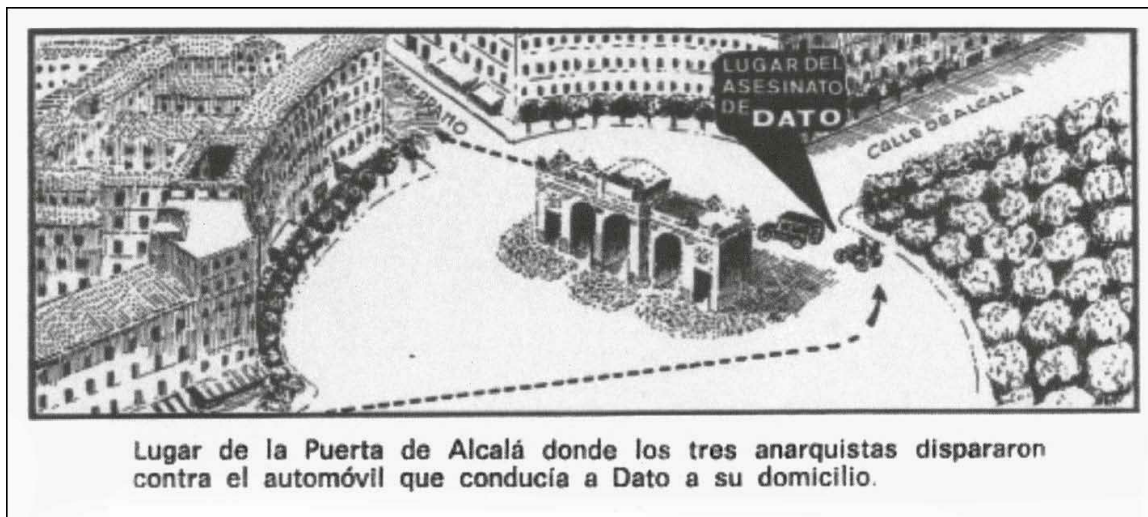
Pedro Mateu capturado en Madrid después del atentado. Ya se puede observar en él que no se trata de un idealista con arrebatos, sino de un mandado al que le han encomendado un trabajo.



El asesinato se cuenta por periodistas e historiadores sin tener en cuenta que en 1921 en Madrid se circulaba por la izquierda. El crimen tuvo lugar en el lado izquierdo de la Puerta de Alcalá según se mira desde Cibeles.



Prueba fotográfica de que en Madrid se conducía por la izquierda en la época en la que Eduardo Dato fue asesinado.



Croquis, que se publicó en uno de los libros más conocidos sobre el atentado, en el que se sitúa la escena del crimen, de forma totalmente equivocada, en el lado contrario al que ocurrió.

Pedro Mateu cuarenta y seis años después del atentado, cuando sonrío constantemente y se delata con sus recuerdos en el gran diario *Pueblo*, 1967.





El vehículo en el que viajaba Dato era un Marmon 34, americano, en el que puede apreciarse que el volante también está a la izquierda.



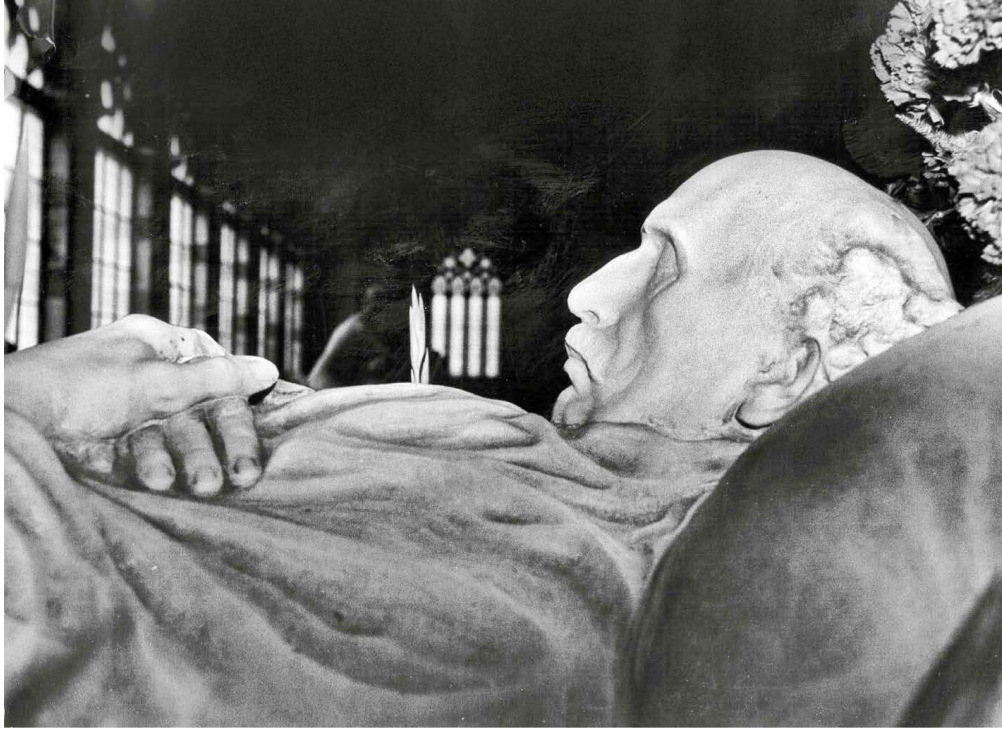
Pistola Máuser junto a su funda culatín. Imposible de conseguir por unos pelanas como los asesinos sin ayuda cualificada.

Pistola Máuser C96, montada como carabina. Así la utilizaron los asesinos Mateu y Nicolau.





Estatua de Eduardo Dato en Nuevos Ministerios.

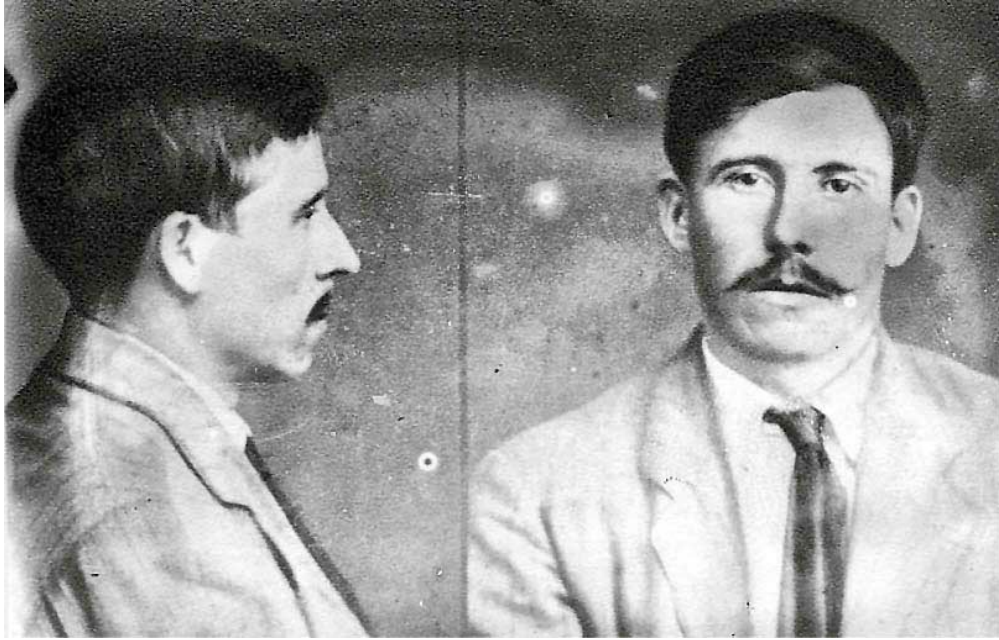


Mausoleo de Eduardo Dato en el Panteón de Hombres Ilustres, obra de Mariano Benlliure.



El asesino Pardina yace en el depósito de cadáveres.





Ficha de la policía de Manuel Pardina, que no sirvió para detenerlo.



Cadáver de José Canalejas en Gobernación tras ser examinado por los médicos.

MADRID DIA 13 DE  
NOVRE. DE 1912.  
NÚMERO SUELTO  
5 CENTS. 地地地

# ABC

DIARIO ILUSTRADO.  
AÑO OCTAVO  
NÚMERO 2.710.  
地地地 2.ª ÉPOCA.

MADRID: UN MES, 1,50 PTAS. PROVINCIAS, TRES MESES, 5. EXTRANJERO, SEIS MESES, 16 FRANCO  
REDACCION Y ADMINISTRACION: SERRANO, 55. MADRID. APARTADO NUM. 43



## ASESINATO DEL SR. CANALEJAS

Reconstrucción fotográfica del crimen perpetrado por Manuel Pardiñas, tal como lo relatan los testigos presentes del infuante suceso.  
Fot. A. D. C.

Portada del *Abc* sobre la reconstrucción del asesinato en la Puerta del Sol.



Reconstrucción del asesinato de Canalejas, que resulta falsa porque los actores que la protagonizan disparan por la derecha y Canalejas murió de un tiro por debajo del oído izquierdo.



Aglomeración de público frente a la escena del crimen.



Manuel Pardiñas o Manuel Pardiñas, como también se le ha llamado, retratado después de su supuesto suicidio.



José Canalejas en sus tiempos de esplendor.



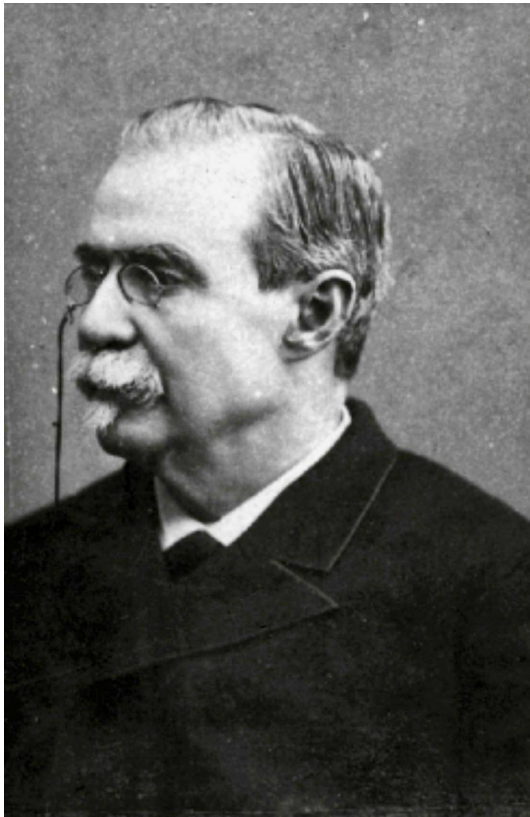
Juan Prim y Prats (1814-1870), litografía de Ricardo Franch y Eugenio de Lemus. Biblioteca Nacional, Madrid.

El republicano radical José Paúl y Angulo (1838-1892), presunto jefe de los sicarios que asaltaron la berlina en la que Prim viajaba con sus dos ayudantes.  
*Biografías de los diputados a Cortes de la Asamblea Constituyente de 1869*, Biblioteca Nacional de España, Madrid.

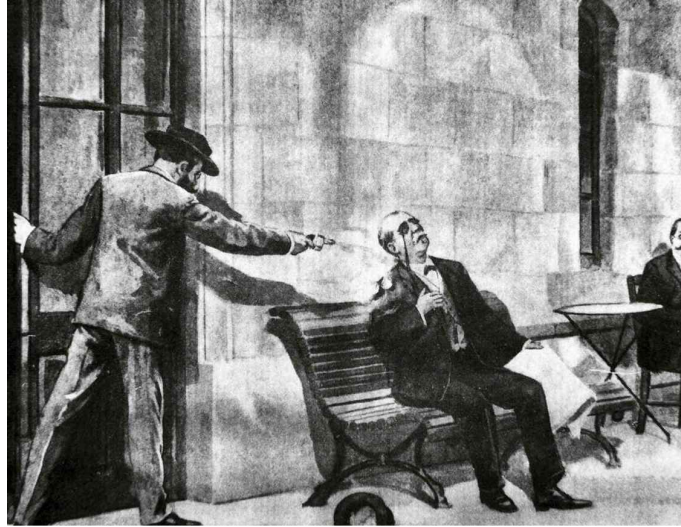




Grabado que reproduce el atentado contra el general Prim en la calle del Turco.

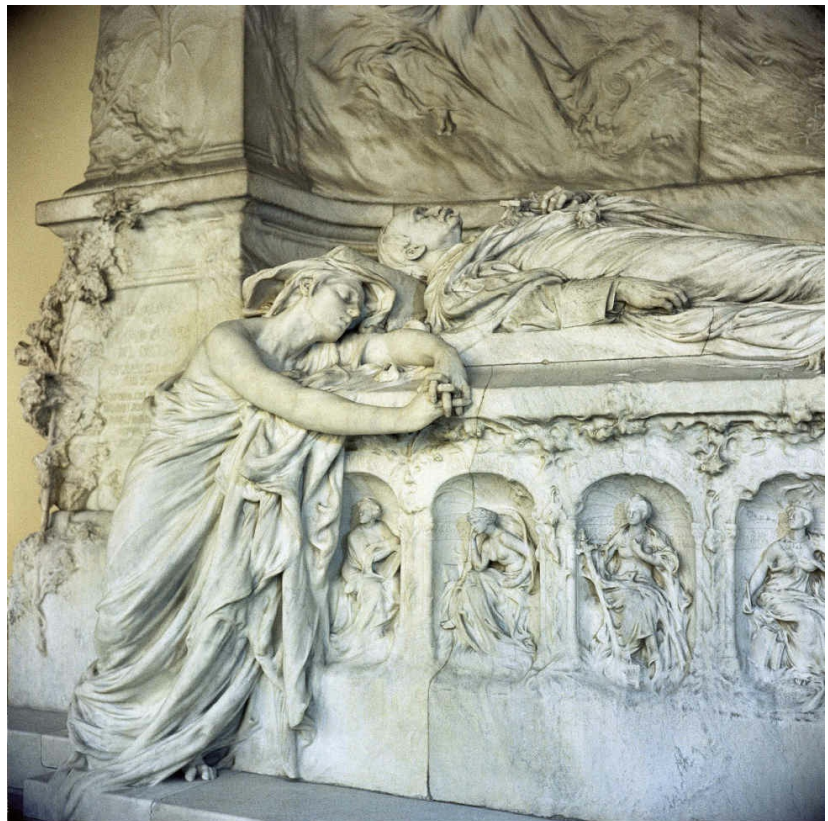


Cánovas del Castillo.



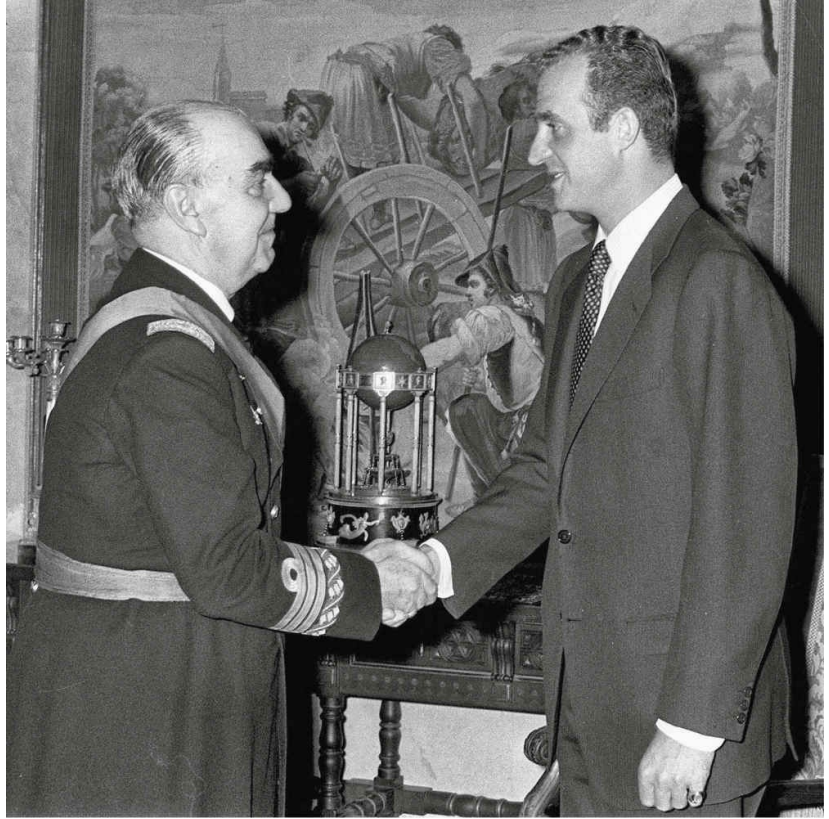
Representación del asesinato de Cánovas en el balneario de Santa Águeda.

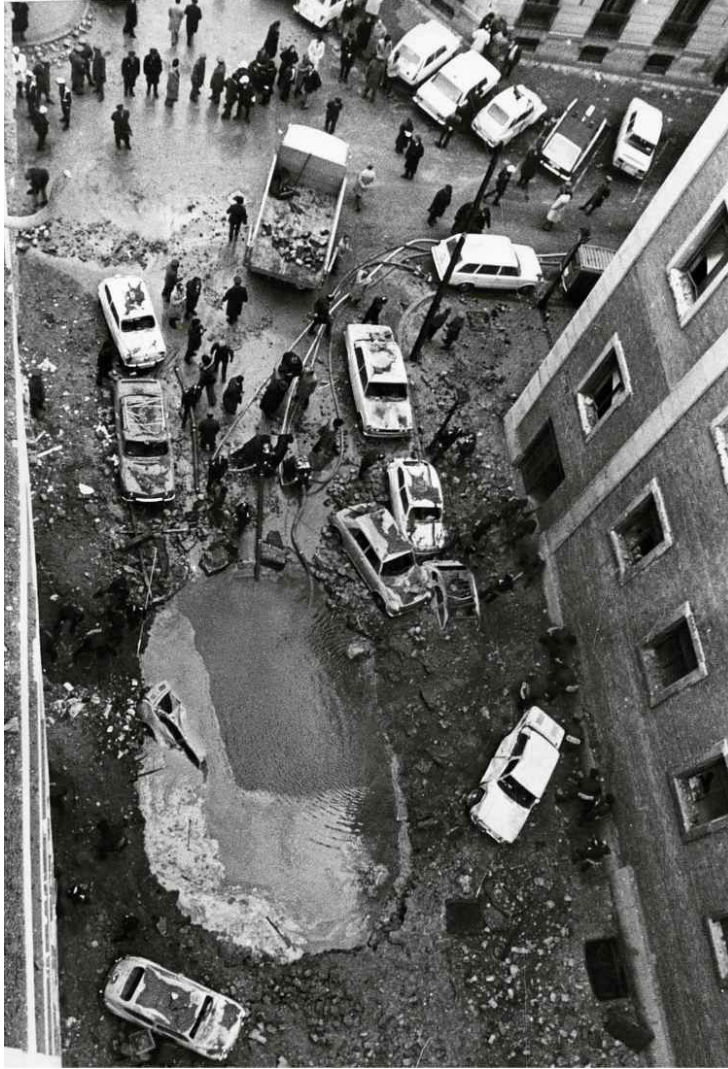
Monumento a Cánovas en el Panteón de Hombres Ilustres de Madrid.



Carrero Blanco y don Juan Carlos de Borbón.







Escenario del crimen tras el atentado a Carrero Blanco.



Don Juan Carlos en el entierro de Carrero Blanco.

## Notas

---

1. Thomas de Quincey, *Del asesinato, considerado como una de las bellas artes*, Espasa, Madrid, 1966.

2. Nicolas Camille Flammarion (1842-1925), astrónomo francés y apasionado espiritista.

3. Dario Fo, *Muerte accidental de un anarquista*, Hiru, Guipúzcoa, 1997.

4. Fernando Soldevilla, *El año político*, año XVIII de la publicación, Imprenta de Ricardo F. Rojas, Madrid, 1912, p. 454.

5. *Los grandes procesos de la historia*, José Canalejas, Círculo de Amigos de la Historia, Portugal, 1984, p. 160.



6. Antonio Rubio, «Agentes del Estado Mayor tras el asesinato de Carrero», *El Mundo*, 27 de noviembre de 2011.

7. *Los grandes procesos de la historia*, José Canalejas, Círculo de Amigos de la Historia, Portugal, 1984, p. 165.

8. Congreso de los Diputados, 7 de julio de 1910.

9. José López Pinillos, *Cómo se conquista la notoriedad*, Editorial Pueyo, Madrid, 1920, p. 106.

10. Francisco Pérez Abellán, *Matar a Prim*, Planeta, Barcelona, 2014.

11. Uno de los tres primeros columnistas del moderno diario *El País*.

12. Ricardo de la Cierva, *¿Dónde está el sumario de Carrero Blanco?*, ARC Editores, Madrid, 1996, pp. 15 y 16.

13. «La Restauración, que quiso ser un renacimiento, no fue más que una falsificación ética, literaria y política. Tras de esta época, hemos comenzado a notar que no tenemos una ciencia española, ni una gran literatura moderna, ni un gran arte contemporáneo, ni una cultura general, ni tenemos historiadores». Pío Baroja, «Divagaciones sobre la cultura», en Ernesto y Enrique García Camarero, *La polémica de la ciencia española*, Alianza, Madrid, 1970, pp. 518 y 519.



14. Extorsionadores que en cualquier clase de juego obligan al ganador a entregarles una parte de las ganancias.

15. Juan Montseny Carret, alias *Federico Urales*, «Mi vida», *Revista blanca*, Barcelona.

16. Pío Baroja, *Aurora roja*, Planeta, Barcelona, 1968, pp. 226 y 227.

17. *Ibid.*, p. 160.

18. José López Pinillos, (*Parmeno*), *op. cit.*, pp. 81 y siguientes.

19. Jean Bécarud y Gilles Lapouge, *Los anarquistas españoles*, Laia, Barcelona, 1973, p. 63.

20. J. M. Ollé Romeu, *Un siglo de magnicidios*, Editorial Mateu, Barcelona, 1964, p. 8.

21. Eduardo Haro Tecglen, *Hijo del siglo*, Madrid, Santillana, 1998, p. 80.



22. *Astronomie populaire* (1880), la obra más conocida de Nicolas Camille Flammarion, premio Montyon de la Academia francesa.

23. Conde de Romanones, *Notas de una vida (1901-1912)*, tomo II, Renacimiento, Madrid, 1930.

24. Pedro Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1978, pp. 69, 70, 72 y 73.

25. José Fernando Dicenta, *La víbora de Asnieres (Luis Bonafoux)*, CVS, Madrid, 1974.

26. José Fernando Dicenta *op. cit.*, p. 259.

27. José Fernando Dicenta, *op. cit.*, p. 257.

28. Julián Casanova, catedrático de Historia Contemporánea en Zaragoza, «La semilla anarquista», *El País*, 7 de octubre de 2010, p. 19.

29. *El asesinato de D. José Canalejas. Nueva información y juicio por los alumnos de Antropología Criminal de la Universidad de Madrid*, Establecimiento Tipográfico de Juan Pérez Torres, Madrid, 1912.



30. Pío Baroja, *Aurora roja*, Planeta, Barcelona, 1969, pp. 161 y ss.

31. Pío Baroja, *op. cit.*, p. 163.

32. Luis Antón del Olmet y Arturo García Carraffa, *Canalejas*, Alrededor del Mundo, Madrid, 1913.

33. Luis Antón del Olmet y Arturo García Carraffa, *op. cit.*, p. 224.

34. El sentido de la circulación cambió en la capital el 1 de octubre de 1924. Hasta los años treinta en nuestro país no hubo una regulación nacional. En algunos lugares se circulaba por la derecha, como en Barcelona, y en otros, por la izquierda, como en Madrid.

35. Según sentencia de la Audiencia de Madrid ratificada por el Tribunal Supremo.

36. Jaime Jerez, *Grandes enigmas de la España contemporánea*, Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1969.

37. Jaime Jerez, *op. cit.*, p. 229.



38. Manuel Casal Gómez, excomisario de policía, *La «Banda Negra»: origen y actuación de los pistoleros en Barcelona (1918-1921)*, Icaria, Barcelona, 1977.

39. José María Carretero Novillo (*El Caballero Audaz*), *Galería: más de cien vidas extraordinarias contadas por sus protagonistas*, tomo IV, Madrid, 1948, pág. 127.

40. Gonzalo Fernández de la Mora, *Río arriba. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 243 y 244.

41. Ricardo de la Cierva, *¿Dónde está el sumario de Carrero Blanco?*, ARC Editores, Madrid, 1996, p. 182.

42. Luis González Mata, *Terrorismo internacional*, Argos, Barcelona, 1978, p. 312.

43. José Luis de Vilallonga, *El Rey: conversaciones con D. Juan Carlos I de España*, Plaza & Janés, Barcelona, 1993.

44. Francisco Cerecedo, *Figuras de la fiesta nacional*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1977.

45. Aureliano Linares Rivas, *Necrología del excelentísimo señor don Fernando Cos-Gayón*, Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1899.



46. Baldomero Argente, introducción a *La vida íntima de Canalejas*.

47. William McKinley (Niles, Ohio, 29 de enero de 1843 - Buffalo, Nueva York, 14 de septiembre de 1901), vigésimo quinto presidente de los Estados Unidos. El 6 de septiembre de 1901 fue tiroteado por el presunto anarquista Leon Czolgosz. Murió ocho días después y se convirtió en el tercer presidente asesinado en el cargo, tras Abraham Lincoln y James A. Garfield.

48. *De Prim a Carrero Blanco: el magnicidio en España*, Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1971, p. 164.

49. Maximiano García Venero, *Eduardo Dato. Vida y sacrificio de un gobernante conservador*, Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1969.

50. Maximiano García Venero, *Op. cit.*, p. 356.

51. Jean Bécarud y Gilles Lapouge, *op. cit.*, p. 63.

52. Jacques de Launay, en *Policía secreta, secretos de policía*, p. 117, afirma: «El examen que hemos realizado nos permite asegurar que Bakunin fue financiado dos veces por las autoridades: en 1848, por Flocon, del gobierno provisional francés, para gastos de la revolución en Alemania; en 1870, por Roman, agente del III Buró ruso [policía] para gastos de una revuelta en Lyon».

53. Jean Becarud y Gilles Lapouge, *op. cit.*, p. 97.



54. Oscar Wilde, *The Picture of Dorian Gray*, Penguin, Londres, 2008, p. 33.

55. Jim Garrison, *JFK. Tras la pista de los asesinos*, Ediciones B, Barcelona, 1992.

56. Antón del Olmet y Arturo García Carraffa, *op. cit.*, p. 270.

57. *El Radical*, Madrid, 13 de noviembre de 1912, p. 1.

58. Umberto Eco, *El cementerio de Praga*, Debolsillo, Barcelona, 2012, p. 25.

59. Francisco Sánchez Ferrera, *Cinco asesinatos que marcaron la historia de España*, Alderabán, Madrid, 1998.

60. De joven trabajó en una azucarera.

61. José López Pinillos, (*Parmeno*), *op. cit.*, pp. 93 y ss.



62. Ricardo de la Cierva, *op. cit.*, 1996, p. 15.

*El vicio español del magnicidio*  
Francisco Pérez Abellán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la fotografía de la portada, AESA

© Francisco Pérez Abellán, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© de las ilustraciones, © Archivo ABC, © Vidal – Archivo ABC, © Portela – Archivo ABC, © Natursport – Shutterstock, © AESA, © B-hide the scene – Shutterstock, © J. Benet / EFE, © EFE, © Interfoto / Hermann Historica GmbH / Age Fotostock, © Hoz, © Alfonso Sánchez Portela (Archivo Fotográfico Alfonso), VEGAP, Barcelona, 2018, «Manuel Pardina, el asesino de José Canalejas», Archivo Alcalá de Henares – © Derechos reservados, «Cadáver de José Canalejas al ser depositado en el Ministerio de la gobernación después de ser reconocido por los médicos», Archivo Alcalá de Henares – © Derechos reservados, © Rico de Esatsen – EFE, © Marín – AP, © Iberia Cines / Album, © Documenta / Album, © Oronoz – Album, © Akg Images – Album, © Ángel Carchenilla – Archivo ABC

Iconografía: Grupo Planeta

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-08-17690-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.